





PEDRO DELGADO CAVILLA

# EL MISTERIO CERVANTES



## ARGUMENTO

Madrid, año 1658. El Inquisidor General aparece asesinado en su celda con un ejemplar del *Quijote* entre sus manos. Los asesinos buscaban el *Speculum Cordis*, el libro que encerraba el secreto mejor guardado de la Iglesia católica y que Cervantes había conseguido salvar de la hoguera un siglo antes en Roma.

El padre Alonso, médico jesuita a quien Felipe IV encarga resolver el crimen en secreto, arriesga su vida y sus convicciones en busca del libro prohibido. Todas las pistas apuntan a la Biblioteca del Santo Oficio y a varias obras literarias del Siglo de Oro español, en cuyo interior, antes de morir, el Inquisidor ha ido dejando claves cifradas.

Con una ágil trama de aventuras en donde las órdenes militares pugnan por la posesión del enigmático libro, *El misterio Cervantes* reta al lector a buscar señales ocultas en el *Quijote*.

Pedro Delgado Cavilla  
misterio Cervantes



EI

*A Aránzazu*



«Verdad dices, Sancho —respondió don Quijote—; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían.»

Del capítulo cuarenta y nueve  
de la primera parte de  
*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*,  
de Miguel de Cervantes



## Roma, abril de 1558

La humedad del Tíber y la fina lluvia habían empapado el hábito del anciano padre Guareschi, que avanzaba incómodo y apresurado por la explanada, donde, un siglo después, se levantaría la monumental plaza de San Pedro. Hubiera querido regresar al convento, muy inmediato a la nueva basílica. Pero no podía detenerse, y mucho menos retrasar el encuentro. Le dijeron que eran órdenes expresas del Papa. El celoso y contrarreformista Pablo IV vivía una obsesiva cruzada antiprotestante, incluso en sus propios dominios, pues había purgado los conventos romanos en busca de todo tipo de escritos que pudieran ser un atisbo de reformismo. Esto era bien conocido por el padre Guareschi, que trataba de disculpar esa actitud, tan poco beneficiosa para su Iglesia, enferma de poder. Aunque la justificaba porque era un hombre bueno, y la bondad de corazón podía perdonar, incluso, a un mal pontífice.

El sacerdote no sospechaba que su encuentro era con el Santo Oficio, organismo predilecto del Papa, porque le permitía controlar con mano férrea a pastores y rebaño. Pensaba Guareschi que cualquier alto prelado requería de sus servicios como experto bibliotecario de la nueva sede vaticana. No contentos con su propia condición, era frecuente que los príncipes de la Iglesia hicieran pasar por decisiones del pontífice los requerimientos propios. No por humildad, sino, precisamente, por lo contrario, pues cuando decían que una orden personal era del Papa, no hacían más que traicionarse y mostrar cuánto querían ocupar su lugar.

Le había ocurrido en otras ocasiones. Incluso a deshora, como llegan las peticiones de los poderosos, más cuidados de ellos mismos que de no ser inoportunos. Algún cardenal enviaba a cualquier precipitado Hermes para así disponer de una obra excepcional. «Hermes», sí, no tanto por lo que tenía de mensajero como de dios del hurto, pues era frecuente que los libros no se restituyeran. Pero el padre Guareschi se había inventado un truco, el mismo que utilizaban los purpurados. Enviaba una comitiva con deliberada pompa, para recoger el libro prestado, alegando que «El Santo Padre tiene el gusto de leerlo». No fallaba.

Entró por el atajo que los albañiles y artesanos utilizaban con tanta frecuencia, y el que, en tono de conciliábulo, se denominaba *Porta dil pianto*, puerta del llanto, porque era la que altos dignatarios utilizaban para ciertas salidas a la ciudad de las que con mala conciencia volvían directamente a los confesionarios.

Al anciano le gustaba el brillo que el pontificado pretendía imprimir a la ciudad, pues aunque se consideraba profundamente romano —a pesar de ser calabrés—, y sentía a Roma como centro del mundo, también la consideraba sucia y cargada de



olores hediondos a hervidos y orines. Lo achacaba al hacinamiento de las casas baratas, muy próximas a su convento.

Pero, con todo, lo que más le desagradaba era el penetrante olor de la humedad. Un algo que rezumaba la vejez de las piedras. Fría y sucia humedad que caracterizaba tanto a mansiones y conventos como a callejones infectos. Un olor que para Guareschi era el de lo viejo. Le suscitaba ideas de impotencia, de amargura y de mentira. Sí, esa oscura y pegajosa humedad de las piedras también la identificaba con el olor de la mentira.

La verdad, en cambio, debía de emanar cierta luminosa blancura, cargada de transparencias y una frescura ligera. La verdad —para Guareschi— se asimilaba a la risa de las ninfas en las fuentes. No es que creyera en seres mitológicos (aunque media Roma amaba a Dios los domingos y perseguía a las Náyades los demás días de la semana), pero en Calabria, siendo un niño, cuando pastoreaba las ovejas con su hermano en el monte, oyeron voces como de cristal. La curiosidad los llevó hasta un bosquecillo cercano, con un tímido manantial que pendía de una roca, proveniente de algún nevero, y bajo él, descubrieron dos muchachas a medio vestir, cuyos más delicados secretos ocultaban el agua y las risas. «¿Quiénes son?», preguntó. «Ninfas», repuso su hermano en voz baja, para no ser descubiertos. «¿Qué hacen?» «Ríen —volvió a responder—, son ninfas; pero si te mueves o hablas desaparecerán.» Y ahí quedaron en silencio, no recordaba cuánto tiempo.

Con los años supo que no había ninfas en las fuentes, pero no pudo olvidar esas risas que tenían el frescor de la inocencia.

Ahora, con la blancura de sus mármoles nuevos, las grandes salas y la luz que todo lo traspasaba, pensaba dichoso que Roma quería, nuevamente, enamorar al mundo, y que sus magníficos edificios vaticanos serían el símbolo de la Buena Nueva, de su inocente alegría, en la que creía y a la que dedicó su vida.

Atravesó el largo y amplio pasillo con la severa mirada del *Moisés* de Miguel Ángel. Otras veces lo había observado, sintiéndose reconfortado. En verdad, aquello era una copia hecha por el propio artista, después de que el original adornara la tumba del Papa Julio II, fallecido hacía años.

Desde que se expusiera tan magna escultura, y pese a que ésta conservaba el punto de vista más alto que el del espectador, se decía que cuando alguien al alejarse se volvía y sentía la dura mirada del profeta de Israel, era por haber hecho una mala confesión. Pero al padre Guareschi jamás le pasó algo así. Por otra parte, su vida únicamente eran la oración y los libros.

Según se acercaba a la biblioteca oyó un rumor. Su secretario, Pietro, y sus jóvenes ayudantes, a un lado, observaban atónitos una inusitada escena, incapaces de decir algo. Varios dominicos, que no se habían dignado esperar al bibliotecario, con aparente frialdad recorrían los anaqueles de la enorme sala, sacando algunos libros que directamente tiraban al suelo. El padre Guareschi conocía de sobra los entresijos de su querida Iglesia. Sólo le bastó ver los hábitos de sus visitantes para comprender: el Santo Padre había enviado a los inquisidores. Por eso, aunque cada libro tirado al suelo era como un golpe en su cansado corazón, no dijo nada.



Pero ¿era celo religioso o se dejaba ver un impuro rasgo de maldad en aquel ejercicio expurgador? Guareschi asistió silencioso a todo el proceso, que duró lo que tardaron en localizar unos trescientos títulos, contrastados con varias listas que se habían repartido. Cuando los frailes acabaron la tarea, no hablaron. No sintieron la necesidad de explicarse ante él. A fin de cuentas, un hombre de libros, aunque fuera el conservador de la biblioteca, siempre podía estar en entredicho, contaminado por lecturas inadecuadas.

Quien parecía el de más autoridad, miró a los jóvenes sacerdotes y no hicieron falta palabras, comprendieron con la lucidez que da el miedo que habían de recoger los volúmenes y cargarlos al lugar donde se les mandara.

Muy de prisa aparecieron sacos y arcones que los jóvenes llenaron con los libros tirados en la mitad de cada pasillo de estantes. Una vez estuvo todo, la comitiva esperó que el mismo fraile de más autoridad iniciara la marcha. Éste, con un gesto de cabeza y una débil sonrisa que querría parecer el respetuoso reconocimiento al padre bibliotecario, salió y caminó pasillo adelante, no sabemos si con la severa reprobación del profeta de Israel que vio pasar ante sí tan preciosa y maltratada carga.

El padre Guareschi tuvo que sentarse, porque sintió que el corazón le fallaba. Había en aquel proceder un algo que le producía sentimientos encontrados. Su fidelidad al pontífice Giampietro Carafa había sido tanta, a pesar de que los pocos años que llevaba como vicario de Cristo habían tenido una sorda acogida en Roma, que aquel gesto del Santo Oficio le pareció una reprobación que no se merecía; en cierta manera, una injusticia, dado que por encima de defectos y maldades del Santo Padre, a pesar de su conocido nepotismo, Guareschi defendía al pastor romano, entendiendo que era mejor un mal representante de Cristo que el desorden y la hidra de cien cabezas que suponía la herejía protestante que crecía en los estados europeos.

Por otra parte, algo le decía que detrás de ese desafortunado suceso —los libros eran su vida— se escondía un gran error. Esos textos no podían ser tan malos. El problema estaba en el corazón de los hombres que no sabían leer en ellos, incluso para encontrar esa parte de verdad que habita en el error. Dudaba, como dudó siempre, que unos pocos pudieran arrogarse el saber absoluto, con esa certidumbre que, paradójicamente, todos los contrarios también decían tener para imponer sus ideas. Europa se convertía en un patio de vecinos, donde unos reprochaban a otros no sabían bien qué, pero todos estaban dispuestos a enzarzarse en una de esas peleas que tantas veces había visto en las barriadas más pobres de Roma.

El padre Guareschi no podía decir en alto lo que pensaba, porque, aunque fiel a la Iglesia, era erasmista. Y no pasaría un año sin que las obras de Erasmo de Rotterdam se incluyeran en el *Index librorum prohibitorum*, el índice de libros prohibidos, criticadas por católicos e incluso luteranos, si bien el brillante escritor había sido protegido por el no menos lúcido emperador Carlos V, y las *Anotaciones sobre el Nuevo Testamento* —ahora prohibidas— habían sido aprobadas por el Papa León X, unos años antes, en septiembre de 1518.

—Pietro, tráeme algo de beber.



—¿Algo caliente?

—Da igual.

El padre Guareschi se quedó solo en la gran biblioteca, donde se agrupaban miles de valiosos volúmenes.

*La familiaridad con los libros lleva a la locura<sup>1</sup>.*

Recordó. Una frase que Erasmo ponía en boca del abad Antonio, cuando discutía con Magdalena, la mujer ilustrada.

Pietro regresó con una copa. Era vino. El bibliotecario bebió.

—¿Has visto lo que han hecho, Pietro?

—Sí, padre. Nos han traído su miedo.

—Aquí, donde sólo había libros.

—¿Qué quieren? —preguntó el asustado secretario.

—Supongo que pretenden salvar a los hombres a través de la ignorancia.

—Y eso ¿puede ser?

—Si Dios es sabio, también habrán de serlo sus hijos. «Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto», nos lo pidió Él mismo. La ignorancia no puede ser el camino, Pietro.

—¿Os pongo más?

—No, sólo... se me había secado la garganta. No me salían las palabras cuando vi que me las robaban.

—¿Estáis mejor?

—Ánimo no me falta, aunque supongo que muchos libros sí.

—No todos —respondió con una sonrisa Pietro, mientras sacaba un pequeño volumen del pecho de la sotana y se lo ofrecía al sacerdote—. Éste no lo vieron.

—*Speculum cordis*, loado sea Dios.

---

<sup>1</sup> Erasmo de Rotterdam, *Coloquio XI*.



## Roma, marzo de 1561

Pablo IV, avergonzado por las tropelías y barbaridades de su sobrino Cario Carafa, Secretario de Estado, ordenó que fuera expulsado de Roma. Pero como nunca se cumplió la expulsión, meses después de aquella decisión, tras el fallecimiento de Giampietro Carafa —en agosto de 1559—, los romanos estallaron en tumultos. El resentimiento por culpa de la arbitrariedad y nepotismo de quien decía representar al Creador en la Tierra, hizo que los más decididos corrieran al Capitolio y decapitaran la enorme estatua del Papa, haciéndola rodar por las calles hasta hundirla en el Tíber. Otros la emprendieron con los edificios inquisitoriales. Y aunque la historia oficial culpó al populacho de estos desmanes, el siguiente Papa, Pío IV, vino a dar la razón a los romanos con un hecho contundente: ordenó que Cario Carafa fuera estrangulado en Sant'Angelo.

Esto pudo suponer un cambio en la actitud del bibliotecario, confiado en la probable restitución de los libros requisados por los inquisidores. Pero, por si acaso, el padre Guareschi decidió no devolver a los anaqueles vaticanos la obra rescatada por su secretario. La razón era muy simple, no lograba comprender cómo el obsesivo afán de protección de la fe podía llevar a una institución de la Iglesia a secuestrar y, muy probablemente, destruir obras conservadas en la misma casa del Papa. Era su propia biblioteca, aquella a la que nunca accederían los fieles. Y aunque éste lo hubiera tolerado, o incluso deseado, le parecía tan contrario al buen juicio y a la propia verdad que casi le producía rubor.

El bibliotecario se enfrentó a un sentimiento nuevo que no ahuyentó, aunque le pareció pecaminoso. Era una profunda satisfacción al ocultar la obra en cuestión. Tenía la absoluta certeza de que, en algún momento, cuando conviniera, debería ser leída por otros, ser conocida por la Cristiandad.

El padre Guareschi sabía demasiadas cosas, por eso, en principio, y de manera cautelar, callaba, como calla el médico una enfermedad vergonzosa a cualquiera que no sea el enfermo, o como calla el abogado el delito del cliente a quien debe defender. Él era el guardián de los documentos, se sabía responsable de éstos, y su prudencia era lo que había convertido la biblioteca en tan valioso legado. Confiaba en que, tiempo después, cuando Dios se apiadara de las torpezas y veleidades de sus hijos, muchas cosas podrían saberse sin que hubiera escándalos, con la suficiente madurez como para aceptar dónde estaba el error y dónde la verdad.

Con la discreción de un eficaz archivero, había puesto a buen recaudo el entramado de correspondencia y documentos curiales.



Guareschi ocultaba celosamente cartas que podían demostrar la falsedad de la famosa *Donación de Constantino* aparecida en el siglo VIII y rechazada por reyes e incluso clérigos, al considerarla éstos un ardid del papado para hacerse con el poder temporal. Otorgada al Papa Silvestre I por el emperador en el siglo IV, constaba de dos partes, la *Confesión* y la *Donación*. En la primera, Constantino reconocía haber sido catequizado por Silvestre, quien curó milagrosamente su lepra. En la *Donación* otorgaba al Papa extensos poderes sobre los demás patriarcas y obispos, cediéndole posesiones y derechos que lo igualaban al propio emperador<sup>2</sup>.

Incluso conocía la falsedad de las *Decretales Pseudoisidorianas* elaboradas en el siglo IX con el mismo fin por un sacerdote franco al servicio del Papa Nicolás I. Pero, bien pensado, ¿era el momento de andar removiendo aquello? Además, en todo caso, hubiera servido para fortalecer a los protestantes que ganaban posiciones en Europa. Y aunque tras este asunto latían importantes cuestiones teológicas, le parecía de mayor conveniencia que no salieran a la luz armas arrojadas, pues iban a enturbiar más las agrias polémicas en las que se debatía la Iglesia.

Por otra parte, no temía la desaparición de tales documentos, que eran necesarios para el papado. La ventaja estaba en que las pruebas de las falsedades se hallaban implícitas en los mismos textos (por ejemplo, Constantino nunca tuvo lepra), así que sólo cabía esperar que el tiempo, la madurez de las naciones y de su propia Iglesia acabaran sacando a la luz todas aquellas mentiras que cubrían a la sede de Pedro de tinieblas y escondida vergüenza.

Puede comprenderse que el padre Guareschi fuera, aunque católico fiel, soterrado erasmista. Con Erasmo de Rotterdam creía en el reformismo de las costumbres y las instituciones religiosas. Repudiaba que en nombre de Dios se incitara a la guerra, ponía en tela de juicio el monacato...

En definitiva, el viejo bibliotecario vaticano supo ver el peligro que representaba que unos cuantos hombres, en nombre de la verdad, intentaran privar a otros del conocimiento. Y escondió el preciado *Speculum cordis* para que no fuera destruido.

---

<sup>2</sup> En el siglo XV, Nicolás de Cusa consideró el texto como apócrifo y Lorenzo Valla descubrió la falsificación, estudiando el estilo gramatical con respecto a escritos antiguos.



Madrid, diciembre de 1569. (Ocho años después)

Los alumnos salieron en Tropel. Eran jóvenes y no niños, pero corrían porque acababa de nevar. El maestro López de Hoyos, desde la ventana, meneó la cabeza en señal de desaprobación. Aunque los toleraba, porque eran buenos estudiantes, y también, a pesar de todo, los suyos eran los únicos Estudios de la Villa, enseñanza previa a la incorporación a la Universidad.

En la calle, un tullido apostado en una esquina cercana advirtió que López de Hoyos había apagado la última luz del aula. Seguramente, con ánimo de dirigirse desde el interior del edificio al otro lado de la manzana, donde con tan sólo atravesar un corral se encontraba la vivienda que le había asignado la villa.

El tullido se entretuvo viendo cómo aquellos jóvenes se provocaban con bolas de nieve, poniendo en jaque a otro, entre risas, a cuento de alguna muchacha.

Por fin, arrastrando su malformación, tuvo que atravesar aquella Troya y recibió un par de bolazos por los que maldijo, pero sin detenerse hasta llegar a un callejón cercano donde le esperaba alguien en un discreto coche de caballos.

—Ya debe de estar en el otro lado, don Juan —dijo a quien se ocultaba tras la cortina de la ventanilla.

—Bien. Pues será en cuanto anochezca. ¿Cuándo viste al correo?

—A la del alba, pero, perdonad la pregunta, ¿qué importa la hora?

—Porque cuando se recibe una carta de interés solemos entretenernos con ella e incluso llevarla encima. En cambio, si han transcurrido horas, puede que esté guardada en cualquier parte. Sólo es cuestión de buscar.

El tullido sonrió, la observación le pareció muy atinada.

La nieve se quebraba en el empedrado por los fríos de la noche, que comenzaban a helarla. Pero el grupo de hombres prefirió ir a pie, era la manera de no llamar la atención. El conjunto, en la oscuridad, dibujaba una forma siniestra sobre el fondo blanco del callejón, aunque eran alguaciles. La presencia de éstos en las solitarias calles de Madrid reconfortaba a cualquier hombre de bien. El trazado urbano mal iluminado, irregular y estrecho —en parte por su origen árabe— favorecía el encuentro con desalmados dispuestos a robar la bolsa, la vida o ambas. La capital del Imperio, que lo era tan sólo desde el año sesenta y uno del siglo, había crecido desordenadamente. Poco cuerpo para tan gran traje, decían algunos. Calles angostas y embarradas, casas de un piso y triste apariencia, construidas



maliciosamente —para evitar la *regalía de aposento*—, y palacios que eran casonas sin mucha envidia, con más voluntad de serlo que maneras.

Llegaron ante los Estudios y, ya con mayor sigilo, rodearon la calle, toda ella de casas bajas para no elevarse sobre un convento inmediato y no importunar la paz de las monjas, atisbándolas rezando o con sus quehaceres en el huerto y jardín.

Los alguaciles, como ladrón en la noche, buscaron esa secreta hora, intentando impedir que algún noctámbulo los viera. Fue entonces cuando, con gran habilidad y medido esfuerzo, violentaron la puerta de la escuela.

—Don Juan, ya.

Entraron como sombras.

—Encended un par de candiles, no más.

De no ser por las tímidas luminarias, entre la oscuridad, las ropas y las barbas canas habrían pasado por almas en penitencia. El severo estilo en el vestir de los hombres, impuesto por el propio Felipe II, había ensombrecido la Corte española donde las gorgueras blancas eran la única salvedad que alegraba las ropas.

El aula olía a humedad y a madera. Ese olor tan característico, que durante siglos perduró en las escuelas. Constaba de tres hileras de bancos y pupitres corridos, arropados por varios armarios de libros, además de la mesa del maestro López de Hoyos, y un amplio sillón de madera y cuero sobre el que, inevitablemente, roncaba a media mañana, para solaz de sus discípulos (todo aquello bien poca cosa, porque la ciudad tenía al emperador, pero Alcalá de Henares la universidad y los doctores).

Varios alguaciles revolvieron por la mesa.

—La tengo —dijo uno de ellos.

No fue difícil dar con la carta, colocada en el escritorio del maestro, encima de algunos pliegos y bajo una cruz de pie puesta como pisapapeles. Don Juan de Medina, jefe de alguaciles, leyó con voracidad. Al acabar de hacerlo, estrujó la hoja entre sus manos.

—Miguel de Cervantes está en Roma. Ese hijo de mala madre está en Roma.

—¿Y ahora? Porque hay una distancia grande —replicó uno de los alguaciles.

—Mi voluntad es mayor —sentenció Juan de Medina.



## Roma, enero de 1570. (Un año después)

Pío V, el brillante Papa Ghislieri, elegido en el cónclave por unanimidad —sin olvidar las sutiles presiones del embajador español a favor de esa solución—, había llegado a Roma para traer el aire fresco de la honestidad, frente al nepotismo de su antecesor. Pues si cometió el error de excomulgar a la reina Isabel de Inglaterra llevándola a posiciones reformistas, en cambio, se empeñó en el cumplimiento de las normas del concilio de Trento y frenó el poder turco en el Mediterráneo cuando, en octubre de 1571, la Liga acorraló a la poderosísima flota musulmana en el golfo de Patrás.

Pero al Papa también le preocupaba renovar la curia. Así, envió un recado al jovencísimo monseñor Acquaviva, advirtiéndole que pronto recibiría de sus manos el capelo cardenalicio. Ghislieri tenía buen corazón, y lo que hacía, adelantándole una noticia tan extraordinaria, no era más que el regalo a un joven prelado, pues sabía que iba a celebrar la nueva con verdadero alborozo.

Y así fue. Pero la alegría se mudó en inquietud cuando recibió la visita de un querido amigo, mucho mayor que él, el cardenal Gaspar de Cervantes y Gaete.

Habían dejado entreabierta la puerta del despacho, quizá porque el joven sacerdote fue muy cuidadoso al seleccionar a sus criados y confiaba plenamente en ellos.

—Ya lo sé, don Gaspar, me lo contó el mismo Miguel, pero vos me lo ocultasteis.

—Es cierto, porque, sabiendo los hechos, jamás culpé al muchacho. El tal Antonio de Segura y varios de sus amigos le tendieron una trampa ante la explanada del Alcázar. ¿Conocéis Madrid?

—Claro, fui en nombre del Santo Padre para dar el pésame al Rey Felipe por la muerte de don Carlos.

—Se me olvidaba..., qué triste y oscuro suceso. Que de mala manera vivió y de peor murió.

—El Alcázar... —apuntó compasivo Acquaviva al anciano y desmemoriado Cardenal, que interrumpió un relato sobradamente conocido por el joven.

—¡Ah, sí! Pues en el Alcázar, creo que por un asunto de amores emboscaron a mi sobrino.

—Que no es menos hábil con la espada que con la pluma —señaló Acquaviva.



—¿Escribe? Sé que quería hacerlo, porque cuando falleció la malograda Isabel de Valois, ¡qué joven más dulce!, López de Hoyos recibió el encargo de preparar el libro sobre las exequias, y ahí publicó Miguel algún poema.

—Me lo recitó él mismo.

—Sabéis más que yo de ese truhán. Reconozco no haberlo leído. ¿Es bueno?

—Lo será, es un vino joven y hay que darle tiempo.

—Como a vos; me parece que el Santo Padre os ha adelantado las nuevas.

—Un hombre bueno, y aquí vivimos de regalo.

—Pero no he venido a felicitaros —dijo el Cardenal.

—¡Ah...!

—El embajador Juan de Zúñiga me adelanta otras noticias nada buenas para vuestra casa; Juan de Medina, el jefe de alguaciles encargado del caso de Miguel, envía a varios hombres; nuestro embajador de España tiene la certeza de que quieren dejar cerrado el asunto como sea.

—¿Qué es «como sea»? —preguntó Acquaviva.

—Como pudieren, pero sin descuidos ni blanduras.

—¿Tan importante resulta uno de mis camareros para la Justicia de Madrid?

—Al parecer ese Antonio de Segura tiene influencias en la Corte.

—Muchas han de ser.

Acquaviva anduvo por el amplio despacho, dando vueltas en actitud reflexiva.

—Aprecio al muchacho —añadió el joven prelado.

—¡Qué diré yo si es mi sobrino!

—Disculpadme, Eminencia, qué tontería, claro, ¿qué sugerís?

—Sacarlo de la casa, supongo.

—No quedará más remedio.

—El problema no es Miguel —añadió el Cardenal.

—Me tenéis desconcertado, bombardeáis mejor que el turco. Decidlo de una vez.

—También hay que sacar lo que guardamos.

—¿Eso? —preguntó Acquaviva enfatizando la palabra.

—Sí, eso. Teméis pronunciar su nombre, ¿verdad?

—*Speculum cordis...*, es cierto. Está a buen recaudo, en una de las habitaciones de los sótanos.

—Roma no parece ahora un lugar seguro.

—Nunca lo fue, no sé por qué salir con esto, don Gaspar —replicó algo molesto, el joven.



—Juan de Medina, el jefe de alguaciles, ha hecho correr la especie de que los Cervantes no son cristianos viejos.

—¿No son? ¿Y vos no sois un Cervantes?

—Yo he tocado techo, habláis con un viejo cardenal, la cosa no va conmigo, por Dios. En todo caso, me corresponderá librar la batalla contra ese alguacil obsesivo y el tal Segura.

—Entiendo..., pero no veo el alcance del asunto.

—Estáis a punto de recibir el capelo cardenalicio, ciertos hermanos de religión acecharán esta casa en cuanto la Justicia de Madrid difunda que guardáis a un delincuente y converso.

—Los inquisidores..., carroñeros de Nuestro Señor. Siempre están ahí. Y lo peor, azuzados por esa fijación antijudaica, tan excesiva en los reinos del Rey Felipe — replicó con un gesto de indignación Acquaviva.

—Como veis, os puede resultar incómodo.

—Pero lo peor es lo otro, ¿verdad?

—Habéis comprendido. Esos dominicos no tardarán en aparecer; dada vuestra posición vendrán lisonjeros, pero no os fiéis. El colmo es que, si por una desgracia encontraran el libro... No me perdonaría un error así.

—No sucederá —dijo el joven prelado, al tiempo que hizo sonar una campanilla.

—Un refrigerio para don Gaspar.

De inmediato, llegaron varios sirvientes con bandejas repletas de dulces y dos jarras de vino. Acquaviva no quiso tomar nada. Estaba preocupado, taciturno. Volvió a dar vueltas por la habitación. Por fin, se sentó.

—Que salgan juntos.

—¿Cómo? —replicó el Cardenal, pues ahora era él quien no comprendía la intención de su joven interlocutor.

—Sí, alejar a Miguel de aquí es más fácil que quitarnos de encima a la congregación. Tengo la certeza de que intentarán molestarme y puede que se las apañen para meter las narices por toda la casa. No es asunto que me agrade comentar, pero, es cierto, ya lo hicieron en alguno de los palacios; oí que encontraron el acceso a lo más secreto por las alcantarillas. Así que será Miguel quien lo lleve lejos y lo esconda.

—¿Dónde? —preguntó don Gaspar.

—¿Y si fuera mejor no saberlo? Nuestro desconocimiento evitaría suspicacias, y el libro quedaría a salvo, al menos para otras generaciones.

—Tenéis razón, aunque me apena. ¡Todo es tan complicado! —se quejó el anciano.

—No veo que sea el momento para que el *Speculum* salga a la luz, máxime cuando parece tan necesario frenar al turco.



—Pues actuad como convenga.

—Entonces, hemos de ser rápidos; Miguel saldrá del palacio esta noche, se llevará el libro y lo esconderá —replicó Acquaviva.



Madrid, 25 de octubre de 1658. (Ochenta y ocho años después)

Venía envuelto en una especie de guardas de piel oscura y gastada, y cuidadosamente protegido por una fina cinta de cuero que rodeaba el citado ropaje y se anudaba en uno de sus lados, fortaleciéndolo con un sello de lacre sin impresión alguna. El padre Alonso de Grimón, médico jesuita del Colegio Imperial de Madrid, lo volteó varias veces, esperando encontrar en aquella guarnición algún signo que se refiriera al remitente.

—Pero ¿no has visto su rostro? —volvió a preguntar.

—Ya le he dicho que no —insistió el novicio—. Sólo aprecié que era mayor, pues su mano, al deslizarse entre el terciopelo de la cortina, me pareció huesuda y seca, y varón era porque, aunque habló en un tono deliberadamente bajo, pude advertirlo. Pero poco más. Discúlpeme Su Paternidad, la próxima vez intentaré ser más observador. Me pilló por sorpresa.

—¿No llevaba ningún distintivo el carruaje?

—Si los tuvo, quedaron bien disimulados.

—¿El cochero?

—Yo diría que de alquiler, porque vestía con cierto desaliño, a pesar de que pretendía aparentar dignidad.

—Repítemelo.

—¿Otra vez? Me dormí rezando, ya sabe Su Paternidad que a mí, por no sé qué maliciosa razón, la *Oración para tener una buena muerte* me da sueño.

—Buena no sé, pero te pillaré descansado —ironizó Alonso—. Al grano.

—Pues eso, que me despertó el coche delante del Colegio, salí de la portería y ya vi el recado asomando por la ventanilla. Fue entonces cuando me dijo: «Para el padre Alonso, con presteza.» Cogí el encargo, y el desconocido escondió la mano entre las cortinas. Sentí cómo golpeó el techo, y el cochero arrancó alejándose.

—Ya, ya, gracias.

El jesuita intentó romper la cinta de cuero con sus manos.

—Deje, le traigo algo. Ahora vuelvo.



—Pero no vayas rezando.

Solícito y sonriente por el fino humor del padre Alonso, el novicio regresó con una cuchilla que le entregó al sacerdote, quien, en la misma portería, abrió el paquete, sacando un sencillo libro de reciente edición: *Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid, fuera del campo, a quien comúnmente llaman los perros de Mahudes*.

En letra de un cuerpo menor se leía: *Vulgarmente denominado «Coloquio de los perros»*. Por Miguel de Cervantes Saavedra. Y tras varias dedicatorias de rigor, podía leerse a pie de página: *Impreso con licencia en Valencia, en casa de Patricio Ferrer, a costa de Pedro Yáñez, mercader. Año 1658*.

Alonso volvió a guardarlo, sin que el joven estudiante quitara ojo al libro.

—¿Y no querría decir «para la librería del Colegio»?<sup>3</sup>

—¿Para ello tanto misterio? —replicó serio el novicio.

—Pero no me has respondido.

—Ya le he dicho que no y que me parecería inadecuado para regalar un libro. Se esconde quien hace mal y no quiere ser descubierto.

—Es una buena observación —le sonrió Alonso, mientras se alejaba para subir las escaleras hacia el primer piso.

—Padre Alonso —lo detuvo Tomás, que era como se llamaba el joven.

El jesuita se volvió.

—Es raro, ¿verdad?

—Sí, es poco menos que extraño —contestó el sacerdote.

—¿No estará en el *índice*? —añadió el novicio, suspicaz, refiriéndose al *índice de libros prohibidos* que editaba el Santo Oficio para listar las lecturas expurgadas y prohibidas.

—Mira que eres capcioso, Tomás. No, no me refería a eso. Lo que suma extrañeza al asunto es la fecha de la edición.

—No lo comprendo.

El padre Alonso anduvo sobre sus pasos para acercarse al estudiante, que aquel día hacía el turno de portería.

—Me sorprende que sea una edición tan nueva, porque siendo de este año, está claro que se ha adquirido en estos meses.

—Sigo sin entenderlo.

—Ve a la librería y busca el *Coloquio* más antiguo que se conserve. Luego dime la fecha.

Alonso, al contrario que el resto de los miembros de la Compañía de Jesús, tenía su habitación en el primer piso, que era, además, el de los alumnos internos y las

---

<sup>3</sup> En este siglo, solía utilizarse el término «librería» para referirse a la biblioteca.



aulas ordinarias, así como el de la librería del alumnado, diferente de la gran librería o biblioteca de la Compañía —la mejor de la Corte— en el piso bajo, junto a las habitaciones del profesorado y otras dependencias.

Volvió a desempaquetar la obra, hojeándola desde la primera a la última página. En efecto, era aquélla una edición sencilla y de correcta impresión, sin nada llamativo para un bibliófilo. Por lo precario de su edición, no incluía grabados, algo muy corriente en otras obras de la época, las cuales se editaban buscando la baratura, suprimiéndose lo superficial y reduciéndose los costes en el papel, que cuando se quería economizar era el de los monjes de El Paular (en la sierra madrileña) por ser de peor calidad.

Tan sólo una enigmática frase figuraba en uno de los márgenes de la obra, escrita con tinta y letra muy esmerada:

*El jugar a juego descubierto ni es de utilidad ni de gusto*

Le pareció una cita del *Oráculo Manual y Arte de Prudencia* de otro destacado miembro de la Compañía, el conceptista Baltasar Gracián y Morales.

Tomás no tardó en llamar a su puerta.

—¿Da su permiso Su Paternidad?

—¿Mil seiscientos diez...? —preguntó el padre Alonso, como quien prueba suerte.

—Trece. Mil seiscientos trece —repuso el novicio—, al menos, ésa es la fecha de la edición más antigua de las *Novelas ejemplares*, entre las que se incluye el *Coloquio de los perros*.

—Y tendría sentido —añadió Alonso— que a título de donación, ya por su valor crematístico o simbólico, se le hiciera llegar una primera edición a un amante de los libros. Si es que alguno me tiene por tal.

—Se le tiene por tal.

Y el novicio guardó silencio ante el jesuita, quien esperaba del muchacho que abundase en la reflexión.

—Voy comprendiendo —añadió Tomás—. Su Paternidad no ve la necesidad de misterio para algo normal como es una reedición tan última.

—Exacto.

—¿Desea algo más? Puedo ayudarle a ordenar.

—Te tocaba portería, ya te he dado asueto mandándote a la librería.

—Tiene razón.

—Otra cosa, cuando te tendió el libro, ¿oliste a perfume? Quiero decir, al descorrerse la cortina del coche y sacar la mano.

—Eso querría usted.



—¿Cómo? —preguntó Alonso endureciendo el gesto, aunque por frisar los cuarenta, por lo mucho vivido, su rigidez era fingida.

—¡Una broma, una broma! Poco bien le hace el clima de Castilla al humor de Su Paternidad.

Alonso se sonrió, cabeceando como quien no acaba de dar crédito a tanta desfachatez. Pero era grande la confianza que le tenía el muchacho.

—Espero que, cuando prediques en el Perú o en las Filipinas, uses la misma falta de vergüenza por el Evangelio.

—No es menor mi respeto hacia Su Paternidad que mi ligereza de lengua.

Se fue pontificando mientras levantaba el índice.

Y el sacerdote quedó con el libro entre las manos, satisfecha su curiosidad con respecto al año de la primera edición, pero grandemente extrañado por aquella teatral entrega del volumen. Tomás tenía mucha razón al comparar el regalo con la donación secreta de un libro que figurara entre los prohibidos.

Atardeció pronto sobre Madrid porque las nubes de la sierra de Guadarrama cubrieron su cielo de otoño, envolviendo la ciudad con una lluvia fina, estéril y molesta. La falta de luz le obligó a encender el velón del escritorio. En su cuarto, el padre Alonso ordenaba la mesa de trabajo intentando —de manera vicaria— poner orden en sus ideas.

Había colocado el mentado *Coloquio* en un estante, al lado de obras de Lope, de las *Antigüedades judías* de Flavio Josefo, *La perspective curieuse* de Jean-François Nicéron y *De Obsidione Bredana* del jesuita Hermann Hugo, donde se analizaba el asedio a Breda por Ambrosio Spínola, y que inmortalizó un contemporáneo, Velázquez, en el llamado *Cuadro de las Lanzas*. Todos los libros ordenados, o cabría decir apartados, no en razón de sus temas sino por ser las últimas obras que había adquirido. Resultaba, por lo tanto, un *totum revolutum*, que, a su vez, venía a descansar estantes abajo sobre la gran mesa en la que se amontonaban tarros de farmacia, correspondencia, puntas de flecha de los indígenas de sus días en misiones, algún resto fósil, volúmenes de medicina y otros sobre las lenguas nativas de Nueva España.

No tardó en olvidar el anecdótico regalo y, exceptuando su salida para oficiar en la capilla y una colación muy ligera, después de ordenar toda su papelería, continuó enfrascado entre escritos y diferentes lecturas. Y la luz de su cuarto, que daba a la populosa calle de Toledo, fue la última que se apagó en el Colegio.

Lo ocurrido en aquella madrugada habría conmocionado a la misma Roma de haberse sabido las circunstancias de tan funesto suceso. Pero a nadie convino, si bien cada quien habría aducido muy diferentes y encontradas razones, y todas necesarias para que fuera silenciado, o por lo menos, convenientemente disimulado.

Fray Nicolás, ayuda de cámara de don Diego de Arce y Reinos o —presidente de la Suprema Inquisición—, amaneció en hora muy temprana para avisar a Su



Excelencia y acompañarlo hasta la capilla que los dominicos tenían en el Tribunal de Corte, en la parte reservada para residencia del Inquisidor General, junto a las oficinas y las cárceles. Enorme esquinazo de edificios, iniciado hacía escasamente ocho años, en la calle llamada, desde entonces, «Inquisición», y que, muchos años después, se denominaría de Isabel la Católica (junto a la Gran Vía de Madrid).

Fray Nicolás, con el alma domeñada por las múltiples mortificaciones, hubiera deseado maldecir el frío húmedo del edificio, que penetraba hasta los tuétanos y convertía cualquier cilicio en un regalo para distraer la mente frente a tan insana atmósfera.

Caminó rápido, exhalando un vaho que casi marcaba una línea por el estrecho y mal iluminado pasillo de los cuartos —arquitectura trazada sin mucho esmero— hasta llegar a la puerta, que golpeó delicadamente.

—Ave María purísima.

Esperó.

No oyó respuesta.

Volvió a insistir, levantando algo la voz y aumentando también en algo la intensidad de los golpes con los nudillos.

—¿Excelencia?

Y con la prerrogativa de intimidación que tienen los buenos sirvientes, optó por abrir la puerta. Pero la vio cerrada, lo que no era usual, ya que ese apartado lugar de la casa no lo transitaba nadie excepto el camarero y el Inquisidor. Buscó en su hábito y sacó la llave de la habitación.

Don Diego de Arce y Reinoso, vigésimo primer presidente de la Suprema Inquisición, estaba sentado en el sillón de tijera, junto a la mesa de escritorio de su austera celda. Inmóvil, parecía estar con el cuerpo levemente arqueado hacia fuera y la cabeza echada hacia atrás, sobre el asiento. Mucho más pálido que de costumbre, su perfil afilaba aún más la tan característica nariz aguileña. A simple vista, algún tipo de dolor lo había recostado, el mismo que le hacía tener la boca ligeramente entreabierta.

A un lado, en el suelo, entre la butaca y la mesa, había un charco de sangre.

Don Diego tenía los ojos abiertos, aunque Su Excelencia no dormía. Su mirada parecía haberse perdido en la oscuridad del techo del cuarto, y los ojos mostraban un aspecto vidrioso que fray Nicolás pudo contemplar muy de cerca, en otro tiempo, cuando siendo crío fue testigo del fallecimiento de su propio padre. Lo supo bien nada más observarlos. Parecía como si les faltara el alma, suerte de espejo vacío en donde nadie podría mirarse ni ser visto desde el otro lado. Por un momento se sintió, otra vez, el niño de entonces. Y en el hombre al que sirvió y que ya no estaba, pese a ganarle el camarero en años, rememoró al padre ausente.

Don Diego había sostenido en sus manos un libro en el que se veía marcada una frase bordeada con tinta. Último esfuerzo que debió de realizar el clérigo, ya que, estando la tinta aún fresca, soltó el libro en el regazo, manchando levemente la blanca camisa de dormir.



Fue al poner el volumen sobre el escritorio cuando el camarero vio que tenía clavado un fino estilete en un costado, a la altura del hígado.

En un primer momento no supo qué hacer. Quiso avisar a los demás hermanos, pero precisamente quien le interesaba, que era fray Juan, brazo derecho de don Diego y confesor del Rey, se hallaba camino de Valladolid, y no en la casa, en la que sólo había una hueste de secretarios jóvenes y probablemente imprudentes que habrían hecho correr como la pólvora la noticia del fallecimiento. Y bien sabía fray Nicolás que don Diego era también un altísimo personaje político y la discreción se hacía imprescindible. Aunque sacerdote, no era el camarero hombre de muchas lecturas, sino de habilidades, pero había oído que, incluso, estando muerto, Rodrigo Díaz de Vivar ganó alguna batalla a lomos de su corcel.

Era impensable para fray Nicolás dejarlo con aquella expresión vacía, por lo que le cerró los ojos e intentó recogerle los brazos que mostraban ya cierta rigidez. Con todo esto, notó también el frío del cuerpo, que llevaba unas horas sin vida.

Salió de la celda cerrándola con llave. Dio orden de que don Diego no fuera molestado, y abandonó precipitadamente el edificio.

Pero no se encaminó hacia el convento de Santo Domingo, sino que, calle adelante, por la de la Encarnación, inmediata al Tribunal, avanzó hacia la Explanada del Alcázar, donde tras dar señas de quién era, se adentró en el imponente edificio por una puerta que había bajo la Torre del Reloj, junto a la tapia. Y, una vez dentro, se llegó a otra, más pequeña, acceso para discretos, que fray Nicolás ya había utilizado en alguna ocasión para llevar o traer recados de importancia.

Subió las escaleras, sudoroso y con paso apretado, y fue recorriendo pasillos hasta las habitaciones de despacho del monarca, sobre el Patio de los Emperadores, donde sí debió de dar cuenta a la guardia, cuando le franqueó el paso, y a don Luis de Oyanguren, secretario del Rey, quien le preguntó por la naturaleza de la visita en hora tan temprana. Fray Nicolás le habló al oído. El cortesano mudó el rostro y, en aras de la discreción, le hizo pasar a una pequeña sala.

El Secretario corrió hacia el oratorio privado en donde el Rey, don Felipe —un hombre alto, entrado en los cincuenta, de apariencia grave, lento y señorial en los movimientos, muy aprendidos y ya connaturales—, escuchaba atentamente la misa. Oyanguren procedió como fray Nicolás, acercándose al oído del monarca para hablarle muy quedo. El Rey, sin más preámbulos se santiguó, se puso de pie, se arrodilló, volvió a arrodillarse junto a la puerta y salió del recinto hacia la salita, no sin sorpresa e incomodidad del sacerdote que oficiaba, quien, por la expresión, se diría que en la celebración era el todo y no la parte.

—¿Quién lo sabe? —preguntó el Rey con gesto preocupado.

—Vos..., vuestro Secretario y yo, Majestad.

—Está bien, vuelve a casa y dile a los demás que don Diego está indispuerto.

—Ya lo he hecho.

—Eso es sabio. Ahora...



El cuarto Felipe de los Austria guardó silencio. Miró al techo, pensativo, como si contemplara los *putti* que adornaban algo parecido a un *Triunfo de San Hermenegildo* y parecían entretenerse observándoles.

—...Ve al Colegio Imperial y busca al padre Alonso de Grimón, que es algo más que un buen médico y fue muy querido por don Diego. Dile que yo le he pedido que vaya a ver a su amigo. Lo acompañarás hasta la celda de Su Excelencia, y sólo en la habitación le harás ver la importancia de la situación.

El dominico, reconfortado por el apoyo del Rey, se dispuso a cumplir el cometido. A pesar de la gravedad del protocolo, salió de la pequeña sala con toda la premura que exigía la situación. Pero estando ya por el pasillo, el monarca se asomó y volvió a hablarle.

—¿Qué libro dices que tenía entre las manos?

—Un *Quijote*, Majestad.

Fray Nicolás, con la mucha rapidez con la que llegó hasta el Alcázar, salió de él, camino del Colegio Imperial, cuando don Luis de Oyanguren lo alcanzó jadeante. Fue cosa del Rey, aunque muy del último momento, que al religioso se le acercara en coche al Colegio de los jesuitas. Desconocía que los pies de fray Nicolás estaban más prontos que un Aquiles y, entre que esperaba y subía al carruaje, ya habría llegado. Pero la idea era buena, si el fraile llegaba cansado y con el rostro demudado por el disgusto —y esto ya lo llevaba—, habría suscitado habladurías. Todos sabían que era la sombra del Inquisidor General.

Aun así, cuando se acercó el coche al Colegio, la propia calidad del vehículo dejó a todos advertidos de la importancia de la visita, que esta vez escondía en su interior al mismo Luis de Oyanguren.

Salió del carruaje fray Nicolás, quien se topó con Tomás, ahora cargado de libros y libretas, camino de la sala de estudio. Pero el muchacho no quitó ojo al coche, que no al fraile; en todas las épocas, subir en buenos vehículos ha sido muy apetecido, aunque por lo inconveniente que resultara, a veces, más parecía muestra de ostentación que de inteligencia, y tan verdad era como que ya se formaban atascos en la calle Mayor, desde la Puerta de Guadalajara y antes, hasta la plaza de la Villa y los aledaños de la Explanada del Alcázar.

Cuando el padre Alonso vio al dominico intuyó algo. Le extrañó que le interrumpiera su lección de anatomía, pero no preguntó. Que el Rey lo requiriera para visitar a don Diego ya era razón suficiente para ir sin rechistar; aunque el hecho de que la visita la pidiera el monarca no auguraba nada bueno. Al menos, era una petición tan extraordinaria que sobraban preguntas y, siendo médico, lo que imaginó era que su amigo el Inquisidor se hallaba en un mal trance.

Alonso dejó a los alumnos estudiando y salió del Colegio.

Fray Nicolás, dentro del coche, presentó al de Oyanguren con las mínimas formalidades que daban el poco espacio y la gran preocupación del asunto. El



jesuita no hizo preguntas al Secretario. Educado en la discreción —era médico y sacerdote—, se malició que muy grave debía de ser la cuestión, si el propio Rey enviaba a su hombre de más confianza. Sólo se cruzaron miradas, y el de Oyanguren, cuyo natural era callado, pero profundo, sólo con el gesto supo decirle que la cosa era extrema. Tan claro lo sintió el padre Alonso que desvió la mirada del Secretario para ensimismarse, preocupado, y no dando crédito a lo que pensaba.

El camarero abrió la celda del Inquisidor, seguido por el padre Alonso y el enviado real. El primer pronto fue percibir el tufo del brasero a los pies del camastro, en el centro de la habitación. Ésta se hallaba en la planta baja de ese cuerpo de edificios del Tribunal, y era pequeña. Tenía una única ventana junto a la cabecera de la cama pero apenas se utilizaba por los rigores del otoño, aunque favorecía al cuarto con una luz cicatera y menguada, por la mucha madera de su tosca fábrica y la pequeñez del patio al que se abría.

A un lado de la puerta y en el lugar opuesto al camastro, había un mueble librería que estaba atestado de volúmenes, junto a un bargueño toscano con adornos de mármol, pequeños grotescos, y tres estatuillas de asunto religioso en hornacinas; más grande la central, representando a la Virgen María, en sustitución, seguramente, de algún dios mitológico.

El bargueño, con estilizadas columnas corintias al lado de cada hornacina, se coronaba con una balaustrada sobre la que descansaban algunas tallas, aspecto éste que hacía recordar a la *Basílica* palladiana en Vicenza. Junto a él había un arcón, también italiano, de evocaciones clasicistas.

En las desnudas paredes, exceptuando un gran crucifijo, el único adorno era una *vanitas* de Antonio de Pereda, un bodegón con calavera, tan del gusto del siglo, que tenía muy presente la fragilidad de la condición humana y la relatividad de los placeres.

Al otro lado de la puerta estaba el escritorio de cajones y tapa abatible —algo pasado de moda—, y la butaca con respaldo y brazos tapizados en rojo. Pero ésta se hallaba ladeada, pues miraba hacia la habitación y no a la mesa. Sobre ella parecía dormir el Inquisidor General. Aunque el charco de sangre hizo comprender al padre Alonso que su amigo estaba muerto.

Luis de Oyanguren se santiguó con gesto de piedad y, muy en su oficio de guardador de secretos, apartó levemente al jesuita para cerrar la puerta de la celda, garantizando así la discreción que pedía el momento.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Alonso a fray Nicolás.

—No lo sé. Abrí esta mañana. Venía a despertarlo. Di en la puerta, lo llamé. Me extrañó su silencio y entré; abrí con mi llave, pues la puerta, no sé el porqué, estaba cerrada. Lo encontré muerto, el charco de sangre...

—No toquen nada —dijo Alonso, mirando a Luis de Oyanguren y al fraile.

Se acercó al cadáver y realizó una primera inspección ocular.

—¿Estaba exactamente así cuando lo encontró?



—No, no... —El fraile pareció disculparse—. Tenía ese libro en el regazo —señaló hacia la mesa—, había estado leyendo, supongo, cuando entraron y lo...

El jesuita evitó que el camarero ahondara en su dolor, haciendo un amable gesto para que no siguiera. Tomó el volumen, era una edición del *Quijote* de Miguel de Cervantes. Lo abrió al azar, lo hojeó y volvió a cerrarlo dejándolo en la mesa.

—Una mano cogía el libro —siguió justificándose el dominico—, mientras que la otra estaba caída, fuera del reposabrazos. También tenía los ojos...

—Comprendo.

Fray Nicolás, en el siglo de la teatralidad y la apariencia, no podía consentir que el presidente de la Suprema, uno de los hombres más respetados y, para muchos, el más temido, fuera visto en una actitud que no estuviera acorde con su dignidad.

Los brazos del dominico, con la puesta en escena de su camarero, yacían ahora sobre el regazo, por lo que Alonso intentó moverlos para recuperar la postura inicial, algo que ya impedía el rigor de la muerte. Desistió.

—¿A qué hora entró para despertarlo?

—Como está algo delicado, no sigue..., quiero decir, no seguía rigurosamente el ritmo de oraciones en la capilla. Aun así, me pidió que lo despertara antes del alba, eran las cinco y media.

—¿Fue entonces cuando le cambió la postura de los brazos?

—Sí.

—¿Qué hora es? —preguntó Alonso.

—Deben de ser las ocho y media, más o menos —replicó el de Oyanguren, recordando el tiempo transcurrido desde que vio la hora en su reloj de despacho, en el Alcázar.

—Los signos del *rigor mortis* comienzan a mostrarse en hombros y brazos, aproximadamente, a las nueve horas del fallecimiento. Esto hace suponer que pudo fallecer hacia las once y media de la noche de ayer —aseveró intentando, de nuevo, mover los brazos del muerto.

Le resultó imposible hacerlo, pero notó una leve línea de tinta sobre la camisa de dormir, casi escondida por las manos.

—Cuando se le amortaje quiero esta prenda.

—Así se hará —respondió el camarero.

La camisa también había acumulado una importante cantidad de sangre, que había caído junto a la nalga derecha. El reguero llevaba hasta un fino estilete clavado por debajo de las costillas.

—Ayúdenme a quitarle la ropa —solicitó el padre Alonso.

No sin dificultad lo desnudaron, y pudo comprobar cómo las nalgas y codos presentaban signos de lividez cadavérica.



—*Livor mortis* —dijo—, la sangre se acumula al haber perdido la vitalidad el organismo. Falleció sentado, por eso se ven las manchas oscuras en las nalgas y las otras partes.

—También pudieron sentarlo inmediatamente después de muerto —observó el Secretario del Rey.

—¿Para qué? Si no es indiscreción —preguntó el ayuda de cámara.

—Es una buena observación. Pero ¿por qué no planteamos, entonces, la otra posibilidad? —dijo Alonso.

—¿Cuál? —preguntó Oyanguren.

—Que se sentó él mismo. Una vez que el asesino cumplió su cometido, o creyó haberlo cumplido, lo normal es que abandonase el lugar del crimen con cierta precipitación, quizá sin verificar su muerte.

Alonso se alejó levemente del cuerpo y caminó pensativo por la habitación.

Había otras manchas de sangre por el suelo y éstas suscitaron un mayor interés del investigador. Eran varias líneas de pequeñas gotas de sangre seca con forma levemente abolsada, una punta más estrecha y afinada, y un mayor volumen redondeado en la parte contraria. Característica propia de las gotas caídas en movimiento, que dejan la parte apuntada señalando el lugar al que se ha dirigido el herido y la bolsa indicando el sitio de donde viene. Éstas marcaban un recorrido desde la butaca hasta el armario librería, al otro lado de la habitación, y desde allí a la butaca. Pero era un goteo de muy igual tamaño y espaciado con una distancia repetida, lo que hacía imaginar que no era el resultado de una pelea, ya que de haber sido así, la sangre del herido habría salpicado de una forma irregular.

—La regularidad de este goteado no es propia de un movimiento violento. Por alguna extraña razón, don Diego caminó de un lado a otro, con la lentitud que le obligaba la herida.

El jesuita analizó el estilete que le habían clavado en el costado derecho. Por su largura y la inclinación con la que se le introdujo —muy escogida—, parecía haberle perforado el hígado. Pero esto no pudo saberse, ya que se deseó pasar sobre el asunto con mucha rapidez, aunque las pesquisas posteriores se mantuvieran.

Fue la mano del Rey la que impidió una autopsia —práctica ya usual en la época — pese a saber de sobra que el padre Alonso, por su condición de reputado anatomista, era la persona más autorizada para realizarla.

Alonso, con cuidado, colocó el arma homicida sobre un pañuelo, encima de la mesa de escritorio.

Intentó recapacitar. Pensó que, quizás, hubiera alguna pista en el bargueño, repleto de pequeños cajones. Lo revisó buscando algún billete con cualquier anotación, o incluso un doble fondo que escondiera un secreto. Pero no había más que medallas, un crucifijo, rosarios, varios escapularios y un cilicio; signos de una vida cargada de austeridad.

Volvió a acercarse al cadáver. Los escapularios le habían hecho caer en la cuenta del colgante que llevaba el muerto y que pendía de su cuello, junto a un crucifijo. Un



fino cordón sujetaba una bolsita de piel que abrió. Dejó caer el contenido en la palma de su mano. Rodó una pequeña piedra gris, para extrañeza del dominico, que hizo gesto de no comprender ni haber participado nunca de ese misterio. Luis de Oyanguren también se acercó, intrigado por el asunto.

Alonso se sonrió con un deje de amargura.

—Una piedra de bezoar. Don Diego temía ser envenenado.

—Había oído hablar de las piedras de leche que llevan las comadronas, pero no de éstas —apuntó Oyanguren.

—En cambio —aseveró el jesuita—, a mí se me ha hecho traer unas cuantas desde Nueva España, las pidieron de vicuña y de otros animales que denominan llamas y son naturales del Perú.

—¿Hacen servicio? —preguntó el Secretario del Rey, algo escéptico.

—Para mí —replicó—, el que la imaginación quiera darle. No son más que piedras que se forman en algunas vísceras. Pero sí supe que cierto sacerdote, cooperador de Teresa de Jesús, llevaba una de éstas consigo, temiendo ser envenenado. Cuentan que cambian de color en contacto con algunos venenos.

Alonso se acercó hasta la ventana.

—¿Estaba abierta?

—No, y menos por la noche —repuso el dominico—. Ya ve el frío que hace en esta casa. Esas rejillas a ras de suelo —señaló lo que se veía al otro lado del patio, a través del cristal— son de algunos calabozos. Las ventanas de arriba son de despachos y dependencias de administración. La puerta de ese otro lado da a unos almacenes.

Hechas las primeras averiguaciones, el Secretario se acercó al Alcázar, evitando a don Luis de Haro, el Valido, que aunque andaba de acá para allá, y algo amoscado con el de Oyanguren, pues lo esquivaba con un «luego, luego», no tuvo parte ni conocimiento en el asunto. Un proceder que habría sido imposible en otro tiempo, cuando estuvo el Conde Duque, quien ejercía un férreo control de todo quehacer y poseía un carácter mucho más fuerte y obstinado que el de Haro.

El Rey fue informado de todos los aspectos y de la manera de hacer del padre Alonso. Pero con los datos, don Felipe no preguntó. Dijo comprender que no parecía un asesinato con un motivo claro y no quiso hablar más. Sólo pidió que se informara al Valido, una vez que el cadáver estuviera amortajado. Don Luis de Haro, entonces, debería dar las instrucciones precisas para que se prepararan las exequias, como correspondía a una altísima personalidad de uno de los más importantes Consejos de los reinos.

Aquella misma tarde se preparó el cadáver y quedó metido en su mortaja, el hábito de la Orden de Predicadores de Santo Domingo de Guzmán. Vino bien la presencia del médico jesuita, concedor de los mejores óleos para disimular la



herida y la corrupción de la muerte. Tenía que parecer que el Inquisidor General falleció por designio de Dios y no del diablo. Lo que hizo suponer al padre Alonso que uno de los que más sabía del misterio era el propio Rey.

En cambio, también el Rey dejó recado para que prosiguiera discretamente con su investigación, y lo tuviera enterado.

El padre Alonso de Grimón regresó al Colegio Imperial derrotado por el dolor. El padre Ignacio, su Superior y director del Colegio, pasó a su cuarto para darle el pésame. Se declararían luto y se oficiaban misas en la iglesia del Colegio y en el Noviciado de la calle de San Bernardo.

Pero Alonso estaba ausente, ajeno a las observaciones del Superior. Cuando éste llamó a la puerta, sólo tuvo buen cuidado de guardar la prenda manchada de sangre y el arma del crimen que se llevó de la celda. Por lo demás, intentó ser amable y le siguió la corriente. Estaba deseando quedarse solo. Se daban cita en él los sentimientos más dispares: recuerdos, preguntas, temores. Mientras, el voluntarioso director hablaba y hablaba y hablaba.

Alonso conoció al Inquisidor años antes, cuando un terrible suceso conmocionó a la Corte, el asesinato de un aristócrata y la inculpación del crimen a un sacerdote secular. Entonces, don Diego de Arce requirió los servicios del jesuita, al que precedía una merecida fama como pesquisador en la investigación de un crimen anterior, ocurrido en Nueva España. Pese a la clara enemistad entre ambas religiones, dominicos y jesuitas, se produjo una extraña alquimia que, uniendo opuestos, creó esa indestructible amalgama que es la verdadera amistad.

Ahora el muerto no era otro que su buen amigo el temido presidente de la Suprema Inquisición.

El secretario Oyanguren y Alonso coincidieron en que, con toda probabilidad, don Diego debió de levantarse herido, yendo y viniendo varias veces de la butaca al mueble librería. Pero ahora, reconsiderando esa opinión, le parecía un disparate. ¿Para qué tanto trajín?

En esas dudas andaba la mente del padre Alonso. En cambio, el Superior había pasado de considerar la gravedad del óbito a hablarle de otros asuntos de menor interés, como el derroche que suponía para la monarquía tener tantos frentes abiertos contra todo enemigo: franceses, ingleses, portugueses... Y pasaba a ponderar la conveniencia de olvidar las tensiones con Portugal, aunque en apariencia esto desbaratará los planes de la Corona.

Alonso asentía con la cabeza para seguirle cortésmente la corriente, pero gastó ese tiempo en abrir y cerrar el tomo del *Quijote* que se trajo de la celda del Inquisidor. El mismo libro con el que murió. Lo hojeaba de manera aparentemente despreocupada, hasta que, casualmente, se topó con una frase bordeada con tinta.

*¿Qué título tiene el libro?*



Correspondía al capítulo sesenta y dos de la segunda parte, cuando en Barcelona, después de la aventura con la cabeza parlante, el hidalgo cervantino salió a pasear y fue a parar a un taller de imprenta en el que entró con el ánimo de satisfacer su curiosidad de lector empedernido. Allí, un oficial le presentaba a un escritor que acababa de traducir un libro toscano, de ahí la pregunta de don Quijote a lo que el traductor respondía: «Le Bagatelle», que venía a decir en castellano «Los juguetes».

Y si Alonso parecía estar distraído mientras que el padre Ignacio había pasado a imaginar un pacto con Portugal y el fin de esa guerra de escaramuzas, ahora el Superior había dejado la Península y ya se las veía en las Indias, combatiendo contra los piratas ingleses para recuperar Jamaica.

—El libro... —dijo para sí el padre Alonso, intentando encontrar una explicación a la pregunta marcada.

—¿Perdón? —se extrañó el Superior—. ¿Está bien Su Paternidad?

—Discúlpeme, no es mi mejor momento —confesó.

—Lo comprendo. La culpa es mía, no he considerado su dolor.

—No, no, es sólo que...

—Le dejo, si me necesita, o quiere charlar...

—Gracias.

Pero, según abría la puerta del cuarto, el padre Ignacio se giró y sonriendo, con cierta fatuidad le preguntó:

—Porque, Su Paternidad, ¿qué opina de lo de los piratas?

—Estupendos —replicó, para salir del paso y sin pensar lo que decía.

El padre Ignacio no importunó a Alonso en lo restante de la tarde.

### *¿Qué título tiene el libro?*

A solas, procedió a escribir, repetidamente, la misma frase señalada en el texto, con la esperanza de que llegara un atisbo de luz. Y por un descuido se manchó de tinta, y entonces recordó.

Despejó su amplia mesa de trabajo, cerró la habitación para no ser interrumpido ni que se viera en qué se hallaba, y rescató de su escondite el camisón del Inquisidor. La sangre estaba totalmente seca y había endurecido la parte de tela manchada, que se mostraba oscurecida y con una textura como almidonada. Lo extendió sobre la mesa. Entonces contrastó la forma de la marca de tinta en el *Quijote* con la que había a la altura del regazo en la camisa de dormir. Eran idénticas, aunque en la tela, lógicamente, al estamparse aparecía invertida.



Ya tenía algo claro, el Inquisidor señaló aquello antes de morir, y todo apuntaba a la posibilidad de que fuera lo último que hizo. Aún con la tinta húmeda soltó el libro, que dejó caer sobre sí. Un espasmo de dolor, probablemente muy intenso, le hizo abrir las manos y arquear el cuerpo hacia adelante, echando la cabeza hacia atrás. En ese arqueamiento facilitó el acercamiento del paño del camisón hacia la hoja entintada, ambos con direcciones encontradas, y la tinta se estampó.

Esto ratificaba que las hileras de sangre del suelo eran algo anterior al subrayado.

El para qué realizó ese subrayado seguía pareciéndole un absoluto enigma.

Alonso se acomodó en su sillón de despacho y dejó reposar su mente. Estaba cansado por la intensidad de la jornada y el enorme sufrimiento que le había causado la muerte de su amigo. Ahora los recuerdos se agolpaban como visitantes inoportunos.

Don Diego había sido un gran conversador, cualidad que favorecía una amplia cultura humanista. No fueron muchas las ocasiones en las que tuvieron la posibilidad de entretener el tiempo charlando, pero en los momentos más señalados del año, como la Navidad o la Pascua Florida, el Inquisidor sentaba a su mesa al jesuita.

Alonso se sonrió recordando la última vez que comieron, cuando el dominico le leyó una copia de la correspondencia del obispo Juan de la Sal al duque de Medinasidonia. Un suceso de 1616, en donde el dignatario eclesial pormenorizaba las andanzas de cierto portugués, el padre Francisco Méndez, con fama de santo (y luego de alumbrado), del que sus devotas y devotos se repartían y besaban trozos de su ropa interior. La misiva narraba la inquietud de uno de los seguidores, al que le había tocado en prenda la zona menos limpia de esa ropa, y así imploraba: «Señores, denme reliquia de mejor parte.»

¡Cómo rieron durante aquella sobremesa! Con tan exagerada incontinencia, que suscitaron el interés de los criados de la casa, arremolinados junto a la puerta del comedor, unos contagiados de la risa y otros sorprendidos, si no fascinados, al ver que un personaje tan principal y tan temido en todas las Españas, adoptase una actitud del pueblo llano, tan humana.

La mancha de sangre de la camisa de dormir de don Diego le hizo retornar a la realidad.

*¿Qué título tiene el libro?*

Volvió a pensar. Y se respondió con la primera idea que le vino a la mente: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Que le pareció como no decir nada,



pues nada aclaraba. En cambio, sí presumió que la pregunta respondía a una clave, aunque no entendía el porqué. Una llave para desentrañar el enigma de su muerte.

Decidió volver a la celda del Inquisidor. Le facilitó el acceso fray Nicolás, quien, siguiendo instrucciones del secretario Oyanguren, debía estar solícito para ayudar al jesuita en cuanto necesitara.

Era tarde, y tanto en el Colegio como en la residencia del Tribunal de Corte habían cenado y todos se hallaban recogidos. Aunque no hubiera sido así pensó que nadie podía haberle visto entrar porque la habitación del Inquisidor y la de su ayuda de cámara se encontraban al otro lado del refectorio, separadas de las demás celdas.

En el suelo seguían los restos de sangre.

—No lo he fregado —dijo el camarero, disculpándose.

—Mejor, quiero todo igual. A veces, la noche alumbra las ideas. Me quedaré en la celda y todo sea que quiera marcharme de madrugada, así que para no andar templando gaitas, ciérrame desde fuera. Hasta maitines.

—Como quiera. Puedo pasarle una manta más, para el catre.

—No, quiero todo como estaba anoche.

—Así está ahora.

—Supongo que no es fácil saberlo —añadió Alonso—, pero ¿podemos tener la seguridad acerca de quiénes anduvieron ayer por la noche por este edificio?

—Querrá decir «los edificios», porque todos se comunican, la residencia..., o sea, el convento, los despachos, tribunales y cárceles. Toda una manzana.

—Con algún gusano —sentenció irónico Alonso, refiriéndose al asesino.

—Pero que si ayer estuvo, hoy puede que no. Ésa es la dificultad —replicó el fraile.

—¿Qué me dice de las cárceles? Porque habiendo condenados es tener el delito en casa.

—También he pensado hoy en ello. Acaso, alguna oculta venganza.

—¿Son seguras?

—Para nada.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que no se dice. Que le faltan llaves a demasiadas puertas y a otras, rejas, lo que es peor. Sin contar con los agujeros que hacen los presos, que no son pocos.

—¿Y pueden llegarse hasta esta parte?

—Eso es mucho decir.

—Eso pienso yo. Pero debía preguntarlo.

—La verdad siempre es compleja y, a veces, incomprensible. Hay quien entró en esta casa y en algún lado purga miserablemente sus delitos desde que se



construyera el primer calabozo. Pero, créame, más fuerza tiene la imaginación que la verdad. Que los que pueden, aún presos, hacen venir a su cocinero, y los más tienen dispensa con tocino, aunque sólo sea para convencer de que no son marranos.

El fraile dominico salió de la celda y, una vez fuera, echó la llave. En ese momento, Alonso reaccionó y aporreó la puerta.

—¡Fray Nicolás, fray Nicolás!

Éste volvió a abrir.

—¿Quiere la manta?

—No es eso. La puerta de la celda estaba cerrada cuando se encontró el cadáver, ¿verdad?

—Así es.

—Es decir, don Diego tenía una llave.

—Siempre la tuvo.

—¿Sabe dónde está?

—En el bargueño... Pero tiene razón Su Paternidad, cuando miramos en el mueble me di cuenta de que no estaba. Me extrañó. Tiene importancia, ¿verdad?

—Refuerza mi hipótesis. Alguno o algunos entran. Él los conoce, no sospecha. Lo matan, o creen que lo han hecho, y para asegurarse la huida, cogen la llave y cierran por fuera.

—Entonces don Diego no pudo pedir ayuda.

—Así parece. Excepto por la ventana, pero no la abrió.

—No, la encontré cerrada. ¿Y por qué no lo hizo? —se lamentó compungido el dominico.

—Porque no habría servido de nada —repuso Alonso.

—Quizá sí, alguna ventana del lado derecho del edificio da a un dormitorio.

—Dudo que durante la noche se abra esa ventana a la que se refiere.

—¿Por qué?

El jesuita abrió la del cuarto, entrando una brisa fría.

—Espere —dijo.

Y se oyeron diferentes lamentos que provenían de la sordidez de los calabozos.

—Ya comprendo —reflexionó entristecido el fraile—. Aunque hubiera pedido ayuda...

—Su súplica se habría confundido con la de cualquier convicto en los sótanos.

—¡Ha muerto solo! —rompió a llorar el dominico.

Alonso le puso la mano en el hombro y lo cimbrió.



—Se equivoca con el enfoque, fray Nicolás. Sospecho que, sabiéndose encerrado y herido de muerte, quiso invertir su agonía en algo que he de descubrir y que tiene que ver con esta librería.

Una vez que se quedó solo y que fray Nicolás hubo cerrado con llave, Alonso cegó la cerradura por dentro con un pequeño trozo de tela para que nadie pudiera entrar. Y se sentó en la butaca del Inquisidor, tal y como el camarero dijo haberlo encontrado. La mano izquierda en el regazo y reposando sobre el *Quijote* (pues creyó necesario llevarlo a la celda), y la derecha caída fuera del reposabrazos.

Permaneció así un buen tiempo, en silencio, intentando aquietar su mente. Había oído acerca de las ideas de un tal Molinos y, aunque no las compartía en su totalidad, aprobaba la importancia de la quietud mental que éste pregonaba, el más absoluto acallamiento, estimando que, con esa especie de laxitud, se podía hacer la luz.

Y en esa tranquilidad, como a la espera, aunque sin desear que nada llegara, le vino la imagen de una pluma. Miró hacia la mesa: el tintero, el albayalde molido para secar la tinta, los pliegos, un devocionario, el crucifijo... Dirigió la vista al suelo y confirmó su sospecha: muy cerca de su mano caída, fuera del reposabrazos, apenas perceptible al ser del color de las baldosas (la mala iluminación de la vela tampoco ayudaba), estaba la pluma con la que don Diego marcó la frase.

No le quedó ninguna duda de que tal y como había sospechado, lo último que hizo su amigo de la orden de predicadores fue marcar aquella pregunta; inmediatamente expiró, dejando caer el libro sobre sí, y el cálamo al suelo.

En éstas estaba, cuando por fin, le venció el sueño. Durmió lo suficiente para que la vela se consumiera, pero lo despertó el sonido de la puerta cuando alguien, creyendo que la habitación estaba vacía, forcejeó con la llave e hizo, insistentemente, por entrar.

Sobresaltado en la densa oscuridad del cuarto, Alonso se vio sumido en una profunda inquietud. Le embargó una inevitable sensación de incapacidad, de indefensión. Contuvo la respiración en esa especie de acto reflejo que siempre se da cuando permanecemos expectantes, esperando o temiendo algo. Al despertar de golpe, durante unos instantes tardó en ubicarse. Estaba a oscuras y sentado en un sillón que no le pareció el suyo. Durante esos segundos oyó el esfuerzo denodado de quien se empeñaba en entrar; era una situación extraña. De pronto, con hiriente lucidez recordó que se hallaba en la misma butaca donde habían encontrado asesinado al Inquisidor y que horas antes, él mismo se había encargado de cegar la cerradura de la celda. Sintió miedo. No pudo menos que agarrarse —crispadamente y con el hálito en suspenso— a cada uno de los brazos del asiento. Y esperar el implacable peligro.

—*Exaudi nos, Domine*<sup>4</sup> —musitó para sí, mientras un sudor frío impregnaba la palma de sus manos.

---

<sup>4</sup> Óyenos, Señor.



Por fin, quien forzaba la cerradura cejó en su empeño. Alonso, entonces, respiró dejándose caer sobre el respaldo de la butaca e intentando calmarse. Aunque por la excitación no pudo conciliar el sueño. Se limitó a esperar que tocaran a maitines y que su cómplice en el asunto abriera la improvisada cárcel.

Consideró que quien hizo el intento de entrar buscaba algo, aunque, aparentemente, era muy poco lo que había en la celda.

Por otra parte, el asesino del Inquisidor no vio el texto marcado de aquel *Quijote*. De ser así acaso se lo habría llevado, si era que aquello servía para esclarecer la misteriosa muerte. Pero la reconsideración de las conclusiones de la noche anterior, es decir, la creencia en que el Inquisidor marcó la frase una vez herido, e instantes antes de fallecer, le hizo suponer que quien intentó entrar no buscaba ese libro, sino alguna otra cosa, un documento, o quizás otro libro, pues había cantidad en la celda.

Finalmente, a tientas, porque aún no había clareado, desbloqueó la cerradura y esperó la llegada del camarero.

—Anoche intentaron entrar —le comentó a fray Nicolás, cuando éste abrió la celda.

—Lo sé, oí pasos.

—¿Son frecuentes?

—No, porque el hermano portero cierra y no se tiene prevista ninguna necesidad de vigilia. En este lado del edificio, todos somos frailes. Incluso él se va dormir. Aunque dice que lleva años sin pegar ojo.



Consuegra (Toledo), 27 de octubre de 1658

La carta que el freile<sup>5</sup> acababa de entregar al Gran Prior, con fecha de esa misma semana, venía del Real Monasterio de Valfermoso, junto al río Badiel, en Guadalajara, donde la monjas benedictinas tenían importantes posesiones por las donaciones recibidas y por los cuidados del propio Rey, que no hacía demasiados años había ennoblecido el lugar poniéndolo bajo su amparo. La enviaba la madre abadesa.

Don Juan José de Austria, Gran Prior de la Orden de San Juan, se recogió en su lugar de despacho para leer con tranquilidad.

*Muy querido hijo, desde mi retiro recibo las noticias de vuestros éxitos en tan diversos territorios como Sicilia —lo que ya os celebré en su momento— o Cataluña. Es así que os llaman el pacificador, con lógico merecimiento por vuestra parte. Y tanto me alegro por vuestro señor padre el Rey, por vos y por toda España.*

*También tuve noticias, acabando el verano, del descalabro en las dunas de Dunquerque, pérdida que yo no atribuyo a vuestro hacer, sino a la flaqueza de ese Condé.*

*Me llegan, asimismo, avisos de la Corte acerca de la prevención que os tienen y la maledicencia hacia vos, ante vuestro señor padre, que todo son insidias. Y si antes eran del Conde Duque, ahora el de Haro no le va a la zaga.*

*Pero no es mi interés crearos desasosiego, sino muy por el contrario alentaros y sugeriros que, para buscar la cercanía de vuestro padre, nuestro señor don Felipe, os hagáis valer con discreción pero insistencia ante sor María de Jesús, la de Ágreda. Y os la hagáis próxima, porque ella cuidará de lo conveniente.*

*Es grande lástima que ese jesuita del Colegio Imperial, el tal Carlos o Carlos Juan de Faille —que vuestra madre comienza a estar para rabos de pasas— falleciera. Bien recuerdo que os acompañó en viajes militares y,*

---

<sup>5</sup> Recibían el tratamiento de *frey, freile o freiré* los miembros de las órdenes militares (y religiosas), mientras que el *de fray, fraile*, o ya más inusualmente *fraire* —del provenzal *fraire*— era para los miembros de las órdenes únicamente religiosas.



*según me consta por otras cartas, de él fuisteis discípulo y su aprecio hacia vos era mucho.*

*Pero no pudiendo ser, os insisto con la madre abadesa de Agreda. Id, pues, como hijo devoto de la Iglesia, porque lee en los corazones como si fuera una madre carnal, quiero decir que nadie presume de poder engañarla, aun cruzando cuatro palabras, que es como si hubiera sabido cuatrocientas.*

*No dudo que siendo así, sean grandes los beneficios para vuestra noble persona, a la que tanto deben estos reinos.*

*Os encomiendo a Dios Nuestro Señor en mis oraciones diarias.*

*Vuestra madre afectísima.*

María Inés Calderón

*Posdata.*

*Si tenéis a bien venir a verme, abrigaos.*

La abadesa firmaba con su nombre y apellido que conservara «del siglo» (que así denominaban lo mundano quienes entraban en religión). Era una manera de recordar a su hijo el ascendiente que tenía sobre él.

Por disposición real y por razones protocolarias, en bien del bastardo, su padre había decidido que en la correspondencia, cuando quien le escribiera fuera su esposa doña Isabel de Borbón, primera mujer del Rey, al referirse a don Juan José, hijo natural de éste, apostillara «mi hijo», detalle que nunca gustó a la reina, y menos a la auténtica madre, que a todas luces quedaba relegada y oscurecida. Y sobre todo humillada, pues María Inés de Calderón sí tenía un auténtico afecto maternal a ese hijo del que le privaron tan pronto. Pero si el detalle no gustó a una y a otra, tampoco agradó a la segunda esposa del monarca, doña Mariana de Austria, cuya relación con el bastardo era aún más torcida.

En efecto, la carta era de *La Calderona*, la actriz del Corral de la Cruz, que muchos años atrás, haciendo gala de gran belleza y dotes artísticas, encandilara a Felipe IV en el teatro y otro tanto en la alcoba, dándole un bastardo.

Esta Inés Calderón en un tiempo hizo honor a su apellido, pues, siendo joven, en su cuerpo cupieron muchos, como carnes en un caldero, y de distinta estirpe. Estaba casada con un Pablo Sarmiento, plebeyo, cómico y consentidor; se entendía con un paje, amaba a un caballero —el muy influyente duque de Medina de las Torres, a quien las malas lenguas atribuyeron la paternidad de Juan José—, y hacía la cama al Rey, por lo que podía estimarse que, de no haber sido frenada a tiempo, habría coleccionado todas las cartas de un mismo palo de la baraja.

El niño nació a los dos años de aquella apasionada relación con el monarca y disparó a la fama a la ya excelente actriz. ¿Quién no quería ver actuar a la amante



del Rey? Tan querida por el enamoradizo Felipe, que éste le asignó un balcón en la plaza Mayor para que viera correr las cañas.

Pero a los gozos siguieron los duelos. Al nacer Juan José, un expósito o «hijo de la tierra», como se le inscribió, la criatura fue arrebatada de su lado y ella recluida en un convento, para no agraviar a la reina con la cercanía de la actriz, ya que su presencia suponía el ingrato recuerdo del más notable engaño, y eso que, en cuestión de amoríos, lo del Rey era colección.

Juan José de Austria, de personalidad despierta y grandes cualidades humanas, tuvo a su lado al jesuita amberino Juan Carlos de Faille, matemático, cosmógrafo, estratega y arquitecto del Colegio Imperial, y a Pedro de Llerena Bracamonte, un humanista que ejercía de sabio e inquisidor (oficios ciertamente muy encontrados), y aunque se pretendió dedicar al muchacho a la cosa eclesiástica, pues era estudioso y despierto, su natural lo inclinaba a las armas, y en ellas se templó, demostrando su valía, y, como era previsible, despertando recelos su bastardía, que le valió muchas humillaciones.



Madrid, 27 de octubre de 1658

Con luz del día, Alonso se acercó a la librería y sin desordenarla revisó algunos de los tomos, al azar. Y aunque dicen que la casualidad es hermana de la buena suerte, habría que pensar que el acierto de Alonso estuvo más en su manera de afrontar los problemas y su método de trabajo. Tenía un proceder parecido al de los felinos, que dan vueltas, sigilosos, esperando la ocasión para lanzarse sobre su presa, aunque, en él, la ronda en torno al asunto se combinaba con ese ejercicio de quietud interior, antes mentado. En resumen, que se encontró en las manos con otro *Coloquio de los perros*. Recordó el suyo y la misteriosa manera en la que lo recibió y lo asoció a la frase marcada en el *Quijote*.

—¿Qué título tiene el libro?

—*Coloquio de los perros*.

Al menos, ésa parecía ser la respuesta. A una entrega misteriosa de un volumen de Miguel de Cervantes, sucedía un crimen con un mensaje críptico del fallecido, utilizando otra obra del mismo autor. Cabía pues sospechar que había una relación, por lo pronto, aparente.

El problema, que no era pequeño, estribaba de momento en saber qué se habría querido decir con aquella criptografía.

Aunque la resolución del enigma parecía estar bien encauzada, o eso intuyó. También recordó que, en la obra que él recibió en el Colegio Imperial, había una cita de Gracián, extraída del *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, escrita a mano:

*El jugar a juego descubierto ni es de utilidad ni de gusto.*

Comparando esa escritura, no era difícil comprobar si se trataba de la misma letra que la de algunas hojas y billetes con asuntos pendientes y notas para sermones del escritorio de don Diego. Pero, sabiendo que alguien quiso entrar la noche anterior en la celda, el jesuita no se atrevió a dejarla para ir por el libro, por lo que la habitación tuviera de interés que él aún no hubiera visto.



Llamó a fray Nicolás y le pidió que se acercara al Colegio, para que, una vez allí, buscara a Tomás, el novicio, y éste subiera a su cuarto y le facilitara el *Coloquio*.

Una ingenuidad, pues, conociendo a Tomás, era de suponer que el joven no sólo bajaría el libro, sino que se empeñaría en llevarlo de propio. Y suerte que fray Nicolás, a pesar de sus años, tenía unas buenas piernas, pues el otro volaba y, de ser por él, se habría metido en el Tribunal de Corte buscando a un jesuita —o sea, como mentar el diablo— que estaba no sabía bien dónde.

Exceptuando la entrañable amistad entre don Diego de Arce y el padre Alonso de Grimón, dominicos y jesuitas se repelían como el agua y el aceite, con la particularidad de que eran los de Santo Domingo quienes siempre quisieron ser el aceite, pues hasta que llegaron los Borbones, los dominicos fueron los confesores de la realeza. Situación de privilegio y motivo de soberbia, ya que nada puede halagar más a un hombre que el oír en confesión las miserias de otros, máxime si son Reyes.

Y había más. La Compañía de Jesús en la que abundaban hombres de gran inteligencia, destinados a servir a la Iglesia en puestos de relevancia y a disponer de todos los medios humanos —ciencias, técnicas y artes al servicio de la fe—, aprovechaba su independencia con respecto al Santo Oficio, pues sólo daba cuentas al Papa y disponía de esta libertad para ejercer una mayor tolerancia con los judaizantes, prostitutas, herejes y toda esa suerte de pecadores, que los estrictos predicadores de Santo Domingo consideraban un mal para la Cristiandad. Se acusaba a los jesuitas de tener manga ancha a la hora de otorgar el perdón en confesión y de no denunciar a la Suprema a quienes fueran relapsos. Y había casos tan notables como el del padre Vieira, jesuita portugués, que en estos momentos estaba en Brasil para quitarse de encima a los inquisidores del vecino reino, quienes lo persiguieron por tener una visión absolutamente contraria a la del Tribunal en lo referente a conversos y judíos. Actitud realmente avanzada en ese tiempo.

El novicio, empeñado en llevar el *Coloquio* en propia mano, se negaba a dejárselo al dominico, mientras que éste insistía en entregarlo él, persiguiéndole por la calle de Toledo. Así fueron hasta la plaza Mayor, para llegar a la del convento de Santo Domingo, y desde allí hasta la calle de la Inquisición, en una discusión que divertía a los transeúntes, viendo al viejo predicador tirar del libro y al joven jesuita retenerlo con más gana, lo que parecía —si sabía verse en el libro un símbolo del poder— alegoría viviente de lo que comenzaba a pasar en la Corte entre ambas religiones.

Por fin, vencido, el ayuda de cámara del Inquisidor aceptó de mala manera que el muchacho llegara hasta la casa y, en ella, hasta la celda. Pero supo hacerlo, pues para que comprendiera el porqué del encono, ya en el pasillo de la residencia, con un aquel de malicia, señaló la puerta y dijo al joven:

—Ahí está don Alonso. En la celda de don Diego de Arce, que en gloria esté.

Y como el Cid después de muerto desbarató a las huestes musulmanas, al novicio le dio un tembleque; había visto a don Diego cómo presidía un auto de fe en la plaza Mayor, en un solio que quedaba tan alto y tan por encima del Rey, que era como decir «después de Dios, el Inquisidor».



Un miedo atávico lo poseyó. Pero la juventud tiene a los hombres prontos y cambiantes en sus decisiones, y así como había dado un paso hacia atrás ante la puerta, en dos que echó adelante se metió en el cuarto, sin tiempo para un Ave María purísima.

Alonso no contaba con él y, por el gesto, mostró una gran desaprobación que, sobre todo, azoró al pobre dominico. El novicio, con una tenue sonrisa, le tendió el libro, esperando que con eso se relajara la tensión. Pero el jesuita, con sequedad, se lo quitó de las manos y sólo hizo un gesto de cabeza como dejándolo por imposible.

Tomás siguió ahí de pie, esperando ser puesto al día para intervenir en el asunto. Fray Nicolás, muy avergonzado, no sabía dónde meterse.

Por fin, el padre Alonso miró al muchacho a los ojos y le sonrió, con la poquedad con que lo hacía, que le pareció mucha al joven.

—Vuelve al Colegio, ya te contaré. Pero tú no has estado aquí.

Con el *Coloquio* abierto a la altura del texto caligrafiado, Alonso comparó otras líneas del Inquisidor que había por la mesa. La cita de Gracián estaba escrita en una redondilla muy clara y vistosa, que se parecía poco a las demás (seguramente con la intención de que fuera bien comprendido lo que se decía). Pero fue seleccionando algunas letras, aisladamente, para cotejarlas en diferentes textos; la «a», por ejemplo, conservaba un rabillo de la misma medida en todos los escritos, al igual se observaba en la «e». Parecía contenerse en las vocales, mientras que las consonantes no estaban exentas de barroco esteticismo.

Pacientemente, fue descubriendo pequeños detalles que revelaban cómo había ciertos rasgos que se repetían en las mismas letras, tanto en los escritos realizados de prisa, y poco legibles, como despacio y muy claros. No le cupo la menor duda. Aquel misterioso donante de esa edición reciente del *Coloquio de los perros* era don Diego.

Consideró que lo más conveniente era hacer una relación minuciosa de las obras que el Inquisidor conservó en su librería. Tenía miedo de que desapareciera alguna.

En esto ocupó el resto de la mañana. Pero era un trabajo que le parecía incompleto, aunque fuera imprescindible. ¿De qué servía anotar cada obra, por si era substraída alguna, cuando con la que pudiera desaparecer, podría perderse la posibilidad de comprobar una posible pista, dejada por don Diego antes de morir? Porque cada vez le resultaba más patente que, en ese lenguaje velado, los libros iban a tener importancia.

Pensó en aquello porque se sentó junto a la librería, y las extrañas hileras de gotas de sangre le recordaban la hipótesis planteada: que don Diego anduvo, en repetidas ocasiones, desde el escritorio a ese mueble, pese a hallarse malherido.

Decidió ampliar su plan con una estrategia mejor: ordenó a fray Nicolás que, además de cerrar la celda con llave durante su ausencia, no dejara de vigilar el



cuarto, sabiendo de los intentos que hizo el desconocido de la noche anterior para entrar en la celda, y que aquél disponía de llave.

Regresó al Colegio Imperial, donde buscó al padre ecónomo y le solicitó una suma de dinero para libros que consideraba conveniente incorporar a la biblioteca del Colegio. Esto estaba exento de toda sospecha, pues Alonso era un reconocido erudito entre sus compañeros y, por lo tanto, pese a no corresponderle esa responsabilidad, sí decidía muchas compras de libros.

Luego buscó a Tomás y, dándole una copia de la lista de las obras del Inquisidor, le encargó que comprara una parte. Él, a su vez, se preocupó de adquirir el resto. Como eran libros de uso ordinario, y podríamos decir que de moda, ambos los consiguieron a lo largo del día, en las tiendas de la plaza de Santa Cruz y en otras.

Por la tarde, Alonso citó al novicio jesuita en la residencia dominica. Una vez en la celda, y con la ayuda de fray Nicolás, que vigilaba el pasillo, cambiaron los volúmenes de don Diego por los comprados, dejándolos incluso en el mismo orden. Y cuando acabaron esto, Alonso y Tomás regresaron al Colegio Imperial, entregando los comprobantes de los pagos y depositando los libros del Inquisidor en la amplia librería de profesores, suficientemente disimulados, como para que pasaran inadvertidos entre muchas de las importantes adquisiciones literarias de la Compañía.

De este modo, se garantizaba dos cosas: una, que si alguien hiciera un nuevo intento por entrar en la celda del difunto y llevarse una obra, no peligrarían los auténticos tomos, además de quedar engañado el usurpador. Otra, que podría saberse si alguien, en vez de llevarse algún libro, los hubiera estado tocando, pues la lista del jesuita no sólo respetaba escrupulosamente el orden de los volúmenes de la librería del Inquisidor, sino que incluso contemplaba otros detalles, como el descuido que a veces se comete colocando algún libro con el lomo hacia el interior de la estantería (y el canto hacia afuera). A esto se añadía si aparecía invertido, es decir, con el lomo hacia afuera, pero boca abajo, o con el lomo hacia adentro y boca abajo. Todas las variables posibles. Sobra decir que también anotó si alguna obra sobresalía en exceso, frente a otras mejor colocadas, o si otra reposaba sobre varios libros, por encima de una de las hileras.

Regresó tarde al Colegio y durante la cena pidió al padre Ignacio que, por unas semanas al menos, se le dispensara de las clases.

—Imaginé que me lo pediría, por supuesto tiene mi autorización y mi ayuda, si la necesita.

—¿Lo imaginó?

—Sí, cuando me comentó el padre Juan Everardo que se le había encomendado a Su Paternidad algo bastante delicado, relacionado con la muerte del Inquisidor.

Alonso no dijo nada, pero le molestó que el alemán hubiera hablado más de la cuenta.

El padre Juan Everado Nithard llegó a España cuando doña Mariana de Austria vino para casarse con su tío Felipe IV. Se traía a su propio confesor, que había sido preceptor de la joven y de sus hermanos Fernando y Leopoldo. Este Nithard, un



jesuita de Falkenstein que rondaba los cincuenta y dos años, tenía apariencia de persona recta y de gran recato, por lo que le extrañó, aún más, que un comentario hecho por la Reina fuera ahora del dominio de toda la Compañía, muy en contra de la voluntad del monarca, que era la de mantener la máxima discreción con el asunto.

Tomás, que andaba cerca (también por indicación del padre Ignacio) y oyó lo que pudo, percibió el fastidio de Alonso y lo incomprensible de la situación.

—Le acompaño al cuarto —le dijo el joven.

Alonso iba callado. ¿A qué podía responder que un hombre tenido por prudente anduviera contando aquello, sabiendo lo preocupado que estaba el Rey en que se silenciara el crimen?

Tomás quiso romper el fuego y distraer al sacerdote dándole alguna conversación.

—Perdone que fuera hasta las casas de la Suprema.

Alonso no quería hablar, barruntaba que iba a invadirle una agresiva indignación hacia sus hermanos de religión y prefería estar callado.

—No crea —insistió el novicio—, no soy muy partidario de meterme en las cosas ni en las casas de nadie. Y menos todavía en la de esos perros del señor.

El jesuita se detuvo en seco.

—¿Qué has dicho?

—Perdóneme, no quería hablar mal, soy un bocazas.

—¿Que qué has dicho?

Insistió como si aquello hubiera sido un revulsivo.

—Pero, si así se llaman a sí mismos. Canes del Señor. *Domini canes*, guardianes del rebaño —se justificó Tomás, muy acalorado.

Ahora Alonso sí que regaló al joven una franca sonrisa, de las que no eran frecuentes en él. ¿Cómo no había caído antes? Era tan obvio, tenía la respuesta tan en sus narices, que no la supo ver. Empezaba a comprender que el juego de mensajes velados del Inquisidor era brillante, propio de un genio imaginativo y sutil. Y lo que era mejor, las piezas comenzaban a encajar. Todo empezaba a tener algún sentido. El *Coloquio de los perros* era una alusión velada, pero muy eficiente, del presidente de la Suprema con respecto a su propia congregación. Era una referencia al quehacer de la Orden, cuya primera intención era la predicación y la discusión con los herejes para llevarlos a la fe a través de la razón. La Orden de Hermanos Predicadores, fundada por el español santo Domingo de Guzmán en 1215, indujo a Alberto Magno, Tomás de Aquino, el maestro Eckhart y muchos otros a desarrollar una importante labor docente y de predicación, realizando grandes aportaciones a la historia del pensamiento europeo.

Pero también nutrió de sus filas a los tribunales de la Inquisición. La «Santa Predicación» contra los cataros franceses, llamados albigenses por ser la ciudad de Albi uno de los grandes focos, fue capitaneada por los hombres de Domingo de Guzmán, quienes se enfrentaron con gran eficacia y relativa piedad a los



«bonshomes», los «hombres buenos» —como se denominaba en occitano a estos cristianos—, que casi lograron crear una Iglesia francesa, de espaldas a Roma.



## Cañón de Río Lobos (Soria), 28 de octubre de 1658

El paraje, solitario y recogido, se conformaba por un gran roquedal de cierta altura, que abrazaba y protegía a una recoleta ermita románica en el corazón de la montaña. Era, o así se consideraba, la entrada a un sinuoso cañón, que apenas hollaba el hombre.

Hacía días que cuatro jinetes acamparon junto a uno de los farallones. Lo hicieron con tiempo suficiente frente a sus adversarios. Tres jornadas de antelación, para ser exactos. Y trabajaron según habían planeado. Excavaron con premura, aunque sin hallar nada, a pesar de que llevaban marcados los diferentes lugares en los que debían buscar. Finalizado el estéril ejercicio, intentaron dejar la tierra como si no se hubiera aireado, lo que no era fácil.

Levantaron el campamento y, con las primeras luces del alba del cuarto día, se apostaron a una distancia prudencial, de manera que la vista alcanzaba cómodamente la ermita —que antes fue iglesia templaria—, así como la pared rocosa del fondo, sobre la que se abría una enorme gruta, la Cueva Grande, cuya boca tenía considerable altura. Fenómeno natural que a la vista de los esquemáticos dibujos y signos rojizos en un lado de sus paredes, en otro tiempo fue abrigo de hombres.

La pequeña iglesia, conocida como ermita de San Bartolomé, había formado parte del cúmulo de bienes y encomiendas que tuvieron los caballeros del Temple en Soria. Pasó, por último, a manos del comendador García de Montemayor, que la vendió al obispo de Osma. Era un tiempo inmediato a la gran desolación de la Orden, en el que urgía deshacerse de propiedades y hacer acopio de dineros.

Los jinetes habían buscado metódicamente, tal y como se previó.

Primero en el templo, aunque ése no fuera el lugar avisado, sino la gruta. Levantaron la losa que tenía una suerte de cruz, situada en el centro del eje de la planta de cruz latina del edificio<sup>6</sup>, el lugar al que apuntaba el sol desde el rosetón el 24 de junio, día de San Juan. Luego buscaron en la gruta misma. Esto fue con la amanecida del día segundo, en donde se las vieron con una manada de lobos que rondaron el lugar. A los jinetes les pareció un buen presagio.

El lobo era el animal guardián de los fallecidos en algunas culturas. Cuando un pudiente moría en la Italia etrusca, por ejemplo, se le acompañaba de una estatua del animal con la esperanza de que éste lo protegiera y condujera al más allá. Incluso la *Loba Capitolina*, amamantando a las figuras de Rómulo y Remo

<sup>6</sup> En la actualidad, la losa se halla en el lado izquierdo de la nave, al pie de un pequeño altar.



(incorporadas durante el Renacimiento), inicialmente también era una imagen *apotropaica*, protectora de una tumba.

El templo del cañón de Río Lobos tenía en sus canecillos (las cabezas de las vigas) imágenes de este animal, por lo que el lugar, para el iniciado, parecía ser una puerta a otro estado de conciencia, el mismo estado que simbolizaba la talla del enigmático san Bartolomé, quien presidía el altar, con una piel bajo el brazo y venciendo al diablo. Quiere la tradición que el santo fuera desollado vivo y aun así no falleciera. Lo que vendría a representar el cambio espiritual, la transformación y el ascenso a un estado superior.

Los jinetes, tras excavar y buscar con ahínco, perdieron la esperanza de hallar algo. Les quedaba el consuelo de que se habían adelantado a los otros, a quienes ahora esperaban, confiados en que si aquéllos lo hallaban, irían sobre ellos, como los mismos buitres leonados o las águilas reales caían sobre sus presas desde las crestas del cañón.

Por fin, los esperados llegaron. No entraron en la iglesia, sino que fueron directamente a la Cueva Grande. Sólo eran tres y ellos, cuatro, por lo que la empresa se vaticinaba fácil.

A caballo sobre sus monturas aguardaron a que la suerte o la mejor calidad de sus planos pusieran el trofeo en sus manos. Silenciosos y acechantes, embozados en sus capas oscuras, se colocaron disimulados tras unos enebros.

Por fin, notaron cómo alguno de los excavadores gesticuló con alborozo y dijo algo que en la lejanía no se entendió. En eso, el más joven de los jinetes hizo además de avanzar su montura hacia el sitio, pero otro compañero lo frenó con un gesto del brazo.

Aquéllos habían encontrado algo que sacaron de la gruta y llevaron al exterior. Era una arqueta que depositaron en el suelo. Uno de los buscadores desenvainó su vizcaína y se preparó para forzar el cierre. Entonces, el mismo jinete que antes dio la orden para que se contuvieran los otros tres avanzó al galope para caer sobre los excavadores. Sus compañeros hicieron lo mismo. El polvo levantado y el ruido de caballos hizo que los descubridores del cofre reaccionaran, pero no sabían si correr con él o intentar una fuga desesperada y de vacío. Dos de ellos, los más jóvenes, se apresuraron a por sus espadas, que habían dejado con las monturas. A éstos no se les dio cuartel.

Toda vez que se liquidó el asunto, los jinetes se apoderaron de la arqueta y se alejaron del lugar.



Madrid, 28 de octubre de 1658

Alonso sacó el *Coloquio de los perros* de la estantería. El libro acababa de cobrar un nuevo valor, había dejado de ser una novela ejemplar de Cervantes para convertirse en un elemento que abría nuevas expectativas en torno al crimen del Inquisidor.

Don Diego sabía que la obra planteaba un conflicto, o habría que decir un juego, entre lo que las cosas eran y lo que parecían, que sería como decir lo verdadero frente a lo simplemente creíble, por eso la había escogido.

Miguel de Cervantes abrió la puerta a los muchos niveles de entendimiento en la lectura de un mismo asunto. Aquí lo había hecho con unos niños embrujados, Cipión y Berganza, hijos de la Montiel, una bruja que padeció las maldades de otra aún peor, la Camacha, quien convirtió a las criaturas en perros antes de nacer; hechizo que sólo se desharía —según contara otra bruja, la Cañizares— cuando el mundo se reordenara para bien de todos, o lo que era decir, que la maldición no se rompería nunca.

En el juego de apariencias y realidades, el escritor había recurrido a un hecho real, relatado en el *Libro de los casos notables de la ciudad de Córdoba*. Era el proceso en el último tercio del siglo XVI a unas brujas de Montilla, las Camachas, y, de ellas, a una muy principal, Leonor Rodríguez Camacha, de manera que hubo quien pensó que la citada Montiel del *Coloquio* no era sino una hermana.

Con el simbolismo del *Coloquio de los perros*, el Inquisidor apuntaba que los canes eran niños, como los frailes eran canes. O sea que los unos no pareciendo niños lo eran, y los otros no pareciendo perros también lo eran.

Quedaban orientadas las pesquisas hacia el interior de la Orden de Santo Domingo. Lo que no sabía nuestro jesuita era el porqué. Como tampoco tenía idea de a qué y por qué razón tuvo miedo su amigo el Inquisidor. Jamás se le pasó por la cabeza imaginar a tan poderoso señor en la Tierra con algún temor que no fuera el de Dios.

En esto llamaron a su puerta, alguien que estaba en la sala de visitas esperaba verle. Alonso dejó sus divagaciones y se aprestó a ir.

El padre Ignacio estaba con el recién llegado, dándole el pésame por el fallecimiento del Inquisidor General, pese a que el visitante, precisamente, estaba ahí para transmitírselo al padre Alonso. Era fray Juan Martínez, dominico consejero



de la Suprema, mano derecha de don Diego y confesor del Rey. Alonso apenas lo trató años atrás y lo recordaba vagamente, de cuando conoció a don Diego de Arce. Aquel primer día le presentó al consejero. Entonces no se gustaron y habían procurado evitarse.

Cuando llegó el padre Alonso, el director del Colegio hizo las presentaciones de rigor, sin mucha gana, y deseando salir de la sala, dado que también tenía atravesados a los dominicos.

—He venido porque, aunque se me habla como al brazo derecho de Su Excelencia —que en gloria esté—, Su Paternidad era su mejor amigo, así me lo dijo en repetidas ocasiones; de absoluta confianza. Aquí estoy, pues, para darle personalmente el pésame, bien creo que siente su muerte aún más que yo. —Al fraile se le empañaron los ojos.

—Don Diego me honraba con su amistad, pero Su Reverencia me honra y honra a don Diego con su actitud, porque veo un sincero aprecio hacia su persona.

—He tenido noticia de los pormenores y estoy horrorizado.

Alonso sintió curiosidad. Sabiendo que el fraile era confesor del monarca, quiso comprobar si había sido el mismo Rey quien le puso al corriente.

—Me alegra saber que nuestro señor, don Felipe, le ha puesto al tanto.

—No, no. Apenas he estado a solas con Su Majestad; entre mi regreso, porque me encontraba en Valladolid cuando ocurrió esta tragedia, las reuniones en el Consejo y los funerales, no he parado en Palacio. Concelebré una misa con el padre Juan Everardo, quien supo lo del crimen por doña Mariana, la Reina.

Otra vez el alemán, pensó Alonso. Sin seguridad en sus imprecisas sospechas, comenzaba a intuir que, detrás del suceso, había un enredo de intereses que se le escapaban.

—Aunque no he venido únicamente para darle el pésame. Perdóneme, pero me he tomado una libertad que sólo se la habría tomado su querido amigo don Diego.

Y guardó silencio, como esperando el consentimiento del jesuita para proseguir.

—Por favor, siga.

—En nombre de la Suprema, vengo a encomendarle un asunto.

Alonso asintió, con cierta impaciencia.

—No sé si estará al tanto de que en el pasadizo de San Ginés hay un beaterío desde hace poco tiempo. Inmediatas a la parroquia del mismo nombre, se han emparedado varias señoras a las que veo en confesión. Quiero que las visite, conocerá a la más joven. Necesitaría que como médico me diera su parecer sobre ciertas heridas que le salen en el cuerpo.

—Me tendrá a su disposición, como siempre me tuvo el Santo Oficio en vida de don Diego.



—Se lo agradezco, créame si le digo que el asunto me excede, o será que encontrándonos algunos clérigos en bajuras tan mundanas, perdemos la altura de lo divino.

Al jesuita le gustó que un confesor real hablara así.



## Consuegra (Toledo), 29 de octubre de 1658

Apoyado junto a una de las almenas de la torre del homenaje, don Juan José se dejaba acariciar por el aire frío de la mañana, contemplando la hilera de molinos de viento de los cerros inmediatos. Prefería el castillo a su residencia en Alcázar de San Juan, pues la fortificación de Consuegra se enseñoreaba sobre el entorno y le permitía perder su mirada —un tanto soñadora— en el horizonte.

Divisó, entonces, cómo una nube de polvo envolvía a varios jinetes que se acercaban al galope y, aún sin distinguirlos, imaginó que era la comitiva que regresaba del cañón de Río Lobos.

Más próximos, reconoció sobre sus capas la cruz blanca de ocho puntas de la Orden sanjuanista.

Deseoso de recibir las nuevas, bajó al patio de armas y esperó que dejaran sus monturas, aunque sin darles tiempo para protocolos militares.

—¿Lo encontrasteis? —preguntó don Juan José al capitán que portaba un bulto voluminoso envuelto en una cobertura de piel.

—Su Serenidad, traemos lo que había —replicó.

—Pero, dime, ¿lo encontrasteis? —volvió a preguntar, impaciente.

—No, aunque ellos tampoco.

—Entonces, ¿qué fue?

—Poco —repuso, tras lo cual le tendió el bulto que el Gran Prior tomó sin desenvolver.

—¿Qué pasó?

—No estábamos mal informados. Dos eran portugueses, de la Orden de los Caballeros de Cristo.

—¿Dos?

—Había un tercero. Villano. Lo dejamos marchar.

—Pedí contundencia.

—Era español, nos dijo que de Uceró. Le pagaban por cavar.

—Comprendo. ¿Qué es, capitán? —preguntó refiriéndose al paquete.

—Una arqueta, Su Serenidad.



—Entonces, el de Uzero contará que os la llevasteis. ¿Sabes si llegaron a abrirla?

—No les dimos tiempo.

—Eso está mejor. Quizá nos convenga, pues si creen que lo tenemos no buscarán más.

—Permitidme, señor —intervino el freile más joven—, estimamos que si se hubiera liquidado a los tres, los portugueses habrían acabado enterándose de igual manera de las muertes y, también, habrían pensado que alguien les robó el libro. En cambio, pesaría sobre nuestras conciencias la vida de un español.

—Tienes razón y ese cristiano proceder os honra. ¿Cómo se hizo?

—Según el plan, actuamos embozados. No sabían que éramos del Priorato, ocultamos los distintivos.

—Eso está aún mejor y nos permite seguir buscando con mayor holgura. Seguidme.

Se acercó a un murete, junto a la escalinata por la que había bajado al patio y desenvolvió el bulto.

Era una arqueta con alma de madera, una caja adornada de esmaltes y marfiles musulmanes, acaso del siglo XI o XII. Muy probablemente, de alguno de los obradores de los territorios reconquistados, pues a los motivos iniciales se les había incorporado uno central, sobre la tapa, en la que podía verse a san Bartolomé sufriendo martirio, ayudado por varios ángeles. A cada lado habían sido sustituidas algunas otras placas, musulmanas —y seguramente con textos coránicos—, por otras con motivos cristianos; una de ellas representaba a dos caballeros sobre una misma montura, símbolo templario por excelencia, y otra a un enigmático y horrendo rostro que parecía ser un *bafofet*.

Don Juan José acarició pausadamente la tapa, retrasando una satisfacción que, sabía, no iba a darse. Por fin, sin esfuerzo, pues la cerradura ya había sido abierta por sus freiles, la levantó.

En el interior había una cruz en forma de «tau» griega. Sin duda, por la peculiaridad de la forma, era del Temple. El bastardo regio la tomó entre sus manos y, con respeto, la besó.

—El libro fue guardado aquí, de eso estoy seguro —sentenció.

—Nosotros pensamos lo mismo, Su Serenidad —asintió uno de los freires, añadiendo el trato que el monarca había otorgado a su hijo (y que traía a la memoria la misma tensión entre Felipe II y don Juan de Austria, hijo de Carlos V y de Bárbara Blomberg, a quien su hermanastro no quiso conceder el de «Alteza»).

—Lo que no sabemos es cuándo se cambió de sitio el libro —apuntó, de nuevo, el más joven.

—¿Encontrasteis la tierra removida? —preguntó el Gran Prior.

—Nosotros no lo notamos, a pesar de excavar durante tres días y en varios puntos de la Cueva Grande.



—Creemos que los Caballeros de Cristo tuvieron más suerte —advirtió el capitán—. Excavaron en el mismo lugar y dieron con la arqueta.

—A pesar de todo, por lo que se ve, tampoco hallaron gran cosa —matizó don Juan José—. Venid conmigo a la biblioteca.

Una vez allí, sacó un piano de un tubo metálico y lo desenrolló sobre la gran mesa que se extendía a lo largo de la estancia, entre los anaqueles repletos de libros. Después de hacerlo, puso la cruz templaria sobre un punto del plano que representaba la ermita de San Bartolomé, haciendo que el palo horizontal viniera a coincidir, aproximadamente, en su mitad.

—No hay otro lugar igual en toda la Península. Este centro místico —dijo señalando el cañón de Río Lobos— era el designado. Si el libro se llevó de aquí, fue para esconderlo. El cuándo lo podemos imaginar: después de la disolución de la Orden del Temple lo cambian de sitio, temerosos de que en el reparto de escritos y documentos, entre las diferentes órdenes de caballería que la sucedieron, varias de éstas tuvieran acceso a la información secreta, al lugar del ocultamiento, y quisieran recuperarlo para sí.

—Y eso es lo que ha venido a ocurrir —replicó, de nuevo, el capitán—, la de Cristo, nosotros mismos..., y las que vengan, todos buscándolo. Lo extraño es que lo hagamos en los mismos sitios y al mismo tiempo.

—Cierto, como si nuestro comunicante tuviera una segunda y desconocida intención, que no fuera la posibilidad de encontrar el libro —añadió otro de los caballeros.

—El asunto es saber adonde fue llevado, eso, si damos por supuesto que no ha sido trasladado de su segundo escondite a un tercer o cuarto lugar. O peor, que se haya destruido —añadió con perspicacia y atrevimiento el más joven.

—Si fue escrito para ser leído, Dios lo habrá preservado —sentenció don Juan José.



Madrid, 29 de octubre de 1658

La Corte acogía ochocientos burdeles, y las damas de vida libre se contaban en tan gran número que en la ciudad podría haberse fundado la Hermandad del Santo Brial, que era como decir de la Santa Falda. Broma que gasta el mismo Cervantes en el *Coloquio*, poniéndola en boca de un poeta pobre, que ha preparado la historia de la citada Hermandad —confundiendo Grial con Brial—, y que, lógicamente, no halla príncipe o marqués que lo arroje, ni posibilidad de editarla.

El arrobo místico —iglesias y conventos se hallaban por doquier— parecía quedar pequeño comparado con las calenturas de otras partes no tan altas y nobles del cuerpo, y si no se encontraba galán para algún socorro inconfesable, se hallaba un acólito de la cohorte de Satanás para favorecer cualquier mal paso; siempre había candelabro para sostener una vela, como sucedió con dos jóvenes, según rezaba alguna crónica en ese mismo año de 1658, cuando en el Prado de Atocha tuvieron amores con dos demonios íncubos, que las contentaron tanto, pero con tanto desafuero, que las muchachas murieron en el mismo día con gran pérdida de sangre.

¿Exageración? La propia del momento, en el que todo era gran exceso y contradicción. A la mucha fe se contrapuso la gran sensualidad, el contento a través de los sentidos. Siendo el siglo de nuestras catástrofes y grandes bancarrotas, nunca hubo mejores fiestas en el Palacio del Buen Retiro para goce de aristócratas y monarquía. Un día toros, otros se corrían cañas, y todo se les iba en correr por aquí o por allí, de un disfrute en otro. El mismo Rey, un mujeriego, toda vez que aflojaba la entrepierna con alguna dama, se apretaba el alma, escribiendo a la monja de Agreda con gran compunción por sus deslices, y achacando la tibieza de sus ejércitos y las grandes pérdidas para España a sus muchos pecados.

Era Madrid, pues, un revoltijo de beateríos, conventos y mancebías, lugares todos donde, de una u otra manera, ardía el corazón, virtud muy española, según los europeos que nos visitaban.

El beaterío al que se dirigía el padre Alonso quedaba realmente cerca. Era una casa, como dijo fray Juan, inmediata a San Ginés, donde se habían emparedado voluntariamente varias viudas y algunas doncellas que, no pudiendo entrar en religión, renunciaban al siglo, encerrándose para hacer oración y viviendo de diferentes quehaceres, que, en este caso, eran la pastelería (empanadillas y hojaldres de carne y pescado) y los bizcochos. Lo primero, con la supervisión de un director espiritual, fray Juan Martínez, y lo segundo también, que así estaba el fraile de gordo.



Aprovechando la primera luz de la mañana, las calles de alrededor cobraban vida muy pronto. Alonso había escogido ese momento para sustituir a fray Juan en la misa de siete. Primer paso para acercarse a las damas y en especial a la más joven de ellas, Ángeles Fonseca, quien se hacía llamar Ángeles de Nuestra Señora.

Ángeles rondaba los dieciocho años y decidió emparedarse hacía dos, al ser rechazado su ingreso en las carmelitas descalzas. Las razones para que esto pasara eran varias. La gran crisis económica de años anteriores y la decadencia de los reinos de España hizo que muchos, cargados de necesidad, buscaran la profesión religiosa como recurso. Aparecieron un sinnúmero de falsas vocaciones en busca de la sopa boba asegurada; entonces, las órdenes monacales se retrajeron, endureciendo los requisitos para ingresar.

Ésta era la razón, y no otra, por la que resultaba tan fácil encontrar en los conventos a los muy pudientes, no ya porque aportaran dineros, que también, sino porque teniéndolo se comprendía que la solución religiosa podía ser fruto de una sincera espiritualidad más que de la conveniencia.

En este contexto, especial importancia tuvo el problema de los conversos, la cuestión del estatuto de pureza de sangre, que en estos años se convertía en obsesión y requisito exigido, obligando a comprobar la ascendencia de varias generaciones, y garantizando así que la persona aspirante no era un cristiano nuevo o, despectivamente, marrano.

Ángeles de Nuestra Señora respondía al primero de los grupos mentados, el de quienes por su pobre condición se había quedado fuera de las enclaustraciones ordinarias, y optó por lo extraordinario, esta suerte de vida monacal. A su alrededor ocurrían grandes prodigios, el cielo parecía haberlas favorecido. Y se dice «haberlas» porque sus compañeras de beaterío se beneficiaron grandemente, encareciendo en algún maravedí los hojaldres, y dándole nombre a uno de sus bizcochos, que si ya dijo santa Teresa que Dios andaba entre pucheros, aquí se lo apuntaron, sacando al mercado unas rosquillas tontas de sabor, pero que en el precio parecían haberse pasado de listas. Esto, por supuesto, a espaldas del inquisidor Juan Martínez, que no lo habría aprobado.

En este comercio entre lo divino y lo humano se andaban nuestras beatas cuando las conoció el padre Alonso. Después de la misa recibió un agasajo con el que se desayunaron muy alegremente, incluso Ángeles de Nuestra Señora, que no hacía ascos a la bizcochada, y parecía comer por todos los coros angélicos que clasificara el Pseudo Dionisio Areopagita. Lo insólito era que la joven tenía un cuerpo tan menguado que parecía el espíritu de la golosina.

Era viernes, y como le había vaticinado fray Juan, el portento no se hizo esperar. Sólo dio cuartel a la santa para medio terminar un segundo tazón de chocolate. Estaba en ello tan ricamente cuando vino a darle un vahído y se cayó al suelo, tiesa como una mojama.

—*Ora pro nobis*—dijo doña Ana, la tutora de la casa.

A lo que todas, en un latín muy estropeado y falto de oportunidad, respondieron:

—*Nenos manducas in tentationem.*



Que parecía que iban a comerse niños, en vez del *ne nos inducas in tentationem*, que es lo que querían decir.

Pero he aquí que la santa se recompuso, como si nada, y pidió otro tazón, donde comenzó a mojar bizcochos con naturalidad, como si lo otro no hubiera ido con ella. Aunque no hubo llegado a la mitad, cuando volvió a quedarse tiesa, esta vez metiendo las narices en el desayuno.

—*Ora pro nobis* —repitió doña Ana.

—*Nenos manducas in tentationem* —respondieron las otras.

El padre Alonso, con gran perplejidad, máxime porque lo habían sentado junto al prodigio, pensó que estaba en la casa del disparate y ya no sabía si rebañar su tazón o a la santa, toda untada de chocolate. Se dijo para sí que fray Juan le estaba gastando una inexplicable broma.

Pero luego desanduvo sus conclusiones. Era consciente de que si, en vez del latinajo, aquellas mujeres hubieran respondido en román paladino, o lo que era lo mismo, en un castellano claro, habría parecido menos chistoso. Y si al primer desmayo la hubieran retirado, se habría actuado con el pudor con el que había de llevarse estas situaciones.

Lo asombroso del caso, visto aquel espectáculo, fue que la joven, al volver en sí y limpiarse el rostro, habló como una mujer mayor y más sensata de lo que era (que a tenor de lo visto, cualquier tanto ya parecía mucho).

—Venga, padre Alonso, voy a retirarme y querría que estuviera a mi lado.

Se hizo acostar, no diciendo nada en toda la mañana hasta que tuvo un dolor que pareció romperla. Se le abrieron unos puntos de sangre en las palmas de las manos y en la frente, se le puso la tez blanca y antes del mediodía tuvo un copioso sangrado.

El padre Alonso intentaba observar como médico, con frialdad. Anduvo secándole la frente para limpiarle el sudor, que se mezclaba con los puntos de sangre, pequeñas incisiones surgidas sin que la joven se tocara o se rascara. Comprobó un notable cambio de temperatura en su cuerpo. Si al principio era un sudor muy frío, después de varias convulsiones padeció una fuerte calentura y enrojecimiento, que asustó a sus compañeras de emparedamiento.

Así estuvo más de dos horas, cuando, agotada, vino a quedarse dormida. Pero Alonso decidió acompañarla y fue una cosa oportuna porque pudo presenciar que repitió un sangrado más abundante, teniendo las palmas abiertas y reposadas. Y sintió un dolor tan intenso que la despertó.

Lo que más le interesó al médico fue comprobar el agrandamiento —de un centímetro de diámetro— de las heridas de las palmas, sin que interviniera ningún agente humano.

Menguada la hemorragia, decidió vendarla.

El jesuita regresó al Colegio a la hora de la comida y lo hizo ajeno a todo lo que le rodeaba. Estaba conmocionado. Su primera intención, imbuido de ese naciente y tímido espíritu científico que se abría paso en Europa y con el que se identificaba,



era —sin atentar contra su fe— buscar una explicación racional a los fenómenos de esa categoría. Pero había vivido los hechos y debía doblegarse a ellos. Sólo tenía una objeción: la ubicación de los estigmas en las palmas de las manos no le parecía que respondiera a las marcas de la crucifixión.

En Nueva España fue testigo de un suceso insólito que ahora le venía a la memoria. Era Viernes Santo, le avisaron de una de las aldeas de la sierra para que se desplazara allí con urgencia. Días antes, un bandido había entrado en un poblado y cometido varios crímenes y otras bellaquerías contra mujeres y niños, atrocidades de tal catadura que no son adorno para este relato. Pero este canalla se convirtió a la fe católica, unos decían que gracias a un misionero franciscano, otros a la aparición de la Virgen, y los menos, aunque muy documentados, lo achacaban a la prodigiosa aparición de cierta religiosa, muy serena y bella, y que en todo parecía ser la joven María de Jesús de Agreda.

Como fuere, aconteció que el criminal se sintió tan cambiado que quiso pagar por sus muchos pecados, y no encontrando alguacil o cualquier otra justicia, llegado el Viernes Santo pidió ser crucificado a la manera de Nuestro Señor y convenció a los allegados de sus víctimas para que le prestaran ayuda porque quería estar clavado de pies y manos hasta la Pascua de Resurrección.

Así se hizo, y el padre Alonso pudo comprobar las consecuencias, ya que se trasladó a caballo hasta el lugar, después de que alguien, compadecido, fuera en su busca al ver que el crucificado moría desangrado.

Ya en el sitio, horas después de que hubiera sido clavado a la cruz, se encontró con que habían bajado del madero al penitente y lo habían acomodado en un lecho para que muriera con más reposo. Sus manos y pies habían sido atravesados por grandes clavos que agujereaban las palmas y los empeines, y con el paso de las horas, el excesivo peso del cuerpo hizo que las palmas no soportaran aquello y se fueran desgarrando, hasta dividir cada mano en dos partes, viniéndose el cuerpo abajo, que para mayor daño quedó sujeto de los pies, de manera muy inconveniente.

La trágica crucifixión del penitente, aunque no restituyó ninguna vida robada, sirvió para que el asesino tuviera conformidad al morir, los testigos sintieran piedad, y el padre Alonso, médico anatomista, comprobara que las palmas no soportaban el peso del cuerpo de un crucificado.

En cambio, prácticamente, todo el arte de las iglesias europeas había alimentado la idea contraria. *La Crucifixión* y *La Resurrección* del *Retablo* de Isenheim, obra cumbre de Matthias Grünewald, que el padre Alonso había conocido en un anterior viaje por el centro de Europa, mostraba los signos de la Pasión en las palmas de las manos. Y en Italia o España, las muestras también eran abundantes.

Se le ocurrió que el espaldarazo a una investigación sobre la estigmatizada podía dárselo el estudio de las marcas de los clavos de la crucifixión en la famosa *Sábana Santa* de Turín. Pero como no era el caso realizar un viaje a Italia —y sus preocupaciones eran otras y más graves, como el asesinato del Inquisidor—, recordó las copias que habían circulado por la Cristiandad; una en Santiago del



Estero, en Argentina, en manos de los propios jesuitas, y otra que nunca fue a ver, cerca de Madrid.

En el portón del Colegio abordó a Tomás, que suplía al portero.

—¿De dónde eres, Tomás?

—De Madrid, padre. Creí que lo sabía.

—Puede, pero es de esos detalles que uno olvida si no hay una razón para retenerlos o no se asocia a algo concreto, como el acento regional.

—De Madrid, de Mejorada del Rey.

—¿Y recuerdas haber oído hablar de una copia de la Sábana Santa?

—Ha dado con el hombre idóneo —le interrumpió.

Alonso se sonrió.

—A ver, «monseñor» —le replicó con guasa.

—Porque esa tela, quiero decir —se azoró algo e intentó hablar con respeto del asunto—, esa santa tela está al lado de mi pueblo, en Torres de la Alameda.

—¡Eso es, Torres de la Alameda! Para mañana que me preparen una montura y alguna vitualla para viajar.

—No se preocupe, pero ahora, no se me vaya. Mañana tocan caballos..., hoy bacalaos. Le espera un pez muy gordo, creo que donde las visitas de postín. —E hizo un gesto cómplice, indicando hacia una sala del Colegio, destinada a la visita de personalidades.

—Ah..., ahora iré.

El ensimismamiento le había impedido ver cómo toda la calle se hallaba abordada de caballerías y jinetes con los blasones de la Casa Real, que generaban no poca expectación. En el Colegio estaba Luis de Oyanguren, el Secretario del Rey. Y andaba dando vueltas por la sala, golpeando sus guantes contra la palma desnuda.

Todos los jesuitas sabían el porqué de su inesperada visita, al menos, suponían que el asunto no era otro que la extraña muerte del Inquisidor.

El padre Juan Everardo Nithard, al saber de la llegada del Secretario, se acercó a la sala para saludarle, excusándose con que deseaba hacerle la espera más entretenida.

—Se lo agradezco, pero no es menester —replicó el de Oyanguren—. Bastante es que venga sin avisar, para que, además, importune a Sus Paternidades en sus diferentes obligaciones.

—No es ninguna molestia. Venga, le gustará ver algo.

Y casi obligó al Secretario a que lo siguiera a la gran biblioteca del Colegio, en donde, entre los muebles de tanta librería, colgaba un magnífico óleo —no



excesivamente trabajado—, en el que podía observarse a varios hombres en los jardines de lo que parecía ser una casa de campo.

—¿Reconocéis la mano?

—He de confesaros que no, sólo la candad. No me parece malo.

—Y no lo es —respondió ufano Nithard—. Es una donación de don Diego Rodríguez de Silva, de Velázquez. Lo pintó en su primera visita a Roma, cuando se hallaba en Villa Médici; hace poco que lo regaló al Colegio.

—Un portento ese don Diego —asintió el Secretario.

—Lástima sus muchas ocupaciones; desde que le han nombrado Aposentador de Palacio, hay quien piensa que su obra ha menguado —advirtió Nithard.

—Discúlpeme si le digo que eso son habladurías. Por lo pronto, todos sabemos que los muchos problemas económicos de la monarquía hacen que tengamos dificultades para cobrar, incluso en Palacio. No siempre llegan todos los dineros cuando se quiere, sino cuando se puede. Y eso también obliga a un pintor como don Diego a buscar más de una fuente de ingresos.

—Quizá tengáis razón y sea lo que le ha hecho esforzarse tanto para que lo nombraran caballero de la Orden de Alcántara. Que ahora andan a ver si cumple los requisitos.

—Querrá decir Santiago.

—Perdón, no sé qué dije.

—Dijo Alcántara.

—Claro..., Santiago, qué tontería. Ya sabemos que es de la baja nobleza; en realidad, sus mayores méritos están en sus manos, y la de Alcántara sólo está reservada para los aristócratas como vos, por ejemplo.

El comentario referente al trabajo con las manos, peyorativo en la sociedad de la época, le pareció un disparo certero contra el pintor. Pero Luis de Oyanguren, sobre todo, tuvo la sensación de que el alemán pretendía tirarle de la lengua, aunque no acababa de captar la razón.

—No se preocupe, comprendí a qué se refería.

—Lo supongo —continuó Nithard—. Por cierto, tengo entendido que la de Alcántara hace demasiado tiempo que no celebra Capítulo General.

El padre Alonso apareció como agua de mayo, Oyanguren comenzaba a cansarse del tono inquisitivo del alemán, quien se retiró discretamente, alegando otra vez, con cierto cinismo, que confiaba haberle hecho más agradable la espera.

—¡Agradable! —comentó Oyanguren con sorna al padre Alonso—. Habría sido un excelente dominico. Parece que no pregunta, pero sonsaca todo.

—Habilidades de confesor —respondió Alonso, sonriente e intentando quitarle importancia.

—Claro..., confesor real.



—¿Quiso saber mucho? Ahora soy yo el indiscreto, discúlpame.

—Creo que sí, pero tampoco sé qué era lo que le interesaba. Juraría que me trajo para ver el cuadro, aunque con la intención de sacarme alguna información. ¡Acabó preguntándome por el Capítulo General de la Orden de Alcántara!

—Ya sabéis, don Luis, que cuando se busca conocer algo sin que se note, lo que más interesa es lo último que se pregunta.

—Y sutilezas no le faltan, lleva demasiados años valiéndose de la idea de que es un pobre alemán que no conoce la Corte. Pero, a lo nuestro, he venido de improviso, porque Su Majestad quería saber qué tal van sus pesquisas.

—Aún es pronto para decirle lo que pienso.

—Lo sé, no obstante me preguntará y querrá saber algo.

—Decidle que no quiero precipitarme, porque la trama parece complicada. Cuando me quedé por la noche en la celda de don Diego, alguien quiso entrar y forcejeó con la puerta, creyendo que no había nadie y sin saber que la cerradura estaba obstruida.

—Ese «alguien» y de noche, con el Tribunal de Corte cerrado, sólo podría ser un dominico.

—De eso estoy seguro.

—Un dominico que buscaba algo..., o que quiso hacerle creer que ahí había algo que buscar.

—Hiláis muy fino —replicó Alonso interesado—. Pero si fuera así, ¿quién pudo ser?

—Fray Nicolás, o al menos alguien y fray Nicolás. Porque supongo que Su Paternidad se encerró con su anuencia.

—Así es, ¿y creéis que el camarero podría engañarme?

—¿Usted lo cree? —le devolvió la pregunta el Secretario.

—No, ese hombre acumula más lealtad que ambos juntos —aseveró Alonso.

—Eso me pareció a mí, y me alegra que coincidamos. Lo que quiere decir que, a espaldas de fray Nicolás, alguien de la casa lo intentó, pensando que podía acceder a la habitación —argumentó Oyanguren.

—Es lo más probable.

—¿Qué puedo decirle a Su Majestad?

—Dadle largas.

El de Oyanguren dijo irse con el firme propósito de —sin faltar a la fidelidad a su monarca— no pormenorizar en detalles acerca de los dominicos. Así que el Secretario, cuando informara al Rey, no mentaría el asunto de la puerta, y sólo se reafirmaría en la idea de la complejidad de la trama y la dificultad que entrañaba esclarecerla.



Alonso se encerró en su habitación, decidido a centrarse en el misterio de los libros, para aprovechar el tiempo hasta el viaje del día siguiente. Porque empezó a sospechar que la clave del asesinato estaba en la librería del Inquisidor. Al menos, eso inducía a pensar el número de regueros de sangre y las dos marcas encontradas en los libros, que le hacían imaginar al moribundo seleccionando textos o escribiendo en ellos.

En *El Quijote* con el que falleció el Inquisidor encontró otra frase, aunque ésta, a medio señalar. Decía así:

*Mucho sabéis, mucho podéis y mucho mal hacéis.*

Le extrañó la señal incompleta. Pensó que, tal vez don Diego, por alguna desconocida razón, sobre la marcha cambió de parecer y decidió no utilizar esa frase. La explicación la encontró con un golpe de inspiración. Recurrió a la lista de libros del dominico, la que trasladó al Colegio. Y vio que el fallecido poseía diferentes ediciones de ese mismo texto, repartidas en distintos puntos de las estanterías. Iniciando el listado (y encabezando los títulos de la librería), había un ejemplar de la edición príncipe de la segunda parte del *Quijote*. Alonso fue a la biblioteca donde estaba el tomo y buscó la frase. Ésa sí estaba totalmente marcada.

*Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis*<sup>7</sup>.

Poseía una diferencia conocida sólo por los eruditos: el «más» de la edición primera se había rectificado en otras ediciones por un «mal», según el criterio de algunos impresores, considerando que aquello otro era una errata.

Pensó que el matiz no era una nota culta del Inquisidor, máxime estando herido de muerte, sino que podía responder a la intención de decir al investigador algo muy concreto. Don Diego no tendría interés en sugerir el mal que se hacía, era obvio: habían atentado contra su vida. Sino en advertir que hacían mucho más, que hacían otras muchas cosas de esa calaña. Por eso, al comenzar a marcar el texto y ver que no era el deseado, dejó de hacerlo.

Se trataba, pues, de descubrir qué era eso otro que hacían. Y quiénes. Aunque el «quiénes» parecía estar contestado con el *Coloquio*, si daba por buena la conclusión de que eran los dominicos aquellos que estaban detrás de la muerte del Inquisidor General.

Disponía de los libros y revisando todos, creía que encontraría el nombre del asesino de su amigo.

Consultó la lista para verificar cuál era el texto siguiente en la biblioteca. Se sonrió. Había olvidado que, haciéndola, se topó con una obra que el propio Alonso

---

<sup>7</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, II, cap. X.



había escrito años atrás: los dos tomos de la *Breve noticia sobre tonalpohualli y xihuitl o calendarios de los indios de Nueva España*. Considerando que lo que había hecho el fraile predicador era utilizar textos diferentes, Alonso no descartó que en cualquier libro, incluso escrito por él, hubiera una marca, un texto añadido, algo.

Hojeó meticulosamente su tratado, pero no encontró nada. A su lado, según la lista, aparecían tres obras en latín y, seguido, reposaba en un holgado espacio (porque sí anotó que el espacio era amplio) *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, apoyándose en otra edición del Quijote y otras castellanas.

La decepción le hizo plantearse otra hipótesis de trabajo, que hubiese claves no sólo en los libros, sino en el propio orden de éstos, que don Diego no hubiera querido poner seguidos los que debiera utilizarse. Así le cayó la noche, enfrascado en la búsqueda de algo que ahora, atascado, no lograba dilucidar. Y así, también, fue vencido por el sueño.

Lo despertó el frío de la calle. Como médico se había habituado a extraños procedimientos para conservar la salud. Entre ellos, además del gusto por el baño (lo que hacía que Tomás, el novicio, lo apodara cariñosamente «Bacalao», por hallarse siempre en remojo), procuraba ventilar constantemente su cuarto, pues el aire enrarecido le parecía una peligrosa fuente de enfermedades. Había dejado abierto el amplio ventanal de la habitación, y un golpe de aire fresco le dio en el rostro, despertándolo.

Cuántas veces el padre Alonso había defendido que el sueño era una fuente de conocimientos, difícilmente explicables —y no necesariamente sobrenaturales—, pero que, en ocasiones, podían favorecer frente a lo cotidiano. Esa noche lo constató.

Había soñado que su cámara era un amplio espacio abovedado, semejante al techo de una alta iglesia; eso le parecía al jesuita, aunque no había altar, ni crucifijo, tan sólo una bóveda central con un óculo abierto en lo más alto. En el sueño, él se hallaba leyendo un libro, cuyo contenido le tenía absorto. Por ello no se daba cuenta de que, de uno de sus muchos frascos en los que conservaba animales en alcohol, una serpiente cobraba vida, rompía el sello que la mantenía encerrada y salía del recipiente, desplegando unas enormes alas cubiertas de un colorido plumaje; tras revolotear por el techo, descendía para escapar por entre dos tomos de su estantería de libros, los que comprendían la *Breve noticia sobre tonalpohualli y xihuitl o calendarios de los indios de Nueva España*.

Alonso, por fin, levantaba la vista del libro, pero no veía nada. Entonces, varios *putti*, esos angelotes que adornaban palacios e iglesias en pinturas al fresco, y que en aquel sueño rodeaban el óculo de la bóveda, cobraban vida y, riéndose de él, repetían una y otra vez:

*Ac venti ruutt qua porta data et terras turbine perflant.*

«Y los vientos se abalanzan por donde se les ha dado puerta y soplan en torbellino sobre las tierras.»



Él corría al lugar por el que la serpiente alada se había deslizado; veía que, en efecto, había un hueco entre los libros, pero una fuerte bocanada de viento entraba por ese espacio, haciendo que se volaran todas las hojas que tenía en la mesa.

Era el aire frío de la noche. Cerró la ventana, recogió algún papel que se había caído e hizo lo mismo que en otras ocasiones: escribió cuanto recordaba de lo soñado.

Aquel latín de los *putti* le era familiar. Aunque en ese momento no llegó a recordar que las dos frases pertenecían al primer libro de la *Eneida*<sup>8</sup>. Días después caería en la cuenta de que correspondían al momento del relato en el que Eolo lanza los vientos contra Eneas, a instancias de la vengativa Juno.

Lo demás le resultaba confuso y temió que el alto techo, abovedado con un óculo, quisiera simbolizar su auténtico templo interior, donde adquiría el conocimiento y, en cierta manera, se acercaba a la divinidad. Lo temió, porque le hubiera gustado ver algún símbolo de la fe católica. En cambio, a lo sumo, se encontró con unos irreverentes angelotes que parecían reprocharle algo, utilizando la *Eneida*. Pero Alonso sabía que el lenguaje de los sueños era algo extraordinario y aún muy desconocido.

Le preocupaba la serpiente. Recordó haber leído en Nueva España el *Libro de la interpretación de los sueños* de Artemidoro de Daldis. Entre los griegos era creencia común que estos reptiles guardaban los bienes de los templos, de la misma manera que la serpiente Ladón estaba enroscada en torno al árbol de las manzanas de oro en el Jardín de las Hespérides, para proteger sus frutos por orden de Hera.

Pero sabía que en el símbolo de la serpiente había una ambivalencia que al pueblo llano no se le sugería en el pulpito, fundamentalmente, por miedo a cualquier mala interpretación. También representaba el conocimiento.

Al sacerdote, por su formación y sus convicciones, le pesaba más la idea de la serpiente bíblica que otra, así que se decidió por lo que le pareció la vía más adecuada para reposarse, la oración. Pero casi se durmió, y no hizo más que entrar en un duermevela cuando, de nuevo, oyó en su mente las risas de los *putti* y una voz infantil que gritó:

*¿Mach titlatin?*

Se desveló sobresaltado, aunque en apenas fracciones de segundo, comprendió, lo que acababa de oír era *náhuatl*.

Pese a que fuera fruto de una ensoñación, su *daimon* interior, la mente dormida, la imaginación o como quisiera decirse, le reprochaba en la lengua de Nueva España su incapacidad para comprender, preguntándole: «¿Acaso hemos de hablar?» Es decir, si necesitaba que le mostraran la verdad más claramente. Y en la pregunta, hecha en *náhuatl*, estaba implícita la respuesta. La serpiente emplumada

<sup>8</sup> *Ac venti, velut agmine Jacto, qua data porta, ruunt et terras turbine perflant.* Y los vientos se abalanzan por donde se les ha dado puerta y, rápidos en escuadrón, soplan en torbellino sobre las tierras.



no era otro que el dios Quetzalcoatl. Había soñado con un símbolo azteca. Por eso, el reptil alado se deslizaba entre los dos libros del calendario mejicano. Y aunque para el franciscano Bernardino de Sahagún y los demás misioneros que llegaron a Indias aquello podía representar al diablo, alguien explicó a Alonso en Nueva España que, para los nativos, Quetzalcoatl también era un símbolo de la capacidad de trascendencia del ser humano, de ahí que a la vez fuera un reptil y un ser alado, es decir, capaz de superar el mal y ascender. Un símbolo de la posibilidad de alcanzar el auténtico conocimiento.

No acababa de encontrar una explicación al sueño, pese a que comprendió que la serpiente aludía a un conocimiento que le faltaba, que se le escapaba por esa rendija de la librería. Un descuido tal, que si no lo subsanaba, naufragaría en su investigación acerca del crimen, como los compañeros de Eneas naufragaron en manos del Céforo y el Euro.

Intentó darle vueltas al asunto, pero sólo lo desentrañó a la mañana siguiente.

Muy temprano, fue a la biblioteca del Colegio, reunió los tomos de don Diego, los cuales estaban disimulados entre los varios miles de volúmenes que conservaba la Compañía en el recinto, y aprovechó alguno de los recodos vacíos de la sala para ordenarlos metódicamente, según la lista que elaboró en la celda del Inquisidor.

Una vez colocadas todas las obras, y gracias a la imagen de aquel Quetzalcoatl —dios del viento— que se deslizaba entre los dos volúmenes de la *Breve noticia*, Alonso recordó cómo en el mueble de la celda de don Diego había cierto espacio entre esos libros y que, por descuido, no lo había contemplado.

Si el reptil representaba el conocimiento, ¿querría decir que el espacio podía ocuparlo otro libro? Intuyó que los hados le habían favorecido con el sueño de la noche anterior porque don Diego era lo suficientemente sutil o precavido como para no haber dejado aclarado el misterio a simple vista.

Por otra parte, las pistas estaban pensadas para el padre Alonso, pues el Inquisidor no ignoraba que, dada la magnitud del drama que se avecinaba —su propia muerte a manos de un asesino—, el monarca iba a solicitar los servicios del jesuita.

De manera que, desde el orden de los libros, hasta las notas que había dejado o las pistas naturales, como el reguero de gotas de sangre entre el despacho y la librería de la celda, todo formaba parte de la puesta en escena que facilitaba la víctima e iba a necesitar el investigador para desentrañar el misterio.

Alonso se planteó la posibilidad de colocar cada uno de los restantes volúmenes del dominico en ese reducido espacio que más o menos recordó y calculó; el libro que no cupiera por ser muy voluminoso lo descartaría e iría limitando opciones.

La idea no era mala ni complicada. La librería personal del Inquisidor no alcanzaba a poseer un par de cientos de volúmenes (nada mal para la época, considerando que, además, el fraile disponía de los de la gran biblioteca del convento de Santo Domingo y la del propio Tribunal). Pero no había empezado a



colocar la *Diana* de Montemayor, cuando se desencantó con su propia solución. Simplemente porque estimó que la talla intelectual del Inquisidor y su gusto gracianesco por no jugar «a juego descubierto» le habrían llevado a aderezar el secreto de manera más inteligente.

Se replanteó de nuevo la situación y recapituló con respecto a lo soñado la noche anterior.

Era consciente de que su cálculo acerca del libro que tendría que haber, entre los dos de la *Breve noticia*, era fruto de un simple sueño. Soñó que se le escapaba el conocimiento entre los dos tomos y, también, soñó que por ello naufragaba su investigación. Considerando esto, habría sido un disparate imaginar que don Diego contaba con que el jesuita tuviera en cuenta, de antemano, esa información onírica; así que el espacio reducido en el que parecía caber un libro podría atribuirse a una simple casualidad, y entonces, toda divagación sería inútil. O podría responder a la intención por parte del Inquisidor de no facilitar la investigación, por miedo a otros que también estaban interesados en ésta. Es decir, Alonso pensó que don Diego, tal vez, quitara el libro que debía estar ahí, y contara con la inteligencia del jesuita para reponerlo.

Descartando la casualidad, intentó avanzar por la vía de la causalidad. En verdad necesitaba encontrar un sentido a ese relativo espacio libre entre los dos tomos. Dio por supuesto que ahí debía estar un libro —era una hipótesis de trabajo—, y se aprestó a buscarlo.

Los textos mentados (la *Breve noticia*) se los había regalado a don Diego hacía menos de un año. Estaban editados en Nueva España y formaban parte de los muchos trabajos de investigación histórica y antropológica del jesuita, quien, además de ser un reputado conocedor del *náhuatl* clásico, conocía bien alguna variante dialectal como la de Guadalajara.

De alguna manera, tan exóticas obras no dejaban de ser una nota sobresaliente y disonante en ese concierto de literatura renacentista y barroca que componían las estanterías del Inquisidor. También, por esa misma razón, y por estar situadas tan en primer lugar, como el conjunto no mostraba un orden alfabético, por materias, o de algún otro tipo, el jesuita tuvo el palpito de que estaban descolocadas, deliberadamente, para ser vistas y, probablemente, para ser utilizadas en la investigación.

Alonso oyó pasos. Alguien había entrado en la biblioteca y avanzaba despacio hacia donde él se encontraba. Con toda la rapidez que pudo, cambió el orden de algunos de los tomos del Inquisidor e intercaló obras de estantes aledaños para desbaratar lo hecho.

—¿No interrumpo?

Era la voz de Nithard. La penumbra del fondo de la sala impedía reconocerlo, aunque la luz proyectada por la puerta delineaba una figura alta y muy delgada. Al padre Alonso le pareció que aquella silueta tenía un algo de siniestro, pero era un prejuicio por culpa de la oscuridad.



Los ademanes del padre Juan Everardo Nithard eran los de un hombre educado en la cortesía palaciega, discreto, sutil, silencioso en extremo.

Alonso acababa de sentarse. Urgía improvisar.

—*Ma huallauh, ma haulcalaqui, ca yehuatl in nicchia in ye macuil ye matlac*<sup>9</sup>.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Que tome asiento, le esperaba.

—No puedo creerlo —replicó, sonriente, Nithard—. Ni yo sabía que entraría.

—No puede ni debe creerlo —bromeó Alonso—. Me vine aquí a repasar conocimientos de *náhuatl*; con el paso del tiempo, sin practicarlo, como no hable con Dios, Nuestro Señor, se me va a olvidar.

—No habría escogido mejor interlocutor.

—Padre Nithard, seamos sinceros, para practicar *náhuatl* con el Creador, habría de ser un muy místico varón o...

—O esperar a que le responda en el Juicio Final —replicó con sorna el alemán.

—Y para entonces, ¿a quién interesará el *náhuatl*? Máxime si conocemos por especie, sin necesidad de las palabras.

Ambos se echaron a reír.

—De verdad, ¿qué me dijo?

—Nada de particular, citaba una frase de un relato de Bernardino de Sahagún.

—Extraños pueblos los de las Indias Occidentales —comentó reflexivo Nithard.

—Todo es acostumbrarse.

—Y veo que sabe hacerlo. No en vano, muchos le envidian en la Corte. La cultura de Su Paternidad es amplia y se nota que saca partido del lugar en el que está.

—Si se me envidia, procuraré cojear.

—Querría comprenderle, pero...

—No ha llegado a conocer al padre Fajardo. Ahora está en las Filipinas.

—Sí, he oído mentarlo.

—Pues Fajardo, compañero de noviciado, cojeaba, es decir, cojea. Comenzó a hacerlo por un accidente, tuvo una mala caída de un caballo. Pero, además, según le convenga, exagera su cojera.

—Y ¿cuál es la razón, que creo, ya alcanzo a adivinar?

—Seguramente, la que ha pensado. El padre Fajardo es un sacerdote muy brillante y, pese a su discreción, siempre destaca. Un día le vi entrar en una sala de reunión y cojeaba en exceso. Me acerqué a su oído y le dije: «Fajardo, ¿te duele otra vez la pierna?» «No —me dijo—, les duele a ellos la envidia, pero si me ven

---

<sup>9</sup> «Entre, llegue hasta acá, porque es el que estoy esperando desde hace cinco o diez días.»



cojear no me envidiarán tanto.» ¿Comprende? «Es un hombre brillante, lástima que sea algo cojo», dijo con aire apenado.

—Bueno... no diré que le envidio, para que no se parta algo, pero muestra una gran cultura y conoce el alma humana. Yo, en cambio, no tengo su humanismo... Le dejo, supongo que tantas ocupaciones como pesquisidor son complejas, y requieren tiempo para pensar.

Alonso se limitó a sonreír. El padre Nithard abordaba un asunto acerca del cual, para bien o para mal, él no pensaba hablar.

Nithard, como por casualidad, tomó uno de los libros de la estantería, lo contempló sin abrirlo y se lo entregó. Pero antes de salir de la librería se detuvo recortándose, nuevamente, su silueta en la oscuridad. Se volvió y dijo:

*Sancho, tente;  
que siempre es consejo sabio,  
ni pleitos con poderosos,  
ni amistades con criados.*

—¿Miguel de Cervantes? —preguntó Alonso, aceptando el juego.

—Lope de Vega...

Desde su lugar señaló hacia la obra que le acababa de dar.

—... El *mejor alcalde, el Rey*. Es el comentario que hace Pelayo, el personaje del villano al protagonista, Sancho, cuando éste se indigna y quiere proceder contra Tello, que desprecia la carta del monarca. Acto segundo.

Según salía, Alonso lo llamó.

—¡Padre Everardo!

Éste volvió a detenerse en la penumbra.

—¿Sí?

—Creí que no conocía a nuestros autores, así que...

—¿Sí? —volvió a decir el alemán con un cierto laconismo, muy propio.

—Pues que..., cuando le vea, ¡por Dios, cojee!



## Ágreda (Soria), 30 de octubre de 1658

Juan José de Austria había intentado hacer caso a su madre, Inés de Calderón y, para acercarse a su padre, el Rey, decidió conseguir el favor de la monja de Ágreda. Él era un hombre práctico y cargado de resolución, que creía más en el trato humano, y no en procedimientos torcidos y esquivos. En esto podría pensarse que pecaba de franqueza, aunque su mucha inteligencia sabía mantenerle en una actitud cauta. Nunca se entregaba totalmente. Quizá, porque su condición de bastardo le hacía saberse cuestionado y entre la nobleza producía sentimientos contradictorios. Era lujo del Rey, pero, a su vez, también de una plebeya y, lo que era peor, del teatro, que era como decir mujer de mala vida. Aunque Juan José había sabido convertir en virtud el defecto de su origen. Casi fue para él un regalo, ¿de qué sirve a un hombre tenerlo todo, si no logra nada por sí mismo? En cambio, al saber que constantemente estaba en tela de juicio, se sintió obligado a dar pasos certeros, golpes seguros, y a tomar decisiones prudentes, como bien demostró durante su azarosa vida. Y con el tiempo se supo que no fue más, ni alcanzó cotas más altas, porque se lo impidieron, no porque no lo valiera, ya que estaba muy por encima de sus contemporáneos, en una monarquía débil, cargada de vicios y que redondeó un período de decadencia poniendo a la cabeza del Estado a un auténtico símbolo de incapacidad, Carlos II el Hechizado.

Cuando ocurrieron los hechos, sor María de Jesús era ya una reconocida asesora espiritual de Felipe IV; éste mantuvo correspondencia con ella durante veintidós años, hasta el fallecimiento de la concepcionista franciscana en el mismo convento de Ágreda, en Soria, donde fue abadesa. El Rey le escribía cada quince días y, a veces, cuando le acuciaban sus muchos remordimientos de conciencia, intensificaba la correspondencia, esperando que la monja hiciera ante Dios lo que el monarca y la nobleza no hacían por España.

Ella se permitía ponerle las peras a cuarto, reprocharle sus excesos y su vida de regalo, advirtiéndole que para solicitar la ayuda del cielo en los asuntos del mundo, primero había que poner todos los medios humanos para resolver lo de aquí abajo, rodeándose de políticos eficaces, gestionando lo económico, y fortificando y manteniendo el ánimo de sus ejércitos, cada vez más menguados y peor pagados.

El Rey, en cambio, tenía una visión patrimonialista de sus reinos, creía que eran sus muchos pecados los que habían traído la desgracia a éstos. En algo no se equivocaba, porque si, obviamente, no eran sus faltas personales, sí era el descuido que generaba ese modo de vida en él y en sus hombres de Estado.



De todas maneras, con la modestia de corazón que favorece el sentirse pecador, el corrupto ámbito palaciego valoraba más a la abadesa de Agreda que el entorno eclesial, muy presto, éste, a mandarles los inquisidores. Pero incluso el Santo Oficio de la Inquisición quedó impresionado ante la monja concepcionista, sus portentos y sus escritos.

A pesar de todo, el escollo era grande: la religiosa defendía la Inmaculada Concepción, que aún no era dogma, y precisamente, los inquisidores, dominicos en su mayoría, eran contrarios a éste.

Los milagros de la madre de Agreda se iniciaron en 1620. Con apenas dieciocho años, en éxtasis se vio transportada a Méjico, y comenzó una larga serie de apariciones y prédicas —más de quinientas— en esas lejanas tierras. Todo sin salir de su austera celda del monasterio soriano. Hablaba en castellano, pero los indios la comprendían y oían en su propio idioma. Catequizaba a aldeas enteras y lo que es más, enviaba a los catecúmenos a las misiones franciscanas, indicándoles quiénes eran los misioneros y cómo llegar hasta ellos.

Los frailes, extrañados por las conversiones masivas, pidieron datos de quién les había hecho llegar, pensando, en principio, que era obra de la Virgen. Pero al recibir detalles de las ropas que llevaba la aparición, en especial del manto azul celeste con la toca negra y el hábito blanco, supusieron que podría ser la madre Luisa Carrión de la Ascensión, clarisa española con fama de santa. Aunque todos los indígenas insistían en un detalle: quien los catequizaba era una bella y joven muchacha. Comprendieron los religiosos que la de Carrión no podía ser, pues ya andaba por los sesenta. Fue entonces, cuando cayeron en la cuenta: la monjita de Agreda, con sus arrobos místicos y múltiples prodigios, podía ser la evangelizadora.

Años después de aquellos sucesos, en 1630, el custodio de Méjico, fray Alonso de Benavides, viajó a España. Una de las razones era desentrañar el misterio. Fue a Agreda con el provincial Sebastián Marcilla y el confesor de la monja. La pretensión era que diera todos los detalles de lo que sabía de aquellos sucesos. Y la religiosa pormenorizó la geografía, las aldeas, la distancia entre éstas y las misiones franciscanas, las características de sus gentes y sus costumbres, así como los detalles de las misiones. Los frailes quedaron impresionados.

Al regresar a Méjico, el padre Benavides llevó consigo un óleo de la concepcionista, pintado a propósito. Los indios, llenos de fervor, reconocieron en la pintura la imagen de quien se les aparecía.

Pero nada de esto libró a la monja de hallarse en entredicho, aun con el apoyo del propio Felipe IV. Cayeron sobre ella quienes eran contrarios al dogma de la Inmaculada y se leyó con enormes prejuicios su *Mística ciudad de Dios* (sobre la que pesó la acusación de excesiva sensualidad en algunas de sus páginas).

Juan José sabía que no iba a encontrarse con una mujer normal y que en ese siglo en el que en lo tocante a milagrería había un amplio muestrario en cada sitio, la monja de Agreda era diferente.

La abadesa contaba ya cincuenta y seis años. Era una mujer pequeña, de apariencia débil y carácter grave, aunque voluntariosa. A pesar de la edad, las muchas mortificaciones a las que se sometía rebasaban lo imaginable. Solía dormir



sobre madera o en el suelo, y se decía que era frecuente que descansara escasas horas al día; tres de cada jornada las dedicaba a meditar, simultaneando este tiempo con la mortificación, como cargar una pesada cruz llevándola de rodillas. Además, ayunaba tres días por semana.

—Reverenda Madre, vengo como un hijo devotísimo de la Iglesia y de Su Majestad el Rey.

—He seguido la trayectoria de Su Serenidad, señor don Juan, y lleváis una carrera de éxitos que os engrandece.

—Lo agradezco, pero estoy aquí para pedirle un discreto favor. Que interceda por mí, ante mi señor padre. Es verdad que me llena de honores, pero rechaza verme. Temo que sea porque doña Mariana aún me quiere más lejos que la fallecida Isabel de Borbón.

—Ya —replicó la abadesa, evitando emitir un juicio.

—Reverenda Madre, un hijo no sólo quiere reconocimientos y títulos, sino leer en los ojos de su padre lo que otros le dicen que aquél siente. Comentan que gano batallas y apaciguo reinos, porque anhelo un poder que se me niega, pero...

—Lo sé —le interrumpió la abadesa—. Únicamente buscáis el aprecio de vuestro padre.

—Y hace por no verme, que así llevo años. —Al endurecido militar se le empañaron, levemente, los ojos.

—Es muy santo que a los hombres nos sean concedidos todos los bienes de la Tierra y, en cambio, nuestra alma sólo se conforte con el amor de un padre. Me acordaba de Nuestro Señor tentado por el diablo, que le ofrecía todo el poder del mundo, cuando él, en cambio, sólo quería hacer lo que debiera como hijo.

—He venido para rogarle que incline a mi padre, el Rey, hacia mí. Él quiso que entrara en religión, no en vano, por él soy Prior de San Juan. Escogí el ejercicio de las armas para mostrarle que podía serle útil.

—Volved tranquilo a Consuegra. El Rey os llamará a su lado.



Madrid, 30 de octubre de 1658

El padre Nithard se marchó de la biblioteca con el mismo sigilo con el que había llegado. Y con igual presteza, Alonso recompuso el orden de los libros, no sin tener un ojo en la puerta, pues lo poco que hablaban el alemán y él ya le parecía de gran aviso para tenerlo a distancia.

A Alonso le intranquilizó la cita de Lope. Ante todo, le chocó la habilidad de su interlocutor para hacerse con el libro adecuado, es decir, para escoger rápidamente un volumen a tono con la conversación, y hallar en él —de memoria— las frases convenientes para espetárselas. O fue casualidad. Pero en cuanto estuvo solo, buscó rápidamente en la obra de teatro hasta encontrar el lugar de donde había sacado la cita. Y, tal y como imaginaba, Nithard no había alterado un ápice el texto.

Por otra parte, era verdad que Alonso tenía «amistades con criados», ya que fray Nicolás había sido ayuda de cámara, es decir, criado de don Diego. Y en poco le iba la diferencia a Oyanguren, el Secretario del Rey, por lo que ambos tenían de guardadores de secretos y de servidores en las cosas más dispares e íntimas, aunque uno fuera de lego (que no lo era) y el otro de licenciado.

Pero de todo, lo que más le inquietó fue lo de los «pleitos con poderosos»; era como si también supiera de la implicación de los dominicos, quienes sí eran auténticamente poderosos.

Todo esto lo entretuvo mucho, pues, aunque Lope fuera de lenguaje llano, Alonso dio en leerse enteramente *El mejor alcalde, el Rey*, además de recomponer la librería, por lo que aún andaba sin encontrar el volumen que le permitiera avanzar en sus pesquisas.

La solución le llegó como por casualidad.

Estaba intranquilo, pensando si había sido una buena o mala idea andar como un trintero, cambiando libros de sitio a toda velocidad, cada vez que alguien entraba. Con tal solución no podía concentrarse, aunque tampoco debía dejarlos por el orden auténtico, para que nadie pudiera tener acceso a las claves de la biblioteca, si es que las había.

Volvió a oír pasos, esta vez en tropel. Eran los estudiantes más jóvenes del Noviciado de San Bernardo. Se habían acercado con no sabía qué excusa, que sería la propia de los que quieren salir huyendo de su reclusión en una mala mañana. Vuelta otra vez a desordenar precipitadamente los libros. Hasta que se encontró leyendo el título de otra obra cervantina:



*Ocho entremeses nuevos nunca representados.*

¡Ése era el libro que faltaba! Y en el título estaba la llave, tan claramente, que el Inquisidor —según estaba anotado en la lista de Alonso— se vio obligado a separarlo, colocándolo sobre otros volúmenes, fuera de la alineación de los libros.

Pero ¿qué indujo a pensar así al padre Alonso? ¿Por qué razón creyó que ésa era la obra que debía ocupar el espacio vacío, entre los dos tomos de la *Breve noticia*?

No se resistió y, antes de colocarla donde consideraba, la hojeó rápidamente. Con eso se afirmó en lo que creía, y se dio cuenta de que no había errado. Tenía la seguridad de que el libro que faltase también guardaría un mensaje dentro, algún texto subrayado. Buscó y acertó.

Era costumbre que cada autor de la época procurara ponerse bajo la tutela de algún poderoso. Por ejemplo, Lope encontró el apoyo de Lorenzo de Cárdenas, conde de La Puebla; Gracián, el del príncipe Baltasar Carlos; y aquí, Miguel de Cervantes dedicaba la obra a Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos y comendador de la Orden de Alcántara. En la dedicatoria al conde, en donde el escritor se quejaba de cómo era imitada su obra, don Diego había marcado otra frase:

*... no se ocupan sino en obras grandes.*

Pero el jesuita, en vez de pretender la inmediata resolución del nuevo enigma, colocó el libro en la estantería y, sonriendo, se sentó a contemplar la obviedad.

¿Cómo no se había dado cuenta de que el espacio comprendido entre los dos tomos del *calendario* era simplemente un espacio *entre meses*? El libro de Miguel de Cervantes debía ocupar ese lugar, el que había entre los dos volúmenes que hablaban de los calendarios aztecas. Entre meses como eran: *atlacahualo*, *tozoztontli*... El texto por colocar no era otro que los *Ocho entremeses nuevos nunca representados* de Miguel de Cervantes.

Tomás entró en la biblioteca. Esta vez, sorprendió al jesuita, a quien no le dio tiempo a disimular el orden de los libros.

—Ya he preparado los caballos.

—¿«Los caballos»?

—Creí que yo también iba. Soy de al lado, de Mejorada del Rey<sup>10</sup>. Y si sale ahora, tiene que hacer noche..., además, le pedí permiso al padre director, dormiré en mi casa. Dará una alegría a mis padres.

—No has olvidado un detalle, ¿eh? —repuso irónico.

---

<sup>10</sup> En la actualidad. Mejorada del Campo.



Y partió camino de Mejorada con el persistente Tomás, auténtico pozo de recursos y argumentos insospechados para salirse con la suya.

El viaje era largo —o todo lo largo que en aquella época podía parecer un desplazamiento a los alrededores de la capital—, aunque la idea inicial del jesuita era hospedarse en la misma parroquia de la Asunción de Torres de la Alameda, ya que iba en calidad de comisionado por el Santo Oficio.

Salieron hasta la calle Mayor y luego, Alcalá abajo, hacia el camino del mismo nombre, que entonces arrancaba a partir de la también llamada Puerta de Alcalá.

Ya en las afueras, y por haber galopado a mata caballo, se detuvieron para dar un respiro a las monturas, pasado el Palacio del Buen Retiro, junto al camino de Vicálvaro. Fue cuando Tomás, muy en su papel de auxiliar, advirtió del peligro.

—No es por preocupar a Su Paternidad, pero llevamos escolta.

Alonso se volvió y miró hacia el fondo del camino, donde se veía a dos jinetes apostados, que parecían esperar a que ellos reiniciaran la marcha.

—¿Ves quiénes son?

—Embozados. No los reconocería ni santa Lucía cuando el Señor le restituyó la vista.

—¿Eh?

—Un decir, padre Alonso, un decir. Cuando ya en los cielos la santa recibió de nuevo sus ojos, además de la visión beatífica.

Alonso le había mirado con reprobación, aunque en el fondo le divertiera el insolente desparpajo del novicio, que a veces le recordaba a los pícaros de la capital.

Entrada la noche, y sin que pudieran distinguir si aún eran seguidos, llegaron a Mejorada del Rey. Un pueblo de pocas casas en el que las contraventanas cerradas para evitar el frío apenas permitían sugerir una tímida luz en el interior, para acompañar a la única visible en toda la localidad, la que iluminaba una imagen de la Virgen en una hornacina de la plaza, muy próxima a un abrevadero. Era un farolillo de aceite con más buena voluntad que eficacia, debatiéndose contra el viento, que entrado por las juntas del cristal hacía por apagarlo.

Alonso y Tomás desmontaron para dar holganza a los caballos y que bebieran algo. Pero el ruido de las espuelas en el único empedrado, que era el de la plaza, hizo que alguien, tímidamente, entreabriera una puerta con tardío disimulo, pues se le vio apagar un candil. Tomás, como conocía al vecindario, adivinó la cabeza que se escondía en la oscuridad y alzó la voz.

—¡Leandro, soy Tomás el de los panaderos!

—¡Con Dios! —replicó el otro, ya tranquilo, antes de cerrar.



Era muy tarde, pero un hijo siempre vuelve a tiempo. La emoción de aquella llegada, tan de improviso, fue incontenible para los padres del novicio. Y aunque dormían pronto para levantarse antes y hacer el pan, allí se festejó como si fueran bodas. Y con el alborozo se levantaron otros vecinos, y se cenó dos veces, con largueza.

Ajeno a todo, aunque sin olvidar una caritativa cortesía ante los agasajos, la única preocupación de Alonso era salir con la oscuridad para localizar a quienes los seguían. Bien que se hallaba a la mesa y las viandas, su mente rondaba por los trigales, imaginando una hoguera y a dos embozados.

Con los postres, que fueron unas natillas y un mostillo sacados de la fresquera y dignos del mejor banquete en la ínsula de Sancho Panza, Alonso —como el escudero— se privó de aquellos manjares, aunque por propia voluntad, alegando que debía retirarse un algo en oración. Salió de la casa y fue en busca de los jinetes que había llevado a la espalda.

No le resultó difícil encontrarlos porque la noche se puso muy fría pero con buena luna, y los desconocidos, que prefirieron quedar fuera del pueblo para no delatarse, hubieron de encender una hoguera, hacia la que se dirigió el jesuita, usando de toda la astucia de sus tiempos como misionero en tierras más inhóspitas que éstas del Jarama y el Henares.

Pero aquéllos, quienes fueran, parecían muy profesionales. En todo el tiempo no hablaron, tampoco bebieron vino, sino que comieron algo y esperaron el sueño. Y durante ese trance, que fue largo, tampoco se quitaron el embozo, que parecía negro. Ocultaba sus cabezas y oscurecía los rostros. De las armas, de las que iban bien servidos, ni que decir tiene, se mantuvieron con ellas sin mostrar la menor incomodidad por cargarlas.

Casi sin dormir, porque el horno se encendía en plena madrugada, Alonso y Tomás partieron. Llevaba el novicio tanta carga de bizcochada: galleta, mantecadas, obleas y suspiros, que parecía iban a hacer las Américas.

Como aún no clareaba, pensaron que darían esquinazo a los jinetes, pero la más tibia luz de la mañana los mostró detrás, a prudente distancia. Así hasta la llegada al destino, donde se esfumaron.

Si Mejorada era pequeño, Torres de la Alameda no iba a la zaga en menudencia. Del conjunto de casas destacaba la reducida iglesia de planta basilical con un esbelto chapitel de pizarra, tan característico del Madrid del XVII. Poseía en su interior varios relicarios, entre los que se contaba un *lignum crucis*, trozo de madera de la cruz del Gólgota, que, a poco que se pensase, había que reconocer como falso (pues de contabilizarse todos los trozos en la Cristiandad, se habría podido repoblar el suelo de Tierra Santa). No era lo mismo con el sudario, que se aceptaba como imitación, aunque «santificada» en 1620, cuando el 3 de mayo de ese año, el paño, que era copia, estuvo en contacto con el auténtico. Santificación muy relativa, esta del contacto y con connotaciones casi mágicas, dado que equivaldría a decir que por



estar algo (el lienzo que envolvió a Cristo) cerca de un bien (Cristo mismo), inmediatamente el contacto con éste haría partícipe de este bien. Asunto para el que había que hacer un esfuerzo de la voluntad, porque, en buena ley, tanto la copia como el respetable original no tenían otro valor que el histórico.

Pero el objeto de la visita no era poner en tela de juicio si ese lienzo, que con mucho detalle imitaba al verdadero, había recibido algo de la bondad divina, sino comprobar en dónde tenía la marca de los clavos.

El párroco de la Asunción se desvivió con el jesuita y el novicio; permitió que la misa mayor, que era la de doce, la celebrase Alonso con Tomás de acólito. Estaba entusiasmado por la visita, no porque el jesuita fuera comisionado del Santo Oficio —algo que, en verdad, era de mucho respeto—, sino porque le satisfizo en gran manera que un hombre de ciencia lo visitara.

Le enseñó la pequeñez de sus posesiones. El recoleto altar barroco y el recinto, de no más de ciento veinte metros, casi el tamaño de una ermita.

Al campanario se subía por una estrecha escalera de caracol. Una vez arriba, Alonso y Tomás, cantando loas de las bellezas del lugar y la amplitud de las vistas, con grande disimulo otearon a uno y otro lado, insistentemente, hasta encontrar a los embozados a la entrada del pueblo.

Al recorrido siguió un desayuno con torreznos, «poca cosa», decía el párroco que se puso como el Quico. Luego, llegó lo que interesaba.

Cerró la puerta del templo y sacó un lujoso cofre que guardaba en la sacristía, tras lo cual encendió algunas velas de la iglesia, y sólo cuando consideró que la luz interior ya era buena, extendió el lienzo sobre el altar, dejando que algunas partes desplegadas cayeran a uno y otro lado, dado el tamaño de la tela.

Cuando el anciano sacerdote de la Asunción les mostró el lienzo, sintieron una especial emoción, aun sabiendo que no era la original.

Representaba a un hombre alto, de complexión atlética y, aproximadamente, unos treinta años. La impronta grisácea, pese a que era una copia pintada, incluía marcas de tumefacciones y heridas en muy diferentes partes del cuerpo, lo que hacía suponer que el sujeto había padecido golpes e incisiones muy pronunciadas y repetidas.

Su rostro dejaba ver una zona sin barba, como si ésta hubiera sido brutalmente arrancada, además de haber sufrido la lacerante tortura de un casco de espinas que le habría cubierto la totalidad de la cabeza.

—¿Se ha dado cuenta de las marcas de los latigazos, padre Alonso? Oblicuas y a ambos lados, como si hubiera sido flagelado en dos direcciones y muy repetidas veces —advirtió el novicio.

—A la manera romana —le aclaró el jesuita—, pues excedían las cuarenta heridas que solían infligir los hebreos. Los romanos fustigaban sin límite.

El párroco, embobado por los conocimientos de que hacían gala, quiso aportar una nota culta:



—Miren aquí —dijo—, los hombros están magullados por haber cargado el *patibulum*, palo transversal en donde fueron clavados los brazos.

Pero, de entre todo, al padre Alonso le interesaron especialmente las marcas de las muñecas, lo que le recordó el caso del asesino crucificado en Nueva España, cuyas palmas se desgarraron por el peso. En cambio, este crucificado lo estaba por un lugar que parecía sostener el cuerpo, aspecto que validaba aún más el carácter testimonial del lienzo.

Al día siguiente, durante el viaje de regreso al Colegio Imperial, les extrañó no ver a los jinetes. Tomás quiso creer que quienes les persiguieron eran ladrones, los cuales, viendo cómo entraban en la iglesia de la Asunción, pensaron que era el destino de los viajeros y desistieron de su propósito marchándose. Alonso, por el contrario, no las tenía todas consigo. ¿Era lógico que después de pisarles los talones durante tantos kilómetros cejaran en su empeño, si éste era el robo? ¿Tenía sentido que perdieran la ocasión de abordarlos antes de llegar a Torres de la Alameda? Y ¿por qué razón no esperaron y lo hicieron durante el regreso, si durante la ida fueron capaces de acampar en Mejorada y esperar a que reemprendieran el viaje?

La verdad la supo dos días después.



Madrid, 3 de noviembre de 1658. (Dos días después)

Varios vehículos negros, como augurando un mal presagio, se detuvieron en la calle de Toledo, junto al portón del Colegio. Por la gravedad de los gestos y el porte de quienes descendieron, se supo, de inmediato, que eran oficiales de Justicia con algún desagradable cometido. Buscaban al padre Alonso, a quien rogaron que los acompañara de regreso a Torres de la Alameda. También solicitaron la presencia de Tomás, si era quien había estado con él en su viaje al pueblo.

A pesar de la premura que mostraban, todo se hizo con exquisita corrección, pues se supo, por el ama del cura de la Asunción, que el jesuita fue a la iglesia en calidad de comisionado del Santo Oficio, con la intención de ver el lienzo de la Pasión.

Un alcalde del crimen les rogó que subieran a uno de los coches que esperaba junto al Colegio. Viajaron solos, por lo que nadie les dijo qué se iban a encontrar en el pueblo. Aunque Alonso intuyó una desgracia, cuando, al pasar por Mejorada del Rey, vio a unos campesinos en la plaza con aspecto serio, y notó que mantuvieron la misma gravedad al observar, en silencio, el paso de la comitiva camino del pueblo inmediato.

—Han matado al párroco —advirtió Alonso.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé, pero lo han matado.

Si en Mejorada se encontró alguna gente en la plaza, cuando llegaron a Torres de la Alameda, el pueblo entero estaba junto a la iglesia de La Asunción. Las mujeres lloraban. Los hombres observaban cabizbajos. El templo tenía la puerta entornada, flanqueada por varios corchetes que impedían el paso a los posibles curiosos. Aunque nadie hacía por entrar.

En el interior, el retablo barroco mostraba un espectáculo que sólo hubiera podido concebir una mente monstruosa.

La estructura descansaba sobre cuatro columnas salomónicas, que ayudaban a segmentar el espacio en tres calles. A su vez, se dividía en dos pisos, exceptuando el banco inferior, en el que aparecían representadas varias figuras de bulto redondo con los evangelistas y la Pasión de Cristo. Las calles laterales mostraban la vida de la Virgen María, y se había reservado el primer piso del retablo para una talla,



también de la Virgen, que venía a descansar sobre el sagrario. En el centro del segundo piso, la Trinidad se enseñoreaba majestuosa sobre el resto de la obra, pero, la talla de la Virgen que debía estar bajo ella, había sido retirada y llevada a la sacristía, al parecer con cuidado, porque no mostraba desperfectos.

En su lugar, pendía el cuerpo crucificado del párroco amordazado. Lo habían clavado por las muñecas a uno y otro lado, en cada una de las columnas helicoidales.

Nada más ver aquel horrendo espectáculo, Tomás se desplomó perdiendo el conocimiento. Tuvieron que sacarlo del lugar.

El asesino, o los asesinos —pues tenía que ser trabajo de más de un hombre— no habían robado nada, y dado el aspecto sacrílego del caso, como el alcalde del crimen tenía necesidad de informar al Santo Oficio, estimó que era conveniente la presencia del padre Alonso, quien acababa de visitar al fallecido.

Sobre el cuello de la víctima de aquel espanto habían colgado una tabla, y en ella había una leyenda escrita con su propia sangre:

*Fiant aures tuae intendentes.*

El alcalde del crimen se acercó al jesuita que, notablemente afectado, intentaba disimular la conmoción.

—Esto es lo que hay, padre Alonso.

—Es atroz.

—Por las características se pensó en personar al Santo Oficio y, casualmente, como Su Paternidad —que es familiar—, estuvo con este pobre hombre...

—Así es.

—¿Tiene idea de quién haya podido hacerlo?

Alonso evitó hablar de los dos jinetes que lo siguieron.

—Nunca había visto al párroco. Excepto el otro día, claro. Me acerqué porque necesitaba estudiar el lienzo.

—¡Ah! Tuve la suerte de contemplarlo un Viernes Santo, es cuando se expone —comentó el alcalde del crimen.

—¿Han verificado el estado de la tela?

—Tiene razón, aún no se ha procedido.

El funcionario dio órdenes, y varios corchetes realizaron la misma operación que el párroco hiciera dos días antes. Encendieron el máximo de velones, pero, como no podía utilizarse el altar, ya que el cadáver pendía sobre él, desplegaron el lienzo encima de unos bancos sin respaldo. Alonso, repasándolo con la vista, observó que no presentaba ninguna irregularidad con respecto a la vez anterior.

—Que yo recuerde, está igual.



—Algo es algo —replicó el otro, queriendo darse ánimos.

—¿Y los demás elementos del templo? ¿Objetos de liturgia, tallas...?

—No falta nada. Eso dice el ama del fallecido.

Formulaba una pregunta retórica para cumplir con sus funciones de familiar, pese a que ya se había dado cuenta de que el sagrario estaba abierto, y cuidadosamente depositado su contenido en una hornacina de la sacristía. Por ello, infirió que los asesinos eran gente de religión. Pero no quiso hacer comentario alguno.

—¿Y las reliquias?

—Están todas. Hemos descartado que hubiera un fin sacrílego, todo está en orden. Si a esta monstruosidad puede llamársele así.

—¿Su Señoría no entiende como fin sacrílego matar a un sacerdote de esta manera y en un sitio sagrado? —preguntó Alonso con un aquel de indignación.

—Discúlpeme, Su Paternidad. Espero que no tenga en cuenta mi torpeza, por caridad —repuso muy preocupado el funcionario de Justicia, dándose cuenta de que aquella afirmación ante un representante de la Suprema podía buscarle muchas complicaciones.

—Sea, sea, no se preocupe.

El jesuita pretendía parecer muy en su papel. Él también era consciente de que los asesinos no habían actuado con una intención sacrílega, y barruntaba que los tiros iban por otro lado.

El alcalde del crimen, más tranquilo, se acercó hacia el cadáver, que había dejado a sus pies, sobre el altar y en el suelo, un enorme charco de sangre; la piel mostraba el color de la cera, levemente verdoso, y las moscas, ajenas a cualquier precepto, comenzaban a pulular en torno al desgraciado. El funcionario intentó espantarlas y uno de los corchetes se acercó solícito para sustituirlo. Libre de tan ingrata actividad, que además levantaba los malos olores de la descomposición cadavérica, se dirigió hacia el jesuita, señalando el cartel que colgaba del cuello del párroco.

—¿Sabe lo que pone?

—Es latín.

—Eso lo sé, pero me refiero, si podría traducirlo.

—Quiere decir *estén atentos tus oídos*. Del salmo ciento veintinueve, De *profundis*.

—¿Y sabe a qué puede referirse?

—No tengo ni idea —mintió Alonso.

—A mí me parece una advertencia.

—No sé —volvió a mentir.

Estaba seguro de que era una advertencia y, a tenor de lo que les aconteció durante el viaje, hacía días, cuando fueron seguidos por los embozados, pensó que el aviso era para él. Pero había viajado hasta ese pueblo para analizar algo



relacionado con los estigmas de Ángeles. Nada que ver con su otra investigación. Por eso sentía una enorme frustración, no acababa de comprender qué necesidad había de cometer un crimen tan horrendo, en la persona de un humilde párroco ocupado en ilustrarle sobre algo tan ajeno.

Se quedó pensativo mirando la mordaza, y el funcionario se dio cuenta.

—¿Qué está pensando, padre?

—Miraba la mordaza.

—Seguramente se la pusieron para que no se le oyera gritar durante la horrible agonía.

—Hay que suponerlo —respondió el jesuita, que también se preguntaba si aquello era otro signo para que él descifrara, una velada amenaza, una cruel invitación al silencio. Su silencio.

Presentía que estaba en juego algo muy importante. Algo que se sentía compelido a desentrañar con urgencia. En cambio, quienes acechaban querían advertirle de la manera más impactante para que no fuera muy lejos en sus disquisiciones.

—Tengo que levantar un atestado. ¿Qué me sugiere que escriba? —preguntó el alcalde del crimen.

—Lo que es: asesinato sacrílego en la venerable persona del párroco de la Asunción de Torres de la Alameda.

—¿Y los causantes?

—Ponga... «herejes».

—¿Quizá mejor «conversos» o «marranos»?

—Sea razonables, si mañana se descubre que quien lo hizo era un loco de este pueblo, o un vecino de aquí al lado, nadie le cuestionará si se apostilla que, además, era hereje. Pero bastante obsesión se vive en estos reinos con el asunto de la limpieza de sangre, como para echar más leña al fuego y aumentar el soterrado malestar que causa. Apuesto lo que sea a que, si se investigaran los verdaderos antecedentes de quienes estamos en este recinto, habría más de una sorpresa. Que entre moros y judíos, en esta península, pocos se salvan del mortero.

—¿Mortero?

—Sí, hombre, que estamos todos muy mezclados.

—Ah... No le falta razón.

Alonso quería proceder como un simple familiar de la Inquisición, actuando «de oficio», sin cargar las tintas. Ante todo, le convenía que no se desvelaran sus sospechas. Pensaba que quienes perpetraron aquello eran creyentes e, incluso, profesaban en alguna religión; algo que, por otra parte, no iba a comprender el alcalde del crimen, al no tener conocimiento del asesinato del Inquisidor, ni parte en la investigación. Y como aquel horrendo suceso a cualquiera le parecería sacrílego, encontró conveniente liquidarlo con ese calificativo.



En puridad, pensaba como solían hacer los jesuitas, con una visión cristiana rigorista a la hora del análisis, pero exenta de fanatismo.



Madrid, 4 de noviembre de 1658

Apenas era perceptible, en cambio, él lo notó al entrar en el cuarto. Otro quizá no lo hubiera advertido, porque, en apariencia, todo estaba igual que cuando salió: los tarros con los especímenes en alcohol, el instrumental médico perfectamente colocado, el libro de notas y los papeles que reposaban bajo el rudimentario microscopio, la cantidad de volúmenes en las estanterías, sobre la amplia mesa de trabajo, incluso el arcón con la ropa. Pero se dio cuenta de que alguien había entrado en la habitación y buscado algo.

La cámara era estrecha y alargada, aunque el espacio estaba muy aprovechado. A la izquierda, iluminada por un gran ventanal, se hallaba la zona de estudio; una amplia mesa de trabajo además de la librería, un sillón y dos grandes arcones, con los que viajó desde Nueva España.

De la pared colgaban varias láminas. La que suscitaba mayor interés representaba un cuerpo humano diseccionado según las consideraciones de Vesalio, el autor de *De corporis humani fabrica*, primer anatomista moderno. En otro lado, colgaba una reproducción de un plano de Madrid, no el de Texeira, sino más antiguo, de mala impresión, arropada por varios dibujos a tinta, la mayoría realizados por él mismo en Nueva España. Eran escenas de indígenas o motivos de zoología y botánica.

Al otro lado, separado por una cortina de paño rojo que frecuentemente estaba recogida, podía verse el catre, otro arcón para la ropa, un reclinatorio y una cruz frente a éste, colgada en la pared. En esta parte, excepto el crucifijo, las paredes estaban desnudas, para no distraerse en la oración y conciliar antes el sueño.

Muy ocasionalmente usaba disciplinas, pero solían estar en el arcón de la ropa, porque en la Compañía no eran recomendadas y por consideración a los alumnos que entraran en su cuarto. Consideración, porque los había que no creían en la necesidad de tales soluciones o, incluso, se sentían agobiados, imaginando que éstas se utilizaban hasta caer exhaustos los penitentes. No obstante, cuando se hablaba del asunto en las aulas, Alonso siempre argumentaba que todos los grupos humanos usaban maneras de endurecerse. Las utilizaron durante toda la historia de la humanidad los cazadores, al esforzarse en largos viajes por los bosques, a veces durante días, hasta obtener la presa anhelada; las utilizaban los atletas griegos cuando se imponían enormes esfuerzos para educar el cuerpo; los militares, para estar preparados en la batalla, se acostumbraban a vigiliadas, pruebas de fuerza, duras jornadas a pie o a caballo, y ejercitación con las armas.



Incluso bromeaba con la vestimenta del siglo. Los varones, con tal de tener el bigote rizado, buscaban una y otra solución con las bigoterías —todas incómodas y que no facilitaban el buen dormir—, y las mujeres gastaban terribles chapines de suela de corcho, por no hablar de la manera de vestir con ese incómodo guardainfante, verdadero encierro entre aros de alambre para esconder tripas abultadas a causa de las relaciones ilícitas.

¿No eran las modas de todos los tiempos disciplinas para servir al dios de la vanidad? ¿Por qué escandalizarse cuando el religioso las usaba de manera medida para acostumbrar a su cuerpo a reclamar lo justo o lo mínimo? Los alumnos, pese a resistirse, siempre acababan aceptando estos razonamientos.

Desde que Alonso resolvió en Nueva España el caso del «crimen del oidor», cuando de regreso se le solicitó en la Corte para una nueva investigación, adoptó el buen hábito que ya adquiriera en Méjico. Como se sabía espiado, entre todas las cosas de su cuarto o su despacho que tuvieran interés para quienes lo acechaban, colocaba algo, deliberadamente, con un aparente descuido. Podía ser un tintero sobre unos documentos, papeles con alguna de las esquinas sobresaliendo de la mesa, o algo así. Al regresar, aunque todo pareciera igual, miraba el montón de papeles, las esquinas de éstos y la ubicación del tintreo, y si advertía que tenían una posición diferente, percibía si alguien había estado husmeando, moviendo aquello. El sistema resultaba infalible, porque la tendencia de un buscador —para que no se note su actividad— una vez a ha acabado con sus pesquisas es poner orden, y puede que mejor de lo que estuviera todo. Ese «mejor» es lo que, precisamente, lo delataba.

Esta vez la «trampa» estaba en el libro de notas y las hojas bajo el microscopio, porque las tres primeras cuartillas se hallaban levemente separadas del resto, formando abanico, y el microscopio las pisaba más próximo al ángulo inferior derecho de éstas. Por el contrario, ahora estaba más centrado, y las hojas con un amontonamiento algo diferente. También notó que habían estado tocando los libros. Y revolviendo en su arcón de la ropa, donde guardó el arma del crimen y la camisa de dormir. Había una gota de sangre fresca en ésta, que ya la tenía seca. Quien metió la mano, sin saber que ahí guardaba el afilado estilete, debió de pincharse con él.

Salió del cuarto y buscó a Tomás, a quien encontró en la planta baja con el padre Antonio, el ecónomo. Una vez que se lo llevó a un aparte, le habló:

—¿Has entrado en mi cuarto?

—¿Cuándo? Si apenas llevamos una hora en la casa.

—Ahora. Al volver, me han entretenido unos alumnos en las cocheras y al subir me he dado cuenta de que alguien ha estado tocando mis cosas.

—No se me ocurriría entrar en el cuarto de Su Paternidad si no me lo pide.

—¿No has visto subir a nadie?



—A muchos. Es la planta de los dormitorios de los estudiantes y hay aulas. Habrá sido cualquier alumno.

Alonso no se atrevió a preguntarle si había visto subir a Nithard, porque era como acusarlo, así que dio un giro a la situación.

—Ah, otra cosa... Sé que me buscaba el padre Nithard, no lo habrás visto, ¿verdad? ¿Está abajo?

—Me parece que no.

—¿Subió?

Sabía que la pregunta era prácticamente innecesaria porque, de haber sido el alemán, no habría esperado al último momento para entrar en la habitación, con Alonso en la casa.

—Ni subir ni bajar. De todas maneras con el revuelo que se había formado en la calle, la verdad, creo que todos estábamos más al tanto de la pendencia que de las escaleras.

—¿Qué pendencia?

—Su Paternidad ha debido de ser el único que no se ha enterado. Casi se matan dos a cuchilladas. Algo de faldas, seguro.

—Ven a mi cuarto. Tengo que hacerte otro encargo.

Una vez allí, Alonso sacó la lista de libros y copió algunos títulos de la del Inquisidor en otra hoja.

—Tráemelos, no quiero que me vean bajar tan a menudo a la biblioteca de profesores.

—¿Quién ha podido ser? —repuso Tomás.

—Sé tanto como tú —dijo sin atreverse a culpar a Nithard, pues no se lo quitaba de la cabeza.

—A lo mejor fue algún alumno que quisiera buscar las notas de los exámenes, o algo así. Es muy probable.

—Sí, lo es.

Una vez que Tomás regresó con los libros solicitados, Alonso los colocó en la mesa de trabajo, según el orden que tenían en el armario de la biblioteca del dominico. A los anteriores añadió nuevas obras. Tres en latín: *Scholastica commentaria* del predicador Domingo Bañez, *Satyrae cum commentariis* de Persio Flaco y una *Eneida*. Y varias en castellano: *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, seguida de un espacio holgado, otra edición del *Quijote*, un *índice de libros prohibidos* por la Inquisición española y *El caballero de Olmedo*. Pero era la obra de Francisco de Monteser, no la de Lope de Vega.

Le chocó encontrar esas en latín. Revisó página a página los *Scholastica* y no encontró nada anotado, ni marcado. Tampoco en las otras dos. Volvió a consultar la lista y comprobó que los textos en latín se agrupaban de tres en tres, pues detrás de



las castellanas aparecían otras tres latinas más y, luego, una en castellano, una primera parte del *Quijote* de Cervantes, seguido de otras tres en latín...

Los escritos en castellano no parecían responder a un orden lógico. Ni múltiplos, tampoco series repetidas, o una simple progresión que se alternara entre las series de tres, por ejemplo: 4 (en castellano), 3 (en latín), 5 (en castellano), 3 (en latín), 6 (en castellano), etc.

O 3 (en castellano), 3 (en latín), 6 (en castellano), 3 (en latín), 9 (en castellano), etc.

Estaban puestos «de cualquier manera». Pero en la obra inmediata del segundo bloque en castellano, que era *Fuenteovejuna*, volvió a encontrar otra marca que bordeaba unos versos:

*(...) sus locos desatinos escribieron,  
y con nombre de aquel que aborrecían,  
impresos por el mundo los envían.*

Lo que le hizo suponer —aunque todavía no lo comprobó— que todas las series de libros en latín estaban ordenadas de tres en tres, precisamente, por no responder a la necesidad; sólo las castellanas eran las que el Inquisidor utilizó para dejar las pistas. Las latinas, simplemente, cumplían una función de «relleno».

El texto de *Fuenteovejuna* era parte de un parlamento en el que el licenciado Leonelo, refiriéndose a la impresión de libros, comentaba a Barrildo la aparición de obras apócrifas. Aunque, en verdad, era una queja del propio Lope de Vega, cansado de que algunos utilizaran su nombre para vender más, ya que la autoría del Fénix de las letras españolas garantizaba la excelencia y el éxito de cualquier obra.

Alonso unió este texto al que encontró anteriormente, reseñado en los *Entremeses* de Cervantes:

*No se ocupan sino en grandes obras.  
Sus locos desatinos escribieron,  
y con el nombre de aquel que aborrecían  
impresos por el mundo los envían.*

Sin duda, le pareció que aquellas líneas se habían marcado para llamar la atención sobre una gran obra apócrifa, pero, recordando lo que había visto en la celda de don Diego, no encontró ninguna atribuida a Lope que pudiera dar razón de aquel texto.

Revisó nuevamente la lista y halló la clave. Detrás de una primera parte del *Quijote* cervantino, aislado entre tres obras latinas y seguido de otras, también en



latín, se hallaba un *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas.*

¡El *Quijote* apócrifo!

Alonso comprendió ahora la razón por la cual aparecía *Fuenteovejuna*, dejando un espacio holgado, al lado del *Quijote* de Miguel de Cervantes. En ese lugar, el jesuita debía colocar el de Fernández de Avellaneda. Además, de manera inteligente, don Diego había reforzado la pista, al situar en la librería, después de la primera parte aislada del *Quijote* cervantino, la segunda apócrifa.

Un apócrifo ocupado en una gran obra («no se ocupan sino en grandes obras»), la figura de don Quijote y su continuación con la clara voluntad de suplantar la posible segunda parte de Cervantes («y con el nombre de aquel que aborrecían impresos por el mundo los envían»).

El jesuita revisó hoja por hoja el libro de Fernández de Avellaneda en busca de una nueva señal, una frase, una palabra o una simple indicación. Pero no encontró nada.

No se extrañó, no todos los textos en castellano que había en la librería y que él llevaba revisados tenían algo escrito. De hecho, sus dos tomos acerca del calendario mejicano eran, en sí, las pistas para que se colocara entre ambos un libro de *entremeses*.

Situó el de Avellaneda inmediato a *Fuenteovejuna*, y buscó en el *Quijote* de Cervantes. Tampoco encontró nada. Pero el ver los dos *Quijotes* juntos y recordar que el mismo Inquisidor había fallecido con el auténtico en sus manos, le hizo pensar que había avanzado algo en tan enigmático recorrido.

Alonso recordó su época de estudiante y cómo, entonces, se decía que el tal Fernández de Avellaneda era dominico. A lo sumo, se habló de algún rencor oculto y de que Miguel de Cervantes no escribía con demasiada reverencia en cuestiones de religión. Para algunos esto era suficiente argumento, aunque al padre Alonso ese esfuerzo siempre le pareció excesivo para tan poca afrenta.

Hojeó la obra apócrifa de Fernández de Avellaneda, aparecida un año antes de que Cervantes diera a la luz su segunda parte. En ella, el imitador pretendía no dar demasiada importancia al hecho de que fuera falsa y alegaba que otros muchos escritos habían tenido sus continuadores. Ridiculizaba con ferocidad a Cervantes, recordándole la incapacidad de su mano izquierda, le llamaba cornudo y festejaba que con su segunda parte apócrifa, el alcalaíno perdiera mucho dinero, pues le fastidiaba la continuación prevista.

Era un texto que el jesuita conocía y, aunque no lo tenía por leído, como culto licenciado, sabía que, en el de Fernández de Avellaneda, el hidalgo manchego perdía su capacidad para fascinar al lector o, lo que era peor, no la conseguía en sus muchas líneas. El personaje, redimido y recuperado para los cuerdos, se convertía en un ser opaco, sin el brillo de la locura. Desamorado y penitente, sin los



desafueros de Sierra Morena. Un vulgar hidalgo que espera la muerte, con un Sancho Panza desgranando latines de monaguillo.

Uno de los rumores de mayor peso en su etapa de estudiante era que, detrás del seudónimo de Fernández de Avellaneda, se escondía Lope de Vega. Las pistas se hallaban en las justificaciones que escribió el autor del apócrifo en el prólogo, aludiendo a unas supuestas ofensas en la primera parte del *Quijote*.

Alonso buscó esas líneas.

*(...) pues él tomó por tales el ofender a mí, y particularmente a quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar<sup>11</sup>.*

Conocía bien el *Quijote* de Cervantes, tomó el inmediato de la librería y lo abrió por el prólogo de la segunda parte, en donde Cervantes replicaba.

*(...) no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa<sup>12</sup>.*

Contrastando ambos textos, se dio cuenta de que en el apócrifo, el escritor que se escondía bajo el seudónimo, reconocía la existencia de varios ofendidos por Cervantes («el ofender a mí, y particularmente a quien...»). E imaginó que, con probabilidad, todos tenían un nexo en común: el Santo Oficio, tarea de dominicos, aunque también pertenecía a éste Lope de Vega.

Se preguntó el jesuita si la puesta en marcha de ese *Quijote* apócrifo se debió a una trama dominica. Porque también recordó otros nombres. Era natural que en su etapa de novicio tales cuestiones suscitaran interés, por no decir morbo. Motivo de tardes de tertulia. En el ámbito universitario había circulado una lista de posibles autores contrarios a Cervantes, causantes de ese apócrifo. Bien que nunca se aclaró el asunto. Recordó a un Alonso Fernández, predicador de Plasencia. Y no olvidó a otro, Luis de Aliaga, también dominico. Éste, sobre todos, era el centro de la diana, porque años antes, el tal Aliaga nada menos que había sido Inquisidor General, cuando Alonso y sus compañeros eran muy niños.

Sin ánimo de mucho seguir, porque aquello más parecía entretenerlo en recuerdos de juventud que centrarlo en las pesquisas, decidió hojear el siguiente tomo, el *índice de libros prohibidos*. Estaba formado por una larga lista de obras

<sup>11</sup> Alonso Fernández de Avellaneda, *Don Quijote*, prólogo.

<sup>12</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, II, Prólogo al lector.



censuradas en su totalidad o parcialmente, algunas de las cuales se permitía leer, siempre y cuando se omitieran ciertas líneas o se añadieran otras. El volumen, de gran tamaño, las seriaba por orden alfabético.

Alonso tuvo la paciencia de leer cada título y, muy pronto, en el grupo de libros de la «c» encontró una sorpresa.

*Censura orientalis ecclesiae a Stanislao Socolovio ex graeco in lat. conv.: Dilingae, vel Colon., 1582.*

*Centuria epistolar, theologiar. ad Jo. Chuvebel: Bipont, 1597.*

*Centurion (D. Adán), marqués de Estepa. Su obra intit.: Información por la historia del Sacro Monte de Granada: Granada, 1632.*

*Ceporinus (Jacob), tigur. philol. calv. zuingl.: 1cl.*

*Cenitius (Joan), Berlin, haeret.: Id. Pero se perm. con expurgac. su obra: Electorum Brandenburgens. Effigies, eorumque res gestae: Berlini, 1628.*

*Cervantes (Miguel de). En su segunda parte del Don Quijote, cap. 36, al medio, bórrese: «las obras de caridad que se hacen flojamente no tienen mérito, ni valen nada».*

Tras la expurgación en el *Quijote* —que ya era conocida— y delante de otros libros, el Inquisidor había escrito a mano, en letra muy menuda, para que cupiera:

*Cervantes (Miguel de). Primera y segunda parte del Don Quijote. En su totalidad.*

Pero ¿qué misterio entrañaba el *Quijote* de Cervantes, como para que el Inquisidor lo colocara íntegro en el *índice*? Se imaginaba que podría tener una importancia fundamental para aclarar las muertes. En cambio, le parecía prácticamente imposible, a simple vista, establecer alguna conjetura.

Dándole vueltas al asunto, tan sólo le vino a la mente otro dato chocante, objeto de tantas tertulias de noviciado: Miguel de Cervantes Saavedra, como bien pudo verse en la edición príncipe de su *Quijote*, no solicitó la pertinente licencia eclesiástica, no pasó la censura. Una actitud arriesgada, extraña e inusual en su momento, y visto con ojos nuevos, misteriosa.



## Valfermoso (Guadalajara), 4 de noviembre de 1658

Acababa de llegar al monasterio de Valfermoso un distinguido caballero de la Orden de San Juan, que, después de entregar la misiva, esperaba de pie en la sala de visitas. En el aposento de la madre abadesa, una joven y nerviosa novicia se disponía a leer en alto la carta con la atenta mirada de ésta, que reposaba, tosiendo, junto a un brasero.

*Muy querida madre, de nuevo otra carta, porque se me ha dicho de ciertas fiebres que os vienen de esos fríos alcarreños, y temo que también lo sean de vuestras mortificaciones. Es por ello que, con estas letras, os envío a mi mejor médico, el doctor Vidal de Quiñones y Baeza, que me acompañó en mis campañas militares y doy fe de que es bueno, que es poco partidario de las sangrías que tanto debilitan y sólo sirven en ciudad, donde los males se achacan a mil cosas menos a la torpeza del médico, pero en las guerras, si el cuerpo se debilita, los soldados se hacen inútiles. Que por una cosa así falleció don Juan de Austria —a quien Dios guarde—, y su médico militar bien se quejaba de la medicina de la Corte y de las muchas sangrías que lo debilitaron más de la cuenta y dieron con él en el camposanto.*

*El mío os verá y os medicará en lo conveniente; es mi entender que a Dios no puede servirle un cuerpo enfermo sino tibiamente, y que si la salud es lo más principal en un soldado, también lo será en una sierva de Dios, que está en milicia, aunque de otra forma.*

*Mis nuevas son, además, para deciros que os hice caso y visité a la madre abadesa de las Concepcionistas Franciscanas de Ágreda, María de Jesús de la Santísima Trinidad. Me preguntó mucho por vuestro estado, y os envía un relicario con el lignum crucis al que ella tiene mucha devoción. También os manda unos dulces de Almazán.*

*De la visita, sólo puedo decir que si se la tiene por mujer santa no es de gratis, nada más estar con ella no me hizo falta hablarle mucho, porque me pareció que leía en el corazón, y sabía lo que yo iba a decir y en qué momento, que no es poco. Y su caridad es tal que, diciendo verdades grandes y dolorosas a quien le pide consejo, no ofende, sino que reconforta y dan deseos de ser mejor, que ya es mucho en estos tiempos donde todos buscan lo suyo y lo de los demás, pero nada bueno.*



*Se me hace que, si en el siglo se apellidaba Coronel, es porque estaba señalada por Dios, pues en el consejo espiritual es más que capitana.*

*También os escribo con una inquietud diferente. Que tengáis a bien decirme cómo o a través de quién se os comunicó que el Speculum cordis podía ser encontrado en ese lugar de San Bartolomé, en el cañón de Río Lobos. Porque allí estuvieron mis freiles y se sacó nada, o a decir verdad, bien poco. Una arqueta vacía y una bendita cruz de los caballeros del Temple. Es también necesario para este negocio que aclaréis a vuestro hijo cómo supisteis lo de los portugueses, que ya es extraña casualidad que estuvieran por lo mismo y al mismo tiempo. Me sorprende, además, que no habiendo nada, dos órdenes estuviéramos avisadas. Muy diferente habría sido de bailarse lo buscado.*

*Por lo demás, me preocupa grandemente vuestro abatimiento, que me han llegado diferentes avisos, de vuestro padre confesor y el freile que os llevó las mantas. No sé qué deciros para contentaros. Alegraos, pues ya que no pudisteis desposaros con mi padre, el Rey en la Tierra, se os ha concedido el mejor don, desposaros con el Rey del Cielo.*

*Vuestro hijo amantísimo.*

Juan José de Austria



Madrid, 9 de noviembre de 1658

Ante la necesidad de recabar información acerca del libro de Fernández de Avellaneda y la probable implicación de los dominicos en la escritura del texto, Alonso recurrió al único miembro de la Orden en quien tenía absoluta confianza. Dejó el Colegio y se encaminó a las casas de la Suprema. Atardecía, el invierno había llegado antes de tiempo y, durante todo el día una nieve lenta y copiosa que no había acabado de cuajar, convirtió las calles en un barrizal sucio por el trasiego de carros, coches y caminantes. A pesar de ello, decidió ir paseando para poder pensar.

Al llegar a la plaza de Santo Domingo, junto al convento inmediato a los edificios de la Inquisición, se apoyó en la fuente, con la vista centrada en la fachada del recinto y la certeza de que, tras sus muros, se escondía algún poderoso secreto que había dado al traste con la vida de su amigo y del párroco de Torres de la Alameda.

Temió que fray Nicolás hubiera pasado a ocupar alguna de las celdas del convento, lo que entonces limitaría la capacidad de acción del jesuita dentro de los edificios de la Suprema. Aun así, se dirigió a éstos con la débil esperanza de que no hubiera acontecido ningún cambio. Y así fue, allí seguía el fraile camarero. Su provincial, residente en el convento de la plaza, le había permitido quedarse, pese a que o precisamente porque en ese momento no tenía destino fijo. La decisión, sin lugar a dudas, pretendía favorecer la investigación del padre Alonso, y llegó — aunque el jesuita nunca lo supo— por una orden de Palacio, donde alguien muy importante alegó que al igual que la decisión de nombrar al Inquisidor General afectaba al monarca, también la de su ayuda de cámara podía ser decidida por él, y puesto que se vivía en el ínterin —porque el nombramiento del nuevo presidente de la Suprema, don Pascual de Aragón, aún no era oficial— era más conveniente dejar las cosas como estaban, no diera la casualidad de que el propio Rey solicitara a la Orden que fray Nicolás asumiera con el nuevo Inquisidor General una tarea semejante a la que desempeñaba con el anterior.

La excusa de Palacio no era baladí, pues, con frecuencia, era el fraile camarero quien en vida de don Diego se acercaba hasta el Alcázar para hablar con el monarca, llevando y trayendo recados del uno al otro. El presidente de la Suprema, pese a tener un carácter fuerte, había procurado estar a bien con Felipe IV, quien, con todo, supo domeñarlo.

La burocracia palaciega exigía de esta disponibilidad de las partes y de la fluidez de las comunicaciones en una Corte con un muy bien perfilado sistema de consultas y decisiones. El Inquisidor General proponía un nombre para el Consejo de la



Suprema, el monarca lo nombraba y el otro lo designaba, por lo que no resultaba extraño que el mismo Rey hubiera pedido la suspensión de un nuevo destino para el camarero, pese a que no ocupara un cargo relevante, sino una simple función doméstica.

El Consejo de la Suprema Inquisición, con un Presidente-Inquisidor General, se nutría de diferentes personalidades. De esta suerte, Oyanguren, por ejemplo, pertenecía al citado Consejo, también en calidad de Secretario Real. A éste se sumaban doce consejeros, entre los que se contaba Juan Martínez, confesor del Rey y dominico (pues había un cupo de éstos y con carácter obligatorio, lo que dejaba en evidencia el poder de la Orden). Seguían dos relatores (especie de jueces, sobre los que caía el enorme peso de los cientos o miles de documentos y legajos), algún miembro de la Orden de Calatrava o de Santiago en calidad de alguaciles, y otros. Todos ellos, gentes en una posición de relevancia.

La importancia de los Consejos era grande, pero el intríngulis se hallaba, en parte, en la presencia de las mismas personas en diferentes órganos consultivos. De entre todos, el Consejo de Estado era de especial relevancia, y con suficiente entidad como para enfrentarse al Rey.

Cuando Alonso apareció en el Tribunal de Corte, fray Nicolás se alegró; en cierta manera, era como si le produjera la sensación de que don Diego seguía vivo y su amigo de la Compañía de Jesús venía de visita.

—Necesito su ayuda. Tenemos que hablar.

El dominico comprendió que lo discreto era buscar un lugar privado, y lo llevó a su celda, pasada la del fallecido don Diego, al fondo del pasillo, junto al refectorio.

—Debe decirme todo lo que sepa de cierto asunto, cuya relación con los crímenes desconozco, aunque es una vía que parece apuntarme don Diego con sus pistas.

—Los crímenes..., sí, ya me he enterado del de Torres de la Alameda. Me parece diabólico. He oído que el señor Arzobispo ha ordenado que se celebren varios actos de desagravio en el templo.

—Tomás, el novicio, lleva días indispuerto. La escena del crimen le conmocionó. Había que entrar avisado. De hecho, algún corchete también cayó desmayado.

—Dios nos libre de una muerte así —añadió, santiguándose, el dominico.

—Intento saber lo máximo del *Quijote* de Fernández de Avellaneda, y el papel de la Orden en todo aquello. Su Paternidad ha vivido siempre en la Corte, y por tener más edad...

El fraile guardó silencio y se sonrió, pensativo.

—Siéntese, padre Alonso.

Fray Nicolás se acomodó sobre el catre de su celda y Alonso hizo lo propio en una pequeña silla de enea de la austera habitación. El dominico siguió hablando.



—Jamás pensé que alguien, alguna vez, me preguntara por esta cuestión.

—Si quiere, no lo molesto —replicó el jesuita con forzada cortesía.

—No, por Dios, no es eso, sólo que..., bueno, nunca pensé que pudiera ser útil.

—¿Quiere decir que puede ayudarme?

Fray Nicolás, encogiéndose de hombros, hizo un gesto de desdén hacia lo poco que sabía del asunto.

—La primera parte del *Quijote* de Miguel de Cervantes llevaba algunos años publicada. Yo era un jovencito, aún no había recibido las órdenes mayores, que quizá nunca merecí, pues reconozco ser como un lego en muchas cuestiones. Fue en el mismo convento de Santo Domingo. Siempre he sido, en el fondo, ya le digo, un pobre asistente, y entonces lo era del provincial de la Orden. Cierta tarde, éste recibió una visita de Roma, un italiano con fuerte acento. Venía de parte de nuestro Padre General. Muy nervioso. Recuerdo que muy nervioso. Me hizo cerrar la puerta del despacho. No sé por qué no me hicieron salir. Mi gesto de muchacho apocado, supongo. Claro que, en realidad, yo no sabía qué se traían entre manos. «¿Seguro que ese Cervantes lo tiene?», dijo mi Provincial. «Hemos seguido todas las pistas hasta dar con el origen», replicó el italiano. «¿Cómo fue?», preguntó mi Superior. «La Orden, hace años, visitó a monseñor Acquaviva, al parecer, por otra cuestión. El tal Miguel de Cervantes iba a ser detenido por oficiales de Justicia enviados de Madrid, había un asunto criminal por medio. Pero además, se sospechaba de su limpieza de sangre, así que varios hermanos visitaron, de improviso, la casa. Era de noche. Acquaviva quiso darles largas y se extrañaron, pensando que ocultaba algo. Rodearon el palacio, las alcantarillas... Uno de los nuestros se topó con Cervantes en su huida. Forcejearon, en ese momento, al joven prófugo se le cayó algo al suelo. Era un libro. Quedó abierto, y nuestro hermano pudo ver el título.» «¿Era *el libro*?», preguntó el Provincial matizando la palabra.

«Sí», repuso el italiano. «Pero Miguel de Cervantes ganaba en juventud al religioso y lo derribó golpeándolo; cogió aquel tomo y emprendió una veloz huida.» «¡Lo tiene él, lo tiene él!», gritaba, conmocionado el hermano dominico. Casualmente ese fraile, cuando era joven estuvo al servicio de Pablo IV y supo del peligro de la obra, aunque nunca la encontraron en los anaqueles vaticanos. «Es como suponíamos», replicó mi Provincial. «Fray Juan Blanco de la Paz siempre ha estado diciendo la verdad.»

—¿Quién era ese fray Juan Blanco? —preguntó Alonso, lleno de interés.

—En la orden continuamente se habló de la obsesión de ese hermano nuestro, compañero de Miguel de Cervantes en su cautiverio de Argel. El padre Blanco de la Paz sostuvo hasta el momento de su muerte que Miguel de Cervantes conservaba la obra maldita, que él la había visto y había llegado a hojearla. Y que el joven Cervantes se jactaba de que un día la sacaría a la luz y la utilizaría burlando a la Inquisición.

—Ahora recuerdo —comentó Alonso—. También se hablaba en mis años de noviciado de cierto Blanco de la Paz como posible autor de la obra de Fernández de Avellaneda.



—Tanto no sé —respondió el fraile—, pero sí que en aquella reunión se temió por el futuro de la Iglesia, de la fe católica, y se habló de hacer algo para contrarrestar la posible salida a la luz de una segunda parte del *Quijote* cervantino y, sobre todo, de la publicación de esa obra perseguida.

—«La obra, la obra», pero ¿de qué estamos hablando, qué contiene ese libro?

—No tengo ni idea, padre Alonso, y si se mencionó, no lo recuerdo. Comprenda lo poco que puedo hacer con el paso de los años; atar cabos, sólo atar cabos. Míreme, soy un anciano. Don Diego, paradójicamente, tenía un camarero que le rebasaba en edad. ¡A veces me vienen recuerdos tan claros de mi infancia! Pero, en general, mi memoria flaquea. Sólo supongo que aquello podía ser perjudicial para nuestra madre la Iglesia. Probablemente, la obra de ese Fernández de Avellaneda fuera el intento de frenar un daño. Aunque..., no me haga mucho caso.

—Es posible que Cervantes utilizara ese misterioso libro para la elaboración de su *Quijote*. Eso explicaría que don Diego lo situara en el *Índice* —reflexionó el jesuita.

—Discúlpeme, padre Alonso, no sé de qué me habla.

—Don Diego, con su puño y letra, ha situado en el *Índice de libros prohibidos* el *Quijote* de Cervantes. No para que fuera expurgado y se suprimiera, o alterara un párrafo. Eso ya se hizo y, de hecho, así consta. Yo me refiero a que don Diego ha incluido la totalidad de la obra, «primera y segunda parte». Es la última pista que he encontrado, y supongo que tiene que ver con ese extraño y perseguido volumen que tuvo en sus manos Miguel de Cervantes. Imagino que al incluir el *Quijote* en la lista de libros prohibidos pretendía alertarme acerca de la amenaza que supone para algunos. ¿Para quién? ¿Por qué, realmente? Ni idea.

—¿Por eso lo mataron?

—Tampoco lo sé. No descarto que Su Excelencia quiera llevarme hasta esa obra desaparecida de la que me habla si tiene la envergadura que dice y si la encontró. Comienzo a pensar que la de Fernández de Avellaneda es un eslabón, una pista más.

—Dígame algo, padre Alonso. Como Sancho Panza, soy corto de entendederas, o se me secan con los años, pero si mi buen padre don Diego era el Inquisidor General, presidente de la Suprema, puede que el hombre más temido y respetado después del Rey, y para algunos más que él, suponiendo que supiera de ese libro, ¿por qué razón matarlo?

—Es... la pregunta.

En ese momento, oyeron cómo caía algo metálico al suelo del pasillo. Ambos, al unísono, saltaron de sus asientos y se dirigieron hacia la puerta, que abrió el dominico rápidamente, con tiempo suficiente para ver cómo, en la penumbra, una sombra se perdía atravesando el refectorio. Alonso se agachó a recoger el objeto. Era una llave.

—Quedamos en que se llevaron la llave de la celda de don Diego, ¿verdad?



Se dirigieron hacia la celda, que abrieron con la misma llave. Una vez dentro, comprobaron que alguien había vaciado los estantes de la librería del Inquisidor. Alonso se sonrió con aire malévolo.

—Vaya, parece que otro ha pensado como yo, y ha querido apropiarse de los libros.

El fraile dominico le dirigió una mirada con expresión cómplice, tenía la sensación de que Alonso había triunfado contra un plan inicuo —al menos parcialmente— al haber sustituido los libros del Inquisidor por volúmenes idénticos. Y él también se sentía partícipe del éxito, al conocer la artimaña y haberla amparado, vigilando mientras se hacía el cambio.

—¿Cree que quien corría por el pasillo ha sido el culpable? —preguntó fray Nicolás—. A lo mejor debí correr tras él.

—Tranquílcese, Su Paternidad, no es ése el procedimiento. Quien se ha llevado los libros puede que no sepa la razón. Será un recadero. Además, por el pasillo entraría para abrir y ayudar a sacarlos, pero los volúmenes salieron por la ventana —dijo señalándola.

Una hoja estaba abierta y sobre la nieve, impoluta, se veían marcadas un buen número de pisadas que iban y venían hasta una pequeña puerta al otro lado del patio.

—¿Adonde da esa puerta?

—Hay almacenes, y comunica con los calabozos, las celdas de algunos frailes... Toda la manzana puede recorrerse desde dentro.

—No creo yo que la Suprema quiera entretener el tiempo de sus presos con literaturas. Mañana o pasado estaré otra vez aquí; vendrá bien conocer los entresijos de estos edificios.



Madrid, 11 de noviembre de 1658

Dar un paseo por los corredores y dependencias de los edificios del Santo Oficio no parecía imprescindible para resolver el caso, pero hallar los libros robados, o alguno de ellos en una de las celdas de algún secretario, o en el despacho de fray Juan Martínez (era un pensamiento malicioso del que no quiso privarse), podía allanar el camino de la investigación.

Las casas de la Inquisición llevaban pocos años construidas<sup>13</sup>, por lo que su novedad las privaba de misterio. Feas y deslavazadas, como casi todos los edificios madrileños —que tanto escandalizaban a los viajeros de Francia y, sobre todo, a los italianos—, tenían un planteamiento funcional para acoger en sus habitaciones y sótanos la residencia del Inquisidor, oficinas, almacenes y cárceles.

Por otra parte, en Madrid se decía que toda la ciudad, entonces de diámetro muy reducido, estaba surcada de múltiples viajes subterráneos de agua y de, túneles que se comunicaban. Y Alonso sabía que —como algo había de cierto— quien conociera esto también podría valerse de tales subterfugios y haber actuado impunemente, pues, en poco tiempo, habría estado libre de ser alcanzado. Por eso, el «paseo» por los distintos pasillos y salas de aquellos edificios tampoco lo tenía previsto como algo que aportara gran información. Había que tener suerte y, quizá, cierta desvergüenza para meterse donde no debía, así que pensó en Tomás, repuesto ya del mal trago ante la horrible escena que hubo de contemplar en la iglesia de Torres de la Alameda.

Esta vez optó por un coche de los que usaba la Compañía de Jesús para alguna necesidad. Pero antes quiso echar una ojeada al edificio del Colegio desde fuera.

—Tomás, me di cuenta, ayer miércoles, de que la ventana de mi cuarto estaba encajada, a medio cerrar y no casi abierta, como yo suelo hacer y la dejé antes de salir para Torres de la Alameda.

—¿Qué quiere decir?

—Que es un primer piso, ¿recuerdas cuando la semana pasada te pregunté si habías visto subir a alguien a mi cuarto? Estoy seguro de que quien fuera se coló en él desde la calle. Al salir, aún en el alféizar, pudo tirar hacia fuera y encajarla.

—¿Y los demás que pasaran por la calle? ¿Aplaudirían?

---

<sup>13</sup> Iniciadas, precisamente, durante la presidencia de Diego de Arce y Reinoso.



—Muy gracioso. Probablemente habrían aplaudido de no estar ocupados en otro espectáculo con más gancho.

—¡La pelea!

—Exacto.

—¿Cómo no nos dimos cuenta?

—¿Cómo que «cómo no nos dimos»? ¡Acabo de darme cuenta! ¿Te parece poco?

—¿Su Paternidad no ha equivocado la boca...? Perdone. —Se ruborizó el muchacho, que sólo pretendía halagarlo, pero recibió una expresión de incomodidad por el comentario.

—Darse cuenta de la trampa es difícil, pero crear el ingenio para subir al cuarto aún tiene más mérito. Vamos al coche.

—¿Y quiénes pudieron...?

—Los que estás pensando.

—Y un tercero, porque los que nos siguieron a Torres de la Alameda eran dos — advirtió Tomás.

Apenas se pusieron en camino, vio pasar a una de las jóvenes del beaterío hacia el Colegio Imperial. Le sorprendió porque, exceptuando a la tutora, directora, o como tuvieran gusto en llamarla —ya que era un título doméstico—, en el emparedamiento no tenían costumbre de salir de paseo si no había gran necesidad. Así que Alonso mandó parar e hizo que Tomás se acercara hasta ella.

La beata vestía toda de negro y estaba más envuelta que una tapada, con la intención, probable, de alejar al Maligno y cualquier malicioso deseo de los hombres con los que se cruzara. Pero estaba muy mal aconsejada porque, siendo tan fea como vio Tomás al dejar destapado el rostro, el novicio pensó que más le hubiera valido ir a cara descubierta, como antídoto contra la lujuria, en vez de creerse tentación, lo que era un pecado de vanidad y no signo de virtud.

Acertó el jesuita cuando pensó que la joven venía a buscarlo. A la muchacha le faltó tiempo para decirle que la santa se les moría. Ángeles de Nuestra Señora llevaba toda la noche con grandes ahogos y vomitando sangre, como si el alma fuera a soltársele.

Quisieron subir al coche a la recadera para hacerle el favor de que no regresara a pie. Pero ella, llena de fervor y de equivocada autoestima, temió que los favores pudieran ser otros; alegó que era regla de la casa no estar en sitios cerrados con hombres, exceptuando con un sacerdote (Tomás era novicio) y se alejó como alma que lleva el diablo.

Aún era muy temprano. No más de las seis y media o siete. Los madrugadores bebían aguardiente con letuario, confitura de corteza de naranja que precedía al almuerzo. Y se arrimaban a alguna de las fogatas con las que distraían el frío del otoño.



En el beaterío, con el alba, había celebrado misa uno de los predicadores del convento de Santo Domingo y cuando llegó el jesuita ya estaban todas las damas en torno a la cama de Ángeles, en una habitación mal dispuesta y peor ventilada. Alonso, viendo aquello, ordenó que salieran del cuarto, excepto Tomás, la tutora y él. La enferma parecía hallarse semiinconsciente, después de horas aciagas en las que nada le favoreció la mala higiene del lugar.

Los golpes de tos y ahogos se intensificaban por el sahumero que las demás mujeres, en su ignorancia, habían dispuesto en la habitación. Así estaba la virtuosa, que se moría, y en uno de los ahogos se quedó tiesa. El médico reaccionó rápidamente haciendo que Tomás abriera la puerta y la ventana de par en par al tiempo que él sacaba del cuarto el brasero y un incensario.

Ya con algo de aire, y tras palmearle la espalda, la joven rompió a toser, volviendo en sí. El padre Alonso ordenó a doña Ana que dejaran todo lo que estaban haciendo para que, con ellos fuera del cuarto, lavaran a la joven de pies a cabeza, incluidas las heridas, pues tenía a medio cerrar los estigmas, desde la frente hasta el empeine de los pies, y las moscas no entendían de teologías.

Tomás vivía el asunto con sorpresa y no exento de tensión. Le gustaba ver al padre Alonso actuando como médico y, aunque en otras ocasiones bromeara porque usara tanta agua para lavarse —costumbre traída de Nueva España—, esta vez apreció la decisión.

Tardaron en fregar a la santa, porque las damas no eran peritos en agua clara, así que Alonso y Tomás se recrearon en las cocinas, que era de lo que vivían las del emparedamiento: pasteles de hojaldre, de carne y escabeches, huevos de faltriquera, quesadillas, buñuelos y manjar blanco, entre otros varios preparados que adornaban las mesas, por los que aquel beaterío había logrado, para su sustento, un envidiable servicio que les permitía vivir holgadamente. Y de no ser por ciertos ayunos a los que se sometían y que les reconducían el cuerpo, parecería que pensaban ganar el cielo con engordes.

Por fin, las damas dejaron al padre Alonso y a Tomás con la joven en la alcoba. Recién lavada, sin la toca, con el cabello suelto, y el camisón blanco y limpio, a sus hermanas les resultó mucho más tratable, pero a los dos hombres, realmente bonita aunque cargada de tristeza.

—No siempre hace falta la piscina de Siloé, el agua de Madrid también hace milagros —dijo Alonso en voz baja al muchacho.

Se acercaron al pie de la cama y el sacerdote se sentó junto a Ángeles.

—¿Cómo estamos?

—Muy cansada..., cansada de todo, padre.

—A veces, el camino parece una noche oscura —repuso Alonso.

—Oscura y fría.

La joven rompió a llorar desconsoladamente.

—No quiero esto, padre. No quiero sufrir más. No lo aguanto.



—Dios no siempre quiere nuestro sufrimiento, hija. Somos nosotros quienes lo creemos así.

—Me quiero morir —repuso Ángeles.

El jesuita no dijo nada. Se limitó a hacerle una leve caricia en la mejilla, lo que sorprendió a Tomás, quien interpretaba la actitud ignaciana ante las mujeres con la rigidez de la juventud y la inexperiencia, que hace que los discípulos quieran enmendar la plana a los maestros. El joven recordaba las palabras del fundador: debía tenerse precaución ante las mujeres «aun cuando tengan el aspecto de santas o realmente lo sean y, sobre todo, cuando sean mozas, o bellas...», lo que parecía una indicación al caso.

—A veces me quiero morir, padre —insistió la joven.

El novicio se dio cuenta de que después de la caricia, el «me quiero morir» la joven acababa de rectificarlo por ese «a veces».

—Yo, en tu lugar, si me flaquearan las fuerzas, también querría morirme —añadió el jesuita.

—¿No va a regañarme por lo que he dicho? —preguntó extrañada Ángeles.

—He venido como sacerdote, no como juez, ¿te parece mal?

La chica sonrió.

Tomás escuchaba y observaba con asombro. El padre Alonso había acariciado a una joven muy bonita, vestida con un camisón de dormir. Bien es verdad que era una prenda muy pudorosa, porque cubría las mangas hasta las muñecas y se ajustaba con tanta intención al cuello, que no dejaba salir ni el más delgado pecado venial. Aun con eso, al novicio le pareció muy arriesgado y contrario a las exigencias de virtud. Para colmo acababa de quitar importancia al deseo de morir.

Pero había arrancado una sonrisa a una muchacha casi moribunda y desesperada.

—¿Cuándo hiciste tu última comida?

—Comencé el ayuno hace tres días.

—¿Te autorizó fray Juan?

Ella negó, meneando la cabeza.

—Así que ayunando... ¡Quién lo diría! —bromeó Alonso—, la otra vez que nos vimos parecías dispuesta a zamparte toda la despensa del Alcázar.

Ángeles rompió a reír, y Alonso se levantó de su lado y fue en busca de doña Ana. La encontró en el pasillo, junto a las cocinas.

—Doña Ana, por prescripción médica, quedan prohibidos los ayunos para la hermana Ángeles. Prepárenle algo frugal, para que el cuerpo se habitúe. Y mañana... ¿qué es lo que más le gusta?

—Los torreznos, padre.

—Mañana, torreznos.



—Su Paternidad querrá decir pasado, que mañana es viernes.

—Tiene razón, entonces... póngale pescado y torreznos.

La mujer se quedó pasmada.

—Vigilia... —insistió.

—Torreznos —repitió.

Y ante la estupefacción de la rectora de la casa, le aclaró:

—Doña Ana, hablo en calidad de médico, está que se muere por culpa de la debilidad; pero si quiere que lo haga en calidad de representante de Cristo, recuerde sus palabras: «no está hecho el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre». Torreznos. ¿O es que en esta casa no hay cristianos viejos y se evita el cerdo? —preguntó con malicia a la rectora.

—Dios nos libre. Mañana, la cría comerá torreznos.

—¿Y qué menos, doña Ana? —añadió indignado.

Mientras tanto, Tomás y Ángeles de Nuestra Señora habían quedado en silencio, mirándose. Era la primera vez que ambos estaban juntos, a solas con alguien del sexo contrario, en tan inadecuada situación. Ella, una renunciante a la vida ordinaria, y él un novicio de la Compañía de Jesús que esgrimiera tantos argumentos contra el trato femenino. Pero no era algo que se le hubiera escapado al padre Alonso. Dejó a los dos a propósito, porque sabía que para curar el alma del maligno deseo de la muerte más valía que se encontraran frente a frente dos jóvenes, que eran la vida.

Tomás no habló. Sólo la miraba; y ella, aunque casta (o como escribiera Fernández de Avellaneda en su *Quijote*: «doncella, pero recogida»), dejó aflorar una sonrisa tenue, que fue abriéndose como una flor nueva. Y él se llenó de rubor, al punto de apartar la mirada.

Entonces, por casualidad, el novicio centró su vista en una de las manos de la muchacha, lacerada por el estigma de la Crucifixión, y se entretuvo en la irregularidad de la herida a medio cerrar. Hizo una leve mueca de desagrado, no por lo que veía, sino porque aquello le trajo a la imaginación al párroco de Torres de la Alameda, crucificado entre las dos columnas del retablo. Ángeles captó el gesto y, creyendo que en algo iba con ella, pudorosamente escondió sus manos bajo las sábanas.

—Me las vendará luego el padre Alonso —dijo a modo de disculpa.

Tomás tragó saliva y sólo fue capaz de devolverle una sonrisa; aguantó el tipo para no ruborizarse otra vez, o eso creyó, aunque ella sí percibió la rojez de sus mejillas.

Ambos sintieron un silencio intenso, como si las dos almas hubieran querido rozarse.

—Si no..., no me molestaban las manos. Al revés —dijo tímidamente el muchacho.

—¿Al revés?



—Son muy blancas... como las de Nuestra Señora.

Y Ángeles se ruborizó. Pero volvió a descubrirlas.

Fuera, la tutora apartó de la puerta de las cocinas al padre Alonso.

—Debo contarle algo, padre. Le mandé llamar, pero no sólo porque la hermana Ángeles se muriera, que casi. Anoche, estando yo con ella, y después de descomponérsele el cuerpo, quedó como ida.

—¿Y...?

—Y le surgió una voz de hombre, que me dio mucho temor.

—¿Habló dormida con voz de hombre?

—Algo así.

—¿Qué pasó?

—La voz dijo que quería hablar con Su Paternidad.

—¿Conmigo?

—Eso dijo.

—¿Y usted qué hizo?

—Nada, ¿qué iba a hacer? Rocié la cama con agua bendita.

—¿Y respondió a la voz?

—Ni se me ocurrió, que me santigué varias veces, y anduve rezando al lado de la hermana toda la noche.

—Hizo lo correcto. ¿Dijo algo más la voz?

—Sí, que no hacía falta agua bendita, que era don Diego de Arce y Reinoso, que estaba con Dios.

De regreso hacia el Colegio Imperial, Alonso y Tomás iban silenciosos, el uno por lo que acababa de escuchar, que era algo inquietante, no lo esperaba y no le gustó que ocurriera. El otro, porque nunca, hasta ese día, había sentido en su piel la sonrisa de una muchacha. Fue Tomás quien rompió el fuego.

—Muy callados, ¿no?

—Sí.

—¿Le preocupa algo a Su Paternidad? —volvió a insistir.

—Supongo que nada que no tenga solución.

—Habrá que seguir muy de cerca la evolución de Ángeles.

—¿Qué es eso de «habrá que seguir muy de cerca»?

—Que debemos volver en cuanto podamos.

—¿Que «debemos»?

—Siempre le acompaño, padre, ¿o no?



Alonso se sonrió.



## Valfermoso (Guadalajara), 12 de noviembre de 1658

Inés Calderón esparció nerviosa los polvos de albayalde y leche de higuera para secar la tinta del pliego. Acababa de escribir a su hijo. Curiosamente, antes de enviar la primera de esa serie de cartas, había pasado tantos meses sin comunicarse con él que sabía de sus guerras por otros, pero no porque el propio Juan José —su Juanito— se lo hubiera comunicado. No podía decírselo a cualquiera, o no debía, pero cada mañana, cuando despertaba para la oración, su primer pensamiento no era para Dios sino para el niño que le arrebataron. Pensaba que, si Dios había creado la maternidad, la comprendería.

Imaginaba a su hijo dando órdenes llenas de sabiduría, alto y gallardo, como en el retrato que le había hecho llegar. Juan José había pasado años sin verla, y era ahora cuando se había acercado a su madre. Buscaba su ayuda, pero a Inés no le importaba que hubiera un interés. ¿Para qué está una madre sino para lo que haga falta? Además, gracias a eso, al menos, ahora tenía su retrato.

La melena larga y negra, la frente ancha y el rostro afilado, como la nariz, aunque sin ser aguileña. Ojos vivos y despiertos; en el retrato, el izquierdo parecía levemente más grande que el otro, pero era un matiz para los muy observadores. El bigote, nada ostentoso, como la perilla, propios de un militar sin tiempo para muchos afeites. Aunque, de todo, lo más importante eran los labios; no era belfo como su padre y, en general, los de los Austrias. Porque para la madre —según su parecer— era lo que más afeaba al apuesto Rey Felipe.

Recordaba con amargura que ya en el convento oyó algún comentario acerca de los parecidos y cómo en la Corte había quienes se entretenían en buscarlos, tantos y con tanta insistencia, que una tarde, indignada, hubo de decir en alto, y para conocimiento y vergüenza de todas las hermanas de religión, que con quien se había engolfado de verdad fue con el monarca y no con el de Medina de las Torres, don Ramiro, quien por cierto era, además de muy dado a la juerga, muy amigo del Rey. Rompió a llorar en un llanto amargo al verse en aquella prisión sin la caridad de las demás y sin su hijo, su único hijo. Amenazó a todas con poner en conocimiento del propio Rey los pesares que algunas religiosas le provocaban. Y que, si siguiera aquello, solicitaría otro encerramiento que no fuera Valfermoso, ni con las benedictinas.

Y fue mano de santo, porque, unas por compasión y otras por interés (pues el monarca beneficiaba grandemente al convento desde que Inés se hallaba en él), la vida en aquel encierro comenzó a ser más dulce. Si es que puede hablarse de cárceles que agraden al gusto.



Una vez que la tinta le pareció seca, sopló sobre los polvos levantando una pequeña nube de ellos sobre su cara, lo que hizo reír a una de las novicias que la acompañaba siempre. Se la dio a leer a la joven, para que lo hiciera en alto, mientras ella se recreaba imaginando el efecto que sus líneas producirían en su hijo, pues esta vez sabía que, como poco, quedaría sorprendido.

*Muy querido hijo:*

*Cuánto he de agradecer a Su Serenidad la venida del doctor don Vidal de Quiñones, que me ha sido de mucho bien, así como sus tisanas, pues la que me recetó con tusílagos deja al cuerpo muy conforme y me descansa los pulmones.*

*Más aún me reconfortó vuestra carta y eso que decís del desposorio del cielo, que se lo he leído a las hermanas y ha sido muy celebrado. Digo yo que en esto habéis salido a vuestra madre, que en el siglo gustaba de las letras, y pensó en escribir, como María de layas y otras.*

*No he tardado en responderos para resolver las dudas que os acucian.*

*Recordad que os envié recado con vuestro freile, el que me trajo tan buenas mantas de vuestra parte. Las agradezco porque aquí arrecian los fríos cada vez más, y se nos viene un invierno que librenos el Señor. Con respecto a lo que me preguntáis, no me explico el asunto de los portugueses, me parece misterioso. Es decir, que en este negocio tan noble, no fuisteis los únicos. Los portugueses, a lo que sé, estaban cerca, y de esto estaba bien informado quien así me hizo la confidencia, no queriendo que se supiera que venía de él. Que era vuestro señor padre, el Rey. Vino en secreto a verme, interesándose por mi estropeada salud, y así me rogó con gran encarecimiento que no se dijera nada, para no ofender a nuestra señora, la reina doña Mariana.*

*No sé si atribuirlo a la casualidad o a la intención, pero en esos días llegó del Priorato uno de vuestros hospitalarios con las mantas. En éstas os envié el aviso. Y eso aclara el misterio. Pero, aunque vuestro padre supiera de los portugueses, lo extraño es que éstos anduvieran en lo mismo.*

*Es lo que sé, y así os lo cuento.*

*Sabed, en fin, que con todo o por encima de todo, vuestras líneas son mi mejor medicina.*

*En Valfermoso, vuestra madre amantísima.*

María Inés Calderón



Madrid, 12 de noviembre de 1658

Después de la conversación con fray Nicolás, y de la certeza acerca de la oculta autoría de los dominicos con respecto al *Quijote* apócrifo, el padre Alonso tenía previsto que su próxima tarea de despacho sería estudiar la obra de Avellaneda. Pero decir que podía hacerlo con tranquilidad sería no atenerse a la verdad, ya que, después de la conversación con doña Ana en el beaterío, quedó profundamente impresionado e inquieto.

Le obsesionaba la idea de la supuesta voz del Inquisidor manifestándose a través de la joven mística. ¿Era una fantasía de Ángeles de Nuestra Señora? A todas luces, la muchacha no parecía ajustarse al perfil de ese tipo de visionarias. Él mismo la había visto vomitar sangre y al reconocerla la encontró tan débil que temió por su vida.

Por otra parte, ¿qué habría logrado con tal engaño? Otra posibilidad era que lo dicho fuera un invento de doña Ana. Pero, ¿qué sentido tenía que inventara tal cosa? De ser así, era un juego peligroso, porque imaginar esas falsedades, fácilmente atribuibles al diablo, era alertar a los inquisidores. No en balde, Alonso tenía entrada en el beaterío en calidad de médico y de familiar del Santo Oficio, y por otra parte, el confesor de las beatas era fray Juan Martínez, nada menos que uno de los consejeros de la Suprema, además de confesor del Rey.

Cavilando, se le puso a tiro de mosquete la persona del dominico. ¿Y si urdió algún maquiavélico plan en el que tuviera parte doña Ana o incluso la muchacha? Aun imaginando que fuera así, fray Juan debía suponer que cualquier sacerdote no daría un paso en falso ante la supuesta voz del Inquisidor en las condiciones en las que se manifestó. Incluso, como medida de precaución, podría solicitar la intervención de un exorcista, lo que complicaría el asunto, si detrás de la treta había una segunda intención.

No obstante, se planteó cuál podría ser esa otra intención. Sólo eran suposiciones, pero ¿y si fray Juan era quien estaba tras el misterioso libro que escondió Miguel de Cervantes? Porque los asesinos del párroco de Torres de la Alameda —por el cuidado que tuvieron al sacar el Santísimo del sagrario y llevarlo a la sacristía, antes de perpetrar el horrendo crimen— mostraron un comportamiento propio de gentes de religión (aunque muy mal entendida). ¿Eran enviados por el consejero de la Suprema?

Nuevamente intentó ceñirse a los hechos, para que la imaginación, «la loca de la casa», que diría Teresa de Jesús, no le hiciera alguna mala pasada. Aceptar que



aquello había ocurrido era enfrentarse a una posibilidad que no le agradaba. La aparición del alma del Inquisidor, manifestándose a través de la muchacha, la consideraba como una posibilidad muy remota, porque la manera de comunicarse los difuntos, según la doctrina de la Iglesia, recogía las apariciones, los sueños, las inspiraciones, aunque quien tuviera tales percepciones no supiera siempre el origen. Pero no era usual que el cuerpo humano mera medio, *médium*, de una manifestación sobrenatural o preternatural, dado que —de alguna manera— era una anulación de la voluntad y el entendimiento de quien servía de puente.

Lo aceptable era que Dios o un alma bienaventurada hubiera comunicado algo a la joven, y ésta, a su vez, se lo hubiese transmitido al padre Alonso. En cambio, la voz sirviéndose del cuerpo de la muchacha —con la libertad anulada—, no sólo era algo sospechoso, sino que podía tener un origen diabólico.

Si don Diego le había dejado pistas, ¿para qué una manifestación tan cuestionable? ¿O quizá pensaba que Alonso, devoto hombre de Iglesia, iba a entrar al asunto como quien hablaba con un compañero de cuarto? Además, ¿no vivió una experiencia atípica con aquel sueño, cargado de símbolos, a través de los cuales comprendió que faltaba un libro entre los dos de la *Breve noticia*? ¿Por qué razón don Diego no se le aparecía en sueños para hablarle? Las hagiografías estaban llenas de casos así, y de éstos incluso hablaba la tradición de la Iglesia; alguien se aparecía en sueños o en estado de duermevela del receptor para pedir a éste oraciones, su propio perdón o, incluso, explicar dónde guardó un documento en vida.

Decidió que, de momento, no comunicaría nada a doña Ana, no diría nada a Ángeles para que no se asustara, y tampoco diría nada a fray Juan Martínez, porque podía darse el caso de que, inquieto por la cuestión —no ha de olvidarse que él era el padre espiritual de la joven, al igual que de las otras damas—, solicitara, inmediatamente, la intervención de un exorcista, asunto que, sólo por la tensión que implicaba, podía consumir totalmente a la muchacha, incapaz de soportarlo.

Como escogió no salir del Colegio, retomó alguna de sus clases de anatomía, la asignatura de moda. Su decisión fue tan del gusto del alumnado que lo vitoreó al entrar en el aula, y hubo quien lanzó su gorro al aire. En cierta manera, quiso quedarse para descansar. Tenía pendiente echar una ojeada a los edificios de la Inquisición, pero lo pospuso —para fastidio de Tomás—, porque le venía ocurriendo que cada vez que hacía un plan, éste se torcía u otro se interponía.

Después de la clase, ya en su cámara, se adentró en la lectura de Fernández de Avellaneda. Necesitaba ver por sí mismo lo que ya conoció por otros, que la obra era el resultado de una o varias manos de la Orden de Santo Domingo.

Le pareció un texto muy bien escrito, con gracia e inteligencia. Respetable contrario de Cervantes, por así decirlo, aunque sin su hondura ni su encanto, ni sus encantamientos. Era de gran calidad y, en adelante, lo tuvo por obra muy principal, pero el de Miguel de Cervantes siguió pareciéndole el mejor.

Se trataba de centrar la investigación sobre los autores del apócrifo. En definitiva, de delimitar posibilidades. Y como recordó que alguno de los supuestos escritores que se barajaban era aragonés, optó por hacer una investigación de las características del lenguaje utilizado en el libro: modismos, giros, maneras propias



de Aragón. Alonso tuvo una buena idea, la de pedir ayuda a su Superior, el padre Ignacio Armijo, quien además de docto latinista era zaragozano. Le explicó que, de momento, no podía darle más detalles, pero que aquello aportaría luz sobre los crímenes. Al padre director le apasionó prestar su ayuda con algo tan a su alcance y de aquella gravedad. Ambos se encerraron en su despacho, mucho más amplio y cómodo que el cuarto de Alonso.

Quien marcaba el camino era el dispuesto Superior, muy en su papel. Había sugerido que Alonso leyera en alto diferentes textos escogidos al azar. Y él, según veía la conveniencia, bien tomaba una nota que luego ponderaban, bien detenía la lectura, aunque de manera muy impulsiva, con un «quieto parao» tan impropio de un académico, pero que daba una pincelada de humor al tedioso trabajo.

Le habían dedicado a esa lectura tantas horas, desde el día anterior, que encontraron buenas pruebas de lo que buscaban.

El supuesto Fernández de Avellaneda hacía un uso muy frecuente de la preposición «tras», como cuando decía:

*Comenzó Sancho tras esto a llorar...*<sup>14</sup>

*Propuso tras esto irse al religioso convento...*<sup>15</sup>

*... y tras tener bellaquísima cara...*<sup>16</sup>

Además, abundaban las supresiones de artículos como en:

*... a quien después de cena mandaron salir...»*<sup>17</sup>.

O la presencia de palabras como «repapo», muy usadas en Aragón, y expresiones como «en oyéndole», «en viéndolo».

El Superior, por fin, detuvo la lectura y buscó en algunos capítulos las alusiones geográficas referidas a la región. Leyó en silencio durante un buen rato.

—No me cabe la menor duda; aunque hubiera más de una mano, aquí se ve la de alguien que conoce muy bien Zaragoza.

—Y a tenor de alguno de los textos leídos, también Alcalá de Henares —añadió Alonso.

—En efecto, lo que nos lleva a concluir...

<sup>14</sup> Alonso Fernández de Avellaneda, *Don Quijote*, cap. VI.

<sup>15</sup> *Ibidem*, cap. XIX.

<sup>16</sup> *Ibidem*, cap. XXII.

<sup>17</sup> *Ibidem*, cap. XXXI.



—Que, como reza en la cubierta del libro, estudió en esa universidad, es licenciado —aseveró el médico.

—Supongo que le habré sido útil, padre Alonso.

—Hay algo más. Le rogaría que me ayudara a buscar signos de religiosidad en la obra. Necesito saber...

—Si el autor del apócrifo era fraile —interrumpió la frase el director.

—Eso es —repuso sonriendo.

—No se extrañe de mi familiaridad con el asunto. Cuando era joven también me interesé. Supongo que como todos los estudiantes. Era un fascinante tema de debate en las tertulias entre universitarios. Y déjeme recordar... —El sacerdote pasó varias páginas y por fin se detuvo.

—Escuche esto —prosiguió—: «¿Piensa que el hombre ha de tener tanta memoria como el misal?»<sup>18</sup>. Es una frase de Sancho Panza.

—Ya me he dado cuenta —replicó Alonso—, Sancho parece un viejo monaguillo que, además, suelta latinajos y se queja de los luteranos.

—No sé si las ha anotado, ¿cuántas alusiones ha encontrado referidas a la Orden de Santo Domingo? —preguntó el Superior.

—Con eso da en el clavo, padre Ignacio. No lo apunté, pero recuerdo algunas.

—También yo, y lo más importante: de manera elogiosa, con gran respeto; es una de las cosas que sugiere que la obra podría ser de un fraile dominico. De hecho...

—Y abunda en alusiones al santo rosario.

—En efecto. Me ha leído el pensamiento. Un compañero de noviciado tuvo el gusto de buscar el número de veces que aparecía el rosario en esta obra. No recuerdo bien...

—¿Aproximadamente?

—Veinte, treinta... tengo memoria de que nos parecieron muchas.

—No olvidemos que santo Domingo creó el rosario para que su oración ayudara en la conversión de los albigenses; eso tengo entendido —añadió Alonso.

—Pero, dígame Su Paternidad, ¿qué relación puede tener esta obra con los crímenes?

—La verdad... aún no lo sé.

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, cap. XXXII.



Madrid. Miércoles, 17 de noviembre de 1658

El joven novicio llegó para avisarle de que le esperaba un coche. Alonso se puso en guardia. No era supersticioso ni estaba en contra de las nuevas costumbres, pero cada vez que subía a un coche pasaba algo importante y desagradable. En coche fue con Oyanguren hasta las casas del Tribunal de Corte, las de la Inquisición, en donde se encontró a su amigo Diego de Arce asesinado. En coche fue hasta Torres de la Alameda para ver la atrocidad que habían hecho con el párroco. En coche iba, otra vez, hacia las casas de la Inquisición, cuando se encontró con la muchacha del beaterío y ahí supo que a través de la estigmatizada se manifestaba alguna fuerza desconocida que quería hablar con él.

—Ya te he dicho que no lo he pedido, Tomás.

—Lo supongo, pero le espera.

—¿Cómo que lo supones? —Alonso creía que era una de esas salidas de tono, algo chulescas, del novicio.

—Que no puede haberlo pedido, porque trae el escudo de la Casa Real.

—¿Qué?

—Sí, y me han dicho: «Coche para el padre Alonso.»

—¿Sin más?

—Y sin menos, ha sido un criado que se ha bajado del pescante.

—¿Va alguien dentro?

—No se ve.

El jesuita cogió su capa y su bonete, y salió del Colegio, acompañado por el curioso novicio, para el que casi todo parecía tener un punto de juego, o de emoción antes no vivida.

—¿Vienes a Palacio?

—No, no —respondió titubeando. Pero, rápidamente añadió el chiste—: Le acompaño a la puerta del coche para dar más empaque, que aquí también somos gente de calidad.

Subió al vehículo, que tenía las cortinas de terciopelo rojo echadas, y se encontró dentro a un sonriente Nithard.



—Hemos de reconocer que nuestro novicio tiene salidas para todo —dijo el alemán, en voz baja, refiriéndose a Tomás.

Alonso se limitó a sonreír mientras tendía la mano al sacerdote.

—Vamos a Palacio, padre Alonso.

—¡Ah!

Pero, antes de que el alemán golpeará con los nudillos el techo del carruaje para que se pusiera en marcha, lo contuvo.

—Espere, espere.

Sacó la cabeza de entre las cortinas de terciopelo y habló en voz baja a Tomás, que miraba embobado, a medio metro del coche, esperando Dios sabía qué.

—Tomás, dice Su Majestad que qué haces ahí, con cara de tonto.

El muchacho se ruborizó de golpe y comenzó a alejarse del coche sin atreverse a darle la espalda, e intentando hacer reverencias de respeto. Un comportamiento que resultaba torpe y muy ridículo. En su interior, Alonso y Nithard, que también miraba por un espacio que dejaban las cortinas, intentaban contener la risa.

—Muy bueno, padre Alonso, hace mucho que algo no me hacía reír tanto.

El coche ya estaba en marcha, pero a ambos se les había olvidado el cometido del viaje.

—Tampoco suelo reírme así. Es más, si cuenta que ha visto cómo se me saltaban las lágrimas, no lo van a creer —comentó Alonso.

—También me divierte eso —añadió Nithard—. Creo que ambos tenemos fama de «estirados». ¿Se dice de esa manera?

—Everardo, no me engañe —le reprendió sonriente—. Con creces me demostró, el otro día, que domina la lengua castellana —añadió.

—¿Cuándo?

—«Sancho, tente...» —comenzó a recitar Alonso, recordando el encuentro que tuvo con él en la biblioteca del Colegio.

El alemán hizo un gesto como de dudar de sí propio.

—Hago lo que puedo.

—Por cierto, ¿cuál es la razón de este rapto? —preguntó Alonso.

—Discúlpeme, se me pidió la máxima discreción. Alguien en Palacio quiere hablar con Su Paternidad.

—¿Oyanguren?

—No sabe nada de esto...

—Pero no vamos en dirección al Alcázar.

—En efecto. Se ha considerado más conveniente que la entrevista fuera en el Buen Retiro. ¿Ha estado alguna vez allí?



—No. Eso es para poderosos.

El carruaje recorrió el prado de San Jerónimo, y rebasó la entrada de la Torrecilla y la fuente del Caño Dorado para adentrarse en la tapia hasta la plaza de los Oficios y la principal. Espacio de edificios cuadrangulares, comunicados por grandes pasadizos para coches, a la manera de los de la plaza Mayor. Nithard detuvo el vehículo, e hizo bajar al médico, pensando que el recorrido a pie le sería más grato.

—Me tiene en ascuas.

—Todo llega —respondió Nithard, misterioso. Y se adentraron en otro jardín, atravesando un inmenso portón.

—Si no venimos a ver al de Oyanguren, me parece que va a ser al Valido, don Luis de Haro.

—Frío, frío... Hoy no está Su Paternidad muy inspirado.

—¿Entonces? ¿La Reina?

—Caliente.

Detrás de un parterre, de pie y de espaldas, junto a una fuente central, un caballero parecía contemplar el agua. Alonso lo vio.

—¡No puede ser! —exclamó en voz baja.

—Es —repuso Nithard.

El caballero se giró. Alonso, sin saber bien qué hacer, se detuvo con una inesperada sensación de desvalimiento. Miró a su lado, buscando la ayuda de Nithard, pero éste ya no estaba. Pensó que cuando volviera a verle lo maldeciría por dejarlo ahí, ante el mismo Felipe IV, quien de lejos, antes de pedirle que se le acercara, pareció analizarlo. Alonso se descubrió. El Rey le hizo una seña con la mano y se sentó en uno de los bancos de piedra. Le señaló el sitio, a su lado, para que se sentara. Alonso hizo una leve inclinación, los nervios le habían traicionado, y pensaba que Nithard —quien se revelaba como otro malvado bromista— también.

—Acérquese, padre.

—Majestad...

—Venía acompañado.

Alonso, que tenía muy a gala defender a sus hermanos de religión, improvisó.

—Se..., se ha sentido, creo que... indispuerto, Majestad.

—No sé por qué había pensado que el indispuerto era usted —comentó el monarca sonriéndole—. Pero siéntese a mi lado. No es la primera vez que hago venir aquí a alguien. Le extrañará el lugar, aunque es seguro. Estoy rodeado de un estricto protocolo: cada paso, cada gesto está medido. Incluso la manera de moverme. Pero eso es algo que pese a que podrá leerse en los libros para magnificarme, nunca será del todo cierto. Todos tenemos secretos. Así que cuando quiero hablar con alguien a solas, como en este caso con Su Paternidad, uso vías indirectas. Se lo dije a mi esposa, doña Mariana, ésta se lo comunicó al reverendo



Nithard y él le trajo. Por eso se ha esfumado. Éste es el mejor sitio. Un jardín de los muchos que hay en un enorme palacio, lejos del Alcázar. ¿Le ha gustado?

—Mucho, mucho, Majestad. Es muy... majestuoso.

—Casi todo es efímero, ladrillo.

—También hay grandeza en lo efímero.

—A veces me reunía aquí con don Diego. Y me reía con él, ¿recuerda lo del alumbrado portugués y sus devotos que se repartían los calzones?

El Rey rompió a reír.

—¿Cómo sabéis que don Diego me lo contó?

—Al igual que le contaría otras cosas. —El Rey hizo una pausa—. Sólo tengo... tres amigos: don Ramiro, duque de Medina de las Torres, sor María de Jesús, don Diego de Arce, que en gloria esté, y si me apura, don Diego, mi pintor. Cuatro, y un tropel de aduladores. Supongo que les pasa a todos en mi situación.

—Supongo, Majestad.

—He tenido fama de juerguista, ¿no es verdad?

La respuesta era difícil para el padre Alonso. Le empezaba a parecer que aquella reunión tenía más de confesión que de otra cosa, así que intentó ser consecuente con su condición de sacerdote.

—Mucha, vos lo sabéis.

—Pensaré que le estoy sometiendo a una prueba para ver la sinceridad con la que me responde. Todos tratarían de justificarme, usted no lo hace, como tampoco lo hacía don Diego.

—Os olvidáis de vuestro confesor, fray Juan Martínez.

—Por supuesto que no. Es distinto. No es mi amigo, a él le hablo como un pecador.

—No sé qué decir, Majestad.

—Relájese, no quiero hablarle como a un sacerdote —el Rey hizo una larga pausa—. A veces, en algunos lechos, en los momentos de mayor intimidad es donde de verdad he encontrado sinceridad. Cuando el cuerpo queda arrebatado, en ese estado, es imposible la mentira o la adulación, ¿puede entenderme?

—Creo comprender lo que queréis decirme.

—No intento justificarme, pero es una observación muy sincera, a veces se la hice a don Diego.

Alonso no se atrevió a preguntar qué le respondía el Inquisidor, pero el Rey leyó la pregunta en su gesto.

—Sí. Se limitaba a guardar silencio. No le gustaba lo que hacía, pero también compartía conmigo esa terrible sensación de soledad. Como yo, sólo tenía tres amigos.



—¿Tres?

—Su Paternidad, fray Nicolás y yo.

Ambos se quedaron callados otro rato. El chorro de agua de la fuente rompía en el estanque suavizando el triste silencio; pensaban en el amigo muerto. Felipe volvió a hablar.

—¿Qué sabe de los asesinatos?

—Algún dominico está detrás.

—¿Sólo?

—¿Perdón?

—Que si sólo algún dominico.

—Eso me pregunto, Majestad.

—¿Sabe que don Diego temía su muerte?

—Sí.

—La temía y la esperaba —añadió el Rey—, se sentía atrapado.

—Lo sé, pero me cuesta aceptarlo.

Felipe se volvió hacia su interlocutor y le miró a los ojos.

—Hay jaulas de oro, padre.

—Supongo, Majestad.

—¿Conoce el Artificio de Juanelo?

—Subía el agua a Toledo, desde el río. No sé si sigue haciéndolo. Lo construyó un relojero e ingeniero italiano, traído por vuestro bisabuelo.

—Veo que está documentado, y dígame, una vez que el Artificio funciona, ¿qué es más importante, éste o Juanelo? De igual manera, el Santo Oficio es un gran aparato, si no es con Juanelo, será con otro, pero funcionará mientras el río lleve agua.

—Eso creo yo.

—¿Piensa que el Rey debe comentar los resultados de esta investigación con terceros?

—Su Majestad, nuestro señor, está en su derecho de hacerlo, si lo considera beneficioso para este negocio.

—¿Y a quién?

—Al señor de Haro, vuestro Valido, a vuestro secretario el señor de Oyanguren, a quien desee.

El Rey volvió a mirarle a los ojos y le sonrió. Alonso rectificó con media sonrisa.

—Entiendo que no debéis, señor.

—Esa respuesta está mejor, mucho mejor —añadió Felipe.



- ¿Puedo preguntaros algo, Majestad?
- Claro, le he hecho llamar para eso, padre Alonso.
- No os comprendo.
- Su Paternidad tiene muchas dudas y pocos confidentes. Dispere.
- Alonso, algo desconcertado por la agudeza del monarca, respiró hondo.
- ¿Os habló vuestro señor padre de fray Luis de Aliaga?
- No hizo falta, lo conocí yo. Mi padre, únicamente, me previno.
- Lo tenía como confesor, además de Inquisidor General. ¿Cómo es que os previno?
- Cristo tuvo a Judas como compañero.
- ¿Tuvo que ver con el *Quijote* de Avellaneda?
- Era dominico, maño y radicalmente contrario a la obra de Cervantes. Parece, pues, que sí. Pero esperaba que la pregunta fuera por qué se escribió el *Quijote* de Avellaneda.
- Supongo que eso lo sabré cuando haya encontrado el otro libro. Sé que estuvo en manos de Cervantes.
- «El otro» —repitió el Rey con gesto taciturno.
- Tan importante es, ¿verdad? —preguntó Alonso—. Creo que don Diego trata de acercarme hasta él, a través de diferentes pistas en su biblioteca.
- Entonces aún no lo ha encontrado.
- No.
- Lo suponía. Por eso le he hecho venir. Pero Su Paternidad necesita que un buen amigo le pida cautela.
- Estoy algo perplejo, señor.
- ¿Por lo de «amigo»? Padre Alonso, al menos teníamos uno en común.
- Eso es verdad.
- Y nos lo han matado... El libro que debe encontrar se atribuye a Jacques de Molay.
- ¿Un texto templario? ¿Escrito por el último Gran Maestro del Temple? ¿Eso es lo que tanto preocupó a los dominicos?
- No lo imaginaba, ¿verdad? —preguntó el monarca.
- No. Soy como una mula que sólo ve el camino que tiene delante, avanzo, pero no sé hacia dónde. Don Diego se ha cuidado de no dejar un camino fácil.
- Porque hay varios que sospechaban que lo había encontrado y querían recuperarlo.
- ¿Varios?



—Y con intereses contrarios.

—¿Qué dice ese libro, Majestad?

—Yo tampoco lo sé. Espero que muy pronto me lo explique usted, padre. A nuestro buen amigo, don Diego, no le dio tiempo.

Felipe se levantó e hizo lo propio el sacerdote.

—¿Ha probado el chocolate que me preparan aquí?

—Yo... No...

—¿Cómo es que el Rey va a invitar a chocolate a un simple jesuita del Colegio Imperial? ¿Es eso? Dígame, ¿por qué cree que Nithard regresa al Colegio después de la hora de la merienda? ¿No se ha dado cuenta? A las personas así, en los tenderetes de los mercados, creo que las llaman... zampabollos —dijo bajando el tono de voz.

Alonso se sonrió.

Don Antonio Pimentel de Prado había viajado toda la noche. Su coche salió de Madrid con los caballos al galope, y al galope cambió de postas con los animales extenuados. Iba camino del monasterio de Tomar, en Portugal, y había partido secretamente, de ahí la nocturnidad, desde el palacio del duque de Medina de las Torres.

Don Antonio había servido a la Corona española, cuando, pocos años antes, apoyó a la reina Cristina de Suecia, con la cual tuvo un idilio que cambió la vida de la joven nórdica. Porque la atractiva Cristina acabó convirtiéndose al catolicismo, dejando la monarquía en manos de su primo. Algo que celebraron sus vasallos, pues la reina era pródiga con sus anegados y, en cambio, presionaba en exceso a los súbditos con gravámenes. Cristina marchó a Roma, donde quiso retirarse a vivir, ya sin su amado diplomático español.

La gravedad de la situación exigía aquel veloz viaje. El duque de Medina de las Torres había sido informado de los últimos movimientos de sus posibles aliados, los Caballeros de la Orden de Cristo, quienes estaban desconcertados y molestos con lo ocurrido en el cañón de Río Lobos. Se suponía que cuando fueron en busca del libro oculto no iban a encontrarse con nadie.

Desde 1619 no se había celebrado ningún Capítulo General de la Orden, hasta ahora que, en el citado monasterio del Cristo de Tomar, se debatía la posible ayuda a los reinos de Felipe IV, en contra de la Casa de Braganza. Ellos, herederos en Portugal de los bienes y el prestigio de los extintos caballeros del Temple, ofrecían ahora la posibilidad de facilitar la reincorporación de Portugal a la Corona española. ¿A cambio de qué? De la recuperación del *Speculum cordis* y un alto número de encomiendas en Portugal, Brasil y Extremo Oriente.

Se habló de acabar con la vida del monarca Alfonso VI, un adolescente con sus facultades psíquicas alteradas, amparado en su madre, la regente doña Luisa de



Guzmán. Esta dama, noble española de la casa de Medinasidonia, casó con el duque de Braganza a instancias del Conde-Duque de Olivares, para amainar la disidencia antiespañola. Un recurso que sirvió de muy poco, pues, en 1640, el Duque y padre del anormal Alfonso, subió al trono de Portugal.

La nueva reina, muy pronto, se puso de parte de su esposo y del independentismo de los portugueses. Y ahora, en la viudedad, bregaba con un hijo díscolo (habitado a malas compañías, como la de Antonio Conti, cuya intimidad resultaba excesiva), además de enfrentarse con las diferentes facciones de Palacio, hasta el punto de tener que reunirse a escondidas y a deshora con sus incondicionales, en lo que se llamó la «Junta nocturna».

Antes del Capítulo General se había hablado de respetar la vida de doña Luisa. La misma Casa de Medinasidonia, que tuvo una filtración de las maniobras de los freiles de Tomar, era quien presionaba para que, a lo sumo, si no se prestaba a un fácil acuerdo con España, fuera confinada en un convento. Pero, en todo caso, el brazo ejecutor iba a ser, secretamente, la Orden de Cristo, que acallando su talante independentista, recuperaba para los herederos del Temple un texto enigmático y valiosísimo, además de recibir las prebendas mencionadas.

Pero ¿cómo llegó a oídos de los portugueses que debían buscar el libro en el cañón de Río Lobos? Cuando el monarca español comunicó a su Valido, don Luis de Haro, que sabía dónde podía encontrarse la obra templaría —antes de que éste supiera de la determinación real de comunicárselo a su hijo don Juan José, para que los de la Orden de San Juan la encontrararan—, el duque de Medina de las Torres se enteró de la noticia a través de alguno de sus hombres en el Alcázar. El duque tenía sus propios informadores y muchos valedores, y se sirvió de aquéllos para comunicar a la Orden de Cristo dónde estaba el libro con el ánimo de que lo hallaran antes.

La intención de don Ramiro, Duque de Medina de las Torres y miembro del Consejo de Estado y del de Guerra no era mala: buscar la complicidad de los caballeros de Cristo para hallar la paz entre España y Portugal. Comunicar lo del libro era una deferencia hacia los portugueses.

La importancia del duque en los Consejos era muy grande. Como su capacidad de persuasión. No sin razón, había recriminado al Rey muy duramente, y en varias ocasiones, por mantener una incómoda guerra de desgaste con Portugal, ya que unos y otros se centraban en inútiles ataques fronterizos; pero, a la larga, vaciaban las arcas y acababan con las vidas de los mal pagados ejércitos españoles.

En este asunto, el Rey no quería oír la palabra paz. Únicamente buscaba el sometimiento de Portugal, su espina en el corazón. Así que don Ramiro procedía como un cordial enemigo real.

Cuando Felipe, a su vez, fue informado por uno de sus espías acerca de la treta del de Medina de las Torres, es decir, cuando supo que éste se disponía a avisar a los caballeros de la Orden de Cristo para que fueran a Río Lobos, le dejó hacer. Se imaginó que pretendía algún tipo de acuerdo a cambio de la anhelada pacificación. Le dejó seguir su plan hasta el final, pero se lo fastidió propiciando que los de San Juan tendieran una trampa a los portugueses.



El de Medina de las Torres, incluso, había previsto la posibilidad de que se diera la pacificación sin que la regente perdiera su condición. Los de Tomar deberían desembarazarse del anormal don Alfonso, y el heredero, el infante don Pedro, quedaría emplazado para casarse con la infanta española Margarita Teresa de Austria, aún de siete años. De esta manera, nuevamente, se intentaría sujetar la Corona de Braganza a la española. Por supuesto, el precio seguía siendo alto para Portugal, que debería ceder colonias de ultramar, algunas de las cuales pasarían a manos de la Orden de Cristo.

Felipe IV, simplemente, se adelantó a su consejero logrando que los del Priorato de San Juan llegaran antes al cañón y acabaran con los portugueses enviados. Haciendo esto, se garantizaba la indignación de los de Cristo, que se encontraron engañados y con dos de sus mejores hombres asesinados. Por eso celebraban Capítulo, pues si antes pareció no hacer falta al verse que todos estaban de acuerdo en apoyar al monarca español, ahora, en el seno de la Orden, había surgido la discordia.

La tarea de Pimentel, hábil diplomático, era calmar los ánimos, aunque no podía ofrecer nada a cambio.



## Tomar (Ribatejo, Portugal), 18 de noviembre de 1658

En el monasterio de Tomar, sede de la Orden de los Caballeros de Cristo, los freiles, aún en Capítulo, mantenían una encendida discusión.

Frey Sebastián, uno de los hermanos más ancianos y próximos a la Casa de Braganza, se levantó airado.

—Mi pregunta es clara, de cumplir la parte más oscura de lo pactado, exceptuando los bienes a los que se nos hace acreedores, ¿hasta qué punto vale la pena el *Speculum cordis*? Ello, sin reparar en que hemos sido engañados en Río Lobos, y don Antonio Pimentel debe darnos más de una explicación. Por otra parte, ¿no tendremos que endurecer nuestras condiciones a tenor del engaño en tierras de Soria?

En la sala se creó un murmullo que rápidamente quedó aplacado al levantarse el Maestro.

—Hermanos, nunca he creído que el *Speculum cordis* sea el diario de las excavaciones bajo el Templo de Salomón, en Tierra Santa, ni que dé razón de tesoro alguno. Viendo que dos de los nuestros han muerto —cuando se suponía que iban en misión secreta y con garantías—, propongo, pues, rescindir nuestro compromiso con el duque de Medina de las Torres, y que don Antonio Pimentel sea retenido en el monasterio hasta que se reciba una compensación por el daño causado.

Cuando varios freiles se apostaron tras la puerta de la sala capitular para impedirle la huida, Pimentel pensó en echar mano a la espada, pero era un hombre templado y se contuvo. Muy por el contrario, hizo un gesto amable, abriendo los brazos, como quien muestra estar dispuesto a lo que hiciera falta, con tal de llegar a un acuerdo.

Pero los freiles habían abordado un asunto de máximo interés. Por primera vez en años, se sometía a discusión el valor de la obra perdida y, en consecuencia, su necesidad. Otro anciano caballero se levantó para hablar.

—Se dijo que Jacques de Molay escribió esas líneas en su cautiverio, antes de ser quemado. No sabemos si el *Speculum cordis* esconde la auténtica razón por la que se disolvió la santa Orden. Y éste es el más serio argumento para que, una vez empezada esta búsqueda, no paremos aquí. Los nuevos freiles, que secretamente mandamos a Soria en busca de información, deberían hablar.

Se levantó un hermano más joven.



—Encontramos a un aldeano, de Uzero. Reconoció haber acompañado a nuestros enviados hasta la Cueva Grande, junto a la ermita de San Bartolomé. Allí, como experto hombre del campo, advirtió que el suelo había sido removido, y muy recientemente. Pero, los nuestros, aunque creyeron su palabra, decidieron seguir adelante. Puede que se confiaran. Al parecer, incluso tuvieron suerte y encontraron una arqueta antigua con esmaltes. Se hizo gran fiesta y griterío...

—Un error haber mandado a hermanos tan jóvenes —se quejó el más anciano.

El que explicaba prosiguió.

—...Y cayeron sobre ellos cuatro embozados, antes de que pudieran abrir la arqueta. Cuatro contra dos, pues el castellano corrió.

—¿Y cómo salvó la vida? —volvió a preguntar el anciano.

—Porque dijo que era de Uzero.

—No parece razón suficiente.

El Maestro intervino.

—Pero, en cambio, dice mucho del comportamiento de los agresores.

Y el anciano completó el pensamiento del Superior.

—Por supuesto. No eran ladrones. De serlo, no habrían perdonado la vida al aldeano.

Se hizo un silencio en la sala. Pimentel, que no conocía los pormenores del caso, comprendió que en la Corte, en Madrid, alguien había tendido una trampa al duque. Intentaba pensar rápidamente, componiendo el rompecabezas, para comprender quién o quienes se ocultaban detrás de la agresión a los portugueses. El Maestro se dirigió hacia un lado de la sala, donde se hallaba Pimentel, custodiado por dos de los caballeros.

—Don Antonio Pimentel seguramente tendrá una explicación que nos satisfaga. Si no eran ladrones, ¿eran enviados de la Corte?

—Caballeros —replicó Pimentel, sin subir la voz, mirando a todos los congregados—. Si así fuera, ¿qué sentido tiene que yo estuviera aquí, esta madrugada, poniendo en riesgo mi regreso y mi vida? Al menos, sí puedo garantizar que no los envió don Ramiro y que, si es como se cuenta, el ataque se hizo con tal secreto que no me parece cosa de Palacio. Os recuerdo que don Ramiro, duque de Medina de las Torres, es miembro muy destacado del Consejo de Guerra.

—¿Habría que pensar —preguntó otra vez el más anciano— en alguna Orden militar? El respeto por la vida del campesino y la coincidencia con la intención de nuestros freiles así me lo indica.

—El caso es que otros están en lo mismo —añadió el Maestro.



Madrid, 18 de noviembre de 1658

Ángeles de Nuestra Señora se había convertido en la comidilla de casi la totalidad de los mentideros de la Corte. En las Gradas de San Felipe y en las Losas de Palacio, fundamentalmente. Pasear entre corrillos de tertulianos que echaban la mañana en hablar de lo propio y lo ajeno (enalteciendo lo primero y con aminoramiento de lo segundo si era muy próximo) no era otra cosa que oír coletazos de una misma conversación: los prodigios que acaecían en el emparedamiento de San Ginés. La beata Ángeles de Nuestra Señora, rodeada por el misterio que favorecía el recinto, se había convertido en la protagonista de toda suerte de sucesos milagrosos inventados por el pueblo llano.

Se hablaba de la conversión de un alemán, que había llegado a la Corte con la torcida intención de vender Biblias protestantes. Pero resultaba más pintoresco el enderezamiento de una pierna, que cierto cojo tenía al revés, y cómo se le apareció la santa —pese a hallarse encamada—, en un momento en que el tullido padecía mucho infortunio y tenía necesidad de correr. Ésta le facilitó la huida. Si bien nadie volvió a verlo, porque, una vez salió por piernas, fue un no parar, que los más crédulos lo hacían por los Pirineos.

Otros olvidaban las curaciones y pormenorizaban las múltiples apariciones de Dios Nuestro Señor, la Virgen y todos los coros angélicos, con las que el Cielo favorecía a la joven. Al parecer, fue el mismo Creador quien tomó la forma de un padre franciscano para decir a la muchacha que no debía profesar en orden alguna, sino emparedarse, pues en la capital estaban faltos de santas de su catadura y con alma de fundadora. Más disparatada resultaba la supuesta aparición en la que Cristo se le manifestó como un indigente comiendo bizcochos, para pedirle que fundara la Orden de las Hermanitas Pasteleras de Nuestro Señor, con gran hincapié en las agujas de pescado, de más provecho que las de ternera, pues así podrían venderlas los días de vigilia.

Los más atrevidos decían que la santa tenía tal familiaridad con la Virgen María que ésta le había explicado una receta para hacer escabeche, mayormente comida de pobres, la misma con la que crió a su santísimo hijo.

Pero, por delirante que pudiera parecer, a nadie le extrañaba ni se ofendía, porque el siglo estaba cargado de sucesos maravillosos de semejante índole, así podía leerse en biografías y diarios de enclaustradas.

Probablemente, tanta ilusión lo era para compensar las tristezas de cada día en el Imperio, que no eran pocas. Y ese cúmulo de sucedidos disparatados no se daba en



menoscabo de la verdadera santidad, concretada en virtudes heroicas. Al fin y a la postre, lo que se tenía en cuenta en las causas de beatificación.

Ángeles de Nuestra Señora era de probada humildad. No se consideraba elegida ni lo pretendía. Y si había trascendido a los mentideros que la muchacha estaba estigmatizada, lo demás lo forjó la imaginación de los menesterosos de prodigios. Ella anhelaba que el Cielo la favoreciera con una vida de recogimiento y serenidad, pero ajena a aquellos fenómenos que, sobre todo, la asustaban. Y habría que decir lo mismo del beaterío que, si en un momento deseó sacar partido con el precio de los hojaldres, ahora vivía con inquietud el curso de los acontecimientos.

Por eso, fray Juan Martínez, a instancias de doña Ana, pensó en liberar a la joven de tantas angustias, recurriendo a alguna de las reliquias de Palacio (muchas en la colección de El Escorial). Este tipo de recursos era algo común. El mismo Felipe IV, estando muy cerca del Burgo de Osma, enfermó de unas fiebres y para curarse se hizo traer la cabeza incorrupta de san Pedro de Osma, además de una ampolla con la sangre del famoso Cristo del Milagro, y alguna otra cosa.

Ahora, la pretensión era aprovechar cualquier santo objeto de la colección real, acercándolo al pasadizo de San Ginés, para que la doliente lo besara. Fray Juan se lo comentó al Rey aprovechando el momento de la confesión, y éste, con gran piedad, dijo que ponía a su disposición cuantos necesitara; pero no hubo acabado de decirlo, cuando hizo una consideración que desbarató la propuesta: las reliquias deberían partir del Alcázar bajo palio y con una merecida procesión por la calle Mayor o por la del Arenal.

El fraile y el mismo monarca se dieron cuenta de que iba a ser peor el remedio que la enfermedad. La poca discreción en ese traslado resultaría una invitación a los madrileños para ver a la beata, y ya era bastante todo lo que se disparataba en los mentideros, como para ir dando pie a otras novedades. De esta suerte, convenía que el muestrario quedara en su sitio. Pero don Felipe sugirió otra solución no menos ocurrente: la del cuadro con el retrato de su consejera, la monja de Agreda.

Todos conocían un suceso interesante en el que una imagen de esta monja había tenido especial protagonismo. Ocurrió en el viaje que realizaba cierto fray Miguel Gómez, de vuelta de Roma, en compañía de fray Juan Andrés de la Torre, quien ostentó cargos de responsabilidad, llegando a ser obispo de Nicaragua.

Realizaban una travesía por mar, hacia España, y se levantó un fortísimo temporal, pareciendo que la embarcación iba a naufragar. Imaginando una catástrofe inminente, fray Juan Andrés recordó que llevaba un óleo con el retrato de la monja de Agreda en su equipaje; lo ató a una cuerda y lo lanzó al mar. Inmediatamente, las aguas se calmaron.

Como se sabían estos prodigios, fray Juan Martínez, clérigo de gran respeto ante el monasterio, envió recado al pueblo soriano, solicitando el retrato a sor Antonia, secretaria de la madre abadesa y testigo de tantas maravillas.

Sor Antonia comprendió lo delicado de la cuestión y lo triste que debía de resultar en el beaterío de San Ginés todo lo que le pasaba a la joven, incapaz de comprender si era Dios o el diablo quien la envolvía y alteraba. No hizo más que leer la carta que llegó de la Corte, cuando con toda discreción facilitó el pedido al mismo



correo, sacándolo con disimulo del convento, pues la madre abadesa no gustaba de tales recursos con la imagen de su persona.

Cuando el óleo llegó a Madrid, con devoción casi supersticiosa, las mujeres del beaterío lo colocaron junto al crucifijo, sobre la cabecera del camastro de Ángeles, no sin antes dárselo a besar a la muchacha, además de tocar con él diversas partes de su cuerpo.

Al saber todo aquello, el padre Alonso se disgustó, porque le pareció muy inadecuado. Tenía noticias de los portentos que se contaban en relación con la monja de Agreda y no dudaba de su vida de virtud; pero entendía que tal veneración hacia alguien vivo podía producir cierta desviación religiosa. Estimaba que, en algunos casos, Dios podía hacer un milagro de misericordia, apiadarse y conceder lo que se esperaba. Pero que, bien entendido, si la religiosa de Agreda no tenía conocimiento alguno del asunto, no podría interceder ante el Altísimo. Y creer en el poder del cuadro o de cualquier otro objeto era cosa de paganos y supersticiosos.

De aquella mañana no pasaba. Debía visitar las dependencias del Tribunal de Corte, pese a que no tenía la certeza de sacar nada en claro. Pero, apenas hubo amanecido y asistido a misa, ya estaba en la calle. Era un día frío y ventoso, de esos que el cronista Barrionuevo llamaba «de arrebatargas, para así poder mudarla las feas», o parecido. Algunos vendedores de vituallas peleaban contra Eolo, tratando de montar sus tiendas.

Alonso se desayunó en la calle. Comer fuera del Colegio le producía una infantil sensación de libertad, la que daba el placer de la improvisación, y no la buena mesa, pues en nada podía competir un tenderete de aguardiente y letuario, con la cuidada cocina del Colegio.

Pero al padre Alonso, además, le parecía importante mezclarse con la gente y compartir sus gustos más sencillos, porque estimaba que eso le ayudaba en su trabajo como sacerdote.

Tuvo suerte, ya que comenzó a llover cuando llegó a las casas del Tribunal de Corte.

La entrada al Tribunal era un gran portón adornado con lucidos cuarterones para que pudieran acceder los coches de caballos, los cuales, atravesando el edificio por dentro, iban a dar a un gran patio central, unas veces llevando reos, otras viajeros, o simples recados. La garita del portero se hallaba a un lado en el interior, de suerte que podía controlar los accesos al edificio, así como la entrada al patio, que poseía su respectiva puerta por ese lado del inmueble.

Nada más acceder al lugar desde la calle, se veían dos pasillos: a la izquierda de oficinas, y a la derecha el de las celdas, que llevaba al refectorio, la capilla y los almacenes. Con esta distribución, lo que eran las cárceles y los tribunales quedaban al otro lado de la gran manzana, y al otro lado del patio, para comodidad de los residentes.



El fraile portero conocía sobradamente al jesuita, así que éste fue directo hasta la celda del camarero.

Fray Nicolás decidió acompañarle para que toda la selva de secretarios, alguaciles, inquisidores, oidores, carceleros y demás no se extrañara ante tan indisciplinada visita, dado que pretendía andar de un lado para otro, sin rumbo. Algo que ante ojos extraños podía parecer una intromisión desconsiderada. Pero que sólo lo era en apariencia, pues también quería ver reacciones. Tenía la certeza de que los asesinos habían sabido moverse con familiaridad por los edificios, y pensaba que, probablemente, alguno de los visitados esa mañana, a lo menos, sería cómplice de los crímenes.

Recordaba, muy vivamente, la imagen de aquella sombra corriendo hasta perderse en la oscuridad del refectorio el día en que hablaba del *Quijote* de Fernández de Avellaneda en la celda de fray Nicolás.

El buen dominico se prestó a enseñarle las dependencias, aunque, con propiedad, habría que decir a «seguirle», porque quien iba metiéndose aquí y allá era Alonso, mientras que su agobiado acompañante tenía que precipitarse para explicar al oído de sus señorías —en pleno proceso judicial— la calidad del visitante y sus atribuciones para andar entrometiéndose con tanta libertad.

Todos sonreían a Alonso con cierta aquiescencia y en algunos casos con tal aire de servilismo que extrañó al jesuita. Y todos, una vez que el camarero acababa su explicación, parecía que tomaban más empeño en la tarea que estaban haciendo.

—Fray Nicolás, ¿qué les dice al oído? Me tiene muy intrigado —le preguntó en voz baja.

—Muy fácil —replicó discretamente—, como por desgracia se han acabado enterando de la tragedia de don Diego, advierto que Su Paternidad está aquí en representación de don Felipe, y luego, como quien hace una confidencia muy especial y que no todos saben, añado que Su Paternidad es el candidato del Rey para ocupar la presidencia del Consejo de la Suprema.

—Ya me lo explico, pero no tenía que haberlo dicho en la sala de interrogatorios, casi parten las piernas a ese desgraciado por quedar bien conmigo.

—Sí, ahí se me ha ido a mí la mano, dispense.

Un joven dominico entró buscando al fraile camarero.

—Padre Nicolás, tiene una visita.

—¿Quién es?

—No me han dicho más, pero creo que es algo urgente.

El fraile dejó al jesuita muy cerca del refectorio y éste continuó sus pesquisas en solitario.

Fue muy cerca del comedor, donde halló una pequeña despensa en la que parecía guardarse objetos lo suficientemente inútiles y tan escasa cantidad de alimentos como para no ser muy frecuentada. Conservaba algunas cajas de galleta bizcocho, un par de sacos de cereal y poco más. Todo prescindible, sabiendo que la



comida para el Inquisidor General y los pocos frailes que residían en el Tribunal era traída por un largo corredor, que salía del convento de Santo Domingo y conectaba con el pasillo de las oficinas, en el ala izquierda del edificio.

Encendió un candil y junto a uno de esos sacos descubrió una pequeña puerta entreabierta, que daba a un oscuro pasadizo alumbrado por una serie de pequeñas y titilantes lamparillas. No le sorprendió encontrar algo así, que explicaba la singular carrera de aquella sombra y su rápida desaparición.

Apenas habían pasado diez días desde que visitó a fray Nicolás y descubrieron al espía que dejó caer la llave. Si ésa hubiera sido la última vez que se utilizó el túnel secreto, las luminarias se habrían apagado, consumidas. En cambio, según avanzaba, Alonso pudo contar más de una docena con el aceite renovado.

El túnel no ofrecía bifurcaciones, sólo halló una, después de un muy largo trecho, húmedo y asfixiante. Y algo más allá la salida, a pleno campo, muy cerca de la alta pared del Alcázar. Sintió curiosidad y quiso adentrarse en el otro pasillo, pero desistió y se contentó con rehacer el camino, dejando la exploración para otro momento, no fuera a encontrarse con una encerrona. A fin de cuentas, se había entretenido bastante y el fraile podía estar inquieto por no encontrarlo.

De regreso, fue muy cerca de la despensa cuando oyó un grito atroz, extrañamente amplificado por el propio túnel. Corrió hasta el refectorio, pero no pudo llegar más allá, al encontrarse cerrado el acceso del pasillo a las celdas. Pensó que dar la vuelta al edificio era menos eficaz que llamar a la puerta y comenzó a aporrearla hasta que, por fin, le abrió el mismo dominico que dio el aviso al camarero. El joven estaba pálido, demudado.

—Fray Nicolás... —dijo con voz ahogada.

Alonso corrió a su celda. En ella, varios alguaciles de la Suprema y otro fraile, un oidor del Tribunal, formaban un corrillo en torno al camastro, rodeando al camarero, que se hallaba tumbado boca arriba.

Se abrió paso. Hubiera querido reaccionar con mayor entereza, pero, al llegar junto al lecho, el jesuita sintió que se desmoronaba, viendo lo que tenía delante. Fray Nicolás yacía muerto con la boca totalmente ensangrentada, chorreando por ambos lados de la cara, los ojos muy abiertos, un marcado gesto de horror y las manos crispadas.

Rebasado por el peso de los acontecimientos, Alonso retrocedió como no pudiendo aceptar toda aquella carga de muertes. Trastornado, anduvo un par de pasos, de espaldas, para apoyarse en la reducida mesa de escritorio de la celda, donde dejó caer su mano derecha, como si temiera perder el conocimiento y hubiera de sujetarse en alguna parte. Sintió entonces que algo blando y tibio tomaba contacto con su palma. Instintivamente la levantó para mirarla. Estaba ensangrentada. El fraile oidor, más pendiente del camarero y ahora de Alonso, tampoco se había percatado de lo que había en la mesa. Ambos miraron.

—*Exuadi nos, Deus salutaris noster*<sup>19</sup> —musitó el jesuita; era una oración cargada de horror y desesperanza.

---

<sup>19</sup> Óyenos, Dios y salvador nuestro.



El oidor de la Suprema corrió a vomitar al pasillo. Sobre la mesa, colocada encima de una Biblia ensangrentada, estaba la lengua de fray Nicolás.

Alonso intentó respirar profundamente, como médico había estudiado que una buena ventilación pulmonar evitaba los desmayos y despejaba la mente. Nadie habló, nadie sabía qué decir. Todos se miraban atónitos.

Por fin, el fraile más joven dijo en voz baja una oración que no se oyó y bendijo al fallecido. En ese momento, a pesar de su aparente fragilidad, había encontrado fortaleza para mantener el ánimo.

—¿Está bien Su Paternidad? —preguntó con voz temblorosa, mirando al jesuita.

Alonso no habló, sólo hizo un gesto de cabeza. Volvió a respirar profunda y lentamente, y observó con detención la lengua, que presentaba un corte limpio, difícil de hacer, probablemente realizado con una afilada cuchilla y una mano experta.

Ninguno había reparado, aún, en el texto escrito con sangre, sobre la pared de la celda, junto al catre. Pero todos se dieron cuenta cuando vieron que el padre Alonso miraba fijamente detrás de ellos, por encima de sus cabezas.

*Mors et vita in mana linguae<sup>20</sup>*

Nadie dijo nada. Pero todos comprendieron: el asesino había utilizado la lengua cortada para trazar las letras en la pared, a modo de blanda espátula.

—¡Es horrible! —se quejó el fraile más joven.

El oidor, algo recuperado, se asomó al cuarto, apoyándose en una de las jambas de la puerta.

—¿Vieron algo? —preguntó Alonso al dominico que le abrió.

—No pudimos, estaban cerradas las puertas.

—¿Y la de las oficinas?

—Igual, como la del refectorio. Los alguaciles que había en el patio tampoco pudieron ver nada. Estaba atrancado el acceso al edificio. Cuando lograron abrir, ellos mismos liberaron el paso a las oficinas.

—Como la ventana de la celda está abierta —señaló uno de los alguaciles hacia ésta, al lado del catre—, oímos el grito y corrimos al interior del edificio. Nos costó abrir. El portón de este lado, como ha dicho el hermano, también lo habían cerrado.

—¿No vio a los asesinos cuando avisó a fray Nicolás para que fuera a la portería? —preguntó al dominico más joven.

—No, la visita ya estaba en su celda. Sólo vi al portero. Luego salí al patio, con el padre oidor.

—¿Y el portero?

---

<sup>20</sup> «La muerte y la vida dependen de la lengua», *Proverbios*, cap. 18, ver. 21.



—También está muerto.

La sangre de fray Nicolás había quedado esparcida por la habitación, fuera por el forcejeo para mutilarlo o por la manipulación con la lengua para escribir en la pared. Acompañado por los dos dominicos y el grupo de alguaciles de la Suprema, Alonso siguió el rastro de las manchas por el pasillo de las celdas (la otra habitación era la de don Diego de Arce) hasta la entrada del edificio. Aunque comprobó que los restos de sangre (que podían ser de las manos manchadas de los asesinos) no entraban en la portería, sino que salían al exterior, delante de la puerta del Tribunal. En la garita, el fraile portero estaba caído en el suelo, con un estilete clavado en la espalda, a la altura del corazón.

Alonso se quedó pensativo.

—Supongo que han usado armas distintas. La lengua debieron de cortársela con una cuchilla. Pero..., en primer lugar, cerraron las puertas que dan al refectorio y las oficinas; después asesinaron al portero, por este orden. Porque si el portero hubiera muerto después de que asesinaran a fray Nicolás, al oír el grito del camarero habría corrido hasta su celda, y tendrían que haberlo matado allí, en cambio, bueno, está muerto en la portería, y los restos de sangre de la celda que salen a la entrada parten del entorno del catre de fray Nicolás. Obviamente, no son del portero.

El jesuita volvió a guardar silencio durante unos instantes y prosiguió.

—¿Nadie vio cómo cerraban las puertas?

—No nos fijamos, padre —replicó el dominico joven—. Además, arrancó otra vez a llover y en ese momento debíamos de estar bajo los soportales del patio.

—¿Cómo sabe Su Paternidad que eran varios? —preguntó uno de los alguaciles.

—Para cerrar las puertas sin que el portero lo impidiera, o solicitara la ayuda a ustedes —si estaban en el patio—, hemos de imaginar que eran varios; alguno tuvo que retenerlo, mientras otros cerraban. Por otra parte, fray Nicolás murió ahogado en su propia sangre. Lo inmovilizaron para cortarle la lengua, y puede que le taparan la nariz para provocar su asfixia. Para eso se necesitan varios hombres...

—¡Qué espanto! —se oyó decir a uno de los alguaciles, mientras se santiguaba.

—Probablemente llevaban hábito de la Orden —advirtió el padre Alonso.

—¿Quiere decir que los que cometieron estas atrocidades eran dominicos? —preguntó el mismo alguacil.

—No, que quienes lo hicieron habrán usado hábito de dominicos. Eso explica que no levantaran sospechas al llegar al Tribunal ni llamaran la atención de ustedes al cerrar el portón que da al patio.

—Parece razonable —replicó el fraile oidor.

—Pero el rastro de sangre de la habitación se detiene delante de la puerta del Tribunal —dijo Alonso, señalando hacia la calle—. Les esperaba un coche. Es impensable que salieran a pie con las ropas ensangrentadas.

—Yo sí observé ese vehículo, padre, lo vi cuando llegó. Hablaba con fray Jerónimo en el patio —dijo otro de los alguaciles refiriéndose al oidor—, y miré hacia



el exterior al oír el ruido que hacían las ruedas sobre el empedrado. Me chocó que se detuviera tan cerca de la puerta, tan pegado.

—Tiene razón —replicó el fraile joven—, cuando el hermano portero me dijo que avisara a fray Nicolás porque no se encontraba en su celda y tenía visita, también me extrañó. Era como si el coche estuviera tapando todo el portón.

—Muy hábilmente, porque así evitaban que se viera el crimen que iban a cometer en la portería, incluso impedían que alguien se acercara a la entrada del Tribunal.

—¿Qué podemos hacer? —añadió, preocupado, fray Jerónimo, el oidor.

—De momento, muy poco, sitúen alguaciles en el refectorio y, si alguien entra por la despensa, deténganlo. ¡Ah! Pongan otro alguacil en la entrada principal. Esto no debe saberse.

En los mentideros, la nueva de la tragedia en el Tribunal de Corte se supo durante la misma mañana. A ésta se sumó la del crimen de Torres de la Alameda, que, hasta el momento, apenas había trascendido; por una parte, debido a la discreción de los corchetes, a los que se ordenó con amenaza de sanción que no airearan el caso para que no afectara a la investigación; por otra, porque sólo habían transcurrido veinte días del asesinato del párroco de La Asunción, lo que unido a la distancia del pueblo con respecto a Madrid, impedía que se extendiese con rapidez la noticia.

Se apuntaba como probable que unos herejes ocultos en la provincia estuvieran realizando esa campaña de terror con alguna oscura finalidad. Las hipótesis, de lo más dispares y disparatadas, llevaban a unos a suponer una conjura protestante o un plan diabólico —esta última era la que tenía más seguidores— cuyos primeros pasos consistían en eliminar a los miembros del clero más bajo (en la calle aún se desconocía el asesinato del Inquisidor, porque se puso un cuidado especialísimo en ocultarlo), para luego acabar con los grandes dignatarios de la Iglesia y el mismo Papa. No había que extrañarse ante ideas tan extravagantes. Las teorías acerca del Anticristo y su estancia en la Tierra circulaban como remedio para no ver la realidad. Era mejor creer que el desorden cundía por la fuerza del Maligno, que por incapacidad propia para enderezar la república.

Los alguaciles de la Suprema no acertaban a ver el sentido de la enigmática cita escrita en latín. Tampoco el resto de los inquisidores empleados en el Tribunal, lo que envolvía el suceso con un halo aún más enigmático. Pero Alonso sí comprendió y se dio por aludido. Recordó aquel:

*Fiant aures tuae intendentes.*

«Estén atentos tus oídos», del salmo *De profundis*, pintado con sangre en la tablilla que colgaba del cuello del fallecido párroco de Torres de la Alameda. La víctima, además, apareció con la boca amordazada. Una sugerencia de silencio.



Ahora, diciéndole que la muerte y la vida estaban en poder de la lengua, también volvían a advertirle de que su vida dependía de que supiera callar. Quizá, porque quien huyó por el refectorio y la despensa tuvo tiempo para oír las confidencias del dominico acerca de fray Juan Blanco de la Paz, y la relación de la Orden con la obra apócrifa de Avellaneda. Probablemente, los asesinos temieran que Alonso estuviera acercándose a la verdad y la contara.

Los datos que había ido recabando eran muchos: la escritura del *Quijote* del supuesto Fernández de Avellaneda, pergeñado por alguno de los frailes dominicos, las pistas del Inquisidor acerca de sus compañeros de religión (los *domini canes* que relacionó con el *Coloquio de los perros*), el detalle de que retiraran el Santísimo para perpetrar el horrendo crimen de Torres de la Alameda, y la finura en la selección de las citas bíblicas centraban todas las sospechas en la Orden de Predicadores.

Pasados los primeros momentos del terrible trance en el Tribunal, el jesuita envió recado al Colegio para que avisaran a Tomás, quien de grado se presentó allí. Alonso le hizo partícipe de las aciagas circunstancias de la muerte del camarero y el portero, pero el joven encajó el asunto con mucha entereza. Supo darse cuenta de que el más afectado, ante tanta tragedia, era el padre Alonso y, por esa razón, comprendió que no quisiera estar solo. Aunque en la mente del médico —fría a la hora de planificar—, la presencia de Tomás respondía a su intención de ir acompañado en su nueva inspección por el corredor de la despensa, como medida de precaución ante cualquier inesperada eventualidad.

Encendieron dos candiles. Sería porque ambos ocupaban más espacio, pero, esta vez, el pasillo le pareció más estrecho y peor iluminado. Las candelas aún lucían, como lo habían hecho horas antes, y en el suelo húmedo encontraron pisadas recientes que se dirigían hacia la despensa, pese a que no llegaron a salir al refectorio, sin duda, al advertir que había alguaciles de guardia. Las pisadas, de una sola persona, estaban acompañadas por las de otra hasta la mitad del túnel. Eran de unos zapatos algo más pequeños que los del padre Alonso; se veía que habían salido del pasadizo y se quedaron en la despensa, donde las marcas de barro mostraban la detención del cuerpo, que luego volvía a pisar sobre lo caminado, para alejarse, nuevamente en compañía, hacia la mitad del túnel.

Alonso y Tomás, siguiéndolas, habían retrocedido y vuelto a la despensa. Aprovecharon para pedir a los alguaciles un candil con mejor mecha, para poder estudiar las huellas. Con ello, volvieron a adentrarse en el túnel.

—Es muy extraño —comentó Alonso—. No comprendo la razón de esto.

—No veo la rareza, padre. Quien llegó hasta la despensa no quiso delatarse y dio media vuelta.

—Sí, pero ¿quién llegó?

—¿Me bromea Su Paternidad? Se supone que por eso está hecho un retablo de duelos, por no saberlo.

—Muy gracioso. Quiero decir que no debió de ser un fraile.

—¿Por qué?



—Los asesinos se fueron en un coche de caballos, el mismo en el que llegaron; dentro del vehículo tendrían tiempo y discreción para cambiarse las ropas ensangrentadas. Y si alguno era fraile, se pondría un hábito limpio, y punto.

—¿Qué es «punto»?

—«Punto» es que no tendría necesidad de volver por el pasadizo, sino que entraría por la puerta, cuando lo considerara conveniente.

—Me gusta «punto», muy sutil por su parte —replicó burlón—. Entonces, ¿quién se acercó hasta el refectorio?

—¿Te das cuenta? Hace un momento me has reprochado que yo hiciera la misma pregunta.

—Lo sé, lo sé. Y, en efecto, ésa debe ser.

—Sí, ésa es, porque quien no entró no lo hizo porque no era fraile.

—¿Y quién puede ser? Porque, perdone que le diga, a Su Paternidad, a este paso, se le van a morir hasta los sospechosos.

Alonso, impactado por el comentario, se detuvo en la mitad del túnel, mirando al vacío, como hacía en ocasiones. Tomás se avergonzó.

—Perdone, no quería ser tan impertinente.

—«Morir hasta los sospechosos...» Es curioso.

—De verdad, no..., si yo le admiro, todos, que conste..., hasta el padre Nithard o el padre Antonio, el ecónomo, por decir otro.

—¿Te das cuenta? —le interrumpió.

—¿Darme cuenta de qué?

El muchacho no acababa de comprender si le estaba haciendo un reproche o una nueva observación de agudeza policial.

—Sí, excepto don Diego, que en gloria esté, los demás fallecidos eran personas sin importancia: un párroco, un leal camarero, el portero.

—Padre Alonso, me está poniendo nervioso... ¿Insinúa que el próximo puedo ser yo?

—Exacto, ¿por qué no Nithard?

—¿Cómo? ¿Su Paternidad está bien? ¿Seguro que no quiere que volvamos al Colegio?

—Estoy bien, es sólo... una idea. No te preocupes.

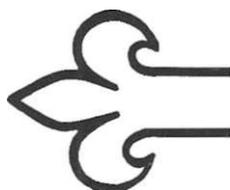
—Dijo el carretero a la mula, enseñándole la estaca —bromeó Tomás con amargura.

Caminaron hasta llegar al otro lado del túnel, rebasando la bifurcación, que aún no habían recorrido. La lluvia era más intensa y el viento arreciaba, de suerte que sólo se asomaron para ver el muro del Alcázar. Retrocedieron y entraron por el otro pasadizo, aún más estrecho y peor iluminado. Era un pasillo cegado. O lo parecía.



—Padre, mire aquí.

En la pared se veía una extraña marca, indicando hacia la parte cegada. Tenía el grosor del pulgar de un hombre y acababa en punta, aunque a cada lado de ésta parecía discretamente floronada.



—Es una flecha, ¿verdad?

—Sin duda. Indica a la pared. Supongo que hay oculto algún mecanismo de apertura.

—¿Intentamos encontrarlo? Tiene que haber una manera de atravesarla —dijo Tomás, tanteando la roca.

—Conviene regresar, quiero ver, una vez más, esas pisadas.

Al llegar a la despensa, con un tizón marcó las huellas que no eran de ellos —y se veían claramente por el barro más reciente—, y ordenó atrancar la puerta al pasadizo hasta que él diera una orden contraria. También se cercioró de que nadie, bajo ningún concepto, pudiera acceder a la despensa, dejándola vigilada día y noche; un procedimiento que tranquilizó a los pocos secretarios y demás miembros de Tribunal que vivían en la residencia (y cuyas celdas estaban al otro lado del refectorio, en el lado opuesto a las de fray Nicolás y don Diego).

Muy entrada la tarde, Alonso y Tomás regresaron al Colegio Imperial. Había llovido intermitentemente durante todo el día, por lo que fray Jerónimo, el oidor de la Suprema, pidió un coche para los jesuitas. El recorrido no era mucho, pero anocheció pronto y había calles embarradas con mediocre iluminación. Durante todo el trayecto, Alonso fue en silencio, y Tomás, que captó la tristeza en su hermano de religión, intentó distraerle (como hacía otras veces), trayéndole a la memoria la señal del pasadizo.

—A mí esa flecha me recordaba algo, pero no caigo.

—¿Dime?

—La flecha del túnel, que era rara, me recordaba otra cosa, pero no logro...

Iban rápidos, todo lo rápido que podían circular por las transitadas calles de la ciudad. Pero justo al llegar a la de Toledo y a la altura de la del Estudio, o Los Estudios, apareció en sentido contrario otro vehículo con la misma prisa. El cochero del padre Alonso se vio obligado a parar con brusquedad, algo que casi costó una bronca entre los dos conductores, de no ser porque quien llegaba era Nithard, el cual, sin apearse, dio órdenes al criado del pescante para que esperaran a que descargara el otro, junto al portón del Colegio.



Por deferencia, Alonso y Tomás se quedaron en la entrada hasta que el confesor de la Reina descendió del vehículo, y los tres, sin dar importancia al encontronazo, se metieron en el Colegio.

Después de la cena, Tomás se acercó disimuladamente al padre Alonso, quien, en un corrillo que formaban Nithard, Antonio (el padre ecónomo), el padre Ignacio y otros residentes, explicaba los trágicos pormenores de los últimos crímenes en el Tribunal de Corte.

—Padre Alonso, tengo que devolverle uno de los libros, pero antes quería hacerle una consulta.

Dudó un momento, porque el muchacho no tenía libros suyos. Pero, rápidamente, reaccionó.

—¡Ah, sí! Voy, espérame en la biblioteca.

Ya no era imprescindible en la tertulia. Había contado los pavorosos detalles, y cómo al asesinato de don Diego —conocido por todos en la Compañía, debido a los comentarios de Nithard— le había sucedido el del párroco de Torres de la Alameda. Las lucubraciones y los miedos, ante una inexplicable conjura anticlerical, estaban en boca de todos, y se convirtieron en el tema central. Entonces, aprovechó para hablar con Tomás.

—No se lo he podido comentar antes. ¿Ha visto el barro en los zapatos del padre Nithard, cuando éste bajó del coche? —le preguntó el novicio, ya en la biblioteca.

—Serías un buen pesquisidor. ¿Y qué tiene de particular? Está lloviendo.

—Sí, pero viene de Palacio. No se mancha a la ida, porque sube al coche en nuestra cochera y baja en la de Palacio; de vuelta, sube en una de las de Palacio y regresa a la nuestra. ¿Dónde se ha manchado de barro?

—Excelente observación. Te has adelantado a mis planes. Ahora me toca encomendarte algo delicado.

Alonso le dio el trozo de tizón que llevaba en el bolsillo.

—Busca una hoja grande de papel, ve al cuarto del padre Nithard, coge un par de sus zapatos y dibújame el molde de sus suelas. Luego, déjame la hoja en mi escritorio. Yo vuelvo a la reunión.

—¿Me dará tiempo? —preguntó Tomás.

—Voy a contar la autopsia que hice a un oidor de Nueva España. No sabes lo minucioso que puedo ser detallando la disección de una caja torácica.

El novicio hizo un gesto de repulsión.

Cuando Alonso volvió al grupo, como previo, todos seguían en una animada y preocupada conversación acerca de los extraños crímenes que se sucedían. Por supuesto, pese a que se apuntaba la idea acerca de una suerte de conspiración, la inteligencia y la formación de los contertulios hacía que afinaran más que el vulgo. Quien más y quien menos esbozaba la posibilidad de que los asesinos trataran de deshacerse de algunas personas, bien porque podían hacer algo que ellos no desearan, o porque supieran algo, y conviniera quitarlos de en medio.



De los tertulianos, los que más callaban eran Nithard y el padre Ignacio, y si las razones del alemán eran desconocidas, la del padre Ignacio, era la prudencia. Para no fastidiar en nada el curso de la investigación del padre Alonso, habló poco y escuchó mucho, que era una sabia manera de quedar bien.

Tomás, con gran sigilo se deslizó en el cuarto del padre Nithard y cogió un par de zapatos que se hallaban en una esquina de la habitación, próximos a la ventana. Puso el pliego sobre la mesa y, luego, cada zapato, cuyos bordes recorrió con el tizón.

De vuelta a su cuarto, el médico se encontró el pliego de papel, tal y como había pedido a Tomás. Recortó las suelas dibujadas y, antes de acostarse, las dejó bien extendidas sobre su ropa.

Aquella noche, Alonso tuvo la muerte muy cerca. Le despertó cierta brisa que llegaba hasta el interior de la habitación. En la penumbra —había una discreta claridad, porque se fueron las nubes de lluvia— distinguió que la cortina que separaba el camastro del resto de la alcoba estaba parcialmente recorrida. Se levantó y encendió un velón. Una hoja de la ventana estaba totalmente abierta. Se preguntó si habría sido el aire, pese a que éste no habría podido descender la cortina, a lo sumo levantarla. Entornó la ventana y se dispuso a apagar la luz, cuando, sobre el arcón en el que estaba su ropa para el día siguiente, vio una hoja de papel entre los dos moldes de suelas que él mismo dejara. Puso el velón sobre el arcón y desplegó la hoja. Sólo tenía escrita una frase, esta vez en castellano:

*Entrega el libro. Déjalo en el pasadizo, junto a la flecha.*

El hecho de que la nota estuviera ahí tenía más de una lectura. La que llevaba escrita y la que dejaba imaginar. Era una clara manera de decirle que aún no estaba muerto, porque no querían acabar con él, pero podrían hacerlo.

A la mañana siguiente, Alonso pidió a Tomás que lo acompañara. Regresaron al Tribunal de Corte, a la despensa. Situó las plantillas de papel sobre las marcas de las suelas y pudo comprobar que el pie era idéntico. Aquello hacía que abundara en la idea de que Nithard tenía parte importante en tan oscuro asunto.

Dio a leer a Tomás el billete misterioso. Pero no tenía libro que entregar (ni lo hubiera entregado, de tenerlo). Tomás le sugirió que dejaran algo donde la flecha y que esperaran a ver quién aparecía para recogerlo, o simplemente que aguardaran durante todo el día, ya que alguien llegaría para mirar si estaba el libro. Pero Alonso desestimó la idea por aventurada; metidos en un pasadizo con tan sólo tres accesos (un cuarto aparentemente cegado, pero que debía de comunicar con el Alcázar), podía ser una muerte segura para ambos.

Cabía otra posibilidad: solicitar a un buen número de alguaciles que se apostaran en las diferentes entradas del túnel, incluso junto a esa parte ciega. Pero ¿quién les



garantizaba que los propios empleados de la Justicia no tuvieran la orden expresa de acabar con él? Sentía un mar de dudas, todas razonables.

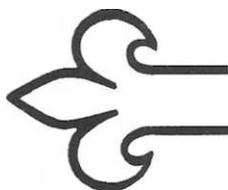
Eso trataba de explicarle a Tomás, quien sí quiso aventurarse en el pasadizo y echar un nuevo vistazo a la flecha. A regañadientes, arrastró consigo al sacerdote.

Observándola, el novicio recordó.

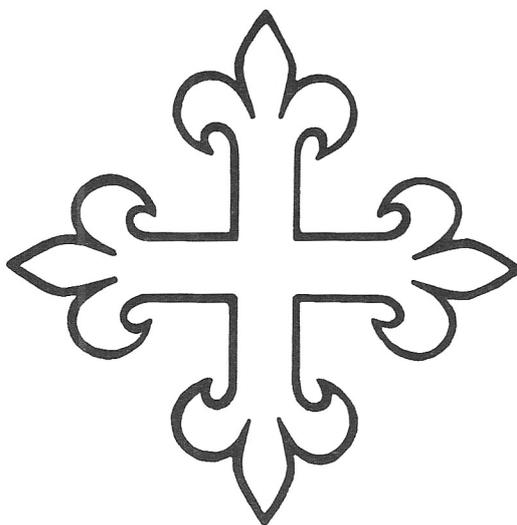
—Esta flecha es un brazo, padre Alonso.

—¿A qué te refieres?

—Que la he visto en las capas, es de las órdenes militares. Floronada a los lados. Es un brazo de una cruz.



Tomás sacó el tizón que le había dejado el padre Alonso y completó la cruz.



—La llevan los dominicos, ha tenido que verla.

—Tienes razón, pero no es dominica. La de ellos es jironada y con plata y sable.

—Hábleme en cristiano.

—Que la de Santo Domingo divide cada brazo en dos partes y ambas confluyen en el centro. De cada parte, una es color plata y la otra, negra. Para que la flecha



fuera dominica, aunque no tuviera color por estar grabada en la piedra, esta división debería distinguirse.

—Se diría que es Su Paternidad quien ha caído en la cuenta de lo del brazo, y no yo —replicó con arrogancia y casi ofendido—. Siga, siga...

—Tampoco es de la Orden de Montesa, porque ésa es totalmente negra, con una cruceta en medio, por lo tanto, debería verse parte de la cruceta. Y no parece que sea un brazo de una cruz-espada como las de Santiago. Puede ser de Calatrava o de Alcántara.

—¡La alta nobleza!

Alonso se quedó pensativo mirando la piedra.

—¡Qué ironía! El interior del brazo grabado en la piedra es verdoso, por la humedad.

—¿Y...?

—La cruz de Calatrava es de gules, roja, pero la de Alcántara es verde. El verde de la piedra lo recuerda. Salgamos de aquí, acabo de firmar mi definitiva sentencia de muerte.

—¿Por qué?

—Con el dibujo del tizón sabrán que he venido, pero que no he traído nada. Pueden interpretarlo como que no he querido darles lo que buscan y, en cambio, me he atrevido a husmear, para saber quién se acercaría hasta aquí.

—No quería ponerle en un aprieto.

—Me consuela pensar que pudieron matarme anoche y no lo hicieron.

—Gran consuelo, sí —dijo el novicio con un deje irónico.

—Buscan un libro. Puede que esperen hasta asegurarse de que lo tengo, y dónde.

De regreso, Alonso explicó al muchacho que la nota la dejaron en su cuarto mientras dormía, por lo que, esa tarde, Tomás se sintió autorizado para poner en conocimiento del Superior del Colegio el peligro que corría el sacerdote. Estaba dando estas explicaciones al padre Ignacio en su despacho, cuando avisaron al director de que acababa de llegar una visita.

Quien esperaba en la sala era Oyanguren, el Secretario Real. Venía a ver al padre Alonso, aunque, obviamente, lo preceptivo era que, ante tan alta autoridad, lo saludara el Superior del Colegio.

Mientras tanto, muy apremiado por la preocupación, Alonso se disponía a seguir su investigación con la librería del Inquisidor. Quería pensar que debía de estar muy cerca de la verdad, ya que las circunstancias parecían resultarle tan adversas.

Repasó la lista de los libros investigados en la librería:



*Segunda parte de Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes (la edición príncipe).

Los dos tomos de la *Breve Noticia*, de Alonso de Grimón.

Los *Ocho entremeses nunca representados*, de Miguel de Cervantes (que debían colocarse entre los dos tomos de la *Breve Noticia*).

*Scholastica commentaria*, de Domingo Báñez.

*Satyrae cum commentariis*, de Persio Flaco.

*Eneida*, de Virgilio.

*Fuenteovejuna*, de Lope de Vega.

*Don Quijote*, de Miguel de Cervantes (primera y segunda parte en un mismo volumen).

*Índice de libros prohibidos*.

*El caballero de Olmedo*, de Francisco de Monteser.

Continuaban:

*Opera Omnia*, de Alfonso Tostado, Obispo de Ávila.

*Apologeticus pro unica María Magdalena*, de fray Baltasar Lorio.

*Praxis et theoria comissionum a Beatiss*, de Quintiliano Mandosio.

*Don Quijote*, de Miguel de Cervantes (primera parte).

*Collectio Conciliorum Hispaniae*.

*Catalogus scriptorum florentinorum*, de Michel Poccianti.

*Meditationes graecanicae in artem grammaticam*, de Nicolaus Clenardus.

*Don Quijote*, de Alonso Fernández de Avellaneda. Segunda parte apócrifa (que debía colocarse entre *Fuenteovejuna* y *Don Quijote*).

Seguidas de más de una treintena en latín, en hebreo, griego, italiano, todas de asuntos religiosos, cuya disposición no sugería que contuvieran claves.

Siguiendo el orden previsto, hojeó *El caballero de Olmedo* y, también, encontró marcadas dos frases. Estaban en boca de Tello, uno de los personajes, que en un momento de la obra iba caminando a oscuras:

*Por no tentar con los ojos,  
voy mirando con los dedos*<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> Francisco de Monteser, *El caballero de Olmedo*, jornada primera.



Alonso se sonrió, se sentía muy identificado. Pensó que, a esas alturas de la investigación, el Inquisidor lo imaginaría ya cansado y con una sensación de absoluta oscuridad.

Llamaron a la puerta de su cuarto. Un estudiante le pedía que se aprestara a ir al despacho del padre director porque había una visita muy señalada. Según se acercaba, el padre Alonso pensó en fray Juan Martínez. En cambio, se encontró con Oyanguren. Merendaba con una gran naturalidad y alegría, y casi perdió las formas cuando, al ver al jesuita, en vez de levantarse, arrimó una silla a la mesa, e hizo un ademán de aprobación hacia la fuente de bizcochos y al chocolate.

Alonso se sentó, y el director quiso marcharse para que se quedaran solos y pudieran hablar.

—Su Paternidad se queda a merendar, como está mandado —dijo el de Oyanguren con un tono algo tabernario.

Mediada la merienda, cambió las maneras, y mirando al padre Alonso sentenció con gesto grave.

—Tristes parecen las nuevas, padre Alonso.

—Tristes son, señor de Oyanguren —respondió.

—Pero estoy aquí en nombre de Su Majestad, quien, muy impresionado con las últimas muertes, le pide encarecidamente que lleve su investigación hasta el final, sin temer que se destape la caja de Pandora, si es que ocurre. Dispondrá de todos los corchetes que necesite para que velen por su seguridad.

Cuando aludió a la protección personal del investigador, el padre Ignacio miró para otro lado, queriendo disimular. Pero se sintió obligado a dar una explicación.

—Discúlpeme, padre Alonso. Está viviendo una situación muy delicada y, en fin, le he contado al señor de Oyanguren cómo entraron en su habitación mientras dormía. No obstante, le ordeno, en nombre de la santa obediencia, que no recrimine a Tomás, pues me lo ha comunicado con mucha preocupación por Su Paternidad.

—No se inquiete, padre Ignacio... Está perdonado por el buen chocolate al que nos ha invitado —respondió Alonso con cínica sonrisa, pensando que cuando viera a Tomás le daría un buen tirón de orejas.

Rieron, pero el Secretario Real volvió a ponerse serio.

—Tendrá dos corchetes que harán la ronda al Colegio día y noche.

Y dicho esto, con la soltura de quien está muy acostumbrado a tomar decisiones aún más importantes, cambió de tercio y volvió a la merienda.

—¿Estas jícaras están aderezadas con canela? —dirigió su mirada al Superior, con gesto inquisitivo.

—Me habéis pillado —sonrió éste—, estimo que la canela refuerza el sabor y, a su vez, le da un toque delicado, siempre que el cacao esté algo rebajado.



Para hacer más gráfica la expresión, el director juntó los dedos pulgar, índice y corazón, y los frotó delicadamente, sugiriendo la suavidad del sabor. Alonso se levantó de manera inesperada.

—Dispénsenme, señores.

Y salió, a toda prisa, de la sala.

—Un apretón lo tiene cualquiera —disculpó su precipitada salida el padre Ignacio.

Alonso regresó a su habitación. El gesto del padre Ignacio con los dedos le había sugerido una posibilidad. Buscó *El caballero de Olmedo* y, suavemente, comenzó a pasar la mano sobre la cubierta del libro, para *ir mirando con los dedos* —como decía el texto—, hasta que notó algo, una leve alteración al tacto, una irregularidad. Con una cuchilla rasgó la tapa del libro y encontró una nota. Parecía un criptograma.

QC/2-7/49/220/3/348/1518/1439/1440

Volvió a la reunión con el papel en un bolsillo; iba relajado, con una expresión de satisfacción poco disimulada. Tuvo el presentimiento de que había dado un paso fundamental en sus pesquisas. Pidió disculpas, nuevamente, por haberse ausentado, y se tomó otro tazón de chocolate con tanto denuedo que tuvo a los dos comensales pasmados. Tanto, que el director no contuvo su asombro y, sintiéndose con una cierta confianza (la que otorgaba Oyanguren con ese algo de familiaridad), le espetó:

—Conténgase Su Paternidad, si hoy no lleva el cuerpo bueno.

Aquella tarde, Alonso se hizo cruces pensando a qué había podido referirse el padre Ignacio, sin caer en la cuenta de que tomaron por una apretura de vientre lo que fue un golpe de inspiración.

Como anticipó el señor de Oyanguren, esa misma noche hubo una ronda en torno al Colegio.

El jesuita se reconfortaba pensando que, aunque tarde o temprano iban a intentar acabar con él —no le cabía la menor duda—, no lo harían hasta saber que había dado con el enigmático libro. Pero la ronda daba una cierta tranquilidad al resto de los miembros de la Compañía.

A la luz del velón, dio vueltas al criptograma hasta bien metida la madrugada.

Era muy consciente de que don Diego había preparado tan sutilmente el encuentro con el anhelado texto y había envuelto de tal manera al sacerdote con aquella investigación que, a esas alturas, sólo él podía comprender la razón de la extraña clave escrita. Si alguien hubiera hurtado *El caballero de Olmedo* y hallado la nota, no habría comprendido nada.

La excitación casi le impidió pegar ojo. Pero no se dedicó a descifrar cada supuesto código numérico, sino que, cavilando, se le ocurrió un muy poco ortodoxo experimento.



Estaba de pie antes de las cinco. Pidió a uno de los novicios que lo ayudara con una tina de agua para su cuarto. Su gusto por estar a remojo había hecho que su fama de bacalao trascendiera incluso al propio Noviciado de San Bernardo; los chismes corrían a gran velocidad. Aunque sus compañeros de religión sabían que era un reputado médico, y estimaban que tendría razones poderosas para bañarse tan a menudo, contraviniendo la voluntad del grueso de las huestes eclesiales (muy preocupadas por la limpieza del alma, y tan poco por la del cuerpo, que parecían interpretar el «olor de santidad» como una suerte de pestilencia).

Muy pronto, salió para San Ginés, donde celebró misa con la presencia del beaterío en el coro. Estaban todas, incluso Ángeles de Nuestra Señora, quien, en pocos días, había mejorado notablemente, pese a necesitar ayuda para moverse por su grave debilidad.

El desayuno posterior fue especial. En cierta manera, doña Ana había preparado un gran agasajo para alegrar a la muchacha. Chocolate, buñuelos, rosquillas, jaleas, huevos de faltriquera e incluso nieve para enfriar.

Doña Ana no era mala gente. Algo corta en la cosa de los latines, pero de esforzada vida interior.

También dispuso el convite para demostrarle al jesuita que había comprendido su empeño en que Ángeles recobrara no sólo la salud, sino la alegría de vivir. Y que, según fuera el caso, las normas no eran tan importantes como el fondo.

Se comió en abundancia, pero, cuando la estigmatizada volvió al lecho y estuvo a solas con el sacerdote, lo primero que hizo fue pedirle en confesión que le perdonara por haber deseado morir. Lo fácil para Alonso habría sido amonestarla, pero renunció a darle demasiada importancia al asunto. Finalizada la confesión, sacó un libro de la pechera.

—No, no es lo que parece —le dijo sonriendo—. Esto no es un libro, sino una receta médica. Es una comedia de disparates, *El caballero de Olmedo*, de Monteser.

La muchacha, algo sorprendida, se sonrió.

—En una semana tiene que estar leído.

Alonso le contó algo de la trama para lograr que se interesara. Según hablaba, sobre el regazo de la joven cayó del libro la nota que había escrito don Diego.

—¿Y esto, padre?

—Eso es un billete de otro asunto, acerca de él quiero pedirte un favor. Léelo.

Ángeles leyó toda la serie de números.

—No entiendo nada.

—Vas a encomendarte al Señor en oración, para pedirle que te ilumine y puedas darme una respuesta adecuada. Se lo vas a pedir por intercesión de un buen amigo mío, que falleció y vivió santamente, el padre Diego de Arce.



—Si Su Paternidad no me dice algo más...

—Que necesito saber si esto es lo que pienso —dijo señalando el criptograma.

La idea del padre Alonso era atrevida, pero lógica. Estimó que, si hacía unos días, don Diego se manifestó de forma tan atípica, a través de la joven en trance, ahora, si le pedía a Dios algo con la intercesión del dominico —de haber sido él quien habló a través de la muchacha— recibiría la ayuda solicitada.

Dejó a la joven en oración y salió de la habitación.

Al enterarse doña Ana de que el padre Alonso había prestado una comedia a la enferma, quiso incorporar una pequeña biblioteca al beaterío para las que supieran leer, que no eran ni la mitad. Dijo al jesuita que tenía intención de seleccionar algunas obras de esparcimiento y que, un día a la semana, después de la cena, el diálogo fraterno sería sustituido por la lectura en alto de alguno de esos textos. Así, todo el emparedamiento disfrutaría. De aquello pasó a exponerle lo contentas que estaban con el óleo de la monja de Agreda, conseguido por fray Juan Martínez. Un asunto del que Alonso ya se había olvidado, pero, al mentar al dominico, pensó que éste aparecería por el Colegio de un momento a otro, igual que hizo el señor de Oyanguren.

—¿Fray Juan está en la Corte? —preguntó a doña Ana.

—No me haga mucho caso, creo que está en Valladolid. Quien viene a confesarnos y a celebrar la misa es un tal fray Jerónimo.

Desde el pasillo, oyó la voz de Ángeles.

—¡Ya está, padre Alonso!

Cuando el jesuita entró en la habitación, ella, sonriente, estaba tendiéndole el papel para que lo cogiera.

—¿Y...?

—Es lo que Su Paternidad imagina. Un sentimiento interno, muy especial, me ha revelado esto: aunque la investigación parece llevarle por una cueva oscura, ahí tiene la luz.

«Es tan críptico que parece de don Diego», pensó Alonso.

—Gracias —respondió el sacerdote. Y volvió a guardar el papel, algo defraudado.

—Padre Alonso —le dijo la muchacha, con ternura y una cierta autoridad—, que sí, que es lo que Su Paternidad piensa. La «Q» se refiere al *Quijote*, la «C» a Cervantes, y los números son palabras.

El jesuita miró a Ángeles sintiéndose algo avergonzado por su incredulidad.

—Me has ayudado mucho. Recuerda, tienes una semana para leer el de Montesper.

—No importa que me castigue a leerlo en tres días. Padre Alonso...

—¿Sí?

—No olvide que es latín.



Él sonrió; creyó comprender que la muchacha lo animaba ante la dificultad, usando esa expresión tan popular para definir algo que se tiene por difícil. Y la investigación lo era.

Ya en el Colegio buscó el *Quijote* de Miguel de Cervantes y volvió al asunto de la clave numérica, aplicando los criterios de Ángeles. La joven no le había aclarado todas las características del criptograma —quizá no lo vio necesario—, porque, si don Diego había listado palabras, las debería haber ubicado en cada uno de los libros, o partes del *Quijote*, y en los capítulos correspondientes de éstos (el primer libro tenía cincuenta y dos capítulos, y el segundo, setenta y cuatro). Supuso que el «2-7» representaba el libro segundo o segunda parte, y el siete, al capítulo. Porque los demás números aparecían separados por una barra. Ésas serían los números que ocupaban cada palabra en el texto. El orden era algo así:

*(Quijote, Cervantes. Segunda parte. Capítulo séptimo)*  
49/220/3/348/1518/1439/1440.

Es decir, que las palabras eran:

49/220/3/348/1518/1439/1440

Las localizó, contando el número correspondiente a cada palabra en el bloque de texto del capítulo que se señalaba. El resultado fue:

*buscar/ en/ el/ Quijote/ espejo/ del/ corazón*

Por primera vez, el Inquisidor hablaba claramente. Alonso se recreó en la lectura del texto, leyéndolo y releyéndolo decenas de veces. Le parecía mentira tener, por fin, algo que no era una alusión misteriosa, un mensaje simbólico. Éste era claro, preciso, unívoco.

El problema era que no sabía a qué se refería con «espejo del corazón». Si era el título del libro que todos buscaban, debería hallarse alguna referencia en el *Quijote*. Había que ponerse a buscar. Pero el de Cervantes era demasiado libro para una tarde y un solo lector.

De nuevo recurrió al padre Ignacio, que se ofreció encantado, aunque ardía en deseos de saber algo.

—Padre Alonso, cuando descubra todo lo que busca y se quede tranquilo, no olvide dedicarme una tarde para contarme qué aporté, realmente, en esta historia.



—No lo dude; ahora necesitaría ayuda para buscar *Espejo del corazón* en el *Quijote* de Cervantes.

—La verdad, no me suena.

Igual que la otra vez, se encerraron en el despacho del Superior. Cada uno comenzó a trabajar con un ejemplar de la obra. La labor era sencilla, aunque se aventuraba pesada. No se trataba de leer con excesivo detenimiento, sino de hallar el título que apuntaba el Inquisidor como la solución definitiva. Se encontró *Espejo de caballerías*<sup>22</sup>, libro de larga y medieval titulación que, por caridad hacia el lector, Miguel de Cervantes simplificó, según la costumbre; el original decía así: *Primera, segunda y tercera parte de Orlando Enamorado: Espejo de Caballerías en el cual se tratan los hechos del conde D. Roldán y del muy esforzado caballero D. Reynaldos de Montalbán y de otros muchos preciados caballeros*.

Que no era para unas prisas.

También encontraron varias alusiones al Caballero de los Espejos, quien se hacía valedor de Casildea de Vandalia, y no era otro que el bachiller Sansón Carrasco, como bien comprobaron don Quijote y Sancho. Pero, puesto que no hay peor ciego que el que no quiere ver, hidalgo y escudero creyeron estar ante la obra de un encantador que, en el rostro del jinete derribado, hacía ver el del bachiller.

Alonso y su Superior no pudieron menos que reír abiertamente ante el espíritu pragmático de Sancho, quien, asustado por el encantamiento del que creían ser testigos, proponía a su señor que zanjara el problema de mala manera: *vuesa merced hinque y meta la espada por la boca a este que parece el bachiller Sansón Carrasco*<sup>23</sup>. Eso como quien propone algo razonable.

Sería por la necesidad de algún esparcimiento que Alonso y el padre director convirtieron en una plática amable lo que parecía una búsqueda tediosa, porque tanto el uno como el otro se habían deleitado, innumerables veces, con el loco manchego.

—Cervantes tenía un humorismo de ancha cintura —advirtió el padre Ignacio—. ¿Se ha dado cuenta de la facilidad con la que inventaba nombres?

—Ya lo creo, escuche: Pentapolín del Arremangado Brazo, nada menos que referido al Duque de Osuna, por ser señor de cinco pueblos<sup>24</sup> o Alfeñiquen del Algarbe. Otro nombre paródico.

—Pero también citaba héroes, gigantes, magos y doncellas de los libros de caballerías —matizó el padre Ignacio—: Cifar, la Infanta Floripés hermana de Fierabrás, Merlín, Frestón.

Les cayó la madrugada con la búsqueda del Espejo. Por fin, tras mucho leído, el padre Ignacio se detuvo.

—Le advertí, no hay *Espejo del corazón* en el *Quijote*.

—Tiene razón, en cambio, don Diego así lo dice.

<sup>22</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, I, cap. VI.

<sup>23</sup> *Ibidem*, II, cap. XIV.

<sup>24</sup> De *pentápolis* en griego.



—¿Don Diego de Arce?

—Don Diego, antes de morir, me dejó una serie de instrucciones para que comprendiera por qué lo han asesinado. Detrás de este asunto hay un libro templario que está en alguna parte. Al menos, es lo que me ha dicho Su Majestad.

El padre Ignacio se levantó del sillón como una saeta y caminó unos pasos por su despacho para intentar disimular la sorpresa.

—Perdóneme, Su Paternidad. ¿He entendido bien? ¿Ha estado con...?

—Sí, con don Felipe, él me avisó de las características de la obra que buscamos.

—¿Él, en persona?

—¿Cómo si no? La otra tarde. Pero se supone que fue una discreta reunión, padre Ignacio.

—Comprendo. En mí tendrá una tumba, qué digo tumba, un panteón.

—Estábamos en que es un libro templario.

—Si lo ha dicho Su Majestad, no se hable más. Templario. Por cierto, entre usted y yo, ¿tomó la merienda con él, como hace el padre Nithard?

—Templario, padre Ignacio.

—Sí, a lo nuestro. Dispénsame —añadió el Superior, algo avergonzado de su excitación, aunque sin recuperar la compostura.

Volvió a sentarse, se levantó y anduvo otra vez, dando vueltas por su despacho. Alonso no sabía si pensaba en el libro o en la entrevista con el Rey. Por fin, el padre Ignacio se detuvo como si mirara al techo, pensativo.

—¿Qué pasa, padre?

—¡Quieto parao! ¡Quieto parao! —dijo, pidiendo que no hablara. Luego, se acercó al padre Alonso, con determinación, y le espetó:

—*Speculum cordis*.

Alonso también se levantó, sin soltar el libro de sus manos.

—¿Cómo no he caído en que podía estar en latín?

—El latinista soy yo —dijo algo ufano el Superior, que era catedrático de latín del Colegio—. Por aquellos años, las órdenes militares no usaban las lenguas vernáculas.

«No olvide que es latín», recordó el padre Alonso la frase de Ángeles al despedirse en el beaterío.

El padre Ignacio se sentó, de nuevo, y mesó su escasa cabellera.

—Estamos equivocando el procedimiento. Porque no hay ningún *Speculum cordis* en el *Quijote*. Eso se lo adelanto ya.

—Tiene razón —asintió Alonso—. Le he pedido que me ayudara a buscarlo porque estoy cansado; precisamente, el agotamiento es lo que me ha impedido ver el error.



—Si Miguel de Cervantes manejó esa obra, me parece que tampoco iba a caer en la torpeza de hablar a las claras de ella —aseveró pensativo el Superior.

—Sin duda, pero sí puede ser que el *Quijote* esconda una clave para encontrarla, aunque... ¡estamos como empezamos!

Alonso, de mala manera, soltó el libro en la mesa, con un gesto de derrota.

—No se apure —le calmó el padre director—. Primero, cuénteme algo de ese asunto, que voy de sorpresa en sorpresa, y luego ¡ya verá cómo, entre los dos, lo solucionamos! —Y le sonrió, infundiéndole confianza.

—Al parecer, Miguel de Cervantes recibió de manos del cardenal Acquaviva un extraño libro templario, escrito por Jacques de Molay. Los dominicos estuvieron siempre detrás de Cervantes y del libro.

—Voy comprendiendo: por eso el interés de Su Paternidad por verificar una trama dominica en el *Quijote* de Fernández de Avellaneda.

—Sí, debió de ser un intento por eclipsar el libro de Cervantes.

Alonso le tendió la hoja con la clave que había encontrado en *El caballero de Olmedo* y la descodificación.

—«Buscar en el Quijote.» Es un criptograma de puño y letra de don Diego.

—Pero tal suposición es como insinuar que podríamos estar ante un *Quijote...* templario. Quiero decir, al menos de espíritu templario, que no es poco —reflexionó en alto el padre Ignacio.

—Podría ser.

—Si así fuera —arguyó—, hemos de imaginar el peligro que representaría para Miguel de Cervantes dar a entender esto.

Alonso escuchaba a su Superior jugueteando con un gran medallón con el crismón y un pez en el reverso, que hacía las veces de pisapapeles. De pronto, subió la voz:

—¡Símbolos, padre Ignacio!

—¿Cómo dice?

—Hemos de buscar símbolos en el *Quijote*, usted mismo lo ha dicho. Cervantes no iba a caer en la ingenuidad de hablar claro, sino para iniciados.

—Van a ir por ahí los tiros. En la biblioteca del Colegio podremos consultar varias obras sobre simbología e historia del Temple, las adquirimos hace años, cuando Su Paternidad estaba en Nueva España y yo aún no era director, sino el bibliotecario. Se las voy a buscar.

Pero antes de salir del despacho se detuvo, sonriente.

—Confíeseme una cosa, ha de decirme la verdad, recuerde que soy su Superior. ¿Es mejor el chocolate mío o el del Rey?

—Sin dudarlo, el de Su Paternidad.

—Lo sabía. La canela hace milagros.



Consuegra, 22 de noviembre de 1658

En la sede del Priorato de San Juan, aquel frío lunes se recibía un correo del monasterio de Valfermoso. Don Juan José de Austria, que creía haber perdido la partida con el fiasco del cañón de Río Lobos, atisbaba una nueva posibilidad.

*Muy querido hijo:*

*De nuevo unas líneas, a tenor de los acontecimientos que en estos días pasan en la Corte y nos aprisionan el corazón. Pues está todo Madrid que no vive, y tampoco el Rey, nuestro señor, vuestro padre. Son ya tantos los frailes fallecidos de aquella atroz manera, al igual que ese párroco del pueblo de Torres, que parece cosa diabólica.*

*Éstas, me convierten en mensajera ante Su Serenidad, y no debería decíroslo, pero os lo digo, porque más puede el alma de madre que de secretaria. Es recado de Su Majestad, a cuenta de cierto jesuita, un don Alonso del Colegio Imperial donde fuisteis discípulo aventajado del padre Faille.*

*El Rey, vuestro padre, me dice que habéis de saber de discreta manera —pues razones tiene para no comunicároslo derechamente— que el tal don Alonso está en lo del libro. Y no sé más, ni si es algo de importancia, que me supongo, debe de serlo.*

*Tengo por sabido, porque se me dejó muy claro, y con grande insistencia, que al deciros esto ya es bastante para que comprendáis en qué deben andar, con presteza, los vuestros. Que supongo será santamente.*

*Cuidaos, pues todo este secreto parece lleno de peligros.*

*Yo sé tirando a muy poco; nada pregunto, no está en mí incomodar con impertinencias a Su Majestad, sino servir a Dios donde me tiene. Si alguna vez venís, abrigaos. Siempre os espera, vuestra madre afectísima.*

María Inés Calderón

*En Valfermoso, sábado 20 de noviembre de 1658.*



Madrid, 22 de noviembre de 1658

El padre Ignacio tuvo que salir camino del Noviciado, y Alonso, aunque muy cansado, anduvo a vueltas con los libros para hallar ese supuesto contenido templario del *Quijote*. Y a partir de ahí el *Speculum cordis*.

El libro de Cervantes era una parodia de los textos de caballerías, una moda que en los reinos perduró más que en el resto de Europa. En alguna ocasión, el jesuita había charlado del asunto con el mismo don Diego. Y recordaba una observación de éste, cargada de finura intelectual: «Dése cuenta, padre, cuando hace dos siglos, aquí aún se leían libros de gestas heroicas y damas idealizadas, más allá de los Pirineos, Juan de Luxembourg entregaba a los ingleses a esa singular Juana de Arco, la Doncella de Orleans; todo a cambio de una cantidad de monedas. Quiero decir que, nosotros, todavía sosteníamos ese poético amor cortés y servicio a las damas, y allí caían en un nuevo comportamiento, prosaico, vulgar.»

En un primer momento, Alonso se preocupó considerando la dificultad de la investigación, porque no parecía probable que en la broma del *Quijote* hubiera escondido algo tan serio. Pero pronto comenzó a atisbar la estrategia latente en el tono de parodia del *Quijote* cervantino: ¿de qué otro modo iba a dejar su autor las claves con respecto al *Speculum*? ¿Cómo hacerlo en un país sojuzgado por la Inquisición y con los dominicos dispuestos a caer sobre él?

El padre Alonso supuso que don Quijote era como don Cristóbal de Castañeda y Pernia, bufón de la Corte de Felipe IV, que se permitía decir lo que pensaba, si lo disimulaba con apariencia de chufia.

Buscando pues, la bufonada encubridora, el jesuita procedió a localizar posibles actitudes anticlericales en el libro.

Encontró varias.

En una España de probada religiosidad, el hidalgo arremetía contra un cuerpo muerto, llevado por un cortejo nocturno en sagrada procesión<sup>25</sup>. O peor: lo hacía contra unos disciplinantes que cargaban en andas con una Virgen enlutada. Desbarataba la procesión y cometía un evidente sacrilegio.

«¿Adonde va, señor don Quijote?  
¿Qué demonios lleva en el pecho,

---

<sup>25</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, I, cap. XIX.



*que le incitan a ir contra nuestra fe  
católica?»<sup>26</sup>*

Le gritaba horrorizado Sancho Panza.

«La locura del caballero —pensó el padre Alonso— era lo único que hacía dispensable esa manera de actuar. Y que la Iglesia no se diera por aludida.»

Aunque el jesuita encontró algo que no escapó a su atención. Si Cervantes arremetió contra la Iglesia, en cambio, se cuidó mucho de hacerlo contra una institución como la Orden de los Hospitalarios de San Juan. Lo dijo como dejándolo caer, sin darle más importancia. Apenas una línea, cuando se refería a los territorios en los que se hallan las lagunas de Ruidera.

*Solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió de tener Merlín a ellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora, en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha, las llaman las lagunas de Ruidera; las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santísima, que llaman de San Juan<sup>27</sup>.*

A partir de la lectura del párrafo, en donde se encontraban damas medievales hechizadas y convertidas en acuíferos, y la alusión a la «orden santísima» de los de San Juan, herederos del Temple, Alonso se entretuvo en pensar, cómo los templarios, cual caballeros andantes, habían pasado el amor cortés por el cedazo de la fe católica. De esta manera, tuvieron por dama a la Virgen María (pese a que siempre habría quien pensara —alegando vagos argumentos— que esa dama era la Magdalena).

Pero el investigador volvió a don Quijote: si Cervantes actuaba a partir de una «clave templaria», ¿no podría ser que el propio hidalgo fuera una representación del caballero del Temple?

Y si él mismo era símbolo del caballero, ¿no sería que la idealización de la mujer normal (Aldonza) en mujer perfecta (Dulcinea) escondiera un trasunto de la Virgen María?

El jesuita marcó un texto, esperando enseñárselo al Superior. La acción ocurría durante la noche en que don Quijote estaba velando armas en la venta. Se acercó un arriero a sacar agua de un pilón para sus quehaceres y, sin otra intención, apartó las armas del hidalgo, que allí estaban apoyadas:

*Lo cuál visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (a lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo:*

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, I, cap. LII.

<sup>27</sup> *Ibidem*, II, cap. XXIII.



—Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo<sup>28</sup>.

No era éste el único ejemplo que encontró. Porque en toda la obra se sucedían plegarias a la amada. Como la oración que el caballero rezaba a Dulcinea, cual si fuera un ser celestial, antes de descender éste a la cueva de Montesinos:

*¡Oh, señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que si tú me favoreces, no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe<sup>29</sup>.*

Otorgaba un trato a su dama que la llenaba de virtudes por encima de cualquier inteligencia, y con un alcance cósmico:

—Ésa es —dijo don Quijote—, y es la que merece ser señora de todo el universo<sup>30</sup>.

Pero Alonso, ante todo, era sacerdote y le repugnó la suposición que él mismo pretendía sustentar con esas citas que había anotado. Así que, aunque trataba de esbozar una línea de trabajo, prefirió buscar argumentos menos hirientes. A fin de cuentas, tales párrafos, aun ajustándose a lo que suponía, no podían ser elementos que sostuvieran esa teoría, máxime en un ámbito católico.

Por otra parte, la hipótesis templaria también parecía encontrarse en otros aspectos en los que el jesuita nunca había reparado. Por ejemplo, el de los «nueve de la fama», coincidentes con los nueve caballeros fundadores de la Orden del Temple.

—Yo sé quién soy —respondió don Quijote—, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías<sup>31</sup>.

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, I, cap. III

<sup>29</sup> *Ibidem*, II, cap. XXII.

<sup>30</sup> *Ibidem*, I, cap. XXV.

<sup>31</sup> *Ibidem*, I, cap. V.



Aquí el escritor unía dos niveles de realidad, o parecía unirlos; uno el histórico, dado que los pares del Rey Carlomagno eran sus iguales en importancia, aunque no Reyes. El otro, el de los nueve, era, en principio, una creación literaria, a partir de personajes históricos. Porque estos nueve jamás existieron como tales, ni combatieron juntos, ya que pertenecían a tiempos distintos; de suerte que esa agrupación estaba cargada de arbitrariedad.

El jesuita constató los nombres<sup>32</sup>: Josué, David y Judas Macabeo (personajes bíblicos), Alejandro, Héctor y César (paganos, de la Historia Antigua), y Arturo, Carlomagno y Godofredo De Bouillón (del Medioevo). Nueve personajes de los libros de caballerías y de la Historia en una selección arbitraria (porque también fueron famosos y de igual catadura: Aquiles, Ulises, Justiniano, entre otros muchos). De manera que ese heterogéneo grupo no podía parangonarse con los doce pares de Francia, pues éstos sí formaban un todo homogéneo en el tiempo y en la historia.

A no ser que, veladamente, Cervantes se estuviera refiriendo a los auténticos nueve templarios.

Alonso buscó entre los libros que hablaban de la Orden del Temple, traídos de la biblioteca por el padre Ignacio. En ellos se explicaba que nueve caballeros alcanzaron renombre por ser los fundadores que principiaron la Orden de Temple en 1118. Vivieron en Jerusalén con absoluta pobreza, durante los primeros nueve años de la fundación, capitaneados por el primer Gran Maestre Hugo de Payens, natural de Champagne y compañero de armas de Godofredo de Bouillón; como se narraba en la *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, del obispo Guillermo de Tiro.

Supo que iniciaron su andadura adoptando la regla de san Agustín, hasta ir perfilando las propias. Y gracias a donaciones, que los sacaron de su extrema pobreza, quienes tuvieron por misión proteger a los viajeros y los santos lugares de la Cristiandad, pronto se convirtieron en una importante fuerza militar y financiera, al ser garantes de transacciones económicas y depositarios de bienes. La Orden —que dependía directamente del Papa—, cuando se replegó hacia Occidente, era ya una importante institución de monjes guerreros con gran autonomía, una extraordinaria capacidad de gestión y, lo que debió de parecer aún más grave, con ideas propias.

Cuando Alonso llegó a la lectura del gobierno de Jacques de Molay, le interesó aún más. El drama se iniciaba en 1307, la época de Felipe IV el Hermoso, quien, después de expulsar de Francia a los hebreos y quedarse con sus bienes (el jesuita se sonrió con ironía, pensó que, en los momentos de estrechez, siempre venía bien encontrar infieles que no se merecían tener lo que les pertenecía), la emprendió contra los templarios en connivencia con un Papa tibio, Clemente V, nombrado por el mismo Rey francés.

Torturados y expoliados, acusados de satanismo, sodomía y todo tipo de infundios, los más afortunados fueron protegidos por Reyes de la península Ibérica, como años antes había pasado con los cataros, los «buenos hombres».

---

<sup>32</sup> Aparecían en la *Crónica llamada del triunfo de los nueve más preciados varones de la Fama*.



El Gran Maestro Jacques de Molay, antes de fallecer en las llamas<sup>33</sup>, maldijo al Rey francés y al Papa, quienes no tardaron un año en morir, tal y como predijo.

Como un fogonazo, imaginando la crepitante hoguera, Alonso recordó la imagen del cura y el ama, cuando en el *Quijote* sentenciaban a ser quemados los libros de caballerías, en lo equivalente a un acto público de condenación. ¿Un remedo de aquel infierno contra el Temple?

*(...) que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga acto público y sean condenados al fuego...*<sup>34</sup>

Sólo eran suposiciones. Pero ¿y si la locura de don Quijote, lo que dio origen al libro inmortal, escondía otra verdad? ¿Y si la fuente de inspiración no fueron los libros de caballerías, sino el libro escondido de los caballeros del Temple? ¿Y si la locura de don Quijote no fue otra cosa que la representación de su propia obsesión por el *Speculum cordis*?

*En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio...*<sup>35</sup>

Alonso imaginó que la andadura de Cervantes con el enigmático libro le hizo asumir al escritor el papel de los perseguidos templarios. Y que su hazaña fue esconder la obra y hablar de ella, sin que manos aviesas la encontraran y destruyeran, como se destruyó por el fuego la biblioteca de Alonso Quijano, el loco.

Pensó que, con frecuencia, se calificaba como demencial aquello que no se ajustaba al orden establecido. ¿Cómo no iba a pensarlo si él mismo —con estupor— recordaba haber presenciado en Nueva España la quema de viejos códices mejicanos, por el celo y la ignorancia de un simple párroco de aldea?

Aunque nuestro jesuita buscaba algo más que meras suposiciones. Hasta ahora, lo que había hecho era acercarse al asunto, rondar una verdad. Cervantes bien pudo esconder su obsesión por el *Speculum cordis* bajo el manto de la locura quijotesca por los libros de caballerías. Pero ¿el novelista utilizó el mismo recurso para encubrir todas las otras claves templarias?

La respuesta le llegó en forma de grabado, en uno de los libros dedicados al Temple, seleccionados por el padre Ignacio. ¡Bendita mano la del Superior!

Lo representado era un sello. Rodeada por una leyenda, se veía la figura de dos caballeros montados en el mismo corcel. Misterioso símbolo templario conocido por toda la Cristiandad de su tiempo.

<sup>33</sup> La noche del 18 de marzo de 1314.

<sup>34</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, I, cap. V.

<sup>35</sup> *Ibidem*, I, cap. I.



Al verlo, inmediatamente recordó una de las aventuras más representativas de don Quijote y Sancho Panza, cuando ambos, en la segunda parte del libro, montaron sobre Clavileño para viajar a las estrellas. Y aún tuvo más suerte, pues encontró una ilustración de este asunto en una de las ediciones del *Quijote*; así pudo contrastarla con el sello templario.





Hasta ahora, era la más clara señal. No fue advertida por los lectores en tiempos de Cervantes, y si lo fue por sus perseguidores dominicos, tal vez se sintieron incapaces de hacer algo contra esa segunda parte, en la que pudieron ver una sutil burla al aparato inquisitorial.

Alonso imaginó que, en cierto modo, después del fracaso editorial del *Quijote* de Fernández de Avellaneda, publicado en 1614 (el año anterior a la segunda parte del de Cervantes), el Santo Oficio se replegó temporalmente a sus cuarteles de invierno. El hidalgo manchego ganó en fama con su segunda y muy demoledora aparición. Por lo tanto, resultaba más difícil vencer al escritor, quien, como había demostrado, era un pluma mejor dotada y más convincente que la de sus enemigos.

Metido en estas cabalas, el pesquisidor intentó imaginarse las diferentes variables que se habrían planteado los inquisidores: cabía la posibilidad de acabar con la vida de Cervantes, pero ello no permitiría recuperar el temido y valorado *Speculum cordis*. Otro recurso era el uso de los mecanismos de tortura inquisitoriales para que el heroico combatiente de Lepanto confesara el paradero del libro, pero ¿y si había preparado una obra destinada a aparecer en el caso de que fuera asesinado, y ésta resultara aún más sutil y difícil de derribar?

A pesar de todo, comprendió la estrategia de los dominicos: les quedaba un consuelo, mientras el escritor estuviera vivo, tenían la certeza de que el libro perseguido estaría en sus manos; tarde o temprano podrían recuperarlo. En cambio, si acababan con él, sin que confesara dónde estaba, perderían definitivamente la pista del *Speculum*.

Le vino a la memoria que Miguel de Cervantes estuvo dos veces excomulgado antes de acabar la primera parte del *Quijote*, siempre por razones banales, y se preguntó si alguna de esas excomuniones, o ambas, tuvieron que ver con estas cuestiones pese a que se adujeran otras razones. Si pudo haber un reiterado intento de presionarle.

Volvió a poner su atención sobre los grabados. Con la imagen templarí de los dos caballeros sobre el mismo corcel, leyó el texto cervantino referente al viaje sobre el caballo mágico.

*Parecióle a don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía. Y así, sin más altercar, subió sobre Clavileño y le tentó la clavija que fácilmente se rodeaba; y como no tenía estribos y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada o tejida, en algún romano triunfo. De mal talante y poco a poco llegó a subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas...*<sup>36</sup>

Quijote y Sancho iban con los ojos tapados, porque todo era una divertida burla de los anfitriones del hidalgo, quienes les hicieron creer que Malambruno, gigante y

<sup>36</sup> *Ibidem*, II, cap. XLI.



malvado encantador, le daba cita en el espacio sideral para calmar su ira, enfrentándose en combate con él.

Hidalgo y escudero creyeron volar por los aires en el mismo rocín. Y fue tan sentido y vivido el dislate que Sancho imaginó que llegaron hasta la constelación de las Pléyades. Aunque el jesuita advirtió que en este capítulo, don Quijote, un loco-cuerdo, reconoció no haber visto nada y quedar muy extrañado de todo.

El sacerdote buscó más datos acerca del simbolismo del jinete sobre la grupa. Sabía que el caballo podía representar el viaje mismo, desde lo terrenal hasta lo espiritual, es decir, que podía interpretarse como símbolo de trascendencia. Esta dualidad de caballeros sobre un mismo corcel, como hombre de religión sabía que aparecía reflejada en el *Apocalipsis* con el jinete llamado Fiel y Verídico<sup>37</sup>, que —se decía— representaba la doble naturaleza de Cristo.

No se resistió. Cogió el libro que incluía el grabado y el *Quijote*, y salió emocionado hacia el despacho del padre Ignacio. Éste entraba por la puerta, recién llegado del Noviciado. Alonso entró tras él, sin llamar y sin darle tiempo a que se quitara el bonete, y puso sobre la mesa los dos libros, con las páginas abiertas por sendos grabados.

—Aquí está —dijo, ufano, señalando el de Clavileño.

—¿El *Speculum*? —preguntó escéptico, aunque con interés.

—No, el símbolo más obvio, compare.

Con su mano, guió la vista del Superior hacia el grabado templario.

—Tiene razón, padre Alonso. ¡Y siempre ha estado ahí!

—Para ocultar algo, no hay nada mejor que mostrarlo.

—Cierto —repuso el padre Ignacio, pensativo.

—Don Quijote y Sancho en un viaje para enfrentarse contra las potencias del Mal, como los caballeros del Temple —le recordó el padre Alonso.

—Para así librar a la Dueña Dolorida y las otras mujeres de aquellas barbas que les crecieron con los hechizos de Malambruno —completó el comentario su Superior.

Alonso se quedó pensativo.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Acabo de caer en la cuenta de otra cosa. En el hermafroditismo de las mujeres barbudas. En sus falsas barbas. Parece como si Cervantes hubiera yuxtapuesto otro mensaje velado. Recuerde que la idea de los dos caballeros templarios sobre un mismo corcel fue una excelente «prueba» para los acusadores del Temple, que quisieron ver una muestra de la homosexualidad oculta de los caballeros. La más grave acusación que soportaron.

---

<sup>37</sup> *Apocalipsis*, cap. 19, vers. 11-13.



—Y la más fácil. ¿Cómo se les ocurrió pensar que una institución tan poderosa y llena de secretos fuera a pasear en medallas, sellos o besantes un símbolo con tan obscena intención?

—Se me ocurre que puede no ser una casualidad, que la escena de Clavileño con don Quijote y Sancho se dé en ese entorno de falsas mujeres barbudas, de falso hermafroditismo. Como si Cervantes quisiera dejar constancia de su opinión: que era falsa la homosexualidad de la que se les acusaba.



Madrid, 24 de noviembre de 1658

Alonso recibió un recado del Tribunal de Corte, lo traía fray Jerónimo. Le comunicó que fray Juan Martínez deseaba hablar con él, pero que le era imposible desplazarse.

—¿Está enfermo? —preguntó interesándose el padre Alonso.

—Su coche tuvo un percance al regresar de Valladolid, y él quedó contusionado.

—¿Algo serio?

—Sobre todo, el susto —replicó fray Jerónimo.

El padre Alonso no demoró la visita. Y aunque fue citado en el Tribunal, desde allí, un novicio lo llevó por el largo pasillo que comunicaba con el convento, en la inmediata plaza de Santo Domingo. Era una excelente oportunidad para atar cabos y comprobar que, a través de esa galería, de los pasillos y del pasadizo tras la despensa del Tribunal podía llegarse al Alcázar, sin ser visto desde el exterior. Sentía curiosidad por saber si ése era un recorrido habitual del confesor del monarca.

El dominico, que estaba postrado en cama, le narró una aventura que, aunque al jesuita le pareció muy peligrosa, sobre todo, le resultó sorprendente. De regreso de Valladolid, su coche fue abordado por unos jinetes. Al cochero le pareció que eran salteadores, arreó a las mulas e, intentando ganar el pueblo de Olmedo, éstas cayeron por un barranco, y todos fueron detrás. El cochero falleció, y él sólo quedó magullado, pero, viendo que se acercaba uno de los jinetes —espada en mano— para reconocer los cuerpos, se hizo el muerto. Oyó cómo hablaban entre ellos, y cómo el jinete que descendió y revisaba los cadáveres llamó «frey» a otro.

—¿No oíría mal? ¿Está seguro? —preguntó Alonso.

—Lo tenía encima cuando habló. «Frey Andrés, está muerto, no hay nada que hacer.»

—¿«Está» o «están»? —volvió a preguntar el jesuita.

—«Está», iban por mí. Y vi algo que confirmó mis sospechas. Pese a que sus ropas no tenían distintivos, la empuñadura del arma de quien se acercó llevaba en el pomo la cruz patada del Priorato de San Juan.

—Es extraño, sí.



Al padre Alonso le vinieron a la mente los elogios que, apenas dos días antes, había leído en el *Quijote*:

*(...) una orden santísima que llaman de San Juan.*

«Herederos del Temple», pensó. Aunque no alcanzaba a comprender la intención del ataque al confesor del Rey.

El dominico prosiguió.

—He llamado a Su Paternidad, porque hace mucho que no hablamos, desde antes de que ocurriera la tragedia de fray Nicolás y el hermano portero. ¡Y me ha asustado tanto lo que ahora me ha pasado!

—Por lo que se ve —apuntó Alonso— no querían robar.

—No sé si pretendían acabar conmigo. Tampoco estoy muy seguro.

—No hay nada que hacer —dijo en alto el jesuita, queriendo encontrar el sentido a la frase de los asaltantes—. Más parece una expresión de lamento, como si se les hubiera desbaratado un plan. Fray Juan, ¿piensa que quienes le atacaron tienen que ver con los crímenes?

—Estoy algo desconcertado.

—¿Qué le desconcierta?

Pero el fraile, tras hacer un gesto de confusión, levantando los hombros, quiso dar un quiebro a la conversación:

—No sé... ¿Y nuestra joven mística? ¿Se recupera?

—La veo mejor —respondió.

—Cuídese, padre. ¿Le han servido los corchetes que vigilan el Colegio?

—¿Ya se enteró?

Fray Juan le sonrió y lo bendijo en señal de despedida.

Algunas cosas no le encajaban al padre Alonso. Lo primero y más chocante era que el consejero de la Suprema no viajara con escolta, sino con un simple cochero, sabiendo lo que estaba pasando en su entorno más inmediato. Otro aspecto extraño era que tampoco había alguaciles que vigilaran la entrada a su celda, pese al ataque que dijo haber sufrido y los recientes crímenes acaecidos dentro de aquel edificio. A tales interrogantes, se unía la presencia de los freiles de la Orden de San Juan.

Al regresar al Colegio le esperaba una grata sorpresa. El padre Ignacio y Tomás habían proseguido la investigación acerca de los posibles aspectos templarios del *Quijote*. Cuando Alonso se acercó al despacho del Superior, los encontró rodeados de libros. Tomás se acababa un tazón de chocolate.

—¡Hombre, tú! Veo que el padre Ignacio te ha reclutado.

—Y con acierto —añadió el Superior.



—Pues ya me contarás —dijo Alonso al novicio.

—¿Se acuerda de la cabeza de san Gregorio? —respondió éste limpiándose la boca.

—¿Qué cabeza?

El novicio dio otro sorbo de chocolate y, a continuación, respondió.

—La de Sorlada. Íbamos a visitar Loyola y, de regreso, estuvimos viéndola. Se hallaba en un relicario de plata que era un busto. Los campesinos la sacan en procesión para beneficiar las cosechas.

—Ya, ya...

—El padre director y yo estuvimos hablando; no sé cómo salió relacionarla con el *bafomet*. Ya sabe, con las cabezas a las que daban culto los caballeros templarios, y que parece que, en el juicio para dismantelar la Orden, se dijo que eran cabezas del diablo, imágenes de éste, que servían para comunicarse con él. Aunque los defensores arguyeron que simplemente eran relicarios y tallas de san Juan.

—Te veo muy puesto —afirmó Alonso, sonriente.

—Mis lecturas —repuso ufano.

—Ya imagino, ¿y qué...?

—Que en el *Quijote* aparece una cabeza parlante.

El padre Alonso quiso hacer memoria.

—Padre Ignacio, corríjame si me equivoco: ¿hace años, el fallecido papa Urbano VIII no había ordenado la destrucción de muchas de esas cabezas?

—En el 27 o 28, lo recuerdo porque yo iba a profesar. Aun así, he oído que quedan varias, como la de la ermita de San Frutos, en Segovia; la de San Saturio, en Soria; o la trifaz, de Tomar en Portugal, donde se halla la sede de los caballeros de la Orden de Cristo.

—¿En Tomar? ¿Donde los de la Orden de Cristo? ¿No son herederos del Temple?

Tomás le acercó un *Quijote*, abierto por el capítulo en el que aparecía la cabeza parlante. La aventura acontecía en Barcelona. El anfitrión del hidalgo, don Antonio Moreno, mostraba a todos sus invitados una cabeza de bronce, que tenía la virtud de responder a cuantas preguntas le hicieran. Tras las muchas repuestas dadas por la cabeza, todos quedaron maravillados, menos dos amigos cómplices del anfitrión, que conocían el engaño.

*Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabían. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algún hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba, y así, dice que Don Antonio Moreno, a imitación de otra cabeza que vio en*



*Madrid, fabricada por un estampero, hizo ésta en su casa para entretenerse y suspender a los ignorantes; y la fábrica era de esta suerte: la tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenía era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salían, para mayor firmeza dél peso. La cabeza, que parecía medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecía. El pie de la tabla era asimesmo hueco, que respondía a la garganta y pechos de la cabeza, y todo esto venía a responder a otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañón de hoja de lata, muy justo, que de nadie podía ser visto. En el aposento de abajo correspondiente al de arriba se ponía el que había de responder, pegaba la boca con el mismo cañón, de modo que, a modo de cerbatana, iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y de esta manera, no era posible conocer el embuste<sup>38</sup>.*

—¿Qué piensa de esta mala cabeza, padre Ignacio? —preguntó Alonso, malicioso.

—¿Se refiere a Tomás? Supongo.

—¿A quién si no?

—Promete como pesquisidor. Aunque esos falsos bigotes que le ha dejado el tazón de chocolate, dicen poco de él como miembro de la Compañía de Jesús.

El muchacho, que había querido sentirse halagado, se limpió con un rápido manotazo.

Mientras el padre Ignacio y el novicio seguían tomando notas y buscando nueva información, Alonso se sentó en uno de los sillones del despacho y consultó un *Quijote* para ponderar el contenido del capítulo. Pensaba que el *bafo met* templario, probablemente, quisiera representar el conocimiento en su sentido más profundo; ésta era una posibilidad coherente, de acuerdo con el espíritu de la Orden del Temple. Y venía a coincidir con el comportamiento de la cabeza de bronce en el *Quijote*.

El ingenio construido por don Antonio Moreno respondía con excelente cordura a todas las preguntas, y daba como respuesta aquello que podía saberse sin necesidad de preguntar. A pesar de ser un engaño, parecía actuar simbolizando ese auténtico conocimiento, para el que no hay otro camino más que el de la introspección, ya que todas las verdades y respuestas trascendentales están en el alma humana.

—*Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien o no.*

---

<sup>38</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, II, cap. LXII.



*Y respondieronle:*

*—Mira las obras que te hace y echarlo has de ver<sup>39</sup>.*

*—¿Quién soy yo?*

*Y fuele respondido:*

*—Tú lo sabes<sup>40</sup>.*

---

<sup>39</sup> *Ibídem*, II, cap. LXII.

<sup>40</sup> *Ibídem*, II, cap. LXII



Madrid, 25 de noviembre de 1658

A pesar de todo lo avanzado, Alonso de Grimón pensó que, irónicamente, quien necesitaba una cabeza parlante era él, para que pudiera decirle en dónde buscar el *Speculum cordis*. Estaba satisfecho con los progresos, pero comenzaba a sentirse impaciente, con una agobiante sensación de lentitud en la investigación, y muy cansado por la falta de sueño.

La noche anterior, cuando se disponía a hacer oración, le flageló, inmisericorde, la imagen del coche de fray Juan despeñándose, y la muerte del cochero. Otro más para la negra lista, que crecía de inesperada manera. ¿El cochero estaba casado? ¿Tenía chiquillería en casa? ¿Sabrían explicarles que su padre murió tirado junto a un miserable camino? ¿Había, realmente, una razón tan poderosa como para que quedara ese rosario de ilusiones rotas?

Esa mañana, Alonso salió del Colegio buscando el griterío y la vida que se adueñaban de la ciudad. Caminó, taciturno, sin una dirección, hasta toparse con San Ginés, que llamaba a misa de nueve. Se había dejado llevar hasta ahí inconscientemente. Alzó la vista buscando las campanas, pero fue a fijarse en la ventana enrejada del cuarto de Ángeles.

Decidió acercarse al emparedamiento. Recordó que en su visita anterior instó a la joven para que rezara, y le ayudara a desentrañar la clave del criptograma que don Diego dejó en la cubierta de *El caballero de Olmedo*. ¡Cómo habían cambiado las tornas! El valorado médico de la Compañía de Jesús, consuelo de enfermos del cuerpo y del alma, volvía, por segunda vez, en busca de aquella chiquilla, con la disimulada intención de ser ayudado.

—Sabía que vendría hoy, padre Alonso. Bueno, lo he imaginado. No se asuste — le dijo ella, sonriendo.

—¿Qué tal *El caballero de Olmedo*?

—Ya la leí, le dije que lo haría en tres días. Me la prestó el 21.

—Tienes razón. Veremos cuál será la próxima.

—Si es divertida mejor. Puede ser el *Quijote*. Aunque tardaré más.

—El *Quijote*... —dijo Alonso, para sí.

—Se le ve cansado a Su Paternidad.



—Preocupado.

—Pero estoy segura de que durmiendo se le pasará.

—Hoy pareces tú el médico.

Era un falso reproche, al jesuita le dio vergüenza reconocer que necesitaba, anhelaba, ser auxiliado, aunque en la casa todos le notaron desanimado y algo ausente. Doña Ana fue con él más amable que de costumbre. Se empeñó en que se sentara para comer algo. El cura no hizo ascos al almuerzo, pero estuvo callado durante todo ese tiempo, mientras la directora le ponía al corriente sobre los progresos de la joven. Tampoco perdió ocasión para comentar, entristecida, el accidente sufrido por fray Juan, a quien habían enviado una caja de dulces, «algo que no es mucho, pero yo entiendo que se lo hará más pasajero», decía la mujer. Probablemente, eso era lo que necesitaba Alonso. Que le hablaran, que le contaran cualquier nimiedad, para salir de sí propio, de sus libros y los muertos, esos muertos que comenzaban a pesar tanto en su corazón.

A su regreso al Colegio, pese a que su clase de anatomía la impartía uno de los profesores suplentes, optó por darla él. No era porque le apeteciera hablar de aquello, sino por el contacto con la muchachada. Los alumnos, que siempre tenían esa especial habilidad para enterarse de lo que no debían, rabiaban por preguntarle acerca del curso de sus investigaciones, de manera que alguno se las ingenió para arrancarle elogios hacia Vesalio y desviar el tema hacia la *iatroquímica*, tan en boga. De ahí, pasaron a preguntarle por la fase de fermentación y putrefacción de los cuerpos. Insistieron para que hablara de la tarea desempeñada por el padre Atanasio Kircher —también jesuita— y sus observaciones al microscopio sobre la materia en descomposición. En resumen, si no quiso caldo, allí encontró tres tazas, porque toda el aula le rogó que se adentrara en lo que él denominaba «nueva medicina criminal» (que no «criminal medicina», como le bromeaban algunos alumnos) y en las consideraciones que todo galeno debía hacer ante el hallazgo de un cadáver con una aparente muerte violenta.

Los alumnos quedaron fascinados y él, en el fondo, se descargó un tanto, exteriorizando, de manera velada, dudas y miedos acerca de su investigación.

Al atardecer, intentó centrar sus ideas. Pero fue incapaz de pensar algo a derechas. No tanto por el quehacer de la jornada como por la carga emocional de tan acelerada e inacabable investigación, y la urgencia que sentía para detener ese reguero de muertes. El asunto que más le agobiaba no era encontrar a los asesinos, sino hallar el *Speculum cordis*, porque encontrándolo, suponía que, aunque el propio libro no ayudaría a revelar quiénes eran los causantes de tanto mal, sí se mostrarían ellos mismos para intentar quitárselo, y así podría detenerseles.

El *Speculum* le trajo a las mientes otros libros enigmáticos que había conocido. Uno de los más notables fue el de los *Addenda*, incorporados a la *Sphera de Ivan de Sacrobosco*, publicada en Madrid por Juan de Herrera en 1599<sup>41</sup>. Estos *Addenda*, aparecidos dos años después de la edición de la *Sphera*, hacían mención a los satélites jupiterianos antes de que los descubriera Galileo. Pero el libro desapareció de los anaqueles de la Biblioteca Escorialense a finales de 1654.

---

<sup>41</sup> Un ejemplar de la *Sphera* se halla en la Biblioteca Universitaria de Murcia.



O la *Perfetta Mácchina*, del español Arias Montano. Obrita fechada en 1558 (predilecta del protestante Melanchthon), donde se argumentaba que había seres intermedios entre los ángeles y los hombres (alegándose que «*natura non facit saltum*»).

El jesuita se había quedado profundamente dormido, y tal era su expresión de cansancio que, cuando el padre Ignacio entró en su cuarto para devolverle los libros que se había llevado a su despacho, decidió no decirle nada y dejar que reposara. Ordenó que, con sigilo, le subieran alguna discreta colación, por si despertaba tarde.

Alonso de Grimón soñó que se encontraba en un oscuro pasadizo, húmedo e incómodo. Caminaba tropezando, porque apenas se filtraba algún rayo de luz por el techo de lo que parecía la galería de una cueva. Poco después de hallarse en tal tesitura, habiendo andado un buen tramo, oyó un suspiro, leve, en absoluto inquietante, pero se acercó interesado y sorprendido, al ver que en aquellas soledades había otro ser humano.

En el suelo descansaba un hombre, ya entrado en los cincuenta, aunque avejentado, muy delgado y de rostro gastado. Le llamó la atención su manera de vestir: un largo camisón de dormir y una cofia anudada al cuello por toda indumentaria. Aunque la prenda de la cabeza era de mujer, Alonso tuvo la certeza de que la utilizaba como los caballeros para ajustar un yelmo sobre ella. Su apariencia se hacía más desconcertante por unos estigmas que padecía en las palmas de las manos y en la frente, por lo que la cofia se hallaba con manchas de sangre fresca y seca.

Viendo que una de las palmas le sangraba, quiso ayudarle y pensó en despertarle. Con suavidad lo zarandó. En esto, el desconocido abrió los ojos bruscamente, se incorporó muy deprisa y, acercándole mucho el rostro, con expresión de estar fuera de sí, le dijo, malhumorado, «durmiendo se me pasará». Alonso se despertó sobresaltado.

Ya era de madrugada. Se acercó a la ventana para despejarse. En la calle, los corchetes —que hablaban en voz baja, haciendo la ronda al Colegio— le hicieron un gesto de cabeza, a modo de saludo, e inmediatamente bajaron la voz, interpretando que la conversación le había despertado. Él les devolvió el saludo con la mano, y se quedó mirando la calle vacía. Hacía frío y Madrid le pareció una ciudad triste. Entornó la ventana.

Desvelado, vio la cena que le habían subido. Un cuenco de sopa que, pese a que había perdido todo su calor, comenzó a beber, mientras reflexionaba sobre el sueño.

Le resultó muy obvio que el sujeto que aparecía era un don Quijote, aunque con vestimenta poco adecuada para un caballero. Pero no le extrañó, porque parte del exotismo del personaje literario se hallaba en su patético disfraz, ¿qué hacía paseándose por Castilla con una bacía, en vez de un auténtico yelmo? Este Quijote, el que la imaginación de Alonso había pergeñado, tenía cofia de mujer y estigmas, como Ángeles de Nuestra Señora. Extraña fusión, pero razonable. Alonso se acordó de aquella máxima leída en su época de estudiante:



*Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur.*

Era decir que quien producía unas imágenes mentales, también actuaba amoldándolas a sus entendederas. En su caso, fundir los dos personajes era lógico, porque se encontraba investigando en la obra cervantina y, además, conocía y visitaba a Ángeles. En distinto orden de cosas, tanto uno como otra, eran objeto de su preocupación y estudio. A eso achacó la simbiosis.

El cuenco de sopa, que era bastante, le indujo a pensar en la alimentación de la muchacha, así como en su recuperación. Y esto a recordar cómo, esa misma mañana, había sido ella quien le recomendó dormir, «durmiendo se le pasará», le dijo. Y le habló del *Quijote*.

Dejó el recipiente sobre su escritorio. El olor de la comida y la madera de los muebles le evocó otros olores familiares, lejanos y distintos, los de su misión en Nueva España. El hospital recién fundado y la gente, siempre agolpada junto a una de las puertas del patio, esperando un plato de comida caliente de los *padresitos*, como decían.

Cerró los ojos. Volvía a vencerle el sueño y se dejó llevar. Fue, otra vez, en ese extraño y fascinante estado de ensoñación, cuando su mente le apuntó en la dirección indicada, recordando la frase que durante la visita anterior le había dicho Ángeles:

*Aunque la investigación parece llevarle por una cueva oscura,  
ahí tiene la luz.*

Y se dio cuenta. ¡Había soñado con don Quijote en la cueva de Montesinos!

Encendió el velón y buscó con ansiedad los capítulos del libro relativos al asunto. Eran el veintidós y veintitrés de la segunda parte. Incluso, cuando —en el propio sueño— intentó despertar a ese Quijote, lo hacía sacudiéndole como acontecía en el libro.

*(...) y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestra de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y, con todo esto, no despertaba; pero tanto le volvieron y revolviéron, sacudieron y menearon...<sup>42</sup>*

El episodio se desarrollaba en una gruta, muy próxima a la localidad de Ossa de Montiel, en Ciudad Real, junto a una de las lagunas de Ruidera. Destino subterráneo que escogió el hidalgo para distraer su tiempo, haciéndose acompañar de cierto estudiante, el Primo, ofrecido por un licenciado en las —llamadas por el común—

---

<sup>42</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, II, cap. XXII.



«Bodas de Camacho el Rico» (que no fueron tales, sino las de Basilio el Pobre y Quiteria la Hermosa).

Don Quijote y Sancho, en compañía de tan oportuno guía, emprendieron el camino hacia la aventura más extraña y mágica del libro, acercándose a un lugar real del que Cervantes daba señas, localizándolo cerca de una ermita y una hospedería.

*—No lejos de aquí —respondió el Primo—, está una ermita, donde hace su habitación un ermitaño, que dicen ha sido soldado y está en opinión de ser un buen cristiano, y muy discreto, y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado a su costa; pero, con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes<sup>43</sup>.*

El hidalgo fue bajado a la cueva con la ayuda de un muy preocupado Sancho y de esa especie de loco de las humanidades que era el Primo, capaz de escribir un inútil catálogo de setecientas tres libreas para escoger en días de fiesta; o su más onírico libro *Metamorfóseos* o de las transformaciones, ejemplo perfecto de una ciencia mal encaminada y una hacienda sin provecho.

Soltaron cuerda al caballero, a partes iguales entre oraciones e inquietudes, y estuvo cosa de una hora mal dormido (y con peor despertar, a lo que leyó Alonso), porque así se quedó cuando encontró algún acomodo en aquella oscuridad, donde soñó la aventura que insistió en haber vivido y haber dormido al mismo tiempo, distorsionando tiempos e inventando lugares que no fueron, ni podían hallarse.

Pero, Alonso, que tenía mucha familiaridad con la obra, no pudo menos que detenerse en el juego de aparentes equívocos en los horarios. Cervantes hacía llegar a los personajes pasado el mediodía:

*(...) y otro día a las dos de la tarde llegaron a la cueva...<sup>44</sup>*

Inmediatamente, prepararon a don Quijote para que bajara. Él, con la cuerda atada al jubón de armar, imploró a Dios y a Dulcinea. Viendo que la entrada estaba dificultada por la maleza, desbrozó con la espada y, cuando la tuvo limpia de matorrales, lo descolgaron echándole sogas. Dejaron de oírle después de haber soltado cien brazas de ésta y quedaron muy preocupados. Aguardaron media hora y decidieron subirle. Iban tirando sin sentir el peso del cuerpo ni verlo. Por fin, «a poco más de las ochenta brazas», sintieron el peso.

*Finalmente, a las diez vieron distintamente a don Quijote...<sup>45</sup>*

<sup>43</sup> *Ibidem*, II, cap. XXIV.

<sup>44</sup> *Ibidem*, II, cap. XXII.

<sup>45</sup> *Ibidem*, II, cap. XXII.



«¿A las diez?» —se preguntó el padre Alonso.

Sin duda, debían de ser las diez brazas, pero Cervantes omitía la palabra, provocando que, en una lectura rápida, pareciera la hora de subida de don Quijote. Y, por lo tanto, un error. Aunque, obviamente, no había tal descuido. Bien que podía creerse tal cosa, pues también se decía que después de despertar al hidalgo —ya que lo subían dormido—:

*(...) merendaron y cenaron, todo junto<sup>46</sup>.*

Se aclaraba el malentendido en el siguiente capítulo, donde Sancho y el Primo iban a oír de primera mano una extraordinaria aventura subterránea, mientras reposaban durante la sobremesa.

*Las cuatro de la tarde serían...<sup>47</sup>*

Al contar tanta cosa vivida en aquella oscuridad, Sancho, con buen juicio, dudó acerca de la veracidad de la aventura, ¿cómo le dio tiempo a todo aquello? El hidalgo se molestó:

—¿Cuánto ha que bajé? —preguntó don Quijote.

—Poco más de una hora —respondió Sancho<sup>48</sup>.

Don Quijote, por el contrario, creía haber estado tres días y tres noches, dejando ver a sus compañeros que, todo lo acontecido, lo había soñado. Realidad y fantasía quedaban oscurecidas en su mente, incluso para distinguir el paso del tiempo.

Alonso recordó que, para colmo, al inicio del siguiente capítulo, muy pocas páginas adelante, Cervantes ponía en boca de Cide Hamete Benengeli —el supuesto narrador de las aventuras— una sorprendente afirmación: antes de morir, el hidalgo manchego se desdijo de lo referido a la cueva de Montesinos, negando haber vivido aquella mágica aventura. Lo que equivalía a decir que el autor de la novela mostraba una voluntad expresa de que nada de lo escrito fuera tenido en cuenta. Como si esos capítulos no tuvieran verdadero interés en la narración.

Alonso se preguntó por qué una parte de la novela que parecía tan importante, después, era puesta en entredicho por su autor. ¿Y si lo que Cervantes pretendía era una ocultación? Cubrir la verdad con el velo del equívoco y la ambigüedad, para que el lector no iniciado, aquel que no debía hallar el *Speculum*, no supiera verlo.

<sup>46</sup> *Ibidem*, II, cap. XXII.

<sup>47</sup> *Ibidem*, II, cap. XXIII.

<sup>48</sup> *Ibidem*, II, cap. XXIII.



No era una suposición gratuita. Cervantes había usado muy conscientemente la idea de la gruta porque en los libros de caballerías el *topos*<sup>49</sup> de la cueva tenía gran importancia, y el *Quijote* era una parodia de estos libros. El jesuita recordó las aventuras de Belinfor en las Cinco Cuevas, o la del caballero Celindo de Carpentas, quien, según narraba el *Florambel*, descendió a una gruta en el Pavoroso Valle. Las cavernas, además de probar al héroe, también encerraban tesoros, como era el del conocimiento, que se obtenía matando al dragón y extrayendo una piedra (la denominada *draguntia lapis*) de su frente, según narraba Thomas de Cantimpré. La idea de la cueva ocultadora de tesoros —fueran éstos el conocimiento o la sabiduría misma— Llevó al padre Alonso a recordar su estancia en Nueva España, donde había oído relatos populares acerca de los *chaneques*, seres mágicos que habitaban bajo tierra y guardaban riquezas, que a veces donaban a los hombres.

Don Quijote regresó transformado de su estancia con Montesinos y cuando lo despertaron, se quejó por haber vuelto de aquel mundo a la futilidad de la vida:

*—Dios os lo perdone amigos; que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, o se marchitan como la flor del campo*<sup>50</sup>.

El sacerdote, viendo que el hidalgo quedaba como transformado —tan importante era lo que vivió bajo tierra—, abundó en la certeza de que poner como falsa la aventura no era otra cosa que enmascararla, para que no se hallara la verdad que escondía la novela.

Andaba en lo leído, cuando reparó en una de las frases del Primo del licenciado, aconsejando a don Quijote, a punto de adentrarse en aquel abismo:

*—Suplico a vuesa merced, señor don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro: quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis «Transformaciones»*<sup>51</sup>.

¿Era un guiño? ¿Un aviso para que el lector elegido —aquel que buscara y estuviera destinado a dar con la clave de la obra— anduviera atento?

*... mire bien y especule...*

Del latín *specular*, la misma raíz que *Speculum*. «Especular» significaba observar con detenimiento, pero también tenía otro sentido, el de hacer suposiciones, hacer

<sup>49</sup> Lugar común, recurso.

<sup>50</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, II, cap. XXII.

<sup>51</sup> *Ibidem*, II, cap. XXII.



cabalas... ¿Quizá estaba induciendo al lector avisado para que descubriera, además del contenido aparente, otro disimulado en esas páginas referidas a Montesinos?

La galería de personajes que se desgranaban en aquel lugar resultaba extrañamente enigmática. Si aquéllos se referían, de alguna manera, al *Speculum cordis* (una obra templaria), ¿cabía la posibilidad de que fueran trasuntos de los miembros de la Orden del Temple?

El sacerdote, cada vez más atrapado por su propio juego de suposiciones, intentó releer, buscando analogías entre lo que escribió Cervantes y lo sucedido con la desaparecida institución.

Aquel encierro subterráneo era un artificio de Merlín, y así se lo explicó el propio Montesinos a don Quijote:

*(...) Merlín, aquel francés encantador que dicen que fue hijo del diablo, y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo<sup>52</sup>.*

Alonso, a quien la necesidad hacía ser tan perspicaz como el hambre hacía osado al cazador, inmediatamente, captó un error en el texto. Sí, esta vez no sólo lo parecía. Cervantes se había equivocado.

Merlín no era francés.

El poderoso mago de la leyenda artúrica era de la legendaria tierra del Amadís: Gaula, no Galia. Es decir, del País de Gales.

Merlín era inglés.

El jesuita se hizo, pues, la pregunta que pedía el sentido común: ¿era razonable imaginar que Miguel de Cervantes, de probada erudición, se equivocara con esa gran ingenuidad? O planteada de otra manera: siendo el *Amadís de Gaula* una obra tan principal y leída del elenco de literaturas de caballerías, ¿creía Cervantes que Gaula era un lugar francés? ¿No leyó el *Amadís*?

Ni lo uno, ni lo otro. Era impensable que Cervantes no hubiera leído nada referente al País de Gales, porque ese texto, en cuatro libros, abría unas de las más señaladas lecturas de caballerías. *Los cuatro libros de Amadís de Gaula* (muy citados en el *Quijote*) eran cabecera de todo un ciclo de obras: el *Lisuarte*, el *Rorisel*, el *Silves de la Selva* y otros, que se arropaban bajo su nombre. Al igual que era prácticamente imposible que una pluma afinada como la suya pudiera confundir el

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, II, cap. XXIII.



origen de Merlín, siendo este señor tan primero entre los mayores artífices de hechicerías y mentado en tantas obras de caballerías.

Tales pensamientos llevaron al padre Alonso a una única y clara conclusión, y era que el autor del *Quijote*, deliberadamente, llamó francés al mago porque, acaso, se refería a otro personaje.

El promotor de la detención y los asesinatos en la hoguera de Jacques de Molay y sus compañeros fue el francés Felipe IV el Hermoso.

Máximo responsable de todas las calamidades de la Orden, porque, incluso, decidió qué Papa sustituiría al efímero Benedicto XI, y llevó a la Iglesia a la cautividad con el pontificado de Bertrand de Got, Clemente V, en Avignon.

La estrategia del Rey galo para aniquilar al Temple podía ser definida como una acción mefistofélica. Su fin último era hacerse con los bienes de los caballeros (aunque el Papa, a pesar de su tibieza, intentó pasar una parte a los Hospitalarios de San Juan y a otras órdenes).

Visto lo cual, la ironía cervantina plasmada en la afirmación de que el encantador supo «un punto más que el diablo» podía aludir a Felipe IV, quien orquestó el entramado de acusaciones y difamaciones contra la Orden para aniquilarla.

Ahora, después de identificar al Merlín francés del *Quijote* con el expoliador del Temple, Alonso se detuvo en la descripción de Montesinos. Cervantes la había hecho cuando éste se acercaba al hidalgo, tras abrirse las grandes puertas del palacio de cristal que había en la gruta:

*(...) hacia mí se venía un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba, canísima, le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces, asimismo como huevos medianos de avestruz; él continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron<sup>53</sup>.*

La dignidad con la que aparecía el personaje sugería la de un alto y respetabilísimo señor, cuya apariencia de sabiduría la recibía de unas barbas canas y luengas. Los ropajes resultaron inconfundibles para el padre Alonso, pues aunque eran antiguos, correspondían a los de un profesor de teología, lo que unido al excesivo rosario de grandísimas cuentas (las del Padrenuestro eran «como huevos medianos de avestruz», releyó el jesuita) hacía suponer que se estaba identificando a una muy elevada personalidad religiosa. ¿El Papa Clemente V que vivía en Avignon bajo el poder de ese Merlín francés? Al menos, parecía coincidir.

Alonso tomó un velón y se acercó a la biblioteca de profesores. Fue cuando notó que ya amanecía, aunque no se hubiera dado cuenta hasta ese momento, al pasar

<sup>53</sup> *Ibidem*, II, cap. XXIII.



las horas de la madrugada como el hidalgo manchego, tan enfrascado en asuntos de caballerías.

Suponía que, en esa alternancia de analogías, al falso Merlín le correspondía un falso Montesinos y, por lo tanto, la descripción dada de este religioso personaje en la cueva no era la de aquel legendario caballero. Es decir que el verdadero Montesinos no era ningún religioso. Pero quiso cerciorarse, buscando lo que hubiera acerca de aquél en la biblioteca del Colegio. Lo halló en el *Cancionero de Romances*, editado un siglo antes. Ahí figuraba el verdadero Montesinos como compañero de Durandarte en la corte de Carlomagno. Francés —como el Papa Bertrand de Got y los demás, pensó Alonso—, y con una ardiente y apasionada Rocaflorida, quien reclamaba a Montesinos, enviándole cartas de amor desde España.

En cambio, en el *Quijote*, el personaje aparecía absolutamente clericalizado, lo que ratificaba esa clara intención de señalar no al Montesinos de la literatura, sino a un personaje religioso.

Fue el Papa Clemente V quien, cargado de miedo y debilidad, toleró el expolio templario y, en este sentido, quien literalmente arrancó el corazón al Gran Maestre del Temple, Jacques de Molay, destruyendo lo más querido para él (su Orden), además de arrebatarle la vida.

Completar el cuadro le resultó fácil al padre Alonso porque en aquel subterráneo de cristal descrito en la novela yacía sobre un sepulcro de mármol otro francés (como también lo era Jacques de Molay), un descorazonado Durandarte —trasunto del Gran Maestre, pensó Alonso—, acerca del cual sostenía la leyenda que, una vez fallecido en la batalla de Roncesvalles, su primo Montesinos le arrancó el corazón para llevárselo a Belerma, la amada del caballero muerto.

El jesuita encontró un toque de humor en la elección de los dos personajes, pues si ambos eran primos, la idea del parentesco también apoyaba la analogía, ya que se encontraba otra cierta relación de parentesco, por así decirlo, entre un gran maestre de una orden religiosa como era el Temple y el pontífice de la Iglesia.

Pero se topó, definitivamente, con la clave cuando Montesinos daba referencia del caballero yacente.

—Éste es *mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiende aquí encantado, como me tiene a mí y a otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador...*

<sup>54</sup>

Ahí estaba lo más ansiado.

...*flor y espejo...*

---

<sup>54</sup> *Ibidem*, II, cap. XXIII.



¡El *Speculum*! Y siendo *espejo*, el del *corazón* arrancado (su corazón es el asunto central del capítulo del *Quijote*), aquello parecía la aclaración definitiva, es decir, que ahí estaba enterrado el *Espejo del corazón*, y que el sepulcro sobre el que yacía Durandarte era la otra parte de la clave.

... *tiénele aquí...*

Todo lo pronosticaba, la obra buscada podía hallarse oculta en aquella cueva. Por esa razón, se explicaría el interés del escritor en dar datos, reales y muy precisos, acerca de la ubicación de la ermita y la pequeña hospedería, próxima al escondite subterráneo, a la vez que disfrazaba la verdad de lo que allí podía encontrarse, diciendo don Quijote que todo aquel viaje era falso.

El jesuita, convencido del hallazgo, soltó el libro y, salió de su cuarto en busca del director, dejando la puerta abierta. Se encontró a Tomás en el pasillo, seguido por un grupo de alumnos que volvían de misa.

—No le hemos visto en la capilla —dijo el joven, con ánimo de pincharle.

Alonso se detuvo, ajeno totalmente al comentario.

—Tomás, por favor, que me ensillen una montura y me preparen algo para varios días. ¿Está el padre Ignacio? —preguntó mientras descendía la escalera hacia la planta baja.

—En el Noviciado, o no sé dónde. Lo que tarde en volver. Salió muy temprano, decía la misa ahí. A lo mejor, ya está por abajo.

—¿El Noviciado? Acabas de darme una idea. Acércate ahí y que me tengan preparada una montura y comida.

El padre Ignacio aún no había regresado, pero el tiempo en que Alonso se entretuvo hablando con Tomás fue suficiente para el padre Nithard, que salía de una de las aulas. El alemán miró hacia el fondo del pasillo y vio abierto el cuarto de Alonso, con varios libros sobre la mesa. Su habitual sigilo le permitió entrar, y observar sus papeles y notas. Nada más hacerlo, pidió un coche y salió del Colegio.



## El Toboso, 27 de noviembre de 1658

El padre Alonso había emprendido el viaje desde el Noviciado de la calle de San Bernardo. Y aun así, callejeó con la cabalgadura como si se encaminara hacia el norte, por miedo a que lo siguieran, como ya le ocurrió camino de Torres de la Alameda.

Por fin, enfiló la calle de Toledo, que era como volver al Colegio, para salir de la ciudad hacia el sur.

Ya en las afueras de la villa, cabalgó deteniéndose y oteando el horizonte, aunque de poco le valió, porque, cuando quiso cerciorarse de que viajaba sin compañía (la de Tomás, por ejemplo), distinguió una polvareda a escasos dos kilómetros. Eran tres jinetes.

Aun con el mucho cansancio que acusaba su cuerpo por las penas y la falta de sueño, tal imprevisto le obligó a desviarse de su recorrido, de manera que perdió parte de la jornada intentando deshacerse de sus perseguidores, porque, en un suelo tan llano, como era el de los alrededores de la capital, resultaba imposible no ser visto. Se desvió hacia Arganda, que era lugar de postas, para seguir hasta Tarancón y, desde allí, en línea recta bajar a Quintanar de la Orden, ya que su intención era detenerse en El Toboso.

No tenía la certeza de que sus perseguidores relacionaran su viaje con la ruta quijotesca. Bien que, hallándose de fondo la ocultación del *Speculum cordis* por Miguel de Cervantes, no era disparatado pensar que los matasiete enviados para seguirle —y acabar con él, si encontraba el libro— estuvieran al corriente de algunos de los más sencillos aspectos de tan enrevesada trama, tales como que el misterioso volumen lo escondió el autor del Quijote. Y que se les hubiera advertido acerca de la inconveniencia de que el libro cayera en manos de terceros, porque poseía un inmenso valor.

Cuando, ya de noche, llegó a El Toboso, le tentó la idea de alojarse en la casa parroquial, además de celebrar misa. Pero recordó el infortunado final del párroco de Torres de la Alameda y no quiso arriesgar otra vida. Escogió, por lo tanto, la posada. Por otra parte, pensaba que, de hacerlo así, aunque lo siguieran hasta la gruta, no lo molestarían. El encuentro con sus presumibles asesinos se daría una vez consumado su trabajo, donde Cervantes hizo reposar al personaje de Durandarte.



Fue muy de madrugada cuando oyó unos relinchos de caballos que procedían de la plaza y el ruido de cascos sobre el empedrado. Era un ir y venir entrecortado y nervioso. Alonso se levantó del camastro, pero no encendió la palmatoria que había en la mesa. Abrió con discreción la contraventana y vio a unos jinetes. Ya no eran tres. Como poco, triplicaban el número, pero no supo precisarlo, porque algunos entraban y salían al trote por las callejuelas, y la oscuridad le impidió distinguir si eran siempre los mismos. Tampoco descubrió parecidos. Sí vio que iban bien armados.

Quienes callejeaban lo hicieron como si buscaran algo o a alguien. «Si era a él — pensó—, ya no podía arriesgarse a partir con el alba, porque, a esas horas, la soledad del pueblo, de los campos y caminos lo convertiría en presa muy reconocible y desprotegida.»

Ante la amenaza de la noche anterior, hacía apenas unas horas, Alonso se replanteó cómo salir de El Toboso sin levantar sospechas. Imaginó que los caminos estarían vigilados, así que, por lo pronto, retrasó el viaje y actuó como si no se viera acosado.

Si quería pasar inadvertido, lo mejor era ser visto.

Al saber de la existencia de un monasterio de clarisas en el pueblo, cuando muy de mañana se disponía a pagar el alojamiento, preguntó dónde quedaba aquel claustro. No explicó para qué, lo que suscitó el interés del posadero, que era lo que Alonso quería. A regañadientes —eso es lo que hizo creer—, y con cajas destempladas, le respondió que «un sacerdote comisionado de la catedral de Toledo no tenía que dar explicaciones a un posadero curioso y que, si estaba en El Toboso para cumplir con su obligación, que era dirigir unos ejercicios espirituales, sólo le interesaba a Dios Nuestro Señor y a las franciscanas». Que «en vez de andar husmeando quién va y quién viene, mejor haría en frecuentar la iglesia». Bronca que redondeó con un despectivo: «esto me pasa a mí por hospedarme en casa de conversos», lo que fue muy hiriente y definitivo, porque el posadero, avergonzado y jurando pureza de sangre, no sólo insistió en no cobrarle la noche —a lo que se negó rotundamente el jesuita—, sino que se prestó a acompañarle hasta el lugar, lo que hicieron a pie, como Alonso prefería, para no llamar la atención, pues había dejado el encargo de que más tarde le llevaran el caballo.

Las religiosas, muy poco visitadas, se sintieron regaladas con la llegada del dinámico cura, más culto y agradable que el anciano sacerdote del pueblo, y dado a la buena mesa. Desayunando, fue cuando se enteró de que, esa misma noche, los freiles del Priorato de San Juan habían despertado a medio pueblo con el ir y venir de las cabalgaduras.

Aquello era nuevo para él. La información le trajo a la mente la agresión a fray Juan Martínez. Después, quiso asociarlo con la señal en el pasadizo del Tribunal de Corte, la que parecía responder a parte de una cruz floronada de alguna orden de caballería. Aunque había un matiz que no se le podía escapar: la cruz de los caballeros de San Juan era patada, de ocho puntas. Por lo tanto, lo único que tenían



por igual las cruces del Priorato con las de Calatrava, Santiago o Alcántara era la calidad del signo, pero no la forma de los brazos.

Aún le preocupó más la salida del pueblo. ¿Y si ahora llevaba tras él a dos grupos de perseguidores?

Como de momento se sentía seguro, demoró el viaje hasta tener un plan que le permitiera darles esquinazo, por lo que no dictó un curso de teología, pero casi, haciendo tiempo en una charla con las religiosas, explicándoles la razón y ventaja de los ejercicios ignacianos.

Durante ese entretanto supo, mediante un labriego portador de enseres para el convento, que las nubes se acercaban con agua en abundancia y que caería un chaparrón durante las primeras horas de la tarde. Esperó el previsto aguacero y aprovechó su tremenda contundencia para reemprender el viaje. «En penitencia», le dijo a las hermanas, que veían un disparate en tan húmedo viaje. Salió de El Toboso a través de la finca de las monjas, por la parte trasera del convento, y no por el camino de carros, que unía al pueblo con la aldea vecina de Pedro Muñoz.

La estratagema le hizo perder tiempo, pero ganó en seguridad. Pese a hallarse en campo abierto, la mucha agua dificultaba la visión en la lejanía y, por lo tanto, impedía que lo reconocieran, además de evitar que se levantara una nube de polvo con la galopada. Un recurso muchas veces utilizado por los correos militares.

Así, se alejó del lugar más soñado por el hidalgo manchego, la tierra de Aldonza, Aldonza, la dulce, Dulcinea.

Lo cierto era que sus perseguidores se habían esfumado. En cambio, cuanto más cerca estaba de su destino, más oscuros eran los pensamientos que le acechaban y el temor a un fatal desenlace en esa desconocida gruta de las lagunas de Ruidera.

Calado hasta los huesos por culpa de la persistente lluvia, para colmo, comenzó a sentir una fuerte calentura contra la que no llevaba remedio alguno, que no fuera el descanso y la ropa seca. Pero, a pesar de la necesidad, que era mucha, no se detuvo en ninguno de los cobertizos que encontró de camino, junto a los campos de cereales. Tampoco lo hizo en la aldea de Tomelloso, por miedo a que lo hallaran, y se fuera al traste tanto desvelo para descubrir el secreto del Inquisidor y la razón de los horrendos crímenes.

Pensaba que podían torturarlo para que confesara hacia dónde se dirigía, e incluso llevarlo con violencia hasta el lugar. Posibilidades que no estaba dispuesto a facilitar, pero que la fiebre y el cansancio, que arrastraba de tantos días de tensión y esfuerzos, aumentaban en su imaginación.

En Tomelloso, únicamente, preguntó acerca de la hospedería y el ermitaño que vivía junto a una de las lagunas. Los más ancianos dijeron que lo recordaban, pero que había muerto, aunque alguien ocupó la casa junto a la ermita y daba el mismo servicio, muy próximo a la laguna que llamaban de San Pedro.



Como la indicación parecía buena, evitó Argamasilla de Alba, que era el camino natural, pero lo alejaba de la zona, y salió galopando hacia el castillo de Peñarroya, aunque se mantuvo a prudente distancia porque aquélla era zona de órdenes militares; la de Santiago dominaba el Alto Guadiana, en donde ahora se encontraba, y temía un encontronazo con los caballeros. Una vez rebasado el castillo y el santuario de la Virgen de Peñarroya, el plan del padre Alonso era, ladeando el Guadiana, llegar hasta el pueblo de Ruidera.

Dio con el lugar cuando apenas quedaba luz y una densa niebla cubría todo. Alonso detuvo su montura e intentó situarse. Lo acuciaba la necesidad de buscar cobijo, cambiarse de ropa y tomar algo caliente.

El caballo relinchó inquieto, chapoteando sobre un húmedo y triste silencio. Sin bajarse de él, el jesuita quiso distinguir las viviendas próximas, que por hallarse blanqueadas pasaban aún más inadvertidas. ¡Qué bien le habría venido la ayuda de un personaje como el Primo del licenciado! Ahora, en ese lluvioso atardecer, podría darle posada y cobijo a su caballo.

En otras condiciones habría advertido cómo se acercaba un grupo de hombres que comenzaron a rodearlo. Por fin, cuando los tuvo encima, vio el farol y algunas de las siluetas.

—A la paz de Dios. ¿Se ha perdido vuesa merced? —preguntó un joven, el más inmediato al que portaba la lámpara.

Por las ropas que llevaban, pensó que eran campesinos, pese a que su interlocutor disimulaba una vieja espada, escondiéndola tras la pierna y los gregüescos.

—Soy..., soy sacerdote... —repuso, cayendo en tierra, antes de acabar la palabra.

Quiso la fortuna que aquéllos fueran buenos cristianos y el padre Alonso dijera a tiempo —aunque a medias— su condición religiosa. Porque despertó sobre un camastro de paja improvisado junto al fogón de una cocina, al lado del cual se secaban sus ropas. Le habían puesto un raído camisón, viejo, pero limpio y seco. Intentó moverse y sintió un tremendo dolor en el costado; el fuerte golpe de la caída le produjo tal molimiento, que el daño recibido por don Quijote con la tunda de los yangüeses, frente a lo suyo, parecía cosa de aficionados.

—Su Paternidad debería estar muy quieto —le habló alguien que por las ropas y una envejecida teja parecía el párroco del lugar.

—Ya... —repuso Alonso, dominado por el cansancio y la calentura.

—Y convendría que guardara reposo varios días —apuntó otro, que imaginó que era barbero o boticario.

—Hoy sí..., pero mañana... —dijo, pensando en la necesidad de llegar a la cueva cuanto antes.



—Ya es mañana, padre —intervino el joven que había visto junto al farol en la niebla.

—¿Cuánto he dormido?

—Perdió el conocimiento al atardecer y pronto amanecerá —le explicó el mismo.

—Está en mi casa —añadió otro de los que rodeaban el camastro, un hombre algo mayor, el que había llevado el farol, y ahora le ofrecía un tazón de sopa y un trozo de queso.

—Muchas gracias..., llevo dinero en el morral.

—¡Quiá! —negó su anfitrión—. Somos gente de bien, padre. Ahora beba este caldo y coma algo.

Comió con voracidad ante la atenta mirada de los cuatro y un crío que se sumó al grupo. Alonso sintió la obligación de decir algo creíble acerca de su viaje, de manera que tuvo que inventarlo.

—Voy a Ossa de Montiel a través de los humedales porque soy profesor del colegio de la Compañía de Jesús en la Corte y estoy estudiando... la orografía del lugar.

—Ah... Pues para cosa de oraciones nadie mejor que don Damián —dijo el que pasaba por barbero, mientras señalaba al cura, que sonrió agradecido por el cumplido, aunque algo desconcertado, porque no conocía la calidad de esa teología.

—Estudio las montañas, el suelo —aclaró Alonso—. Pero debo marchar mañana.

—Tendría que descansar —insistió el párroco con amabilidad— y, siendo una persona tan principal, yo podría hospedarlo en mi casa.

Alonso volvió a encontrarse en aprietos y, como hizo en El Toboso, no tuvo más remedio que engordar el embuste.

—En realidad, padre, aprovecho el viaje para estudiar la orografía, pero la razón última es una promesa a la Virgen Nuestra Señora. Cuando amanezca debo partir hacia la ermita que hay junto a la laguna de San Pedro. Una promesa, padre, que he de cumplir con el alba.

—Si es así, no se hable más —asintió el tal don Damián.

El jesuita, a pesar de la fiebre, consciente de sus embustes y picardías, se acordó del bueno de Tomás y de cómo habría disfrutado oyéndole improvisar de aquella manera.

Durmió otro rato, hasta el amanecer, cuando le despertó el zagal para que tomara otro caldo y algo de cecina. Comió a modo y, con el cuerpo medio recompuesto, se dispuso para marchar, con la expectación de todas las casas, aquella y las circundantes, de donde se arremolinó todo un gentío, poco dado a novedades y ansioso de cualquier bureo.



Antes de subir a la montura (no sin algo de ayuda), su anfitrión sentenció:

—Le acompañará el niño y le indicará dónde está esa ermita. Aún hay niebla y volvería a perderse.

Y apareció el crío en una mula, cubierto con un capote para combatir la humedad y el frío.

La niebla tardó mucho en levantar, lo que ponía en situación ventajosa al religioso, temeroso de que sus perseguidores le dieran alcance. Borearon los juncales, teniendo siempre las lagunas a la derecha, la del Rey, la Colgada, Batana...

Los humedales eran una amplia zona que daba cabida a un inesperado rosario de acuíferos en el Campo de Montiel. Con abundancia de juncos, pero circundados por bosques mediterráneos y una muy rica fauna, entre la que destacaba una gran cantidad de aves.

El crío, que no tendría más de once años, pese a que en un primer momento pareció tímido, se reveló muy parlanchín, aunque desordenado en su exposición acerca del paisaje. Resultaba pródigo en datos y en observaciones. A pesar de la niebla, era capaz de hacer el camino a tientas y dar razón de todo: aquí un enebro, ahí un salto de agua, un pato colorado o una focha, y así. A lo que el padre Alonso respondía con un amable «ya veo, ya veo», por decir algo, porque no adivinaba más que la sombra de la mula y el cuerpecillo del niño gesticulando con el brazo.

Comenzó a aclararse la mañana cuando llegaron a la laguna de San Pedro, y Alonso, al ver la ermita próxima, sonsacó al chaval dónde se hallaba la gruta, alegando que quizá necesitaría algún otro lugar para mayor recogimiento. Pero no hizo falta mucho circunloquio, porque, nada más preguntarle, complaciente, lo llevó hasta la misma boca, lo que el sacerdote agradeció abriendo su bolsa —que era espléndida— y poniendo en su mano unas monedas. Entusiasmado, porque ni él, ni su padre, ni sus vecinos habían visto tantos dineros juntos, salió con la mula al trote, muy agradecido, pero casi sin tiempo para mostrarlo. Y zurró tanto al animal que llegaría despavorido al pueblo, si antes no acababa de cabeza en un charco.

Para el padre Alonso había llegado el momento más esperado del viaje.

Distinguía la entrada de la cueva una cierta y escasa irregularidad del terreno, que formaba un pequeño promontorio. En él se abría la tierra con un corte horizontal de varios metros y suficiente altura para un hombre. Junto a ésta, había restos de una construcción antigua, un horno que, al parecer, era fábrica de romanos.

Nada más entrar en la caverna, Alonso encendió la mecha de la linterna. Buscó una gran roca y ató un extremo de la soga en torno a su pecho y el otro a la piedra. Llevaba cerca de cincuenta metros porque había tenido buen cuidado en seguir las instrucciones del *Quijote* que portaba en el morral.

*A obra de doce o catorce estados de la profundidad desta mazmorra... <sup>55</sup>*

---

<sup>55</sup> *Ibidem*, II, cap. XXIII.



Según calculó, don Quijote se descolgó a través de ese espacio por la sima próxima a la entrada. Como un «estado» equivalía a la altura de un hombre, es decir, aproximadamente, uno con setenta, Alonso estimó que necesitaría más de veinte metros de cuerda para bajar. Cervantes no precisaba si eran doce o catorce estados, esto es, que el descenso podía ser incluso de unos veinticinco metros; a lo que Alonso añadió las dos vueltas de cuerda a su cuerpo, y el nudo a su cintura, más otras tantas vueltas a la roca más próxima. Además de la previsible distancia de ésta a la sima.

Con medida dificultad, encajó la luminaria en su bonete de clérigo, pasándole una cinta de cuero por una argolla de sujeción que llevaba; cinta que ató a su cabeza, como quien se sujeta un sombrero, y cargando una pequeña azada en el cinturón y el *Quijote* entre el jubón y la ropilla, emprendió el incómodo descenso por una húmeda pared de caliza.

Una vez abajo, con el mismo cuidado con que se la puso, quitó la linterna de su cabeza y la dejó sobre una roca. Se desembarazó de la cuerda que rodeaba su cintura, sacó el *Quijote* del pecho y relejó el texto:

*(...) a la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas<sup>56</sup>.*

En efecto, como decía el libro, aquello era una bóveda espaciosa, cuyas paredes se difuminaban en una húmeda y negra oscuridad. El silencio sólo lo rompía el lento y persistente goteo del agua, que se deslizaba por las estalactitas hasta perderse en una sonora profundidad entre los peligrosos huecos del suelo.

Ahora, Alonso debía elegir el sitio para cavar. Un segundo vistazo al lugar y la negrura del espacio, le hizo retomar la novela. Si Miguel de Cervantes había ocultado la obra en el subterráneo de Ruidera, también habría detallado el sitio donde lo hizo.

Leyó la página alusiva al descenso, cuando don Quijote estaba siendo descolgado y, ya en la bóveda, vio una pequeña luz.

*Éntrale una pequeña luz por unos resquicios o agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo a tiempo cuando ya iba cansado y mohíno de verme, pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella oscura región abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así, determiné entrarme en ella y descansar un poco<sup>57</sup>.*

El hidalgo —según comprendió Alonso— recogió toda la soga que le habían ido dando y, en aquella zona de débil luz, hizo una rosca con la cuerda y se sentó. Fue

<sup>56</sup> *Ibidem*, II, cap. XXIII.

<sup>57</sup> *Ibidem*, II, cap. XXIII.



en ese lugar donde le asaltó el sueño y vivió su aventura con Montesinos y Durandarte.

Ahí decidió excavar el jesuita, si bien, como el espacio era anchuroso, temía no acertar con el escondite del libro. Aunque, por otra parte, no podía dilatar la búsqueda, a riesgo de que lo hubieran seguido y acabara su viaje en aquella triste fosa.

Sospechó que, si Miguel de Cervantes se hubiese descolgado por esa escocia como él había hecho —y así debió de ser, porque en el *Quijote* daba las medidas de cuerda necesarias y describía su interior sin error—, era previsible que hubiera escondido el libro en un lugar reconocible. Como buen pesquisidor, el padre Alonso sabía que toda ocultación solía arrojarse de signos identificables para facilitar la recuperación de lo escondido. En cambio, no había nada que distinguiera alguna parte del suelo, excepto aquella débil fuente de luz que, procedente de los resquicios del techo, se filtraba alumbrando una reducida zona. Ahí comenzó a excavar.

No hubo de profundizar más de veinte centímetros, en una tierra blanda y húmeda, cuando notó que acababa de golpear en hueco. Se detuvo, prescindió del azadón y, con mucho cuidado, usando únicamente las manos, fue limpiando lo que parecía una tapa de madera, hasta liberar un pequeño cofre del agujero. Lo sacó y colocó junto a la linterna.

En su interior, había un pliego de papel lacrado y un reducido volumen envuelto en piel. Con mano temblorosa, que tanto podría atribuirse a la fiebre y a la fatiga como a la emoción incontenible de ver confirmadas sus especulaciones, asió fuertemente el objeto que, al tacto, parecía un libro, y lo acercó a su pecho.

Respiró profundamente, satisfecho y exhausto.

Luego, con delicadeza, desplegó el envoltorio y, mientras lo hacía, recordó cómo tan trágica historia principiaba cuando él desenvolvía el *Coloquio de los perros*, cinco semanas antes.

En tinta oscura, sobre la piel de la cubierta de un pequeño códice, podía leerse:

### *SPECULUM CORDIS*

—O *res mirabilis*<sup>58</sup> —musitó, emocionado, en la lengua de la Iglesia.

Pero, al levantar la vista hacia la tímida fuente de luz del techo, vio algo inesperado. Al fondo de la gruta, a su lado izquierdo, unos ojos penetrantes lo vigilaban.

De manera instintiva, quiso reaccionar, incorporarse y dar un paso atrás. Pero sintió el frío de un acero en su cuello. Tras él, otro hombre punzaba con el filo de una vizcaína.

---

<sup>58</sup> ¡Oh, cosa admirable!



No se movió. La figura del fondo, cubierta con una capucha que aún la hacía más tétrica e irreconocible, avanzó lenta hacia él. Alonso le veía brillar la dentadura, que dejaba mostrar una sonrisa despectiva, afeada por la falta de algunos dientes.

—Bueno, bueno... Supongo que ha valido la pena tan larga espera, ¿verdad, padre Alonso? —dijo con parsimonia el desconocido.

Alonso creyó reconocer en él a uno de los sicarios que le siguieron en su viaje para estudiar la copia del sudario de Cristo.

—¡Torres de la Alameda! —exclamó el jesuita.

—He oído que tienen párroco nuevo —replicó con sorna el mismo sujeto.

—¡Asesinos! —repuso indignado.

Mientras, un tercero que surgió a su espalda se agachó para arrancarle el *Speculum* de las manos.

—Hay un tiempo para investigar, otro para buscar... y otro para morir. Digamos que, consumado el segundo, nos preparamos para el tercero —añadió el mismo sicario con ironía—. Pero somos gente caritativa, después de tan agitado viaje, no le obligaremos a cavar su propia tumba. Ya que uno va a morir, que lo haga descansado. Además, ¿qué mejor panteón que esta cueva? Ah..., puede utilizar sus latines para poner su alma en paz. Por nosotros, que no quede.

Apenas había acabado de decir esto, cuando, tras un suave silbido y un impacto, se desplomó quien lo enfilaba con la vizcaína, que en la caída hacia delante hirió levemente el cuello del sacerdote, lo que hizo que éste se apartara bruscamente.

Tanto el cura como los bandidos no supieron qué estaba pasando y tampoco tuvieron tiempo para percibir la pequeña saeta clavada en la sien del malhechor muerto. Un segundo y rápido tiro de ballesta quiso dar al que tenía el libro, quien esquivó el disparo y soltó rápidamente la obra, echando mano de la espada. En un momento, se habían descolgado por la sima varios hombres armados. Con tan poca luz, sólo los diferenciaba de los bandidos el no ir encapuchados. El sicario del fondo se abalanzó hacia ellos con la espada. Alonso se hizo a un lado ante la embestida y todos los intrusos descargaron sus golpes sobre el bandido, que cayó herido a los pies del jesuita.

El tercero, con la tibieza de los cobardes, retrocedía de espaldas, sin atreverse a atacar ni a soltar el arma. Inmediatamente, todos los hombres que lo rodeaban dejaron de mirarle para fijarse en sus pies.

Ocurrió lo inesperado.

El sicario retrocedió y, con el talón de su pie derecho, involuntariamente, golpeó el pequeño códice que estaba en el suelo, lanzándolo a una oquedad. Tras varios segundos de tensa espera, se oyó que tocaba en lo más profundo de la caverna, rebotando hasta dejar de oírse.

Fue tal la rabia e impotencia que mostraron los hombres de armas, que el bandido comprendió la gravedad de su situación, soltó la espada y negó con la cabeza, como queriendo dar a entender que no era su voluntad perder el libro.



En la gruta quedó el cofre vacío.

La mañana había clareado. El grupo subió hasta la boca de la caverna con el bandido preso y el otro moribundo, y Alonso cumplió con su obligación de sacerdote, dando la extremaunción al malherido.

A la luz del día el jesuita reconoció en las capas de aquellos intrusos —sus salvadores— la cruz patada de los caballeros del Priorato de San Juan.

—Llegamos lo más rápido que pudimos, padre, pero la niebla no ayudó —rompió el silencio uno de los freiles.

—¿Cómo sabían adonde venía?

—Cumplimos órdenes. Pero, rectifíqueme si me equivoco, porque lo sé de oídas, ¿puede ser un tal... padre Everardo? —quien hablaba ahora parecía el capitán del grupo.

—¿El padre Everardo Nithard? ¿El confesor de la Reina?

—Eso es —añadió el capitán.

—Pero él... —arguyó Alonso dubitativo.

—Él no, nuestro señor, el Rey don Felipe, encomendó a don Juan José que lo protegiéramos y que, después de dejarle leer el *Speculum cordis*, pues no pretendíamos arrebatárselo, nos lo entregara en custodia. Estaba previsto que se conservara en Consuegra. La única manera de que no cayera en manos innobles.

—Supongo que se refieren a los asesinos de don Diego —observó el jesuita.

—Éste tendrá que dar algunas explicaciones —dijo el freile, mirando al arrestado—. Fueron astutos tomándonos la delantera. Los criminales poseen un instinto natural para anticiparse y hacer el mal. A pesar de ello, intentamos disuadirles en El Toboso.

—Ahora comprendo ese alarde de caballerías la otra noche, llegó a preocuparme y hube de montar una escena en la posada para confundir al pobre posadero —comentó Alonso, aún con algo de humor para sonreír.

—Lo sabemos, y también que Su Paternidad preguntó por la cueva en Tomelloso.

—Una imprudencia necesaria —repuso Alonso.

—Y ellos preguntaron por usted, y llegaron antes.



Madrid, 2 de diciembre de 1658

Alonso llevaba ropas prestadas: montera, gabán, ropilla, jubón y calzas que, si bien eran dignas, no le beneficiaban al talle, ni por el color a su condición religiosa. Pero era lo único que había encontrado para sustituir las propias, embarradas y rotas. La barba de varios días y un enorme abatimiento físico contribuyeron a que Tomás, en la portería, intentara impedirle el paso, cuando regresó al Colegio y se acercó con su caballo al portón.

—¿Adonde va? —preguntó el joven, adelantando la mano izquierda hacia él, con cierto autoritarismo, como para frenarlo.

Alonso, en un primer momento, se sintió desconcertado, hasta que comprendió que la culpa era de sus trazas y la incipiente barba. Pero estaba satisfecho de estar de vuelta y encontrarse con Tomás, con lo que éste representaba: el Colegio Imperial, lo cotidiano, la bendita rutina de las clases.

Aún le quedaba humor. Miró al muchacho —que estaba algo escamado porque, obviamente, el visitante le resultaba familiar—, y preguntó muy serio:

—¿Está el padre Alonso?

Si fueron la ropa y las barbas lo que engañó al novicio, en cambio, éste reconoció la voz. Lo miró fijamente a los ojos y ya no le cupo la menor duda, esa mirada penetrante, aunque ahora cansada, no podía ser otra. Decidió seguirle la broma.

—Está huido. Salió hace días en busca de algo y algunos lo creen por Flandes.

Ambos soltaron una carcajada.

—Me alegro mucho de que esté de vuelta. ¿Qué tal el viaje, padre? —preguntó el joven, mientras le sujetaba la montura.

—Ha acabado la pesadilla.

—¿Encontró el libro?

Alonso se limitó a esbozar una sonrisa.

—Deja que otro atienda el caballo. ¿Está Nithard?

—Eso creo.

—Llévalo al despacho del padre Ignacio y esperadme allí los tres. Subo un momento al cuarto.



«Bacalao», pensó Tomás, con cariño.

—¿Le pido una tinaja grande? ¿Muy caliente?

—No, no, después. Sólo quiero afeitarme y cambiarme.

—No me extraña, trae una cara que no parece la suya. De agotado, quiero decir.

—Menos mal —bromeó Alonso—, creí que lo peor era la ropa.

Cuando entró en el despacho del director, tanto éste como Nithard y Tomás, que se hallaban sentados, inmediatamente se levantaron para recibirlo. Era muy verdad que se estaba viviendo un momento único y definitivo en la ciudad, en el mismo Alcázar y en la sede del Priorato.

—Nos alegramos mucho de su vuelta, padre Alonso.

Quien hablaba era Nithard, que se acercó hacia él y, de inopinada manera, le pegó un fuerte y rotundo abrazo que nadie esperaba. Gesto de afecto que era muy infrecuente, por no decir absolutamente extraordinario en el distante alemán. Pero cada uno intentó reflejar la satisfacción que sentía de la mejor manera, porque el padre Ignacio no dudó en acabar endulzando el momento.

—Ya he encargado algo de merienda, chocolate con mi punto de canela. Siéntese Su Paternidad, que estará cansado.

Alonso se quedó en silencio unos segundos mirando a sus compañeros de religión. Estaba vencido por el agotamiento. Desde aquel lunes 25 de octubre había transcurrido algo más de un mes, en cambio, los hechos, que se sucedieron con enorme rapidez, fueron de tal envergadura e intensidad, que bien podían haber ocupado años de una azarosa vida. Espantosos crímenes, el primero de los cuales supuso la pérdida irreparable de uno de sus escasos amigos; una exigente y apremiante investigación, que implicaba un excesivo esfuerzo intelectual; la tensa e incómoda sensación de ser espiado, e incluso, la íntima convicción de vivir en un constante peligro de muerte. Pero todo aquello quedaba atrás.

—Cuando Nithard nos contó adonde iba, rezamos mucho por Su Paternidad —habló Tomás.

—Intuí que había dado con la clave de la investigación cuando vi su cuarto abierto y oí cómo pedía que le prepararan algo, porque salía de viaje inmediatamente —se explicó el alemán—. Entonces, entré y observé que tenía el *Quijote* abierto por la escena de la bajada a la cueva de Montesinos; eso y las notas que había en su mesa me confirmaron que había encontrado el lugar donde se hallaba el *Speculum*. Me apresuré a salir para el Alcázar. Todo lo bueno que le haya podido pasar, a partir de aquello, se lo debe a don Felipe, nuestro Rey. Él puso al Priorato de San Juan en acción.

—Durante mi investigación, Su Paternidad tuvo avisado a todo el Colegio acerca del asunto en el que yo andaba, ¿verdad? —preguntó Alonso.

—Era la manera de que toda la casa estuviera prevenida para auxiliarle si hacía falta. Sabíamos que peligraba su vida, pero desconocíamos de dónde vendría ese peligro —replicó Nithard.



—¿Por qué razón se aventuró por el pasadizo del Tribunal? —volvió a preguntar.

—¿Cómo lo supo?

—Aquel día, padre, traía los zapatos con barro, y Tomás se encargó de sacar una copia de sus suelas; luego la cotejamos con las huellas en la despensa.

El novicio, algo avergonzado, no soportó la mirada del alemán, quien acabó dispensándole una escueta sonrisa, aunque aquello pareció no gustarle. Nithard continuó su explicación:

—Enterado de la muerte de fray Nicolás, el propio Rey me pidió que verificara si podía accederse al Tribunal por esos corredores y si se habían apostado alguaciles ante la despensa. Aquel día, al Rey también se le mancharon los zapatos de barro.

—Pero, no comprendo por qué razón se lo pidió a Su Paternidad y, bueno..., no diré a don Luis de Haro, o...

—Si iba a decir don Luis de Oyanguren, sepa que esta mañana, nada más llegar el correo secreto del Priorato al Alcázar, el señor de Oyanguren abandonaba, precipitadamente, Palacio.

Alonso interrumpió el parlamento de Nithard:

—He de confesarle que me tuvo totalmente engañado.

—Pero don Felipe estaba con él, algo... ¿se dice «receloso»? Y ha impedido que hoy escapara hacia Portugal.

—¿El señor de Oyanguren?

—Así es, algunos caballeros de Alcántara también andaban tras el *Speculum*, de hecho, el túnel que Su Paternidad recorrió, en otro tiempo, fue utilizado por esta Orden para acceder a salones secretos.

—Ahora comprendo. Por eso la flecha indicadora era parte de una cruz floronada —pensó en voz alta Alonso.

—En efecto, padre. Ah, se me olvidaba. También se ha arrestado al capitán de los corchetes que vigilaban el Colegio, trabajaba para Oyanguren.

—¿Quiere decir que me...?

—Sí —le cortó Nithard—, lo vigilaban, ésa era la misión. No protegerlo, sino saber cuándo abandonaba el edificio, y si partía de viaje o no.

—Quisieron que yo devolviera el *Speculum cordis*, dejándolo bajo la flecha del pasadizo. Supongo que, de entregarlo ahí, me habrían matado.

—Eso pretendían, aunque los más claros implicados no eran los más pérfidos criminales —repuso Nithard.

—Déjeme que complete yo la frase —añadió Alonso—, porque el complot, la oscura trama, alcanzaba también a fray Juan Martínez, y llevaba años urdida, ¿me equivoco? Dominicos y caballeros de Alcántara aunaron fuerzas desde que supieron que el Gran Inquisidor, don Diego, mediante sus investigaciones, había localizado el *Speculum cordis*. Un libro que cuestionaba algunos aspectos... «difíciles» de la



Cristiandad. Se sabía que don Diego había dado con él, pese a que no lo mostró nunca.

»Con respecto a fray Juan, ahora comprendo la razón del ataque que recibí, regresando en coche desde Valladolid. Sin duda, quiso que yo no sospechara de él, comunicándomelo y haciendo que yo culpara de los crímenes a los de San Juan. Él mismo me dijo que salvó la vida porque pudo hacerse el muerto, aunque reconoció la cruz sanjuanista en las empuñaduras de las espadas de sus atacantes. Eso me confundió e incluso pensé que él podría ser otra víctima de tan siniestro plan. Aunque sospeché al saber que viajaba sin escolta y ver que no estaba protegida su celda; algo que sólo podía permitirse el asesino o alguien vinculado al terrible complot. Obviamente, los del Priorato quisieron apresarlo porque tendrían sospechas fundadas de su implicación en los crímenes.

—El Rey tampoco se fiaba de él —dijo Nithard.

—Por fortuna, no podrá escapar, ahora se halla en cama. ¡Siempre andaba en Valladolid!

—Claro —añadió el alemán—, allí tiene fincas el de Oyanguren, allí se gestaría la trama asesina.

—¿Tanto empeño por un libro? —comentó Tomás, extrañado.

—Temían que atentara contra nuestra santa fe católica —aclaró Alonso.

—Si así fuera —matizó el padre Ignacio— sería porque nuestra fe, aunque católica, no es totalmente verdadera.

—Comparto su opinión —repuso Alonso.

—¿Estuvo siempre ese libro en la cueva de Ruidera? —preguntó Tomás.

—Sí, allí lo encontró don Diego, y allí lo dejó. Lástima que, en la pelea entre los del Priorato y los sicarios, fuera a parar al fondo de una profunda y oscura sima —se lamentó Alonso.

—Lo sé —replicó Nithard—. Es una de las cosas que comunicó el correo a Su Majestad. ¡Una pena que se perdiera una obra tan valiosa!

Pero Alonso sonrió.

—No se perdió del todo... —dijo.

Y metiendo la mano entre la sotana y su jubón, extrajo un pliego que extendió entre sus manos.

—... es una carta que me dejó don Diego en el cofre que guardaba el *Speculum cordis*.

Tomás, Nithard y el director acercaron sus asientos hacia Alonso, quien comenzó a leer con algo de emoción en la voz:

*Muy querido padre Alonso:*



*Cuando esté leyendo estas líneas ya me habrán dado muerte mis asesinos, a los que espero desde hace un tiempo, pues la mano implacable del Mal está siempre presta a caer sobre los hombres. A mí me habrá acertado este camino en la Tierra, y a usted, le habrá creado una difícil tarea.*

*Habré fallecido inevitablemente, como una paloma acorralada, pero le habré traído hasta el Speculum cordis como una serpiente. De tan sibilina manera, que sólo una sutil inteligencia, como es la suya, podría llegar hasta la cueva y el libro.*

*Antes de redactarle esta carta y enterrarla junto al pequeño Speculum, prácticamente he ultimado las pistas que encontrará en mi librería para acercarle a la cueva y ayudarle a dar con los causantes de mi muerte. Porque le tocará a Su Paternidad descubrir a mis asesinos, cuya identidad no acabo de saber, pese a que algunos son hermanos de religión. Aun así, pido que Dios les conceda el perdón, pues no ha de fundarse nuestro Evangelio sobre el oscuro edificio de la venganza.*

*Pronto le haré llegar con mi propia mano el Coloquio de los perros y, si puedo, aún recibirá otras obras que le servirán para venir hasta esta cueva y hallar el Speculum cordis. Aunque ellos están muy cerca y tengo la sensación de que mi fin será en cuestión de días.*

*Poco creo que valen mis artimañas para distraer a la implacable Muerte.*

*Quizá, a estas alturas, esté sobradamente informado de las pesquisas de las órdenes en pos del Speculum. Si oye cómo llegaron los de San Juan a Río Lobos —porque así lo harán—, sepa que esa información la facilité yo, no por maldad hacia tan dignos caballeros, sino porque, conocedor de los muchos intereses que había en torno al libro y de cómo se cerraba el cerco criminal sobre mí, hice, pues, correr la especie de que allí estaba oculto, para así ganar tiempo (y si algo se encontró, que sería otra cosa, atribúyalo a los hados).*

*Sé que Su Majestad don Felipe le encomendará la investigación de mi muerte, por la confianza que yo le tengo y los servicios que Su Paternidad ha prestado a este Santo Oficio de la Inquisición. Yo, desde donde esté, procuraré allanarle el camino, aunque mis muchos pecados de omisión —siempre los más graves—, no sé a qué lugar me habrán relegado. Rece por mí.*

*El pequeño Speculum cordis, espejo del corazón, hace alusión con su nombre a todo aquello que los hombres reflejan de su interior. Es así que Jacques de Molay, antes de morir, escribió en él que sólo hay un arma capaz de cambiar el mundo, es el amor, el perdón, y con él, la mano amiga... y desarmada. Por eso, el libro se convirtió en un peligro.*

*La larga estancia de los caballeros del Temple en Tierra Santa produjo, según algunos, que tuvieran un estrecho contacto con el islam, e incluso*



*que adoptaran sus ropas y estudiaran sus ciencias. Se dice que aprendieron prácticas diabólicas, propias de los ocultistas musulmanes.*

*En cambio, tales difamaciones no eran más que el intento de ocultar una verdad, tan sencilla, que resultaba escandalosamente inaceptable.*

*Sobradamente sabe Su Paternidad que las Cruzadas, todas, fueron un desastre, y que lo que se ha dado en llamar nuestra «cristiandad» jamás venció al islam, pues no se logró recuperar Tierra Santa. ¿Cómo íbamos a arrogarnos una victoria de sangre en nombre de un Dios de paz?*

*Nuestras tropas, nuestras costumbres y creencias hubieron de regresar a este lado del mundo, humilladas, aunque sin haber aprendido la lección.*

*Lo que los templarios descubrieron estando allí —como bien leerá—, no fueron trozos de la cruz, tesoros del Templo de Salomón u otros misterios insondables o beneficios inútiles, sino el único misterio al que hemos dado la espalda:*

*Tierra Santa no existe.*

*No hay lugares sagrados más allá del corazón del ser humano. No hay Compostelas ni Mecas de peregrinación que no pasen antes por el corazón de nuestro enemigo, el perdón y la hermandad de los hombres. Nuestros corazones, amado Alonso, son el Sinaí, el Vaticano o la Meca, donde habla el Dios, clemente y misericordioso, cada mañana. Si comprende esto, cambiará el mundo. Rechace esto, y estará abrazando el Apocalipsis.*

*Y con Jacques de Molay, yo también le digo que quien así no piense está fuera del mensaje y del proyecto de Dios en la Tierra.*

*Por descubrir esta verdad, el Temple fue aniquilado.*

*Su hermano.*

Diego de Arce y Reinoso

Sacerdote dominico

*En Ruidera. El 5 de octubre del año del Señor de 1658.*

Años después, tras el provisional nombramiento de fray Pascual de Aragón como Inquisidor General, la Compañía de Jesús sustituyó a la Orden de Santo Domingo, que perdió su influencia y quedó muy menguada en el ámbito de la Casa Real. Durante el reinado de Carlos II de Austria, en 1666 fue nombrado presidente de la



Suprema Inquisición el padre Juan Everardo Nithard. Entonces, los caballeros del Priorato de San Juan («orden santísima», como la denominara Cervantes) intentaron que cayera bajo su jurisdicción toda el área de las lagunas de Ruidera, empresa que se logró en el siglo siguiente (conociéndose desde entonces como «Campo de San Juan»). Se adujeron diversas razones: la compensación por servicios prestados a la Corona y la distribución equitativa de encomiendas entre las diferentes órdenes.

Lo cierto es que, durante mucho tiempo, desarrollaron una persistente y nunca aclarada actividad en la que fue llamada *Cueva de Montesinos*.

*FIN*



## Nota del autor

Toda fabulación es una especie de encantamiento, donde las cosas fingidas, que se escriben como verdaderas, parecen serlo, de manera que quienes las leen acaban viendo Dulcineas donde únicamente se esconden Aldonzas, y gigantes donde sólo hay molinos. La lectura es una suerte de hechizo favorable, y otras veces no tanto, y cuando caemos en el segundo caso, el único antídoto es el buen juicio. Por ello, la disposición para leer ha de arroparse con el sentido común sin detrimento de otros aderezos.

En este caso, no hubo innoble engaño ni más intención que el divertimento, y no se pretendió demostrar la cuadratura del círculo, aunque, fruto de la casualidad y del ingenio, lo pareciera. Aun así, tal ingeniería se da por cumplida y acabada al cerrar este tomo. Y a otra cosa.

¿Pensará vuesa merced ahora que es  
poco  
trabajo hacer un libro?

Del «Prólogo al lector»  
en la segunda parte  
del *Quijote* de Miguel de Cervantes.



\* \* \*

© *Pedro Delgado Cavilla*, 2005  
© *Editorial Planeta, S. A.*, 2005  
*Primera edición: octubre de 2005*  
*Depósito Legal: M. 36.294-2005*  
*ISBN 84-08-06216-6*

*Pedro Delgado Cavilla - El misterio Cervantes*  
*01-07-2011*  
*V.1 Joseiera*

